

Contemporánea

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

**ERNEST
HEMINGWAY**

**Adiós a
las armas**



DEBOLSILLO





Contemporánea

Ernest Hemingway, nacido en 1899 en Oak Park, Illinois, forma parte ya de la mitología de este siglo, no solo gracias a su obra literaria, sino también a la leyenda que se formó en torno a su azarosa vida y a su trágica muerte. Hombre aventurero y amante del riesgo, a los diecinueve años, durante la Primera Guerra Mundial, se enroló en la Cruz Roja. Participó también en la guerra civil española y en otros conflictos bélicos en calidad de corresponsal. Estas experiencias, así como sus viajes por África, se reflejan en varias de sus obras. En la década de los años veinte se instaló en París, donde conoció los ambientes literarios de vanguardia. Más tarde vivió también en lugares retirados de Cuba o Estados Unidos, donde pudo no solo escribir, sino también dedicarse a una de sus grandes aficiones: la pesca, un tema recurrente en su producción literaria. En 1954 obtuvo el Premio Nobel. Siete años más tarde, sumido en una profunda depresión, se quitó la vida. Entre sus novelas destacan *Adiós a las armas*, *Por quién doblan las campanas* o *Fiesta*. A raíz de un encargo de la revista *Life* escribió *El viejo y el mar*, por la que recibió el Premio Pulitzer en 1953.

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

Ernest Hemingway

Adiós a las armas

Traducción de
Miguel Temprano García

DEBOLSILLO

Título original: *A Farewell to Arms*
Primera edición en Debolsillo: septiembre, 2014
Primera impresión en Colombia: abril, 2016
Primera reimpresión: enero, 2018
Segunda reimpresión: marzo, 2019

© 1929, Hemingway Foreign Rights Trust,
renovado © 1957 Hemingway Foreign Rights Trust
© 2013, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2013, Miguel Temprano García, por la traducción
© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.
Cra. 5A N.º 34-A-09, Bogotá D.C., Colombia
PBX (57-1) 743 0700
www.megustaleer.com.co

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada
de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna
parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores
y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Impreso en Colombia-Printed in Colombia

ISBN: 978-958-8940-99-1

Impreso en Carvajal Soluciones de Comunicación, S. A. S.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Libro I

Libro I

Il primo libro della storia
della città di Firenze
che fu scritto per ordine
del signor Lorenzo de' Medici
il quale era allora
governatore della città.

Il secondo libro della storia
della città di Firenze
che fu scritto per ordine
del signor Lorenzo de' Medici
il quale era allora
governatore della città.

Il terzo libro della storia
della città di Firenze
che fu scritto per ordine
del signor Lorenzo de' Medici
il quale era allora
governatore della città.

Il quarto libro della storia
della città di Firenze
che fu scritto per ordine
del signor Lorenzo de' Medici
il quale era allora
governatore della città.

Il quinto libro della storia
della città di Firenze
che fu scritto per ordine
del signor Lorenzo de' Medici
il quale era allora
governatore della città.

Il sesto libro della storia
della città di Firenze
che fu scritto per ordine
del signor Lorenzo de' Medici
il quale era allora
governatore della città.

Il settimo libro della storia
della città di Firenze
che fu scritto per ordine
del signor Lorenzo de' Medici
il quale era allora
governatore della città.

Il ottavo libro della storia
della città di Firenze
che fu scritto per ordine
del signor Lorenzo de' Medici
il quale era allora
governatore della città.

Il nono libro della storia
della città di Firenze
che fu scritto per ordine
del signor Lorenzo de' Medici
il quale era allora
governatore della città.

A finales de verano de ese año vivíamos en una casa de un pueblo que daba a las montañas al otro lado del río y la llanura. En el lecho del río había guijarros y cantos rodados reseco y blanqueados por el sol, y el agua era cristalina y corría rápida y azul por el cauce. Las tropas pasaban por delante de la casa, se alejaban carretera abajo y el polvo que levantaban cubría las hojas de los árboles. Los troncos también estaban polvorientos, las hojas cayeron pronto ese año y vimos a las tropas pasar por la carretera, el polvo que levantaban y las hojas que caían agitadas por la brisa mientras los soldados desfilaban, y luego la carretera blanca y vacía a excepción de las hojas.

El llano estaba preñado de cosechas; había muchas plantaciones de árboles frutales y por detrás se recortaban, pardas y desnudas, las montañas. Estaban combatiendo en ellas y por la noche veíamos los fogonazos de la artillería. En la oscuridad parecían los relámpagos de verano, aunque las noches eran frescas y no daba la sensación de que se acercase ninguna tormenta.

A veces, de noche, oíamos desfilas a las tropas bajo la ventana y los cañones que pasaban tirados por los tractores. De noche había mucho tráfico y numerosas mulas en los caminos con cajas de municiones en las alforjas y camiones grises cargados de hombres, y

otros camiones con la carga oculta tras una lona, que avanzaban despacio entre el tráfico. De día también pasaban grandes piezas de artillería tiradas por tractores, con los largos cañones cubiertos de tallos verdes y pámpanos y frondosas ramas sobre los tractores. Hacia el norte se divisaba un valle y un bosque de castaños y detrás otra montaña a ese lado del río. También se combatía por esa montaña, aunque sin éxito, y en otoño, cuando llegaron las lluvias, cayeron todas las hojas de los castaños y las ramas quedaron desnudas y los troncos ennegrecidos por la lluvia. Los viñedos estaban igual de desnudos y toda la región quedó húmeda, parda y muerta con el otoño. Había nieblas sobre el río y nubes en las montañas, los camiones salpicaban barro en la carretera y las tropas llevaban los uniformes fangosos y empapados. Los fusiles estaban mojados y las dos cartucheras grises que llevaban en el cinturón, unas cajas de cuero gris repletas de cargadores de finos y largos cartuchos de 6,5 milímetros, les abultaban los capotes como si los hombres que desfilaban por la carretera estuvieran embarazados de seis meses.

Vehículos pequeños de color gris pasaban a toda velocidad, normalmente transportaban a un oficial sentado junto al chófer y a otros oficiales en el asiento trasero. Salpicaban aún más barro que los camiones y, si uno de los oficiales del asiento de atrás era muy bajito y estaba sentado entre dos generales, y era tan pequeño que no se le veía la cara sino solo la gorra y la espalda, y si el coche iba particularmente deprisa era probable que fuese el rey. Vivía en Udine y recorría ese camino casi a diario para ver cómo iban las cosas. Y las cosas iban muy mal.

Al empezar el invierno cayó una lluvia persistente y con la lluvia llegó el cólera. Pero lograron contenerlo y al final solo causó siete mil muertos en el ejército.

El año siguiente trajo numerosas victorias. Conquistaron la montaña que había al fondo del valle y la ladera donde crecía el bosque de castaños. Hubo otras victorias más allá de la llanura en la meseta que había al sur; en agosto cruzamos el río y nos instalamos en una casa en Gorizia que tenía una fuente, muchos árboles gruesos y umbrosos en un jardín cercado por una tapia y una glisina de color malva en un lado de la casa. Ahora los combates se libraban en la siguiente montaña a un kilómetro de distancia. La ciudad era muy agradable y la casa muy acogedora. El río corría a nuestra espalda y conquistar la ciudad había sido sumamente sencillo; sin embargo, las montañas eran inexpugnables y me alegró que los austríacos parecieran querer volver alguna vez a la ciudad, cuando acabara la guerra, pues no la bombardearon con intención de destruirla sino solo con fines estratégicos. La gente seguía viviendo en ella y había hospitales, cafés y artillería en las callejuelas y dos casas de mala nota, una para la tropa y otra para los oficiales, y al final del verano, las noches frescas, los combates en las montañas, el hierro del puente del ferrocarril dañado por los obuses, el túnel derrumbado junto al río, donde se habían producido los combates, los árboles alrededor de la plaza y la larga avenida

que conducía hasta ella; por no hablar de las chicas de la ciudad, del rey que pasaba en su automóvil y al que ahora a veces se le veía la cara, el cuerpecillo cuellilargo y la barba gris como la de un chivo; y la visión imprevista del interior de las casas que habían perdido una pared durante el bombardeo y tenían el jardín o la calle cubiertos de cascotes y escayola, y que las cosas fuesen tan bien en el Carso hicieron que ese otoño fuese muy distinto del anterior cuando habíamos estado en el campo. La guerra también había cambiado.

El robledal de la montaña que había más allá de la ciudad había desaparecido. En verano, cuando llegamos, estaba verde, pero ahora no quedaban más que unos cuantos tocones y troncos partidos y el terreno se encontraba todo removido. Un día, a finales de otoño, estuve en el lugar donde había crecido el bosque y vi una nube que pasaba por encima de la montaña. Se movía muy deprisa, el sol se volvió de un amarillo mortecino y todo se puso de color gris, el cielo se encapotó, la nube descendió y de pronto se puso a nevar. La nieve caía de lado empujada por el viento, y acabó cubriendo la tierra desnuda, aunque los tocones de los árboles seguían asomando y había senderos que iban hasta las letrinillas detrás de las trincheras.

Luego, en la ciudad, estuve viendo caer la nieve por la ventana del prostíbulo de oficiales mientras bebía una botella de asti con un amigo, y, al ver caer la nieve lenta e ininterrumpidamente, los dos comprendimos que aquel año todo había terminado. Río arriba, aún no habían logrado tomar las montañas, no habían conquistado ninguna montaña más allá del río. Habría que esperar al año siguiente. Mi amigo vio salir del comedor al capellán castrense y andar con cuidado por el barro, y dio unos golpecitos en la

ventana para llamar su atención. El capellán alzó la vista. Nos vio y sonrió. Mi amigo le indicó por señas que entrara. El cura movió la cabeza y siguió su camino. Esa noche, en el comedor, después del plato de espaguetis que todo el mundo comía muy deprisa y con mucha seriedad, levantándolos con el tenedor hasta que los extremos quedaban colgando y bajándolos después hasta la boca o sorbiéndolos mientras nos servíamos el vino de la cantimplora verde que colgaba de un cestillo de metal de manera que bastaba con inclinar el gollete con el dedo índice para que el vino rojo, claro, tánico y delicioso llenara el vaso que sujetabas con la misma mano; terminado aquel plato, el capitán empezó a burlarse del capellán.

Era muy joven y se ruborizaba con facilidad. Llevaba el mismo uniforme que nosotros, pero con una cruz de terciopelo de color rojo oscuro sobre el bolsillo izquierdo de la pechera de la guerrera gris. Por una dudosa deferencia hacia mí, el capitán le habló en italiano macarrónico, para que yo pudiera entenderle perfectamente y no me perdiera ningún detalle.

—Capellán hoy con chicas —dijo el capitán mirándonos a mí y al capellán. El cura sonrió, se ruborizó y movió la cabeza. Aquel capitán se burlaba de él a menudo—. ¿Que no? —preguntó—. Hoy he visto capellán con mujeres.

—No —dijo el capellán. Los demás oficiales se estaban divirtiendo.

—Capellán no va con chicas —prosiguió el capitán—. Capellán nunca con mujeres —me explicó. Cogió mi vaso y lo llenó mientras me miraba a los ojos, aunque sin perder de vista al capellán—. Capellán cada noche cinco contra uno. —Todos los presentes se rieron—. ¿Entiendes? Capellán cada noche cin-

co contra uno. —Hizo un gesto y se rió. El cura se lo tomó a broma.

—El Papa prefiere que los austríacos ganen la guerra —dijo el comandante—. Adora a Francisco José. De ahí le viene el dinero. Yo soy ateo.

—¿Has leído *El cerdo negro*? —preguntó el teniente—. Te conseguiré un ejemplar. Fue lo que hizo tambalear mi fe.

—Es un libro vil y repugnante —dijo el capellán—. Me niego a creer que te guste de verdad.

—Es muy interesante —repuso el teniente—. Habla de los curas. Te gustará.

Dediqué una sonrisa al capellán y él me la devolvió a la luz de las velas.

—No lo leas —me advirtió.

—Te conseguiré un ejemplar —insistió el teniente.

—Cualquiera que piense un poco tiene que ser ateo —afirmó el comandante—. Aunque no creo en la masonería.

—Yo sí —dijo el teniente—. Es una organización muy noble. Alguien entró y al abrirse la puerta vi caer la nieve.

—Con esta nevada se ha acabado la ofensiva —dije.

—Desde luego —coincidió el comandante—. Debería irse de permiso. A Roma, Nápoles, Sicilia...

—Adonde tendría que ir es a Amalfi —terció el teniente—. Te escribiré una carta para mi familia en Amalfi. Te tratarán como a un hijo.

—Tendría que ir a Palermo.

—A Capri tendría que ir.

—Me gustaría que vieras los Abruzzos y fueses a Capracotta a visitar a mi familia —dijo el capellán.

—Oíd cómo habla de los Abruzos. Allí hay más nieve que aquí. ¿Para qué ir a ver a un hatajo de patanes? Deja que vaya a los centros de la cultura y la civilización.

—Lo que le hace falta es conocer chicas guapas. Te daré la dirección de un par de sitios en Nápoles. Chicas jóvenes y guapas..., acompañadas de su madre. ¡Ja, ja, ja! El capitán abrió la mano con el pulgar hacia arriba y los dedos extendidos como para hacer sombras chinescas. La sombra de su mano se proyectaba en la pared. Volvió a hablar en italiano macarrónico.

—Te irás así. —Se señaló el pulgar—. Y volverás así. —Se tocó el dedo meñique. Todos se rieron—. Mira —dijo el capitán volviendo a extender la mano. Una vez más, la luz de las velas proyectaron la sombra en la pared. Empezó por el dedo pulgar erguido y fue nombrando por orden el pulgar y los cuatro dedos restantes—: *soto tenente* (el pulgar), *tenente* (el índice), *capitano* (el medio), *maggiore* (el anular), y el *tenente-colonello* (el meñique). ¡Te irás *soto tenente*! ¡Y volverás *soto-colonello*! —Todos se rieron. El capitán estaba teniendo un gran éxito con la broma de los dedos. Miró al capellán y gritó—. ¡Todas las noches, el capellán cinco contra uno!

Todos volvieron a reírse.

—Debe irse de permiso cuanto antes —insistió el comandante.

—Me encantaría acompañarte y enseñarte cosas —dijo el teniente.

—Cuando vuelvas trae un fonógrafo.

—Y buenos discos de ópera.

—Discos de Caruso.

—De Caruso no. Ese no sabe más que berrear.

—Ya te gustaría a ti berrear como él.

—Te digo que no sabe más que berrear.

—Me gustaría que fueses a los Abruzos —dijo el capellán mientras los demás gritaban—. Hay mucha caza. Te gustaría la gente y, aunque hace frío, es un frío seco y claro. Podrías alojarte con mi familia. Mi padre es un gran cazador.

—En fin —exclamó el capitán—, vayamos al burdel antes de que cierren.

—Buenas noches —le dije al capellán.

—Buenas noches —respondió él.

3

Cuando volví al frente aún seguíamos acuartelados en aquella ciudad. Se veían muchos más cañones en los campos de los alrededores y había llegado la primavera. Los campos estaban verdes y las viñas empezaban a cubrirse de brotes, los árboles a lo largo de la carretera tenían hojitas y se notaba la brisa marina. Vi la ciudad con la colina, el antiguo castillo en un hueco y las montañas al fondo, unas montañas pardas con algo de verde en las laderas. En la ciudad también había más cañones que antes y varios hospitales nuevos. Uno se cruzaba con ingleses y a veces con inglesas por la calle. Varias casas habían sido dañadas por el fuego de la artillería. Hacía calor y se respiraba un ambiente primaveral; anduve por la avenida de árboles junto a una tapia caldeada por el sol y descubrí que continuábamos instalados en la misma casa y que todo seguía igual que cuando me marché. La puerta estaba abierta, había un soldado sentado al sol en un banco, una ambulancia esperaba junto a la puerta lateral y al entrar noté el olor de los suelos de mármol y los hospitales. Todo seguía tal como lo había dejado, pero estábamos en primavera. Me asomé a la puerta de la sala y vi al comandante sentado a su escritorio con la ventana abierta para dejar entrar la luz del sol. No me vio y no supe si en-

trar y presentarme o si subir a lavarme antes. Opté por lo segundo.

El cuarto que compartía con el teniente Rinaldi daba al patio. La ventana estaba abierta, mi cama estaba hecha con las mantas puestas y mis cosas colgaban de la pared, la máscara antigás en su lata metálica oblonga y el casco de acero pendían de la misma percha. Al pie de la cama se encontraba mi baúl y encima vi las botas de invierno con el cuero reluciente de grasa. Mi fusil de francotirador austríaco con su cañón octogonal azulado y la preciosa culata *schutzen* de castaño oscuro que se acoplaba perfectamente a la mejilla colgaba encima de las dos camas. Recordé que la mira telescópica seguía guardada bajo llave en el baúl. El teniente Rinaldi estaba dormido en la otra cama. Se despertó al oírme entrar en la habitación y se incorporó.

—*Ciao!* —dijo—. ¿Qué tal lo has pasado?

—De maravilla. —Nos dimos la mano y él me pasó el brazo por el cuello y me besó—. ¡Uf! —exclamé.

—Estás sucio —dijo—. Lávate. ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho? Cuéntamelo todo.

—En todas partes. En Milán, en Florencia, en Roma, en Nápoles, en Villa San Giovanni, en Messina, en Taormina...

—Pareces un horario de trenes. ¿Has tenido alguna aventura?

—Sí.

—¿Dónde?

—En Milano, en Firenze, en Roma, en Napoli...

—Basta. Dime ¿dónde ha sido la mejor?

—En Milano.

—Eso es porque fue la primera. ¿Dónde la conociste? ¿En la Cova? ¿Dónde fuisteis? ¿Qué sentiste? Cuéntamelo todo. ¿Pasasteis la noche juntos?

—Sí.

—Eso no es nada. Aquí ahora tenemos unas chicas preciosas que nunca habían estado en el frente.

—Estupendo.

—No me crees. Esta tarde iremos y lo verás. Y la ciudad está llena de inglesas guapas. Estoy enamorado de una tal señorita Barkley. Te la presentaré. Lo más probable es que me case con ella.

—Tengo que lavarme y presentarme al comandante. ¿Es que aquí no trabaja nadie?

—Desde que te fuiste no tenemos más que congelaciones, sabañones, ictericia, gonorrea, heridas autoinfligidas, neumonías y chancros duros y blandos. Todas las semanas alguien resulta herido por impacto de cascotes. Hay muy pocos heridos de verdad. La semana que viene empezará otra vez la guerra. Tal vez vuelva a empezar. Eso dicen. ¿Crees que hago bien al casarme con la señorita Barkley? Cuando acabe la guerra, claro.

—Desde luego —dije mientras llenaba de agua la palangana.

—Esta noche tienes que contármelo todo —dijo Rinaldi—. Ahora será mejor que duerma un poco para estar fresco y guapo para la señorita Barkley.

Me quité la guerrera y la camisa y me lavé con el agua fresca de la palangana. Mientras me frotaba con una toalla contemplé la habitación, me asomé a la ventana y observé a Rinaldi tumbado en la cama con los ojos cerrados. Era bien parecido, tenía más o menos mi edad y era originario de Amalfi. Le gustaba ser cirujano y éramos buenos amigos. Mientras lo miraba abrió los ojos.

—¿Tienes dinero?

—Sí.

—Préstame cincuenta liras.

Me sequé las manos y cogí la cartera del interior de la chaqueta que estaba colgada en la pared. Rinaldi cogió el billete, lo dobló sin levantarse de la cama y se lo guardó en el bolsillo de los pantalones bombachos. Sonrió.

—Tengo que dar la impresión a la señorita Barkley de que soy un hombre adinerado. Eres mi mejor amigo y mi protector financiero.

—Vete al diablo —dije.

—Esa noche, en el comedor, me senté al lado del capellán, que se sintió súbitamente decepcionado y dolido de que no hubiera ido a los Abruzos. Había escrito a su padre advirtiéndole de mi llegada y habían hecho preparativos. Me sentí tan mal como él y no supe por qué no había ido. Había querido ir y traté de explicarle que una cosa había llevado a otra y por fin lo entendió, vio que mi intención había sido buena y casi me disculpó. Yo había bebido mucho vino y luego café y Strega y le expliqué embriagado que uno nunca hace lo que quiere.

Estuvimos hablando, mientras los demás discutían. Yo había querido ir a los Abruzos. No había estado en ningún sitio donde las carreteras estuviesen heladas y frías como el hierro, donde hiciera un tiempo claro y gélido, donde hubiese nieve en polvo y rastros de liebres en la nieve, donde los campesinos se quitaran el sombrero, te llamasen «señor» y hubiera caza en abundancia. No había estado en ningún sitio parecido, pero sí en el humo de los cafés y en noches en que la habitación daba vueltas y había que mirar a la pared para que se detuviera, noches en la cama, borracho, cuando sabías que eso era todo lo que había, y la extraña sensación de despertar y no saber quién estaba a tu lado, y el mundo parecía tan irreal y excitante en la oscuridad que había

que seguir sin saber y sin preocupaciones, convencido de que eso era todo y todo y todo y de que te trae sin cuidado. Y de pronto te importaba mucho y dormías para despertarte a veces por la mañana, y lo que había habido desaparecía y todo era duro, áspero y claro y en ocasiones se producía una disputa por el precio. Otras veces seguía siendo agradable y cálido y desayuno y comida. Y otras toda esa amabilidad desaparecía y te alegrabas de salir a la calle, pero siempre empezaba otro día y luego otra noche. Intenté contarle lo de la noche y la diferencia entre la noche y el día, y cómo la noche era mejor a no ser que el día fuese muy claro y frío, pero no pude; igual que no puedo ahora. Aunque cualquiera que haya pasado por eso lo entenderá. Él no había pasado por eso, pero comprendió que, aunque no hubiera ido, mi intención había sido ir a los Abruzos y continuamos siendo amigos, con muchos gustos afines, aunque nos separara la diferencia. Él siempre había sabido lo que yo ignoraba y lo que, cuando lo aprendí, siempre me las arreglé para olvidar. Entonces no lo sabía, pero lo aprendí después. Entretanto, todos seguíamos en el comedor, la comida terminó y continuó la discusión. Dejamos de hablar y el capitán gritó:

—El capellán no contento. El capellán no contento sin chicas.

—Estoy contento —dijo el cura.

—El capellán no contento. El capellán quiere que austriacos ganen la guerra —dijo el capitán.

Los demás escucharon. El cura movió la cabeza.

—No —dijo.

—El capellán quiere que no atacemos. ¿No quieres que atacemos?

—No. Si hay una guerra, supongo que debemos atacar.

—¡Debemos atacar y atacaremos!

El capellán asintió.

—Déjalo en paz —terció el comandante—. Es un buen tipo.

—De todos modos no puede hacer nada —dijo el capitán.

Todos nos levantamos de la mesa.

La batería que había en el jardín contiguo me despertó por la mañana, vi el sol que asomaba por la ventana y salí de la cama. Me acerqué a la ventana. La grava de los senderos estaba mojada y la hierba, húmeda por el rocío. La batería abrió fuego dos veces y el aire llegó como un golpe y estremeció el cristal de la ventana y mi chaqueta del pijama. No podía ver los cañones, aunque era evidente que estaban disparando justo por encima de nosotros. Era un fastidio que los hubieran instalado allí, pero también era un consuelo que no fuesen más grandes. Mientras contemplaba el jardín oí arrancar un camión en la carretera. Me vestí, fui al piso de abajo, tomé un poco de café en la cocina y me dirigí al garaje.

Había diez coches alineados uno junto al otro debajo del cobertizo. Eran ambulancias de techo duro y nariz chata, pintadas de gris y con forma de furgoneta. Los mecánicos estaban reparando una de ellas en el patio. Había otras tres en los puestos de socorro en las montañas.

—¿Alguna vez han bombardeado esa batería? —le pregunté a uno de los mecánicos.

—No, *signor tenente*. Está protegida por la colina.

—¿Qué tal va todo?

—No va mal. Este tiene el motor estropeado, pero los demás funcionan. —Dejó lo que estaba haciendo y sonrió—. ¿Ha estado usted de permiso?

—Sí.

Se limpió las manos en el jersey y sonrió.

—¿Lo ha pasado bien? —Los demás también sonrieron.

—Muy bien —respondí—. ¿Qué le pasa al motor?

—No tiene arreglo. Cuando no es una cosa es la otra.

—¿Qué le ocurre ahora?

—Necesita cojinetes nuevos.

Los dejé trabajando, el coche parecía humillado y vacío con el motor abierto y las piezas desperdigadas sobre el banco de trabajo; entré en el cobertizo y observé los demás coches. Estaban relativamente limpios, unos cuantos recién lavados y los demás cubiertos de polvo. Comprobé con cuidado los neumáticos, en busca de cortes y golpes. Todo parecía estar en buen estado. Estaba claro que el que yo estuviera allí o no para supervisar las cosas no suponía una gran diferencia. Me había convencido de que el estado de los coches, tanto si se podían conseguir recambios como si no, y la evacuación en condiciones de los enfermos y heridos desde los puestos de socorro en las montañas hasta los hospitales de sangre y su posterior traslado a las clínicas indicadas en sus papeles, dependían en gran parte de mí. Pero era evidente que daba igual que yo estuviera allí o no.

—¿Algún problema para encontrar recambios? —le pregunté al sargento mecánico.

—No, *signor tenente*.

—¿Dónde está ahora el depósito de gasolina?

—Donde siempre.

—Bien —dije, y volví a la casa y bebí otra taza de café en la mesa del comedor. El café era de color gris pálido y estaba endulzado con leche condensada. Por la ventana vi que hacía una preciosa mañana de primavera. Empezaba a notar cierta sequedad en la nariz, lo que significaba que el día sería caluroso. Ese día visité los puestos de socorro en las montañas y volví a la ciudad a última hora de la tarde.

Todo parecía funcionar mejor desde que había estado fuera. Oí que iba a reanudarse la ofensiva. Nuestra división atacaría un lugar río arriba y el comandante me informó de que tendría que ocuparme de los puestos de socorro durante el ataque, que se iniciaría más allá de la estrecha garganta y se extendería por la ladera. Los coches deberían estar lo más cerca posible del río y siempre a cubierto. Por supuesto, el lugar lo escogería la infantería, pero se suponía que debíamos encargarnos de ponerlo en práctica. Era una de esas cosas que le daban a uno la falsa sensación de ser un soldado más.

Yo estaba muy sucio y cubierto de polvo y subí a lavarme a mi habitación. Encontré a Rinaldi sentado en la cama con un ejemplar de la gramática inglesa Hugo. Estaba vestido, llevaba puestas las botas negras y tenía el cabello reluciente.

—Estupendo —dijo al verme—. Vendrás conmigo a ver a la señorita Barkley.

—No.

—Sí. Tienes que venir y ayudarme a causarle una buena impresión.

—De acuerdo. Espera a que me cambie de ropa.

—Lávate y ven tal como estás.

Me lavé, me peiné y nos pusimos en camino.

—Espera un momento —dijo Rinaldi—. Tal vez deberíamos echar un trago.

Abrió su baúl y sacó una botella.

—Strega, no —dije.

—No. Grappa.

—Muy bien.

Sirvió dos vasos y brindamos con el dedo índice extendido. La grappa era muy fuerte.

—¿Otra?

—De acuerdo —respondí. Nos bebimos la segunda copa de grappa, Rinaldi guardó la botella y bajamos las escaleras. Hacía calor mientras paseábamos por la ciudad, pero el sol empezaba a ocultarse y resultaba muy agradable. El hospital británico estaba en una enorme villa construida por los alemanes antes de la guerra. La señorita Barkley se encontraba en el jardín. Había otra enfermera con ella. Vimos sus uniformes blancos entre los árboles y fuimos a su encuentro. Rinaldi las saludó. Yo hice lo propio, aunque con mayor circunspección.

—¿Cómo está usted? —dijo la señorita Barkley—. No es usted italiano, ¿verdad?

—¡Oh, no!

Rinaldi estaba hablando con la otra enfermera. Los dos se reían.

—Qué cosa tan rara... eso de estar en el ejército italiano.

—En realidad no estoy en el ejército. Solo en las ambulancias.

—Aun así es raro. ¿Por qué lo hace?

—No sé —respondí—. No todo tiene explicación.

—¿Ah, no? A mí me educaron para creer que sí.

—Tanto mejor.

—¿Tenemos que seguir hablando así?

—No —dije.

—Pues es un alivio, ¿no cree?

—¿Para qué es el bastón? —pregunté. La señorita Barkley era bastante alta. Llevaba una especie de uniforme de enfermera, era rubia y tenía la piel bronceada y los ojos grises. Me pareció muy guapa. Llevaba un fino bastón de caña, forrado de cuero, que parecía una fusta de montar en miniatura.

—Era de un chico a quien mataron el año pasado.

—Lo siento mucho.

—Era muy bueno. Iba a casarse conmigo y lo mataron en el Somme.

—Fue espantoso.

—¿Usted estuvo?

—No.

—He oído hablar mucho de ello —dijo—. Aquí la guerra no es igual. Me enviaron su bastón. Su madre. Se lo devolvieron con el resto de sus cosas.

—¿Llevaban prometidos mucho tiempo?

—Ocho años. Crecimos juntos.

—¿Y por qué no se casaron?

—No lo sé —dijo—. Fui una tonta. Podía haberle dado eso. Pero pensé que no le convenía.

—Entiendo.

—¿Alguna vez ha querido a alguien?

—No —respondí. Nos sentamos en un banco y la miré—. Tiene un cabello muy bonito.

—¿Le gusta?

—Mucho.

—Estuve a punto de cortármelo cuando él murió.

—No.

—Quería hacer algo por él. Verá, no me importaba lo otro y podía haberle dado todo. De haberlo sabido le habría dado lo que hubiese querido. Incluso me habría casado con él. Ahora me doy cuenta. Pero quería ir a la guerra y yo no lo sabía...

No dije nada.

—Entonces no lo sabía. Pensé que sería peor. Que tal vez no podría soportarlo y luego, claro, lo mataron y se acabó.

—Nunca se sabe.

—¡Oh, sí! —dijo—. Se acabó.

Miramos a Rinaldi, que hablaba con la otra enfermera.

—¿Cómo se llama?

—Ferguson. Helen Ferguson. Su amigo es médico, ¿no?

—Sí. Y muy bueno.

—Qué bien. Es raro encontrar a un buen médico tan cerca del frente. Porque estamos cerca del frente, ¿no?

—Bastante.

—Es un frente muy tonto, pero muy bonito. ¿Va a haber una ofensiva?

—Sí.

—Entonces tendremos trabajo. Ahora no hay nada que hacer.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando de enfermera?

—Desde finales de mil novecientos quince. Empecé a la vez que él. Recuerdo que se me ocurrió la tontería de que podían enviarlo a mi hospital. Con una herida de sable, supongo, y un vendaje alrededor de la cabeza. O un disparo en el hombro. Algo pintoresco.

—Es que este es un frente pintoresco —dije.

—Sí —coincidió ella—. La gente no se hace una idea de cómo son las cosas en Francia. Si lo hiciera, no podría seguir así. No fue una herida de sable. Lo volaron en pedazos.

No dije nada.

—¿Cree que esto durará siempre?

—No.

—¿Y qué va a impedirlo?

—Alguien terminará por ceder.

—Cederemos nosotros. Cederemos en Francia. No pueden seguir haciendo cosas como lo del Somme y no ceder.

—Aquí no van a ceder —dije.

—¿Eso cree?

—No. El verano pasado les fue muy bien.

—Pueden ceder —repuso ella—. Cualquiera puede acabar cediendo.

—Los alemanes también.

—No —dijo ella—. No lo creo.

Fuimos con Rinaldi y la señorita Ferguson.

—¿Le gusta Italia? —le preguntó Rinaldi en inglés a la señorita Ferguson.

—Mucho.

—No entender —Rinaldi movió la cabeza.

—*Abbastanza bene* —tradujo. Movié la cabeza.

—Eso no está bien. ¿Le gusta Inglaterra?

—No mucho. Soy escocesa.

Rinaldi me miró perplejo.

—Es escocesa, así que prefiere Escocia a Inglaterra —dije en italiano.

—Pero Escocia es Inglaterra.

Se lo traduje a la señorita Ferguson.

—*Pas encore* —dijo la señorita Ferguson.

—¿Ah, no?

—Nunca. No nos gustan los ingleses.

—¿No gustan los ingleses? ¿No gusta señorita Barkley?

—¡Oh!, eso es distinto. No debe usted tomarse todo tan literalmente.

Al cabo de un rato les deseamos buenas noches y nos fuimos. De camino a casa, Rinaldi dijo:

—La señorita Barkley te prefiere a ti. Está claro. Pero esa escocesa tan menuda es muy simpática.

—Mucho —dije. No me había fijado en ella—. ¿Te gusta?

—No —respondió Rinaldi.

La tarde siguiente fui otra vez a ver a la señorita Barkley. No estaba en el jardín y me dirigí a la puerta lateral de la villa, donde aparcaban las ambulancias. Dentro vi a la enfermera jefe, que me informó de que la señorita Barkley estaba de servicio.

—No sé si sabe que estamos en guerra.

Le contesté que lo sabía.

—¿Es usted el norteamericano que está en el ejército italiano? —preguntó.

—Sí, señora.

—¿Por qué? ¿Por qué no se alistó con nosotros?

—No lo sé —respondí—. ¿Podría hacerlo ahora?

—Me temo que no. Dígame. ¿Por qué se alistó con los italianos?

—Estaba en Italia —dije—. Hablo italiano.

—¡Ah! —replicó—. Yo lo estoy aprendiendo. Es un idioma precioso.

—Dicen que basta con dos semanas para aprenderlo.

—A mí no. Llevo meses estudiándolo. Puede venir a verla después de las siete, si quiere. Es cuando acaba su turno. Pero no traiga un montón de italianos.

—¿A pesar de su idioma tan precioso?

—Y de sus preciosos uniformes.

—Buenas tardes —dije.

—*A rivederci, tenente.*

—*A rivederla* —saludé, y me fui. Me resultaba imposible saludar a los extranjeros al estilo italiano sin avergonzarme. El saludo italiano nunca me ha parecido hecho para la exportación.

El día había sido caluroso. Yo había estado río arriba, en la cabeza de puente de Plava, donde iba a iniciarse la ofensiva. El año anterior había sido imposible avanzar porque solo había una carretera que conducía del paso al puente de pontones y estaba a poco más de un kilómetro bajo el fuego de la artillería y las ametralladoras. Además, no era lo bastante ancha para transportar todo lo necesario para una ofensiva y los austríacos podían convertirla en un matadero. Sin embargo, los italianos habían cruzado y avanzado un poco al otro lado, donde dominaban unos dos kilómetros de la orilla austríaca. Era una posición comprometida y los austríacos no deberían haberles dejado conservarla. Supongo que debía de ser un caso de tolerancia mutua, pues ellos también tenían una cabeza de puente río abajo. Las trincheras austríacas se hallaban en la ladera de la montaña a pocos metros de las líneas italianas. Cerca había un pueblecito, pero estaba reducido a escombros. Solo quedaban los restos de una estación de ferrocarril y un puente hundido que no podía repararse porque quedaba a plena vista.

Recorrí la estrecha carretera hasta el río, dejé el coche en el puesto de socorro al pie de la montaña, crucé el puente de pontones, protegido por un lado de la montaña, y pasé por las trincheras a través del pueblecito y a lo largo de la ladera. Todo el mundo

estaba en los refugios subterráneos. Había filas de cohetes dispuestos por si era necesario pedir ayuda a la artillería o para hacer señales si cortaban las líneas telefónicas. Reinaban el silencio, el calor y la suciedad. Miré a través de la alambrada hacia las líneas austríacas. No se veía a nadie. Bebí un trago en uno de los refugios con un capitán a quien conocía y volví a cruzar el puente.

Estaban terminando de construir una carretera nueva y más ancha que atravesaría la montaña y descendería en zigzag hacia el puente. La ofensiva empezaría cuando terminaran de construirla. Descendía por el bosque dando bruscos giros. La idea era trasladar todo lo necesario por la carretera nueva y que los camiones vacíos, los carros y las ambulancias cargadas de heridos volvieran por la más vieja y estrecha. El puesto de socorro estaba en el lado austríaco del río y los camilleros tendrían que llevar a los heridos por el puente de pontones. Lo mismo ocurriría cuando empezara la ofensiva. Por lo que acerté a ver, los austríacos podrían bombardear de firme el último kilómetro y medio de la carretera nueva, a partir del punto donde dejaba de tener pendiente. Daba la impresión de que sería un desastre. No obstante, encontré un sitio donde las ambulancias podrían esperar a cubierto, después de pasar aquel tramo tan difícil, a que llegaran los heridos por el puente de pontones. Me habría gustado recorrer la nueva carretera, pero aún no estaba terminada. Parecía ancha y bien construida, con una buena pendiente y unas curvas que parecían muy impresionantes al verlas entre los árboles de la ladera. Las ambulancias podrían tomarlas con sus frenos de disco y, en cualquier caso, al bajar no irían cargadas. Volví por la carretera estrecha.

Dos *carabinieri* me dieron el alto. Había caído una bomba y mientras esperábamos cayeron otras tres carretera arriba. Eran del

setenta y siete y al caer producían un silbido, una explosión seca y brillante y una columna de humo gris que se extendía por la carretera. Los *carabinieri* nos indicaron que siguiéramos. Al pasar donde habían caído las bombas esquivé los agujeros y noté el olor del explosivo de gran potencia, de la arcilla quemada y la piedra rota. Volví a Gorizia y a nuestra casa y, como he dicho, pasé a ver a la señorita Barkley, que estaba de servicio.

Cené muy de prisa y regresé a la villa donde los británicos habían instalado su hospital. Era muy bonita y espaciosa, rodeada de frondosos árboles. La señorita Barkley estaba sentada en un banco en el jardín. La acompañaba la señorita Ferguson. Parecieron alegrarse de verme y al cabo de un rato la señorita Ferguson se excusó y se marchó.

—Os dejo —anunció—. Veo que os entendéis muy bien sin mí.

—No te vayas, Helen —dijo la señorita Barkley.

—No puedo quedarme. Tengo que escribir unas cartas.

—Buenas noches —dije.

—Buenas noches, señor Henry.

—No escriba nada que pueda incomodar al censor.

—No se preocupe. Solo hablo de lo bonito que es el sitio donde vivimos y de lo valientes que son los italianos.

—A este paso, le darán a usted una medalla.

—No estaría mal. Buenas noches, Catherine.

—Te veré dentro de un rato —dijo la señorita Barkley. La señorita Ferguson se alejó en la oscuridad.

—Es muy simpática.

—¡Oh, sí, mucho! Es enfermera.

—¿Y usted no?

—No. Yo soy una cosa que llaman VAD. Somos voluntarias y trabajamos mucho pero nadie se fía de nosotras.

—¿Por qué?

—Cuando no pasa nada, desconfían de nosotras. Pero cuando hay mucho trabajo vienen corriendo a buscarnos.

—¿Qué diferencia hay?

—Una enfermera es como un médico. Se tarda mucho en llegar a serlo. Hacerse VAD es una especie de atajo.

—Entiendo.

—Los italianos no querían mujeres tan cerca del frente. Así que nos encontramos en una situación muy peculiar. No podemos salir.

—Pero yo sí puedo venir.

—¡Oh, sí, no estamos enclaustradas!

—Dejemos la guerra a un lado.

—Es difícil, no hay dónde dejarla.

—Aun así, dejémosla.

—De acuerdo.

Nos miramos en la oscuridad. Me pareció muy guapa y la cogí de la mano. Ella no la apartó y pasé el brazo por debajo del suyo.

—No —dijo.

Dejé el brazo donde estaba.

—¿Por qué?

—No.

—Sí —respondí—. Por favor.

Me incliné en la oscuridad para besarla y se produjo un violento y agudo relámpago. Me había abofeteado con todas sus fuerzas. Su mano chocó contra mi nariz y mis ojos, que por reflejo se llenaron de lágrimas.

—Lo siento mucho —dijo.

Intuí que acababa de adquirir cierta ventaja sobre ella.

—Ha hecho usted bien.

—Lo siento muchísimo —insistió—. Es que detesto parecer una enfermera con permiso de noche. No quería hacerle daño. Pero se lo he hecho, ¿verdad?

Me miraba en la oscuridad. Yo estaba enfadado pero decidido, y preveía todos sus movimientos como en una partida de ajedrez.

—Ha hecho muy bien —dije—. No me importa lo más mínimo.

—Pobrecillo.

—Verá, últimamente he llevado una vida muy rara. Ni siquiera tengo ocasión de hablar en inglés. Y es usted tan guapa que...

La miré.

—No hace falta que diga tantas tonterías. Ya le he dicho que lo siento. Nos caemos bien.

—Sí —respondí—. Y hemos dejado de lado la guerra. —Se rió. Era la primera vez que la oía reír. La miré a la cara y dije—: Es usted muy dulce.

—Qué va.

—Sí. Es usted preciosa. Me gustaría besarla, si no le molesta.

La miré a los ojos, la rodeé con los brazos igual que había hecho antes y la besé. La besé con fuerza, la apreté contra mí e intenté que abriera los labios; estaban muy apretados. Yo seguía enfadado y de pronto la recorrió un escalofrío. La abracé contra mí y noté los latidos de su corazón, sus labios se abrieron, echó la cabeza atrás y empezó a llorar sobre mi hombro.

—Cariño —dijo—, te vas a portar bien conmigo, ¿verdad?

—«Qué demonios», pensé. Le acaricié el cabello y le di palmadi-

tas en el hombro. Estaba llorando. Alzó la mirada y repitió—: Lo harás, ¿verdad? Porque vamos a llevar una vida muy rara.

Al cabo de un tiempo la acompañé a la puerta de la villa y ella entró y yo volví a casa. Una vez allí, subí a mi habitación. Rinaldi estaba tumbado en la cama. Me miró.

—¿Has hecho progresos con la señorita Barkley?

—Somos amigos.

—Se te ve tan contento como un perro en celo.

No entendí lo que me decía.

—¿Un qué?

Me lo explicó.

—Y tú —respondí— pareces tan contento como un perro que...

—Alto ahí —exclamó—. Si seguimos por ese camino acabaremos insultándonos.

Se echó a reír.

—Buenas noches —dije.

—Buenas noches, cachorrito.

Lancé la almohada contra la vela y me metí en la cama a oscuras.

Rinaldi recogió la vela, la encendió y siguió leyendo.

Pasé dos días en los puestos de socorro. Cuando regresé era ya tarde y no vi a la señorita Barkley hasta el día siguiente. No la encontré en el jardín y tuve que esperar en las oficinas del hospital hasta que bajó. Había muchos bustos de mármol sobre pedestales de madera a lo largo de las paredes de la sala que utilizaban como oficina. El vestíbulo al que daba la oficina también estaba lleno. Compartían la marmórea característica de parecer todos iguales. La escultura siempre me había parecido aburrida, sin embargo los broncees eran otra cosa. Los bustos de mármol me recordaron a un cementerio. No obstante, había un cementerio bonito: el de Pisa. Génova estaba repleta de mármoles malos. Aquella villa había pertenecido a un alemán y los bustos debían de haberle costado mucho dinero. Me pregunté quién los habría hecho y cuánto habría cobrado. Intenté deducir si eran miembros de la familia, pero todos eran uniformemente clásicos. Era imposible decir nada de ellos.

Me senté en una silla con la gorra en la mano. Se suponía que debíamos llevar cascos de acero incluso en Gorizia, pero eran muy incómodos y puñeteramente teatrales en una ciudad donde no se había evacuado a la población civil. Me lo ponía cuando íbamos a los puestos de socorro y también llevaba una máscara antigás in-

glesa. Estábamos empezando a recibirlas. Eran máscaras de verdad. Además teníamos que llevar una pistola automática, incluso los médicos y oficiales sanitarios. Noté el bulto contra el respaldo del asiento. Si no estaba a la vista podían arrestarte. Rinaldi llevaba una funda llena de papel higiénico. Yo llevaba una de verdad y me creía todo un pistolero hasta que hice prácticas de tiro. Era una Astra calibre 7,65, de cañón corto, y tenía tanto retroceso que resultaba imposible darle a nada. Practiqué apuntando por debajo del blanco y procurando controlar el retroceso de aquel cañón absurdamente corto hasta que conseguí acertar a un metro de donde apuntaba desde unos veinte pasos de distancia; luego comprendí lo ridículo que era llevar una pistola, dejé de practicar y empecé a llevarla a la espalda sin sentir más que una vaga vergüenza cada vez que me cruzaba con alguien que hablara inglés. Me senté en la silla y un ordenanza me miró con aire de desaprobación desde detrás de su escritorio mientras yo contemplaba el suelo de mármol, los pilares con los bustos de mármol y los frescos de la pared esperando a que llegara la señorita Barkley. Los frescos no estaban mal. Cualquier fresco queda bien cuando empieza a pelarse y desconcharse.

Vi llegar a Catherine Barkley por el pasillo, y me puse en pie. No era muy alta, pero estaba preciosa.

—Buenas tardes, señor Henry —dijo.

—¿Qué tal está? —respondí. El ordenanza nos escuchaba detrás de su escritorio.

—¿Nos sentamos aquí o salimos al jardín?

—Salgamos. Se está más fresco.

La seguí al jardín, el ordenanza nos siguió con la mirada. Al llegar al camino de gravilla, Catherine me preguntó:

—¿Dónde has estado?

—En el puesto de socorro.

—¿No podías haberme enviado una nota?

—No —dije—. Era muy difícil. Pensé que volvería.

—Tendrías que haberme avisado, cariño.

Seguimos por el camino, andando bajo los árboles. La cogí de la mano, me detuve y la besé.

—¿No hay ningún sitio adonde podamos ir?

—No —dijo—. Solo podemos pasear por aquí. Has estado mucho tiempo fuera.

—Hoy hace tres días. Pero ya he vuelto.

Me miró.

—¿Y me quieres?

—Sí.

—Dijiste que me querías, ¿verdad?

—Sí —mentí—. Te quiero.

Era la primera vez que lo decía.

—¿Y me llamas Catherine?

—Catherine.

Seguimos por el camino y nos detuvimos debajo de un árbol.

—Dí: «He vuelto con Catherine en plena noche».

—He vuelto con Catherine en plena noche.

—¡Oh, cariño!, ¿es cierto que has vuelto?

—Sí.

—Te quiero mucho y ha sido horrible. ¿Verdad que no te marcharás?

—No. Siempre volveré.

—Te quiero mucho. Pon otra vez la mano ahí.

—No la he quitado.

Hice que se volviera para poder verle la cara mientras la besaba y vi que tenía los ojos cerrados. Se los besé. Pensé que tal vez estuviese un poco loca. No me importó. No me preocupaba dónde me estaba metiendo. Siempre era mejor que ir cada noche a la casa para oficiales, donde las chicas se te subían encima y te ponían la gorra del revés como muestra de afecto entre sus idas y venidas arriba con tus camaradas. Sabía que no estaba enamorado de Catherine Barkley y no tenía intención de enamorarme. Era un juego, igual que el bridge, en el que pasabas el rato hablando en lugar de jugar tus cartas. Como en el bridge, había que fingir que había dinero o alguna otra cosa en juego. Nadie me había dicho qué había en juego y me daba igual.

—Ojalá pudiésemos ir a algún sitio —dije. Estaba experimentando la dificultad masculina de hacer el amor de pie mucho tiempo.

—No hay donde ir —dijo. Volvió de dondequiera que hubiese ido.

—Podemos sentarnos aquí un rato.

No sentamos en el duro banco de piedra y cogí a Catherine Barkley de la mano. No dejó que la rodeara con el brazo.

—¿Estás muy cansado? —preguntó.

—No.

Contempló la hierba.

—Qué juego tan horrible ¿verdad?

—¿Cuál?

—No te hagas el tonto.

—No lo hago. Al menos a propósito.

—Eres muy buen chico —dijo—. Y juegas lo mejor que puedes. Pero es horrible.

—¿Siempre sabes lo que piensa la gente?

—No siempre. Pero en tu caso sí. No hace falta que finjas querermte. Por hoy es suficiente. ¿Te apetece hablar de algo?

—Pero sí te quiero...

—Por favor, no nos mintamos cuando no hay necesidad. He disfrutado con tu pequeña actuación y ahora estoy bien. Ya ves que no estoy loca y que no me he ido. Solo un poco a veces.

Le apreté la mano.

—Mi querida Catherine.

—Ahora suena muy raro... Catherine. No lo dices igual que antes. Pero eres simpático. Se nota que eres un buen chico.

—Eso dijo el cura.

—Sí, eres muy bueno. ¿Vendrás a verme?

—Pues claro.

—Y no hace falta que digas que me quieres. Ya no es necesario. —Se puso en pie y apartó la mano—. Buenas noches. —Intenté besarla—. No —dijo—. Estoy cansadísima.

—Aun así, bésame —respondí.

—Estoy muy cansada, cariño.

—Bésame.

—¿Te apetece mucho?

—Sí.

Nos besamos y ella se apartó de pronto.

—No. Buenas noches, por favor, cariño.

Anduvimos hacia la puerta y la vi pasar al vestíbulo. Me gustaba cómo se movía. Se alejó por el pasillo. Me encaminé a casa. Hacía calor esa noche y había mucho movimiento en las montañas. Contemplé los destellos en San Gabriele.

Me detuve delante de la Villa Rossa. Las persianas estaban ce-

rradas pero dentro seguía animado. Alguien cantaba. Volví a casa. Rinaldi entró mientras me desvestía.

—¡Ajá! —dijo—. Las cosas no van tan bien. El niño parece confundido.

—¿Dónde has estado?

—En la Villa Rossa. Ha sido muy edificante, niño. Hemos estado cantando. ¿Dónde has estado tú?

—Visitando a los británicos.

—Gracias a Dios no me he dejado enredar por ellos.

La tarde siguiente regresé de nuestro primer puesto de socorro en la montaña y detuve la ambulancia en el *smistimento* donde se clasificaba a los heridos según sus papeles, que había que sellar antes de enviarlos a los distintos hospitales. Yo conducía, así que me quedé en la ambulancia y dejé que el chófer se encargara del papeleo. Hacía calor, el cielo era de color azul intenso y la carretera blanca y polvorienta. Me arrellané en el asiento del Fiat sin pensar en nada. Un regimiento pasó por la carretera y me entretuve viéndolos pasar. Los hombres parecían sudorosos y acalorados. Algunos se habían puesto el casco de acero, pero casi todos lo llevaban colgado de la mochila. La mayor parte eran demasiado grandes y al ponérselos les tapaban hasta las orejas. Los oficiales también los llevaban, aunque de la talla correcta. Era media *brigata* Basilicata. Los reconocí por la marca blanca y roja del cuello. Después del regimiento llegaron los rezagados, los hombres que no podían seguir el paso de su pelotón. Iban sudorosos, cubiertos de polvo y estaban cansados. Algunos tenían muy mal aspecto. Detrás del último rezagado iba un soldado. Cojeaba. Se detuvo y se sentó en la cuneta. Me apeé de la ambulancia y fui a verle.

—¿Qué le pasa?

Me miró y se puso en pie.

—Ahora mismo sigo.

—¿Qué le ocurre?

—... la guerra.

—¿Qué tiene en la pierna?

—No es la pierna. Tengo una hernia.

—¿Por qué no va usted con el transporte? —pregunté—. ¿Por qué no le han enviado al hospital?

—No me dejan. El teniente dice que me quitó el braguero a propósito.

—Deje que se la examine.

—Está salida.

—¿De qué lado?

—Aquí.

La palpé.

—Tosa —dije.

—Me da miedo que se salga aún más. Está casi el doble de grande que esta mañana.

—Siéntese —dije—. En cuanto arregle los papeles de estos heridos, le llevaré por la carretera y le dejaré con su oficial médico.

—Dirá que lo hice a propósito.

—No le pueden hacer nada —respondí—. No es una herida. Ya le había pasado antes, ¿no?

—Pero he perdido el braguero.

—Le enviarán al hospital.

—¿No puedo quedarme aquí, *teniente*?

—No, no tengo sus papeles.

El chófer llegó con la documentación de los heridos de la ambulancia.

—Cuatro para el 105. Dos para el 132 —anunció.

Eran los hospitales que había al otro lado del río.

—Conduce tú —dije.

Ayudé al soldado herniado a subir al asiento con nosotros.

—¿Habla usted inglés? —preguntó.

—Claro.

—¿Qué le parece esta puñetera guerra?

—Puñetera.

—Eso digo yo. Dios mío, claro que es puñetera.

—¿Conoce Estados Unidos?

—Sí. Pittsburgh. Sabía que era usted norteamericano.

—¿Es que no hablo bien el italiano?

—Sabía que era norteamericano.

—Otro norteamericano —dijo el chófer en italiano mientras miraba al herniado.

—Oiga, teniente. ¿Tiene que llevarme a ese regimiento?

—Sí.

—Es que el capitán médico sabe lo de la hernia. Me quité el condenado braguero para que empeorara y no tener que volver al frente.

—Entiendo.

—¿No podría llevarme a otro sitio?

—Si estuviésemos más cerca del frente, podría llevarle a un puesto de primeros auxilios, pero aquí necesita papeles.

—Si vuelvo, me operarán y luego me enviarán a primera línea para siempre. —Me quedé meditándolo—. No querría usted que lo enviaran allí para siempre, ¿verdad? —preguntó.

—No.

—Dios, qué guerra tan puñetera.

—Escuche —dije—. Baje, tírese a la cuneta y procure hacerse un buen chichón, le recogeré cuando volvamos y le llevaré a un hospital. Pare un momento, Aldo.

Nos detuvimos en la cuneta. Le ayudé a bajar.

—Aquí estaré, teniente.

—Adiós —respondí. Continuamos y al cabo de un kilómetro y medio adelantamos al regimiento, luego atravesamos el río, que corría blanquecino entre las pilastras del puente por el agua de deshielo, seguimos la carretera por el llano y dejamos a los heridos en los dos hospitales. Conduje a toda prisa la ambulancia vacía para recoger al hombre de Pittsburgh. Primero nos cruzamos con el regimiento, más lento y acalorado que nunca, luego con los rezagados. Después vimos una ambulancia tirada por caballos al lado de la carretera. Dos hombres estaban subiendo al tipo de la hernia. Habían vuelto a buscarle. Movié la cabeza al verme. Se le había caído el casco y la frente le sangraba junto al nacimiento del pelo. Tenía la nariz pelada y el cabello sanguinolento y cubierto de polvo.

—¡Mire el chichón, teniente! —gritó—. Es inútil. Han venido a buscarme.

Eran las cinco cuando llegué a casa y fui a ducharme donde lavábamos las ambulancias. Luego, en pantalones y camiseta interior, escribí el informe en mi cuarto, enfrente de la ventana abierta. Al cabo de dos días empezaría la ofensiva y tendría que ir a Plava con las ambulancias. Hacía mucho que no escribía a casa y sabía que debía hacerlo, pero había tardado tanto que me resultaba casi imposible. No tenía nada que contarles. Envié un par de postales *Zona di Guerra* del ejército y taché todo excepto «estoy bien».

Con eso bastaría. Esas postales gustarían en Norteamérica, eran extrañas y misteriosas. La nuestra era una zona de guerra extraña y misteriosa, pero supuse que las cosas no iban tan mal comparadas con las otras guerras con los austríacos. El ejército austríaco se creó para proporcionarle victorias a Napoleón, a cualquier Napoleón. Yo habría preferido un Napoleón, pero teníamos al 2.º *generale* Codorna, gordo y orondo, y a Vittorio Emmanuele, el minúsculo hombrecillo de cuello largo y barba de chivo. En el flanco derecho tenían al duque de Aosta. Puede que fuese demasiado apuesto para ser un gran general, pero al menos era muy varonil. A muchos les hubiese gustado que el rey fuera él. Y lo parecía. Era su tío y estaba al mando del tercer ejército. Nosotros formábamos parte del segundo. Había varias baterías británicas en el tercer ejército. En Milán había conocido a dos artilleros de dichas baterías. Eran buenos tipos y una tarde lo pasamos en grande. Eran corpulentos, tímidos y muy vergonzosos, y se dejaban impresionar por cualquier cosa. Habría preferido estar con los británicos. Todo habría sido más sencillo. Aunque lo más probable era que me hubiesen matado. No en las ambulancias. O sí, aunque estuviese en las ambulancias. De vez en cuando, moría algún conductor de ambulancia británico. Sin embargo, estaba convencido de que a mí no me matarían. Al menos en esa guerra. No tenía nada que ver conmigo. No me parecía más peligrosa para mí que la guerra que veía en las películas. Pese a todo, Dios sabe que estaba deseando que acabara. Tal vez concluyera ese verano. Quizá los austríacos cedieran. Era lo que habían hecho en las demás guerras. ¿Qué pasaba con esta guerra? Todo el mundo decía que los franceses se habían derrumbado. Rinaldi afirmaba que se habían amotinado y que las tropas avanzaban hacia París. Le pregunté qué ha-

bía pasado y dijo: «¡Oh, les han contenido!». Yo quería ir a Austria en tiempo de paz. Quería ir a la Selva Negra. Y a las montañas del Harz. ¿Dónde demonios estaban? Había combates en los Cárpatos. Pero yo no quería ir. Aunque tal vez valiera la pena. De no ser por la guerra, habría podido ir a España. El sol se estaba poniendo y empezaba a refrescar. Después de la cena iría a ver a Catherine Barkley. Ojalá estuviera aquí ahora. Ojalá hubiera estado con ella en Milán. Me habría gustado comer en la Cova y luego pasear por la via Manzoni una tarde calurosa y atravesar el canal para ir juntos al hotel. Tal vez lo hiciera. Puede que fingiera que yo era aquel novio a quien habían matado: entraríamos en el hotel por la puerta principal, el portero se quitaría la gorra y yo iría al mostrador de recepción y pediría la llave mientras ella esperaba delante del ascensor; luego subiríamos muy despacio parando en todos los pisos y, al llegar al nuestro, el ascensorista nos abriría la puerta, y ella saldría y yo también, recorreríamos el pasillo, yo abriría la puerta, entraría, cogería el teléfono y pediría que nos enviaran una botella de capri bianca en un cubo de metal lleno de hielo, y oíríamos el repiqueteo del hielo contra el cubo por el pasillo, y el camarero llamaría y yo le diría que hiciera el favor de dejarlo en la puerta. Porque haría tanto calor que iríamos sin ropa, la ventana estaría abierta y las golondrinas revolotearían sobre los tejados de las casas y cuando oscureciese pequeños murciélagos cazarían sobre las casas y cerca de los árboles, y beberíamos el capri con la puerta cerrada con llave y haría calor y sólo tendríamos una sábana y pasaríamos la noche amándonos en la cálida noche de Milán. Así debería ser. Tenía que cenar deprisa para ir a ver a la señorita Barkley.

En el comedor todos hablaban demasiado y bebí vino porque

esa noche no seríamos todos hermanos a menos que bebiera un poco; charlé con el capellán sobre el arzobispo Ireland que, por lo visto, era un gran hombre con quien se había cometido una injusticia en la que yo había participado en tanto que norteamericano aunque nunca hubiese oído hablar de él. Fingí estar al tanto de lo sucedido. Habría sido de mala educación no haberlo sabido, después de oír una explicación tan prolija de sus causas que al parecer no eran sino malentendidos. Me gustó su nombre y era de Minnesota, lo cual casaba muy bien: Ireland de Minnesota, Ireland de Wisconsin, Ireland de Michigan. Me gustaba porque tenía nombre de isla. No, no era eso. Era algo más. Sí, padre. Ciertamente, padre. Puede que sí, padre. No, padre. Bueno, tal vez tenga usted razón, padre. Usted lo sabe mejor que yo, padre. El capellán era buena persona, pero aburrido. Los oficiales no eran buenas personas y eran aburridos. El rey era buena persona, pero no aburrido. El vino era malo, pero no aburrido. Le saltaba a uno el esmalte de los dientes y se lo pegaba al paladar.

—Lo encerraron porque llevaba encima los bonos al tres por ciento —explicó Rocca—. Aquí jamás le habrían detenido. Él alegó que no sabía nada de los bonos. Eso ocurrió en Béziers. Yo estaba allí y lo leí en el periódico, fui a la cárcel y pedí que me dejaran ver al cura. Estaba claro que había robado los bonos.

—No me creo ni una palabra —dijo Rinaldi.

—Como quieras —respondió Rocca—. Se lo estoy contando a nuestro amigo el capellán. Es muy revelador. Él es cura y sabrá apreciarlo.

El cura sonrió.

—Continúa —dijo—, soy todo oídos.

—Por supuesto, algunos bonos no valían nada, pero llevaba

encima los bonos al tres por ciento y algunos pagarés a empresas locales, he olvidado en qué consistían exactamente. Así que fui a la cárcel, y aquí está la clave de la historia: me planté ante la puerta de su celda y dije, como si quisiera confesarme: «Bendígame, padre, porque usted ha pecado».

Todos estallaron en carcajadas.

—¿Y qué respondió él?—preguntó el cura.

Rocca no le hizo caso y procedió a explicarme el chiste.

—Lo entiendes, ¿no?

Por lo visto, era muy gracioso si uno lo entendía bien. Me sirvieron más vino y me contaron la historia del soldado raso inglés a quien habían metido en la ducha. Luego el comandante contó la de los once checoslovacos y el cabo húngaro. Después de beber más vino, conté la anécdota del jockey que encontró un penique. El comandante dijo que había una historia italiana parecida sobre una duquesa que no podía conciliar el sueño por las noches. Llegado ese momento, el capellán se fue y conté el chiste del viajante de comercio que llegó a Marsella a las cinco de la mañana un día que soplabla el mistral. El comandante afirmó que había oído decir que yo era un gran bebedor. Lo negué. Él dijo que era cierto y que sobre el cadáver de Baco comprobaría si era cierto o no. Baco no, respondí. Baco no. Sí, Baco, insistió. Yo bebería copa a copa y vaso a vaso con Fillipo Vincenza Bassi. Bassi replicó que eso no era justo porque ya había bebido casi el doble que yo. Objeté que eso era una sucia mentira y que, Baco o no Baco, Fillipo Vincenza Bassi o Bassi Fillipo Vincenza no había probado una gota en toda la tarde, además ¿cómo se llamaba? Él preguntó si yo me llamaba Frederico Enrico o Enrico Federico. Dije que gane el mejor, y el comandante empezó sirviéndonos

vino tinto en tazas. A mitad de lo del vino, no quise más. Recordé dónde tenía que ir.

—Bassi gana —dije—. Es mejor que yo. Tengo que irme.

—Es cierto —confirmó Rinaldi—. Tiene una cita. Estoy al tanto de todo.

—Tengo que irme.

—Otra noche —repuso Bassi—. Otra noche cuando te sientas con más fuerzas. —Me dio una palmada en el hombro—. La mesa estaba cubierta de velas encendidas. Todos los oficiales estaban muy contentos.

—Buenas noches, caballeros —dije.

Rinaldi salió conmigo. Nos quedamos en la puerta y dijo:

—Será mejor que no vayas si estás borracho.

—No lo estoy, Rinin. De verdad.

—Mejor mastica un poco de café.

—Bobadas.

—Iré a buscar un poco, niño. —Volvió con un puñado de granos de café tostado—. Mastica esto, niño, y que Dios te ayude.

—Baco —dije.

—Te acompañaré.

—Estoy perfectamente.

Atravesamos la ciudad juntos y mastiqué el café. Al llegar al sendero que llevaba a la villa de los ingleses, Rinaldi se despidió.

—Buenas noches —dije—. ¿Por qué no entras?

Movió la cabeza.

—No —dijo—. Prefiero placeres más sencillos.

—Gracias por los granos de café.

—De nada, niño. De nada.

Seguí por el sendero. El perfil de los cipreses que lo bordeaban

era claro y nítido. Me volví, vi a Rinaldi mirándome y le saludé con la mano.

Me senté en la recepción de la villa y esperé a que bajara Catherine Barkley. Alguien llegó por el pasillo. Me puse en pie, pero no era Catherine. Era la señorita Ferguson.

—Hola —dijo—. Catherine me ha pedido que le diga que siente no poder verle esta noche.

—Cuánto lo siento. Espero que no esté enferma.

—No se encuentra muy bien.

—¿Le dirá lo mucho que lo lamento?

—Claro.

—¿Cree que serviría de algo que intentara verla mañana?

—Sí.

—Muchas gracias —dije—. Buenas noches.

Fui a la puerta y de pronto me sentí solo y vacío. Apenas había tratado a Catherine, me había emborrachado y casi había olvidado ir a visitarla, pero cuando no pude verla me sentí solo y vacío.

Al día siguiente nos enteramos de que esa noche iba a producirse un ataque río arriba y de que debíamos acudir allí con cuatro ambulancias. Nadie sabía nada, pero todos hablaban de ello con mucha convicción, como si fuesen grandes estrategias. Yo iba en la primera ambulancia, y al pasar delante del hospital británico le pedí al chófer que parara. Las demás ambulancias se detuvieron también. Bajé y les ordené que siguieran y que, si no les habíamos alcanzado en el cruce de Cormons, esperasen allí. Recorrí a toda prisa el camino de entrada, entré en recepción y pregunté por la señorita Barkley.

—Está de servicio.

—¿Podría verla solo un momento?

Enviaron a un ordenanza a buscarla y regresó con él.

—He venido a preguntar si se encontraba usted mejor. Me han dicho que estaba de servicio y he respondido que quería verla.

—Estoy bien —dijo—. Creo que ayer me sentó mal el calor.

—Tengo que irme.

—Le acompañaré a la puerta.

—¿De verdad estás bien? —pregunté, una vez fuera.

—Sí, cariño. ¿Vendrás esta noche?

—No. Tengo que ir a una función que se va a representar más allá de Plava.

—¿Una función?

—No creo que sea nada.

—¿Volverás?

—Mañana.

Se quitó algo del cuello. Me lo puso en la mano.

—Es un san Antonio —explicó—. Y ven mañana por la noche.

—Pero tú no eres católica, ¿no?

—No. Pero dicen que llevar un san Antonio trae suerte.

—Te lo cuidaré. Adiós.

—No —respondió—. Adiós, no.

—Bueno.

—Sé buen chico y ten cuidado. No, aquí no puedes besarme. Es imposible.

—De acuerdo.

Me volví y la vi en las escaleras. Me saludó con la mano y le lancé un beso. Volvió a saludarme y dejó el sendero, subí a la ambulancia y nos pusimos en camino. El san Antonio estaba dentro de una cajita blanca de metal. Abrí la cajita y me lo puse en la mano.

—¿Es un san Antonio? —preguntó el chófer.

—Sí.

—Yo también tengo uno. —Apartó la mano derecha del volante, se desabrochó un botón de la guerrera y lo sacó de debajo de la camisa.

—¿Lo ve?

Volví a meter el san Antonio en su caja, enrollé la fina cadenita de oro y lo guardé en el bolsillo de la pechera.

—¿No va a ponérselo?

—No.

—Es mejor llevarlo. Para eso es.

—Muy bien —respondí.

Abrí el cierre de la cadenita de oro, me la puse alrededor del cuello y lo volví a cerrar. El santo colgaba encima del uniforme, me desabotoné la guerrera y el cuello y lo dejé debajo de la camisa. Noté el estuchito de metal sobre el pecho mientras conducíamos. Luego lo olvidé. Cuando me hirieron no volví a verlo. Alguien debió de quitármelo en uno de los puestos de socorro.

Cruzamos el puente a toda velocidad y de pronto divisamos el polvo de las otras ambulancias. La carretera describía una curva y vimos los tres coches, que parecían diminutos, y el polvo que levantaban las ruedas y que se perdía entre los árboles. Les alcanzamos, les adelantamos y tomamos un desvío por una carretera que subía a las montañas. Conducir en convoy no está mal si uno va delante, así que me recosté en el asiento y me dediqué a contemplar el paisaje. Nos hallábamos en las estribaciones de un macizo montañoso por el lado más próximo al río y a medida que la carretera ascendía pudimos contemplar las montañas al norte con las cumbres todavía nevadas. Miré atrás y vi las tres ambulancias que subían separadas por la distancia del polvo que levantaban. Adelantamos una reata de mulas de carga, los conductores que las guiaban llevaban feces rojos. Eran *bersaglieri*.

Pasada la comitiva de mulas el camino estaba despejado, dejamos atrás la loma de una montaña alargada y llegamos a un valle surcado por un río. Había árboles a ambos lados de la carretera y a través de ellos, a la derecha, vi el río, con el agua cristalina, rápida y poco profunda. El río no iba muy crecido y había extensiones de

arena y guijarros entre las que corría un hilillo de agua, que a veces se desbordaba brillante sobre el lecho pedregoso. Cerca de la orilla vi profundos remansos de un agua tan azul como el cielo. Vi varios puentes de piedra con caminos que se apartaban de la carretera, pasamos junto a unas granjas también de piedra a resguardo de cuya pared sur crecían unos perales como candelabros y dejamos atrás las paredes bajas de los campos. Seguimos por el valle un buen rato, luego tomamos una curva y una vez más nos dirigimos hacia las montañas. La carretera ascendía en pronunciada pendiente dando vueltas y revueltas entre bosques de castaños hasta llegar a una larga cresta. Entre los bosques vi a lo lejos iluminada por el sol la línea del río que separaba dos ejércitos. Continuamos por la tosca carretera militar que seguía la cresta de la montaña y miré al norte hacia las dos cadenas montañosas, verdes y oscuras hasta donde empezaba la nieve y luego blancas al sol. Después, a medida que la carretera ascendía a lo largo de la cresta, divisé una tercera cordillera con montañas nevadas aún más altas, blancas como la creta, agrietadas y con extrañas superficies lisas. Eran las montañas austríacas y nosotros no teníamos nada parecido. Más adelante, la carretera giraba bruscamente a la derecha y descendía entre los árboles. Encontramos tropas, camiones y mulas con artillería de campaña y mientras bajábamos por un lado vi el río a lo lejos, la línea de raíles y traviesas que discurría a su lado, el antiguo puente del tren y más allá, al pie de una colina pasado el río, las casas medio derrumbadas del pueblo que debíamos tomar.

Era casi de noche cuando llegamos abajo y tomamos la carretera principal que bordeaba el río.

La carretera estaba abarrotada y a ambos lados habían colocado pantallas hechas con tallos de maíz y esteras de paja para formar una techumbre, lo que le daba cierto parecido a la entrada de un circo o un pueblo nativo. Pasamos despacio por aquel túnel cubierto de esteras y salimos a un lugar despejado donde antes había estado la estación de ferrocarril. En ese tramo la carretera iba por debajo del nivel del río y a lo largo de la cuneta había agujeros excavados en la orilla en los que se apostaba la infantería. El sol se estaba poniendo y al mirar por encima del terraplén vi la negra silueta de los globos de observación austríacos a lo largo de la orilla. Aparcamos las ambulancias detrás de una fábrica de ladrillos. Los hornos y algunos pozos se habían habilitado como puestos de socorro. Conocía a tres de los médicos que había allí. Hablé con el comandante y me informó de que cuando empezara la ofensiva y las ambulancias estuviesen llenas tendríamos que regresar por la carretera protegida por pantallas y subir por la carretera principal hasta la cresta, donde habría un puesto y otros coches esperando para evacuar a los heridos. Confiaba en que no se produjera ningún atasco. Solo disponíamos de esa carretera. La habían tapado con aquellas pantallas para que los austríacos no

pudieran verla desde el otro lado del río. En la fábrica de ladrillos, estábamos protegidos por el terraplén del fuego de fusil y las ametralladoras. Había un puente hundido. Iban a construir otro cuando empezara el bombardeo y algunas tropas cruzarían un vado que había más arriba en un recodo del río. El comandante era un hombrecillo de bigotes retorcidos. Había estado en la guerra en Libia y llevaba dos cintas por heridas recibidas en combate. Afirmó que si la cosa iba bien procuraría que me diesen una medalla. Respondí que ojalá fuese así y que era muy amable. Le pregunté si había algún refugio subterráneo lo bastante grande para que los conductores pudieran esperar en él y envió a un soldado a enseñármelo. Le acompañé y llegamos al refugio, que era muy espacioso. A los conductores les gustó y los dejé en él. El comandante me invitó a tomar una copa con él y otros dos oficiales. Bebimos ron y se mostró muy cordial. Fuera estaba oscureciendo. Pregunté cuándo empezaría el ataque y me respondieron que en cuanto se hiciera de noche. Volví con los conductores. Estaban charlando en el refugio y se callaron al verme entrar. Le di un paquete de cigarrillos a cada uno. Cigarrillos Macedonias tan mal liados que el tabaco se salía y había que retorcer los extremos antes de fumarlos. Manera sacó el encendedor y lo pasó de mano en mano. Tenía forma de radiador Fiat. Les conté lo que me habían dicho.

—¿Por qué no hemos visto el puesto al pasar? —preguntó Pasini.

—Estaba un poco más allá del desvío.

—Esa carretera va a ser una ratonera —dijo Manera.

—Nos van a bombardear hasta dejarnos hechos una _____.

—Es muy probable.

—¿Por qué no comemos un poco, teniente? Cuando esto empiece no tendremos ocasión.

—Iré a preguntar —dije.

—¿Quiere que nos quedemos o podemos salir a echar un vistazo?

—Mejor quedaos.

Volví al refugio subterráneo del comandante y respondió que enseguida avisaría a la cocina de campaña y los conductores podrían ir a comer un poco de estofado. Les prestaría unos platos de metal si no tenían. Respondí que creía que sí. Volví e informé a los conductores de que les avisaría en cuanto llegase la comida. Manera afirmó que ojalá llegase antes de que empezase el bombardeo. Siguieron callados hasta que me fui. Todos eran mecánicos y odiaban la guerra.

Salí a revisar las ambulancias y ver lo que ocurría; luego volví y me quedé en el refugio con los cuatro conductores. Nos sentamos en el suelo con la espalda apoyada en la pared y empezamos a fumar. Fuera casi era de noche. El suelo del refugio estaba seco y caliente, apoyé la espalda en la pared y me deslicé sobre los riñones para descansar un poco.

—¿Quién encabeza el ataque? —preguntó Gavuzzi.

—Los *bersaglieri*.

—¿Todos?

—Creo que sí.

—No tienen tropas suficientes para un ataque de verdad.

—Probablemente quieran desviar la atención del lugar donde vaya a producirse.

—¿Lo saben ellos?

—No lo creo.

—Seguro que no —dijo Manera—. Si lo supieran, no atacarían.

—Pues claro que atacarían —objetó Passini—. Los *bersaglieri* son idiotas.

—Son valientes y muy disciplinados —dije.

—Son fuertes, de hombros anchos y gozan de buena salud, pero son unos idiotas.

—Los *granatieri* son altos —dijo Manera.

Todos le rieron la broma.

—Teniente, ¿estuvo usted cuando se negaron a atacar y fusilaron a uno de cada diez hombres?

—No.

—Pues es cierto. Les hicieron formar filas y se llevaron a uno de cada diez hombres. Los fusilaron los *carabinieri*.

—¡Los *carabinieri*! —dijo Passini y escupió en el suelo—. ¡Pero los granaderos!, miden todos más de un metro ochenta. Y se negaron a atacar.

—Si todo el mundo se negara, se acabaría la guerra —apuntó Manera.

—No fue el caso de los *granatieri*. Tenían miedo. Todos los oficiales son de buena familia.

—Algunos oficiales atacaron solos.

—Un sargento les disparó a dos que no querían salir de la trinchera.

—Algunas tropas sí salieron.

—A los que atacaron no les hicieron formar filas cuando escogieron a los que iban a fusilar.

—Uno de los que fusilaron los *carabinieri* era de mi pueblo —dijo Passini—. Era un chico alto, grande y listo. Siempre estaba en Roma. Siempre con chicas. Y siempre con los *carabinieri*. —Se

rió—. Ahora han puesto a un guardia con bayoneta a la puerta de su casa y nadie puede visitar a su madre, su padre y sus hermanas; y su padre ha perdido sus derechos civiles y ni siquiera puede votar. Ninguna ley les ampara. Cualquiera puede robarles.

—Si no les ocurriera eso a las familias, nadie atacaría.

—Sí. Los *alpini*. Y los soldados voluntarios. Y algunos *bersaglieri*.

—Los *bersaglieri* también han huido. Ahora intentan olvidarlo.

—No debería dejarnos hablar así, *tenente*. *Evviva l'esercito* —dijo Passini en tono sarcástico.

—¡Ya sé lo que decís! —respondí—. Pero, mientras conduzcáis las ambulancias y os portéis...

—... y no hablemos así delante de otros oficiales —terminó Manera.

—Creo que nos conviene resistir hasta acabar la guerra —dije—. No terminará si uno de los bandos deja de pelear. Si dejásemos de combatir, las cosas empeorarían.

—No podrían ir peor —objetó Passini respetuosamente—. No hay nada peor que la guerra.

—La derrota.

—No lo creo —respondió Passini, siempre respetuoso—. ¿Qué es la derrota? Que vuelves a casa.

—Que te persiguen. Que te quitan la casa. Y a tus hermanas.

—No me lo creo —dijo Passini—. No pueden hacerles eso a todos. Que cada cual defienda lo suyo. Y que deje a sus hermanas en casa.

—Te ahorcan. O te obligan a volver a alistarte. Y no en las ambulancias, sino en infantería.

—No pueden ahorcar a todo el mundo.

—Una nación extranjera no puede obligarte a ser soldado —terció Manera—. En la primera batalla todos echarían a correr.

—Como los checos.

—Se nota que no sabéis lo que significa ser derrotado y por eso opináis que no es tan malo.

—*Tenente* —dijo Passini—, se supone que nos deja usted hablar. Escuche. No hay nada peor que la guerra. En el cuerpo de ambulancias no podemos hacernos una idea de lo mala que es. Cuando la gente lo ve, no puede hacer nada por detenerla porque se desquicia. Hay quien no llega a darse cuenta. Y quien teme a sus oficiales. Con ellos se hacen las guerras.

—Sé que la guerra es mala, pero debemos resistir hasta el final.

—No tiene fin. Las guerras no terminan nunca.

—Claro que sí.

Passini movió la cabeza.

—La guerra no se gana con la victoria. ¿Qué más da que tomemos o no San Gabriele? ¿Qué adelantaríamos capturando Carso, Montefalcone y Trieste? ¿Qué conseguiríamos? ¿Ha visto las montañas hoy? ¿Acaso cree que también podríamos tomarlas? Solo si los austríacos dejaran de combatir. Uno de los bandos debe parar. ¿Por qué no nosotros? Si invaden Italia se cansarán y acabarán marchándose. Tienen su propio país. Pero no, en vez de eso seguimos la guerra.

—Estás hecho un orador.

—Pensamos. Leemos. No somos campesinos. Somos mecánicos. Pero ni siquiera los campesinos creen en la guerra. Todo el mundo la odia.

—Hay una clase que controla el país y que es tan estúpida que no entiende ni entenderá nunca nada. Por eso estamos en guerra.

—Y además ganan dinero con ella.

—La mayoría no —objetó Passini—. Son demasiado estúpidos. Lo hacen por nada. Por estupidez.

—Más vale que callemos —dijo Manera—. Estamos hablando demasiado, incluso para el *tenente*.

—Le gusta —insistió Passini—. Acabaremos convirtiéndole.

—Pero por ahora es mejor callar —repitió Manera.

—¿Cuándo vamos a comer, *tenente*? —preguntó Gavuzzi.

—Iré a ver —dije.

Gordini se puso en pie y salió conmigo.

—¿Puedo ayudarle, *tenente*? ¿Puedo serle útil?

Era el más callado de los cuatro.

—Vente conmigo si quieres y lo averiguaremos —respondí.

Fuera estaba oscuro y los largos haces de los reflectores recorrían las montañas. En ese frente había enormes focos montados en camiones que veíamos de vez en cuando de noche en la carretera, aparcaban en la cuneta muy cerca de las líneas y un oficial dirigía el foco dando órdenes a su asustado equipo. Atravesamos la fábrica de ladrillos y nos detuvimos ante el principal puesto de socorro. En la entrada habían instalado una pequeña protección hecha con ramas verdes y, en la oscuridad, el viento nocturno agitaba las hojas secas que había secado el sol. Dentro había luz. El comandante hablaba por teléfono sentado en una caja. Uno de los capitanes médicos dijo que el ataque se había retrasado una hora. Me ofreció una copa de coñac. Miré las mesas de operaciones hechas con tablas, el instrumental que brillaba bajo la luz, las palan-

ganas y los frascos con tapones. Gordini se quedó a mi espalda. El comandante se levantó.

—Van a empezar ya —dijo—. Lo han vuelto a adelantar.

Me asomé fuera, estaba muy oscuro y los reflectores de los austríacos recorrían las montañas que teníamos detrás. El silencio se prolongó unos instantes, luego todos los cañones empezaron el bombardeo al unísono.

—Savoia —dijo el comandante.

—¿Qué hay de la sopa, comandante? —pregunté.

No me oyó. Volví a repetírselo.

—Aún no ha llegado.

Un proyectil enorme impactó contra la fábrica de ladrillos. Luego cayó otro y en mitad del estruendo se oyó el ruido de los pedazos de tierra y ladrillo al caer al suelo.

—¿Qué hay para comer?

—Un poco de pasta *asciutta* —respondió el comandante.

—Aceptaré lo que pueda darme.

El comandante habló con un ordenanza, que desapareció al fondo y regresó con un puchero de metal lleno de *macaroni* fríos. Se lo di a Gordini.

—¿No tienen un poco de queso?

El comandante le gruñó algo al ordenanza, que volvió a desaparecer y trajo un cuarto de queso blanco.

—Muchas gracias —dije.

—Yo de usted no saldría.

Fuera habían dejado un bulto delante de la puerta. Uno de los hombres que lo llevaban se asomó.

—Traedlo aquí —dijo el comandante—. ¿Se puede saber qué os pasa? ¿Es que queréis que salga yo a buscarlo?

Los dos camilleros cogieron al hombre por las piernas y los brazos y lo metieron en el refugio.

—Rasgadle la guerrera —dijo el comandante.

Sostenía unas pinzas con el extremo cubierto de gasa. Los dos capitanes se quitaron la bata.

—Largo de aquí —les espetó el comandante a los camilleros.

—Vamos —le dije a Gordini.

—Sería mejor que esperase a que terminara el bombardeo —dijo el comandante por encima del hombro.

—Tienen hambre —objeté:

—Como quiera.

Atravesamos corriendo la fábrica. Un proyectil cayó cerca de la orilla. Luego cayó otro que no oímos llegar hasta que explotó. Los dos nos echamos al suelo y entre el destello, el estruendo de la explosión y el olor oímos el silbido de los fragmentos y el tamborilear de la lluvia de pedazos de ladrillo. Gordini se puso en pie y corrió hacia el refugio. Yo le seguí, sujetando el queso, cuya superficie lisa se había cubierto de polvo de ladrillo. Dentro del refugio, los tres conductores esperaban fumando recostados contra la pared.

—Tomad, hatajo de patriotas —dije.

—¿Cómo están las ambulancias? —preguntó Manera.

—Bien.

—¿Ha pasado miedo, *tenente*?

—No lo sabes tú bien.

Saqué la navaja, la abrí, limpié la hoja y corté la corteza sucia del queso. Gavuzzi me pasó el puchero de *macaroni*.

—Empiece usted, *tenente*.

—No —respondí—. Déjalo en el suelo. Comeremos juntos.

—No tenemos tenedores.

—Qué diablos —dije en inglés.

Corté el queso en pedazos y los puse sobre los *macaroni*.

—Sentaos y comed —dije.

Se sentaron y esperaron. Metí el índice y el pulgar en el puchero de los macarrones y levanté la mano. Se desprendió un mazacote.

—Levántelo más, *tenente*.

Alargué el brazo hasta que se soltaron los hilos de queso. Me lo llevé a la boca, sorbí y mordisqueé los bordes y mastiqué, luego tomé un bocado de queso y eché un trago de vino. Sabía a metal oxidado. Le di la cantimplora a Passini.

—Se ha estropeado —dijo—. Lleva demasiado tiempo ahí dentro. Lo llevaba en la ambulancia.

Todos comían con la barbilla encima del puchero, echaban la cabeza atrás y sorbían por los extremos. Yo cogí otro puñado, un poco de queso y un trago de vino. Fuera cayó algo que hizo estremecer la tierra.

—Un cuatrocientos veinte o un *minnenwerfer* —dijo Gavuzzi.

—En las montañas no hay cuatrocientos veinte —objeté.

—Tienen cañones Skoda. He visto los hoyos.

—Son del trescientos cinco.

Seguimos comiendo. Se oyó un tosido, un ruido como el de una locomotora al ponerse en marcha y luego una explosión que volvió a sacudir el suelo.

—Este refugio no es lo bastante profundo —dijo Passini.

—Eso ha sido una granada de mortero.

—Sí, señor.

Terminé mi trozo de queso y eché un trago de vino. Entre los demás ruidos oí un torido, luego el chu-chu-chu y a continuación se produjo un destello como cuando se abre la puerta de un horno y un estruendo que empezó siendo blanco y acabó siendo rojo entre un viento arrollador. Intenté respirar, pero no pude tomar aliento y noté cómo salía, salía y salía de mi cuerpo arrastrado por aquel viento. Salí de mi cuerpo y supe que estaba muerto y que había sido un error pensar que uno moría sin más. Luego fluté y en lugar de dejarme llevar giré sobre un costado. Respiré y regresé. El suelo estaba destrozado y delante de mí había una viga astillada. Tenía la cabeza muy agitada y oí gritar a alguien. Pensé que alguien gritaba. Intenté moverme, pero no pude. Oí el fuego de fusil y el tableteo de las ametralladoras a lo largo de la otra orilla. Se produjo un enorme chapoteo y vi alzarse las bengalas que estallaron y flotaron blancas, vi las rocas que volaban y oí las bombas; justo en ese momento oí a alguien que decía a mi lado: «Mamma Mia! Oh, mamma Mia!». Di un tirón, me retorcí y conseguí soltarme las piernas, me volví y lo toqué. Era Passini, que gritó al notar mi mano. Tenía las piernas hacia mí y en la oscuridad y la luz vi que estaban aplastadas por encima de la rodilla. Una estaba arrancada y la otra se sujetaba solo por los tendones y un pedazo de pantalón, el muñón latía y palpitaba como si estuviera seccionado. Se mordió el brazo y gimió: «Oh, mamma mia, mamma Mia» y luego: «Dio te salve, Maria. Dio te salve, Maria. Oh, Jesús, mátame, Cristo mátame, mamma mia, mamma Mía, oh, purísima María, mátame. Basta. Basta ya. Oh, Jesús, purísima María, basta ya. ¡Oh, oh, oh!», luego añadió atragantándose: «Mamma, mamma, mia». Guardó silencio y se mordió el brazo mientras el muñón seguía palpitando.

—*Porta feriti!* —grité haciendo pantalla con las manos—. *Porta feriti!*

Intenté acercarme a Passini para hacerle un torniquete, pero no pude moverme. Volví a intentarlo y mis piernas se movieron un poco. Conseguí arrastrarme a su lado con los brazos y los codos. Passini seguía sin decir nada. Me senté a su lado, me desabroché la guerrera e intenté rasgar la camisa. No se rasgaba y mordí la tela para romperla. Luego pensé en sus polainas. Yo llevaba calcetines de lana, pero Passini llevaba polainas. Todos los conductores las llevaban, aunque a Passini solo le quedaba una pierna. Desenrollé la polaina y mientras lo hacía vi que ya no era necesario hacerle el torniquete porque estaba muerto. Lo comprobé. Tenía que encontrar a los otros tres. Me erguí y algo se movió en el interior de mi cabeza, como el contrapeso de los ojos de las muñecas, y me golpeó detrás de los globos oculares. Tenía las piernas calientes y húmedas y los zapatos también estaban húmedos por dentro. Supe que me habían herido y me incliné para tocarme la rodilla. La rodilla no estaba. Busqué a tientas y la encontré junto a la tibia. Me sequé la mano en la camisa y otra bengala cayó flotando lentamente, me miré la pierna y me asusté mucho. «Oh, Dios —dije—, sácame de aquí.» No obstante, sabía que había otros tres. Había cuatro conductores. Passini había muerto. Quedaban tres. Alguien me cogió por las axilas mientras otro me sujetaba las piernas.

—Hay tres más —dije—. Uno ha muerto.

—Soy Manera. Hemos ido a por una camilla, pero no encontramos ninguna. ¿Cómo está, *tenente*?

—¿Dónde están Gordini y Gavuzzi?

—A Gordini le están vendando en el puesto de socorro. Y

Gavuzzi es el que le sujeta por las piernas. Agárrese del cuello, *tenente*. ¿Está malherido?

—En la pierna. ¿Cómo está Gordini?

—Bien. Ha sido una granada de mortero.

—Passini ha muerto.

—Sí. Está muerto.

Un proyectil cayó cerca y los dos me soltaron y se echaron cuerpo a tierra.

—Lo siento, *tenente* —dijo Manera—. Sujétese a mi cuello.

—No volváis a soltarme.

—Es que nos hemos asustado.

—¿Estáis ilesos?

—Los dos tenemos alguna que otra herida.

—¿Gordini puede conducir?

—No creo.

Volvieron a soltarme antes de llegar al puesto.

—¡Hijos de puta! —exclamé.

—Lo siento, *tenente* —respondió Manera—. No lo haremos más.

A la puerta del puesto había mucha gente en el suelo en la oscuridad. Metían a los heridos y volvían a sacarlos. Vi la luz que salía del puesto de socorro cada vez que abrían la cortina para meter o sacar a alguien. Los muertos los dejaban a un lado. Los médicos trabajaban arremangados hasta el hombro y estaban ensangrentados como carniceros. No había camillas suficientes. Algunos de los heridos hacían ruido, pero la mayoría guardaba silencio. El viento agitaba las hojas de la rama que había sobre la puerta del puesto y la noche empezaba a refrescar. No paraban de llegar camilleros, dejaban la camilla en el suelo, la descargaban y

volvían a marcharse. En cuanto llegamos al puesto de socorro, Manera fue a buscar a un sargento médico y me vendó las piernas. Dijo que la tierra me había taponado la herida y había contenido la hemorragia. Me evacuarían lo antes posible. Volvió adentro. Gordini no podía conducir, confirmó Manera. Tenía roto el hombro y una herida en la cabeza. No le dolía, pero se le había acalambrado el hombro. Estaba sentado junto a una pared de ladrillo. Manera y Gavuzzi se fueron con un cargamento de heridos. Ellos sí podían conducir. Los británicos habían llegado con tres ambulancias e iban dos hombres por ambulancia. Uno de los chóferes vino a verme, enviado por Gordini, que estaba muy pálido y desmejorado. El británico se agachó.

—¿Está malherido? —preguntó.

Era un tipo alto con gafas de montura metálica.

—En las piernas.

—Espero que no sea grave. ¿Quiere un cigarrillo?

—Gracias.

—Me han dicho que ha perdido dos conductores.

—Sí. Uno ha muerto y el otro es quien le ha llamado.

—Qué mala suerte. ¿Quiere que conduzcamos nosotros las ambulancias?

—Es lo que iba a pedirle.

—Las cuidaremos y las devolveremos a la villa. Son del 206, ¿no?

—Sí.

—Es un sitio precioso. Creo haberle visto por allí. Me han dicho que es usted norteamericano.

—Sí.

—Yo soy inglés.

—¡No me diga!

—Sí, inglés. ¿Pensaba que era italiano? Había unos cuantos en una de nuestras unidades.

—No sabe cuánto le agradecería que se hiciera cargo de nuestras ambulancias —dije.

—Cuidaremos bien de ellas. —Se puso en pie—. Su amigo estaba empeñado en que viniera a verle. —Le dio una palmada en el hombro a Gordini, que hizo una mueca y sonrió. El inglés le dijo en un italiano fluido—: Todo solucionado. He hablado con su *tenente*. No se preocupe, nos haremos cargo de las dos ambulancias. —Luego añadió—: Y a usted tenemos que sacarle de aquí. Iré a ver a los médicos. Nos lo llevaremos.

Fue hacia el puesto de socorro, esquivando con cuidado a los heridos. Vi cómo apartaba la cortina, la luz salió al entrar él.

—Ese hombre cuidará de usted, *tenente* —dijo Gordini.

—¿Cómo se encuentra, Franco?

—Estoy bien. —Se sentó a mi lado. Al cabo de un momento la manta que hacía las veces de cortina en el puesto se abrió y salieron dos camilleros seguidos del inglés alto, que los condujo a donde yo estaba.

—Ahí tienen al *tenente* norteamericano —dijo en italiano.

—Puedo esperar —respondí—. Hay heridos mucho más graves. Estoy bien.

—Vamos, vamos —dijo—. No se haga el puñetero héroe. —Luego añadió en italiano—: Tengan cuidado al levantarlo por las piernas. Le duelen mucho. Es el hijo legítimo del presidente Wilson.

Me levantaron y me llevaron al interior del puesto. Dentro, todas las mesas de operaciones estaban ocupadas. El minúsculo

comandante nos echó una mirada furiosa. Me reconoció e hizo un gesto con las pinzas.

—*Ça va bien?*

—*Ça va.*

—Lo he traído yo —dijo en italiano el inglés alto—. Es el único hijo del embajador norteamericano. Lo dejaré aquí hasta que puedan atenderle. Luego me lo llevaré con el primer cargamento de heridos. —Se inclinó hacia mí—. Le diré a su asistente que rellene los papeles, así todo irá más rápido.

Se agachó para pasar por la puerta y se marchó. El comandante había soltado las pinzas y las había dejado en una palangana. Seguí su mano con los ojos. Estaba poniendo un vendaje. Luego los camilleros se llevaron a uno de la mesa de operaciones.

—Atenderé al *tenente* norteamericano —dijo uno de los capitanes.

Me subieron a la mesa. Estaba dura y resbaladiza. Noté muchos olores fuertes, olores químicos y el fuerte aroma de la sangre. Me quitaron los pantalones y el capitán médico empezó a dictarle al sargento al tiempo que me inspeccionaba:

—Múltiples heridas superficiales en los muslos izquierdo y derecho, en las rodillas y en los pies. Heridas profundas en la rodilla y el pie derechos. Laceraciones en el cráneo —lo palpó «¿Duele?» «¡Dios, sí!»— con posible fractura de cráneo. Herido en el cumplimiento del deber. Así se librará de un consejo de guerra por haberse herido voluntariamente —dijo—. ¿Quiere un poco de coñac? ¿Cómo se ha hecho esto? ¿Qué quería? ¿Suicidarse? La antitetánica, por favor, y marque una cruz en ambas piernas. Gracias. Le limpiaré un poco las heridas y le haré un vendaje. Su sangre coagula de maravilla.

El asistente alzó la vista del papel.

—¿Cómo se ha hecho las heridas?

—¿Cómo se ha herido? —preguntó el capitán médico.

—Con una granada de mortero —respondí.

—¿Está usted seguro? —preguntó el capitán mientras hacía algo doloroso y cortaba el tejido.

—Eso creo —repliqué tratando de no moverme, aunque notaba cómo me temblaba el estómago cuando él cortaba la carne.

El capitán médico (interesado en algo que había encontrado) dijo:

—Fragmentos de granada de mortero enemiga. Si quiere, puedo palparle para ver si encuentro más, pero no es necesario. Le embadurnaré bien todo esto. ¿Escuece? Bueno, eso no es nada comparado con lo que le dolerá después. El dolor aún no ha empezado. Tráigale una copa de coñac. La conmoción mitiga el dolor; pero todo esta bien, no tiene de qué preocuparse si no se le infecta, y rara vez ocurre. ¿Qué tal la cabeza?

—¡Dios! —respondí.

—Pues no beba demasiado coñac. Si tiene una fractura es mejor que no se le inflame. ¿Le duele esto?

Mi cuerpo se cubrió de sudor.

—¡Dios!

—Creo que sí está fracturado. Le pondré un vendaje y usted procure no mover la cabeza. —Me vendó con manos diestras con un vendaje firme y seguro—. Ya está, buena suerte y *Vive la France*.

—Es norteamericano —dijo otro capitán.

—Creía que habíais dicho que era francés. Habla francés —objetó—. Lo había visto antes. Siempre pensé que era francés. —Bebió medio vaso de coñac—. Traedme a alguien que esté grave. Y

más antitetánicas. —El capitán me saludó con la mano. Me levantaron y la manta que servía de cortina me rozó en la cara al salir. Fuera, el sargento se arrodilló a mi lado.

—¿Nombre? —preguntó en voz baja—. ¿Apellido? ¿Rango? ¿Nacido en? ¿Clase? ¿Cuerpo? Siento lo de su cabeza, *tenente*. Espero que se mejore. Le enviaré a la ambulancia inglesa.

—Estoy bien —dije—. Muchas gracias.

El dolor del que me había advertido el comandante había empezado ya y todo lo demás carecía de interés o relación. Al cabo de un rato, llegó la ambulancia y me subieron a una camilla, la levantaron para poder introducirla. Al lado había otra camilla con un hombre cuya nariz cérea asomaba entre los vendajes. Respiraba con dificultad. Subieron otras camillas a las cinchas de arriba. El conductor inglés se acercó y se asomó.

—Conduciré despacio —dijo—. Espero que esté cómodo.

Noté cómo subía al asiento delantero, arrancaba el motor, soltaba el freno y pisaba el embrague, luego nos pusimos en marcha. Me quedé quieto y dejé que me dominara el dolor.

La ambulancia subió despacio por la carretera por culpa del tráfico, a veces tenía que detenerse o dar marcha atrás al llegar a una curva para luego seguir a toda prisa; de pronto noté algo que goteaba. Al principio, de forma lenta y regular, y luego casi a chorros. Llamé a gritos al conductor. Detuvo el coche y miró por el agujero que tenía detrás del asiento.

—¿Qué pasa?

—El hombre de la camilla de arriba tiene una hemorragia.

—Ya casi hemos llegado a la cima. Yo solo no podría bajar la camilla.

Volvió a poner el coche en marcha. El chorro continuó. En la

oscuridad no veía de qué parte de la lona de arriba procedía. Intenté apartarme a un lado para que no me cayera encima. Se me había colado por debajo de la camisa y era pegajoso y caliente. Hacía frío y la pierna me dolía tanto que sentía náuseas. Al cabo de un rato, el chorro de la camilla de arriba disminuyó y volvió a convertirse en un goteo; oí que la lona se movía como si su ocupante se colocara en una postura más cómoda.

—¿Qué tal está? —preguntó el inglés—. Ya casi hemos llegado.

—Creo que ha muerto —respondí.

Las gotas caían muy despacio, igual que las de un carámbano a la puesta de sol. Empezaba a hacer frío de noche en la ambulancia a medida que la carretera ascendía. Al llegar al puesto, sacaron la camilla, metieron otra y seguimos nuestro camino.

En el pabellón del hospital de campaña me dijeron que por la tarde iría a verme una visita. Hacía un día muy caluroso y la habitación estaba llena de moscas. Mi ordenanza había cortado tiras de papel y las había atado para hacer una escobilla con la que espantarlas. Vi cómo se posaban en el techo. Luego se quedó dormido, volvieron a bajar y tuve que ahuyentarlas a soplidos hasta que por fin me tapé la cara con las manos y me quedé dormido yo también. Hacía mucho calor y cuando desperté me picaban las piernas. Llamé al ordenanza y me echó agua mineral sobre los vendajes. La cama quedó empapada y húmeda. Los que estábamos despiertos hablábamos de un extremo al otro del pabellón. Las tardes eran muy tranquilas. Por las mañanas, tres enfermeros y un médico pasaban por las camas, te ayudaban a levantarte y te llevaban a la sala de vendajes para que pudiesen hacer la cama mientras te practicaban las curas. El traslado hasta la sala de vendajes era muy desagradable y hasta un tiempo después no supe que se podía hacer la cama con los heridos encima. Mi ordenanza acababa de verter el agua, la cama estaba fresca y cómoda y le estaba diciendo dónde rascarme en la planta de los pies, cuando llegó uno de los médicos acompañado de Rinaldi.

Entró a toda prisa, se agachó y me besó. Vi que llevaba puestos los guantes.

—¿Qué tal estás, niño? ¿Cómo te encuentras? Te he traído esto... —Era una botella de coñac. El ordenanza le acercó una silla para que se sentara—. Te van a condecorar. Quieren darte la *medaglia d'argento*, pero a lo mejor solo te consiguen la de bronce.

—¿Por qué?

—Porque estás herido de gravedad. Dicen que, si puedes demostrar algún tipo de comportamiento heroico, te darán la de plata. De lo contrario, tendrás que contentarte con la de bronce. Cuéntame exactamente lo que ocurrió. ¿Hiciste algún acto heroico?

—No —respondí—. Me hirieron mientras comíamos queso.

—Sé un poco más serio. Seguro que hiciste algo heroico antes o después. Piénsalo bien.

—No hice nada.

—¿No cargaste a costas con nadie? Gordini dice que trasladaste a varias personas en brazos, pero el comandante médico del puesto afirma que es imposible. Tuvo que firmar la propuesta de mención.

—No trasladé a nadie. No podía moverme.

—Es igual —dijo Rinaldi. Se quitó los guantes—. Creo que podremos conseguirte la de plata. ¿No te negaste a recibir asistencia antes que a los demás?

—Sin demasiada convicción.

—Da igual. Mira tus heridas. Y tu valiente conducta al pedir siempre que te envíen a primera línea. Además, la operación fue un éxito.

—¿Al final consiguieron cruzar el río?

—Desde luego. Hicieron casi mil prisioneros. Está en el parte.
¿No lo has leído?

—No.

—Te lo traeré. Es un exitoso golpe de mano.

—¿Qué tal os va?

—Espléndidamente. Estamos todos de maravilla. Y nos sentimos muy orgullosos de ti. Dime exactamente cómo ocurrió. Estoy seguro de que te darán la de plata. Vamos, cuéntamelo. Cuéntamelo todo. —Hizo una pausa para reflexionar—. A lo mejor también te dan una medalla inglesa. Había un inglés allí. Iré a verlo y le preguntaré si puede recomendarte. Algo podrá hacer. ¿Te duele mucho? Bebe un trago. Ordenanza, vaya a buscar un sacacorchos. ¡Ah!, tendrías que haberme visto extraer esos tres metros de intestino delgado, lo hice mejor que nunca. Fue digno de *The Lancet*. Si tú me lo traduces, enviaré el artículo a *The Lancet*. Cada día que pasa lo hago mejor. Pobre niño, ¿cómo te encuentras? ¿Dónde está el puñetero sacacorchos? Eres tan valiente y callado que se me olvida que estás sufriendo.

Dio un golpe con los guantes contra el borde de la cama.

—Aquí está el sacacorchos, *signor tenente* —dijo el ordenanza.

—Abra la botella. Traiga una copa. Bebe, niño. ¿Qué tal tu pobre cabeza? He leído el informe. No tienes ninguna fractura. El comandante del puesto de socorro era un carnicero. Si hubiese sido yo, no te habrías dolido. Nunca le hago daño a nadie. He aprendido mucho. Cada día aprendo a hacer las cosas mejor y con más delicadeza. Tienes que perdonarme por hablar tanto, niño. Me angustia verte tan malherido. Toma, bebe un poco más. Es bueno. Me ha costado quince liras. Tiene que ser bueno por fuer-

za. Cinco estrellas. En cuanto salga iré a buscar a ese inglés y te conseguiré una medalla.

—No las dan así como así.

—Eres demasiado modesto. Enviaré al oficial de enlace. Él sabrá manejar al inglés.

—¿Has visto a la señorita Barkley?

—La traeré. Iré ahora mismo a por ella.

—No vayas —dije—. Háblame de Gorizia. ¿Qué tal están las chicas?

—Ya no hay chicas. Llevan dos semanas sin cambiarlas. He dejado de ir. Es una vergüenza. No son chicas, sino veteranas de guerra.

—¿No vas nunca?

—Solo a ver si hay alguna nueva. Me dejo caer por allí. Todas preguntan por ti. Es una vergüenza que se queden tanto tiempo y lleguen a ser tus amigas.

—Es posible que las chicas ya no quieran ir al frente.

—Pues claro que quieren. Tienen chicas de sobra. Es mala administración. Las están reservando para los cobardes que se quedan en la retaguardia.

—Pobre Rinaldi —dije—. Solo en la guerra y sin chicas nuevas.

Rinaldi se sirvió otra copa de coñac.

—No creo que te haga daño, niño. Bébetela tú.

Me bebí el coñac y noté cómo descendía el calor. Rinaldi se sirvió otra copa. Estaba más callado. Alzó el vaso.

—Por tus valerosas heridas. Por la medalla de plata. Dime, niño, ¿no te saca de quicio pasarte tumbado todo el día con este calor?

—A veces.

—No me lo imagino. Yo me volvería loco.

—Ya lo estás.

—Ojalá vuelvas pronto. No tengo a quien contarle mis conquistas por la noche. Ni de quien burlarme. Ni a quien pedirle dinero prestado. Ni compañero de habitación, ni hermano de sangre. ¿Por qué dejaste que te hirieran?

—Puedes burlarte del cura.

—Ese cura... No soy yo quien se burla de él. Eso es cosa del capitán. A mí me cae bien. Si tiene que haber un cura, que sea ese. Va a venir a verte. Está haciendo grandes preparativos.

—Le tengo afecto.

—¡Oh!, ya lo sé. A veces pienso que él y tú sois un poco así... Ya me entiendes.

—No es cierto.

—Sí, a veces lo pienso. Un poco así... como el número del primer regimiento de la *brigata* Ancona.

—¡Anda y vete al demonio!

Se levantó y se puso los guantes.

—Ay, me encanta hacerte rabiar, niño. Con tu cura y tu inglesa, en el fondo tú y yo somos iguales.

—No.

—Sí. En realidad eres italiano. Todo fuego y humo y nada por dentro. Solo finges ser norteamericano. Somos hermanos y nos queremos.

—Pórtate bien hasta que vuelva —dije.

—Te enviaré a la señorita Barkley. Estás mejor con ella que conmigo. Eres más dulce y puro.

—Vete al demonio.

—Te enviaré a tu encantadora y fría diosa. Una diosa inglesa. Dios mío, ¿qué puede hacer un hombre con una mujer así, sino adorarla? ¿Para qué sirve si no una inglesa?

—Eres un meridional malhablado e ignorante.

—¿Un qué?

—Un espagueti ignorante.

—Un espagueti. Tú sí que eres un espagueti frío...

—Un ignorante. Y un estúpido. —Vi que la palabra le irritaba y seguí—. Desinformado. Sin experiencia y estúpido.

—¿Ah, sí? Te diré algo sobre tus mujeres. Tus diosas. Solo hay una diferencia entre tirarse a una chica que siempre se ha portado bien y a una mujer. Con la chica duele. No conozco ninguna otra diferencia. —Golpeó la cama con el guante—. Y no hay manera de saber si le ha gustado de verdad.

—No te enfades.

—No me enfado. Te lo digo, niño, por tu propio bien. Para ahorrarte disgustos.

—¿Es esa la única diferencia?

—Sí, pero hay millones de tontos como tú que no lo saben.

—Has sido un amor al contármelo.

—No vamos a pelearnos, niño. Te quiero demasiado. Pero no seas tonto.

—No. Seré listo como tú.

—No te enfades, niño. Ríe. Bebe un trago. Tengo que irme, de verdad.

—Eres un buen chico.

—Ahora te das cuenta. En el fondo somos iguales. Hermanos de armas. Dame un beso de despedida.

—Eres un ñoño.

—No. Solo afectuoso. —Noté cómo se acercaba su aliento—. Adiós. Pronto volveré a verte. —Su aliento se alejó—. No te besaré si no quieres. Te enviaré a tu inglesita. Adiós, niño. Te he dejado el coñac debajo de la cama. Recupérate pronto.

Y se marchó.

Atardecía cuando llegó el cura. Habían servido la sopa y recogido los tazones y yo miraba la fila de camas y la copa del árbol que se movía un poco con la brisa vespertina. La brisa entraba por la ventana y había refrescado al caer la tarde. Las moscas se habían posado en el techo y sobre las bombillas que colgaban de los cordones eléctricos. Solo encendían la luz cuando ingresaban a alguien de noche o si tenían que hacer algo. La oscuridad que se instalaba después del crepúsculo hacía que me sintiera como un niño. Era como acostarse justo después de cenar. El ordenanza pasó entre las camas y se detuvo. Había alguien con él. Era el capellán. Se quedó allí menudo, atezado y azorado.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó. Dejó unos paquetes en el suelo, al lado de la cama.

—Muy bien, padre.

Se sentó en la silla que habían llevado para Rinaldi y miró avergonzado por la ventana. Noté por su cara que estaba exhausto.

—Solo puedo quedarme un minuto —dijo—. Es tarde.

—No, no lo es. ¿Qué tal en el comedor?

Sonrió.

—Siguen burlándose de mí. —Su voz también sonaba cansada.

—Gracias a Dios que están bien.

—Me alegro mucho de verte tan recuperado —dijo—. Espero que no sufras.

Parecía agotado y yo no estaba acostumbrado a verle así.

—Ya no.

—Te echo de menos en el comedor.

—Quien pudiera estar allí. Siempre he disfrutado con nuestras conversaciones.

—Te he traído unas cuantas cosas —dijo. Cogió los paquetes—. Una mosquitera. Una botella de vermut, ¿te gusta el vermut? Y unos periódicos ingleses.

—Ábralos, por favor.

Pareció alegrarse y los abrió. Sostuve la mosquitera entre las manos. Me mostró el vermut para que lo viera y lo dejó al pie de la cama. Cogí uno de los periódicos ingleses. Leí los titulares a la escasa luz que se colaba por la ventana. Era *The News of the World*.

—Los otros están ilustrados —dijo.

—Será un placer leerlos. ¿De dónde los ha sacado?

—Pedí que fuesen a buscarlos a Mestre. Me traerán más.

—Ha sido muy amable al venir, padre. ¿Tomará un vasito de vermut?

—Gracias, guárdatelo. Lo he traído para ti.

—No, beba un vaso.

—Bueno. Pues ya te traeré más.

El ordenanza nos llevó unas copas y abrió la botella. Rompió el corcho y al final tuvo que empujarlo dentro de la botella. Vi que el cura estaba decepcionado, pero dijo:

—Da igual, no pasa nada.

—A su salud, padre.

—Por que te mejores.

Luego alzó el vaso y nos miramos. A veces conversábamos como buenos amigos, pero esa noche era más difícil.

—¿Qué le ocurre, padre? Parece muy cansado.

—Estoy cansado, pero no tengo por qué.

—Es el calor.

—No. Es solo la primavera. Estoy desanimado.

—Está asqueado de la guerra.

—No. Pero la odio.

—A mí tampoco me gusta —dije.

Movió la cabeza y miró por la ventana.

—A ti te da igual. No la ves. Tienes que perdonarme. Sé que estás herido.

—Ha sido un accidente.

—Se nota que no la ves, ni aun después de resultar herido. Yo mismo apenas la veo, pero la intuyo un poco.

—Cuando me hirieron estaba hablando de eso. Con Passini. El cura dejó el vaso en el suelo. Tenía la cabeza en otra parte.

—Los conozco porque soy como ellos —dijo.

—Usted es muy diferente.

—Pero en realidad soy como ellos.

—Los oficiales no se enteran de nada.

—Algunos sí. Los hay muy sensibles que lo pasan peor que nosotros.

—La mayoría no son así.

—No es cuestión de dinero o de educación. Es otra cosa. Aunque tuvieran dinero o educación, los hombres como Passini no querrían ser oficiales. Y yo tampoco.

—Tiene usted rango de oficial. Y yo también.

—En realidad no lo soy. Tú ni siquiera eres italiano. Eres extranjero. Pero estás más cerca de los oficiales que de los hombres.

—¿Qué diferencia hay?

—No sabría decirte. Hay quien está a favor de la guerra. En este país hay muchos. Otros no querrían combatir.

—Pero los primeros les obligan.

—Sí.

—Y yo les ayudo.

—Tú eres extranjero. Un patriota.

—¿Y los que no quieren combatir? ¿Podrían acabar con la guerra?

—No lo sé.

Volvió a mirar por la ventana. Observé su rostro.

—¿Lo han logrado alguna vez?

—No están lo bastante organizados, y cuando se organizan sus líderes les traicionan.

—¿Así que no hay esperanza?

—La esperanza es lo último que se pierde. Pero a veces me cuesta tener esperanzas. Lo intento siempre, pero a veces no lo consigo.

—Puede que la guerra termine.

—Eso espero.

—¿Qué hará entonces?

—Si es posible, volveré a los Abruzos.

Su rostro atezado se alegró de pronto.

—¿Le gustan los Abruzos?

—Sí, mucho.

—Pues debería usted ir allí.

—Lo haría encantado. Si pudiera vivir allí y amar a Dios y servirle.

—Y que le respetaran —dije.

—Sí, eso también. ¿Por qué no?

—No veo motivos para lo contrario. Deberían respetarle a usted.

—No tiene importancia. Pero en mi tierra se entiende que uno pueda amar a Dios. No parece un chiste verde.

—Entiendo.

Me miró y sonrió.

—Lo entiendes, pero no amas a Dios.

—No.

—¿Nada? —preguntó.

—A veces, de noche, le temo.

—Deberías amarle.

—Lo mío no es amar.

—Sí —dijo—. Claro que sí. Lo que me has contado de tus noches. No es amor. Es pasión y lujuria. Cuando amas quieres hacer cosas. Estás dispuesto a sacrificarte. Quieres servir.

—No amo.

—Lo harás. Y lo sabes. Así serás feliz.

—Lo soy. Siempre lo he sido.

—Es algo distinto. Si no lo tienes, no lo sabes.

—Bueno —dijo—. Si alguna vez lo tengo, se lo diré.

—Me he quedado demasiado y he hablado más de la cuenta. Estaba convencido de que era así.

—No. No se vaya. ¿Qué me dice de las mujeres? ¿Sería lo mismo si amase a una mujer?

—No lo sé. Nunca he amado a una mujer.

—¿Y a su madre?

—Sí, a mi madre debí de amarla.

—¿Siempre ha amado a Dios?

—Desde niño.

—Bueno —dije. No supe cómo continuar—. Es usted un buen chico.

—Soy un chico —dijo—, pero me llamas padre.

—Por educación.

Sonrió.

—Tengo que irme —dijo—. ¿No necesitas nada? —preguntó esperanzado.

—No. Solo hablar.

—Daré recuerdos de tu parte en el comedor.

—Gracias por los regalos.

—No es nada.

—Vuelva a verme otro día.

—Sí. Adiós. —Me dio una palmadita en la mano.

—Adiós —dije en dialecto.

—*Ciao* —repitió.

La habitación estaba a oscuras y el ordenanza, que se había sentado al pie de la cama, se levantó para acompañarle. Me caía muy simpático y pensé que ojalá alguna vez pudiera volver a los Abruzos. Lo pasaba mal en el comedor, aunque no le importaba. Pero pensé en cómo sería en su tierra. Me había contado que en Capracotta había truchas en el río que corría junto al pueblo. Estaba prohibido tocar la flauta de noche. Cuando los jóvenes iban de serenata podían tocar cualquier instrumento menos la flauta. Le pregunté el motivo. Porque no era bueno para las mozas oír una flauta de noche. Los labriegos le trataban a uno de usted y se quitaban el sombrero al verte. Su padre salía a cazar a diario y se quedaba a comer en casa de los campesinos. Siempre se sentían

honrados. Para poder cazar, los extranjeros tenían que presentar un certificado de no haber sido detenidos nunca. En el Gran Sasso D'Italia había osos, pero estaba muy lejos. Aquila era un pueblo precioso. Las noches de verano siempre hacía fresco y la primavera en los Abruzos era la más bonita de Italia. Aunque lo que resultaba delicioso era ir a cazar en otoño en los bosques de castaños. Las aves eran todas comestibles porque se alimentaban de uvas y no hacía falta llevar comida porque los campesinos se sentían honrados de invitarte a comer. Al cabo de un rato me quedé dormido.

Era una sala alargada con ventanas en la parte derecha y una puerta al fondo que daba a la sala de vendajes. La fila de camas donde estaba la mía quedaba enfrente de las ventanas y la otra, justo debajo, miraba a la pared. Si te tumbabas sobre el costado izquierdo veías la puerta de la sala de vendajes. Había otra puerta por la que a veces entraba gente. Si alguien estaba agonizando, ponían un biombo delante de la cama para que no lo vieras morir, solo los zapatos y las polainas de los médicos y los enfermeros asomaban por debajo del biombo y a veces, al final, se les oía susurrar. Luego el capellán salía de detrás del biombo, los enfermeros volvían a entrar y se llevaban al muerto cubierto con una manta por el pasillo entre las camas y alguien plegaba el biombo y se lo llevaba.

Esa mañana, el comandante al mando del pabellón me preguntó si me encontraba con fuerzas para viajar al día siguiente. Le dije que sí. Respondió que en tal caso me enviaría a primera hora de la mañana. Afirmó que era mejor hacer el viaje ahora antes de que hiciese demasiado calor.

Cuando te levantaban de la cama para llevarte a la sala de vendajes podías asomarte a la ventana y ver las tumbas nuevas en el

jardín. Junto a la puerta había un soldado dedicado a hacer cruces y a escribir en ellas el nombre, rango y regimiento de los hombres enterrados allí. Aquel soldado también hacía recados para los del pabellón y en su tiempo libre me fabricó un encendedor con un cartucho vacío de fusil austríaco. Los médicos eran muy amables y parecían muy capaces. Estaban deseando enviarme a Milán, donde había mejores instalaciones de rayos X y donde, después de la operación, podría hacer mecanoterapia. Yo también quería ir a Milán. Querían llevarnos lo más lejos posible porque cuando empezara la ofensiva necesitarían todas las camas.

La noche antes de abandonar el hospital de campaña, Rinaldi fue a verme con el comandante. Dijeron que me enviarían al hospital norteamericano que acababan de instalar en Milán. Iban a enviar unas unidades de ambulancias norteamericanas y en ese hospital atenderían a los heridos en acto de servicio en Italia. Muchos estaban en la Cruz Roja. Estados Unidos había declarado la guerra a Alemania, pero no a Austria.

Los italianos estaban seguros de que Estados Unidos le declararían también la guerra a Austria y estaban muy emocionados con la llegada de los norteamericanos, aunque fuese en la Cruz Roja. Me preguntaron si creía que el presidente Wilson declararían la guerra a Austria y respondí que era solo cuestión de días. Ignoraba qué teníamos en contra de Austria, pero parecía lógico declararle la guerra si se la habían declarado a Alemania. Me preguntaron si declararíamos la guerra a Turquía. Les dije que era dudoso. Añadí que el pavo era nuestro plato nacional, pero el chiste era tan malo y difícil de traducir que se quedaron perplejos y mosqueados y dije que sí, que era probable que declararíamos la guerra a Turquía. ¿Y a Bulgaria? Habíamos bebido varias copas de coñac y respondí que

sí, por Dios, a Bulgaria también y a Japón. Ellos objetaron que Japón era aliado de Inglaterra. No puede uno fiarse de los condenados ingleses. Los japoneses quieren Hawai, expliqué. ¿Dónde está Hawai? En el océano Pacífico. ¿Y para qué lo quieren los japoneses? Les dije que en realidad no lo querían. Era pura cháchara. Los japoneses son un pueblo encantador aficionado a la danza y a los vinos suaves. Igual que los franceses, apuntó el comandante. Les quitaremos Niza y Saboya. Y Córcega y la costa del Adriático, añadió Rinaldi. Italia recobrará el esplendor de Roma, dijo el comandante. Respondí que no me gustaba Roma. Hacía calor y estaba llena de pulgas. ¿Que no le gusta Roma? Sí, me encanta. Es la madre de todas las naciones. Nunca olvidaré a Rómulo mandando del Tíber. ¿Qué? Nada. Vayamos juntos a Roma. Vayamos esta noche para no volver. Roma es una ciudad preciosa, dijo el comandante. La madre y el padre de todas las naciones, admití. Roma es femenina, objetó Rinaldi, no puede ser el padre. ¿Y entonces quién es? ¿El Espíritu Santo? No blasfemes. No estaba blasfemando, solo pedía información. Estás borracho, niño. ¿Y quién me ha emborrachado? Te he emborrachado yo porque te quiero y porque Estados Unidos se ha metido en la guerra. Hasta el calcañar, subrayé. Te vas por la mañana, niño, dijo Rinaldi. A Roma, respondí. No, a Milán. A Milán, corroboró el comandante, al Palacio de Cristal, a la Cova, a Compari's, a Biffi's y a la Galería. Un tipo con suerte. A la Gran Italia, dije, donde le pediré dinero prestado a George. A la Scala, añadió Rinaldi. Irás a la Scala. Todas las noches, dije. No podrá permitírselo, dijo el comandante.

Las entradas son muy caras. Firmaré una letra a la vista a nombre de mi abuelo, dije. ¿Una qué? Una letra a la vista. Si no paga, me meten en la cárcel. El señor Cunningham, en el banco, se en-

carga de todo. Vivo de letras a la vista. ¿Puede un abuelo dejar que encarcelen a un nieto patriota que está dispuesto a morir por la supervivencia de Italia? Viva el Garibaldi norteamericano, dijo Rinaldi. Vivan las letras a la vista, añadí. Es mejor que bajemos la voz, dijo el comandante. Ya nos han llamado la atención varias veces. ¿De verdad se va mañana, Federico? Le digo que se va al hospital norteamericano, repitió Rinaldi. Con las enfermeras guapas. No con esos enfermeros barbudos del hospital de campaña. Sí, sí, dijo el comandante, ya sé que va al hospital norteamericano. A mí no me molestan las barbas, dije. Si quieren dejarse barba, que se la dejen. ¿Por qué no se la deja usted, *signor Maggiore*? No cabría en la máscara antigás. Claro que sí. En una máscara antigás cabe cualquier cosa. He vomitado en una. No hables tan alto, niño, dijo Rinaldi. Ya sabemos que has estado en el frente. ¡Ay!, niño, ¿qué voy a hacer cuando te marches? Tenemos que irnos, dijo el comandante. Os estáis poniendo sentimentales. Escucha, tengo una sorpresa para ti. Tu inglesa. ¿La recuerdas? ¿La que ibas a ver al hospital todas las noches? Ella también va a ir a Milán. La han enviado con otra al hospital norteamericano. Aún no tienen suficientes enfermeras norteamericanas. He hablado hoy con el jefe de su *riparto*. Tienen demasiadas mujeres en el frente. Van a enviar a unas cuantas a la retaguardia. ¿Qué te parece, niño? Bien. ¿No? Vas a ir a una gran ciudad y tendrás a tu inglesita para cuidarte. ¿Por qué no me habrán herido a mí? A lo mejor lo hacen, respondí. Tenemos que irnos, dijo el comandante. No hacemos más que beber, meter ruido y molestar a Federico. No se vaya. Sí, tenemos que irnos. Adiós. Buena suerte. Muchas cosas. *Ciao. Ciao. Ciao.* Vuelve pronto, niño. Rinaldi me besó. Hueles a Lisol. Adiós, niño. Adiós. Muchas cosas. El comandante me dio una

palmadita en el hombro. Luego se fueron de puntillas. Yo estaba muy borracho, pero me quedé dormido.

Al día siguiente por la mañana partimos para Milán y llegamos cuarenta y ocho horas más tarde. El viaje fue incómodo. Nos dejaron en vía muerta mucho rato antes de llegar a Mestre y unos niños llegaron y se asomaron por las ventanillas. Mandé a un crío a comprar una botella de coñac, pero volvió y dijo que solo había encontrado grappa. Le dije que la comprara y le regalé el cambio, y el hombre de al lado y yo nos emborrachamos y dormimos hasta que pasamos Vicenza, donde desperté y vomité en el suelo. No importó porque el de al lado había vomitado ya varias veces. Luego creí que no soportaría la sed y en los depósitos ferroviarios de las afueras de Verona llamé a un soldado que montaba guardia junto al tren y le pedí un poco de agua. Desperté a Georgetti, el otro borracho, y le ofrecí un trago. Dijo que se la echara por los hombros y volvió a quedarse dormido. El soldado no quiso aceptar el penique que le ofrecí y me trajo una jugosa naranja. La sorbí, escupí el blanco de la cáscara y observé ir y venir al soldado hasta que pasó un mercancías y, al cabo de un rato, el tren dio una sacudida y se puso en marcha.

Libro II

Llegamos a Milán a primera hora de la mañana y nos descargaron en el depósito de mercancías. Una ambulancia me llevó al hospital estadounidense. Tumbado en la camilla de la ambulancia no pude ver por qué parte de la ciudad pasamos, pero cuando bajaron la camilla vi un mercado y una bodega abierta y una joven que barría la puerta. Estaban regando la calle y olía a madrugada. Dejaron la camilla en el suelo y entraron. Volvieron con el portero. Tenía bigotes grises, llevaba una gorra de conserje e iba en mangas de camisa. La camilla no cabía en el ascensor y se pusieron a discutir si sería mejor bajarme de la camilla y coger el ascensor o subirme por las escaleras. Estuve escuchándoles. Optaron por el ascensor. Me bajaron de la camilla.

—Despacio —les dije—, con cuidado. —El ascensor era muy estrecho y al doblarme las piernas me dolieron mucho—. Estíradme las piernas —dije.

—No podemos, *signor tenente*. No hay sitio.

El hombre que habló me rodeaba con el brazo y yo tenía el mío en torno a su cuello. Noté su aliento en la cara y su olor metálico a ajo y vino.

—Con cuidado —dijo el otro.

—Hijo de puta, ¡ya voy con cuidado!

—Te digo que tengas cuidado —repitió el que me sujetaba por los pies.

El portero cerró las puertas del ascensor y la reja y pulsó el botón del cuarto piso. Parecía preocupado. El ascensor subió despacio.

—¿Peso mucho? —le pregunté al del ajo.

—Nada —respondió. Tenía el rostro sudoroso y soltó un gruñido.

El ascensor siguió subiendo y se detuvo. El hombre que me sujetaba por los pies abrió la puerta y salió. Estábamos en un pasillo. Había varias puertas con pomos de latón. El que me llevaba por los pies apretó un botón que accionaba un timbre. Lo oímos sonar detrás de las puertas. Nadie respondió. Luego llegó el conserje por las escaleras.

—¿Dónde están? —preguntaron los camilleros.

—No lo sé —dijo el portero—. Duermen abajo.

—Vaya a buscar a alguien.

El conserje accionó el timbre, luego llamó a la puerta con los nudillos, por fin abrió y entró. Volvió con una mujer con gafas y entrada en años. Llevaba el pelo suelto y despeinado y uniforme de enfermera.

—No comprendo —dijo—. No entiendo el italiano.

—Yo hablo inglés —dijo—. Preguntan dónde pueden dejarme.

—Las habitaciones aún no están listas. No esperábamos a ningún paciente.

Se arregló el pelo y me echó una mirada miope.

—Indíqueles una habitación a la que puedan llevarme.

—No sé —dijo—. No esperábamos a ningún paciente. No puedo instalarle sin más en cualquier sitio.

—Cualquiera servirá —dije. Luego añadí en italiano, dirigiéndome al conserje—: Busque una habitación vacía.

—Todas lo están —respondió el conserje—. Es usted el primer paciente.

Se quedó mirando a la vieja enfermera con la gorra en la mano.

—Por el amor de Dios, llévenme a una habitación.

Con las piernas dobladas, el dolor había ido en aumento y notaba punzadas que me llegaban hasta el hueso. El portero se fue con la mujer de cabello gris y volvió enseguida.

—Sígueme —dijo. Me llevaron por un largo pasillo hasta una habitación con las persianas echadas. Olía a muebles nuevos. Había una cama y un enorme armario ropero con un espejo. Me tumbaron en la cama.

—No puedo poner sábanas —dijo la mujer—. Están bajo llave.

No le respondí.

—Llevo dinero en el bolsillo —le dije al portero—. En el bolsillo abotonado. —Sacó el dinero mientras los dos camilleros esperaban junto a la cama con la gorra en la mano—. Deles cinco liras a cada uno y coja cinco para usted. Mis papeles están en el otro bolsillo. Puede dárselos a la enfermera.

Los camilleros saludaron y me dieron las gracias.

—Adiós —dije—. Y muchas gracias.

Volvieron a saludar y se marcharon.

—Esos papeles —le dije a la enfermera—, describen mi caso y el tratamiento que he recibido hasta ahora.

La mujer los cogió y los miró a través de las gafas. Eran tres hojas dobladas.

—No sé qué hacer —dijo—. No entiendo el italiano. No puedo hacer nada sin las instrucciones del médico. —Se echó a llorar y se guardó los papeles en el bolsillo del delantal—. ¿Es usted norteamericano? —preguntó entre sollozos.

—Sí. Por favor, deje los papeles en la mesita.

La habitación estaba fresca y oscura. Desde la cama se veía el gran espejo que había al otro lado de la habitación, pero no acerté a distinguir lo que reflejaba. El conserje se quedó junto a la cama. Tenía una cara agradable y era muy amable.

—Puede irse. Y usted también —le dije a la enfermera—. ¿Cómo se llama?

—Soy la señora Walker.

—Puede irse, señora Walker. Creo que voy a dormir un poco.

Me quedé solo en la habitación. Estaba fresca y no olía a hospital. El colchón era firme y cómodo y me quedé inmóvil, sin apenas respirar, feliz al notar cómo disminuía el dolor. Al cabo de un rato me entraron ganas de beber un poco de agua y encontré el cordón del timbre al lado de la cama; llamé, pero no acudió nadie. Me dormí.

Cuando desperté, miré a mi alrededor. La luz del sol se colaba entre las persianas. Vi el gran armario, las paredes desnudas y dos sillas. Mis piernas con los vendajes sucios asomaban sobre la cama. Tuve cuidado de no moverlas. Estaba sediento y alargué el brazo para llamar al timbre y oprimí el botón. Oí cómo se abría la puerta, miré y resultó ser una enfermera. Era joven y guapa.

—Buenos días —dije.

—Buenos días —respondió, y se acercó a la cama—. No hemos podido localizar al médico. Ha ido al lago de Como. Nadie sabía que fuese a venir un paciente. ¿Qué le ocurre?

—Estoy herido. En las piernas y los pies y también en la cabeza.

—¿Cómo se llama?

—Henry. Frederic Henry.

—Le lavaré. Pero no podemos tocar los vendajes hasta que llegue el médico.

—¿Está aquí la señorita Barkley?

—No, no hay nadie que se llame así.

—¿Quién era la mujer que se echó a llorar cuando llegué?

La enfermera se echó a reír.

—La señora Walker. Estaba de guardia y se había quedado dormida. No contaba con que viniese nadie.

Mientras hablamos me fue desvistiendo, y cuando me quedé desnudo, excepto por las vendas, me lavó con mucho cuidado y delicadeza. Me vino muy bien. Llevaba la cabeza vendada, pero me lavó en torno al borde del vendaje.

—¿Dónde le hirieron?

—En el Isonzo, al norte de Plava.

—¿Dónde está eso?

—Al norte de Gorizia.

Vi que ninguno de aquellos nombres le decía nada.

—¿Le duele mucho?

—No. Ahora no.

Me puso el termómetro en la boca.

—Los italianos lo ponen debajo del brazo —dije.

—Calle.

Cuando sacó el termómetro lo miró y lo sacudió.

—¿Qué temperatura tengo?

—En teoría no debo decírselo.

—Dígamelo.

—Casi la normal.

—Casi nunca tengo fiebre. Y eso que tengo las piernas llenas de hierro viejo.

—¿A qué se refiere?

—A que tienen un montón de fragmentos de granadas de mortero, tornillos viejos, muelles de colchón y cosas por el estilo.

Movió la cabeza y sonrió.

—Si tuviese usted algún cuerpo extraño en las piernas, se le habrían inflamado y tendría fiebre.

—Muy bien —dije—. Ya veremos lo que sacan.

Salió de la habitación y volvió con la enfermera entrada en años que había visto por la mañana. Entre las dos hicieron la cama conmigo encima. Fue una novedad de una destreza admirable.

—¿Quién está al mando?

—La señorita Van Campen.

—¿Cuántas enfermeras hay?

—Solo nosotras dos.

—¿No van a enviar más?

—Van a llegar unas cuantas.

—¿Cuándo llegarán?

—No lo sé. Es usted muy preguntón para ser un chico enfermo.

—No soy un enfermo —dije—. Estoy herido.

Habían terminado de hacer la cama y estaba tendido con una sábana limpia debajo y otra encima. La señora Walker salió y volvió con una chaqueta de pijama. Me la pusieron y me sentí muy limpio.

—Son ustedes muy buenas conmigo —dije. La enfermera lla-

mada señorita Gage soltó una risita—. ¿Puedo beber un poco de agua? —pregunté.

—Pues claro. Luego le traeremos el desayuno.

—No quiero desayunar. ¿Les importaría abrir las persianas, por favor?

La luz de la habitación era muy tenue y cuando abrieron las persianas se llenó de luz, miré hacia el balcón y vi las tejas y las chimeneas de los tejados. Por encima de los tejados vi unas nubes blancas y el cielo de un azul muy intenso.

—¿No sabe cuándo llegarán las otras enfermeras?

—¿Por qué? ¿Es que no le cuidamos bien?

—Son muy amables.

—¿Quiere usar la cuña?

—Puedo intentarlo.

—Me ayudaron y me sujetaron, pero fue inútil. Después me tumbé y miré hacia el balcón por las ventanas abiertas.

—¿Cuándo llegará el médico?

—Cuando vuelva. Hemos intentado telefonarle al lago de Como.

—¿Y no hay más médicos?

—Él es el médico del hospital.

La señorita Gage me llevó una jarra de agua y un vaso. Bebí tres vasos y luego se marcharon y me quedé un rato mirando por la ventana hasta que volví a quedarme dormido. Almorcé un poco y por la tarde la señorita Van Campen, la directora, fue a verme. No le gusté y ella a mí tampoco. Era bajita, suspicaz y se creía demasiado buena para aquel puesto. Me hizo muchas preguntas y me dio a entender que le parecía una deshonra que me hubiera enrolado con los italianos.

—¿Puedo tomar vino con las comidas? —le pregunté.

—Solo si lo prescribe el médico.

—¿Y no puedo beber nada hasta que llegue?

—Por supuesto que no.

—¿Tiene pensado avisarle algún día?

—Le hemos telefoneado al lago de Como.

Se fue y volvió la señorita Gage.

—¿Por qué ha sido grosero con la señorita Van Campen? —preguntó después de hacer algo por mí con suma habilidad.

—No era mi intención. Pero es una engreída.

—Ella dice que ha sido usted grosero y autoritario.

—No es cierto. Pero ¿de qué sirve un hospital sin médico?

—No tardará en volver. Le han telefoneado al lago de Como.

—¿Qué está haciendo? ¿Nadar?

—No. Tiene una clínica.

—¿Por qué no contratan a otro médico?

—¡Chis! Pórtese bien y ya vendrá.

Envié a buscar al portero y cuando llegó le pedí en italiano que me comprara una botella de Cinzano en la bodega, una garrafa de chianti y los periódicos vespertinos. Se fue y trajo las botellas envueltas en un periódico, las desenvolvió y, cuando se lo pedí, las descorchó y dejó el vino y el vermut debajo de la cama. Me dejaron solo y me quedé en la cama leyendo los periódicos, las noticias del frente y la lista de oficiales muertos y sus condecoraciones; después cogí la botella de Cinzano y me la puse sobre el estómago, el vidrio frío contra el estómago, eché varios traguitos y reparé en los círculos que se formaban al apoyar la botella en la barriga, luego estuve viendo caer la tarde sobre los tejados de la ciudad. Las golondrinas daban vueltas por el aire y me entretuve obser-

vándolos volar con los chotacabras sobre los tejados mientras bebía Cinzano. La señorita Gage me llevó un vaso de ponche de huevo. Cuando entró, dejé la botella de vermut debajo de la cama.

—La señorita Van Campen le ha echado un poco de jerez —dijo—. No debería ser grosero con ella. Ya no es joven y este hospital es una gran responsabilidad para ella. La señora Walker es demasiado mayor y no puede ayudarla.

—Es una mujer estupenda —respondí—. Dele usted las gracias.

—Enseguida le traeré la cena.

—Bueno —dije—. No tengo hambre.

Llegó con la bandeja y la dejó sobre la mesita, le di las gracias y cené un poco. Después oscureció y vi los haces de luz de los reflectores moviéndose por el cielo. Estuve contemplándolos un rato y luego me dormí. Dormí profundamente y solo desperté una vez, sudoroso y asustado, y volví a dormirme intentando quitarme el sueño de la cabeza. Desperté mucho antes de que amaneciera y oí a los gallos y seguí despierto hasta que empezó a alborrear. Estaba cansado y cuando se hizo de día volví a quedarme dormido.

Cuando desperté, la habitación estaba inundada de luz. Pensé que me hallaba de vuelta en el frente y me desperecé. Las piernas me dolieron, las miré, vi los vendajes sucios y supe dónde me encontraba. Alargué el brazo hasta el cordón y pulsé el botón. El timbre sonó en el pasillo. Luego oí llegar a alguien con zapatos de suela de goma por el pasillo. Era la señorita Gage, que a plena luz parecía mayor y no tan guapa.

—Buenos días —dijo—. ¿Ha pasado buena noche?

—Sí. Muchas gracias —respondí—. ¿Podría enviarme a un barbero?

—Cuando pasé a verle se había dormido con esto en la cama. —Abrió la puerta del armario y sacó la botella de vermut. Estaba casi vacía—. He guardado también la otra botella —añadió—. ¿Por qué no me pidió un vaso?

—Pensé que no me lo daría.

—Habría bebido con usted.

—Es usted una buena chica.

—No le conviene beber solo —insistió—. No lo haga más.

—De acuerdo.

—Ha llegado su amiga, la señorita Barkley —dijo.

—¿Ah, sí?

—Sí. No me cae bien.

—Ya le caerá mejor. Es muy simpática.

Ella movió la cabeza.

—Seguro. ¿Puede moverse un poco hacia este lado? Muy bien. Le lavaré antes de desayunar. —Me lavó con una toalla, jabón y agua tibia—. Levante el hombro —dijo—. Eso es.

—¿Puede enviarme al barbero antes de desayunar?

—Le diré al conserje que vaya a buscarlo. —Se marchó y volvió enseguida—. Ha ido a por él —dijo, y metió la toalla en la palangana llena de agua.

El conserje llegó con el barbero. Era un hombre de unos cincuenta años con el bigote retorcido. La señorita Gage terminó de acicalarme y se marchó; el barbero me enjabonó y me afeitó. Era muy solemne y callado.

—¿Qué pasa? ¿No tiene noticias que contarme? —le pregunté.

—¿Qué noticias?

—Cualquiera. ¿Qué se cuenta en la ciudad?

—Estamos en guerra —dijo—. El enemigo tiene oídos en todas partes.

Alcé la mirada.

—No se mueva, por favor —dijo y siguió afeitándose—. No pienso decirle nada.

—¿Se puede saber qué le pasa? —pregunté.

—Soy italiano. No pienso confraternizar con el enemigo.

Lo dejé correr. Si estaba loco, cuanto antes me quitara la navaja del cuello mejor. Una sola vez intenté mirarle.

—Tenga cuidado —dijo—. La cuchilla está muy afilada.

Cuando terminó, le pagué y le di media lira de propina. Me devolvió las monedas.

—No, gracias. No estaremos en el frente. Pero soy italiano.

—Lárguese de aquí.

—Con su permiso —dijo mientras envolvía la navaja en un periódico.

Se marchó y dejó las cinco monedas de cobre sobre la mesilla. Llamé al timbre y acudió la señorita Gage.

—¿Quiere pedirle al portero que venga, por favor?

—Claro.

El conserje llegó haciendo un esfuerzo por contener la risa.

—¿Está loco ese barbero?

—No, *signorino*. Se ha confundido. No entiende muy bien y le ha tomado por un oficial austríaco.

—¡Ah! —dije.

—¡Ja, ja, ja! —se rió el conserje—. Ha sido muy gracioso. Dice que, si hubiese hecho usted el menor movimiento le habría... —Se pasó el dedo índice por la garganta—. Ja, ja, ja —intentó contener la risa—. Cuando le he dicho que no era usted austríaco... ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! —repetí con amargura—. Sí que habría sido gracioso si me hubiese cortado el cuello. ¡Ja, ja, ja!

—No, *signorino*. No, no. Estaba muy asustado de ver un austríaco. ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! —me ref—. Lárguese de aquí.

Se marchó y le oí reír por el pasillo. Oí llegar a alguien. Miré hacia la puerta. Era Catherine Barkley.

Entró en la habitación y se acercó a la cama.

—Hola, cariño —dijo. Me pareció joven, lozana y muy guapa.

Pensé que no había visto a ninguna mujer tan bella en mi vida.

—Hola —respondí. Me enamoré nada más verla. Todo cambió en mi interior. Catherine miró hacia la puerta, vio que no había nadie, se sentó en el borde de la cama, se inclinó y me besó. Yo la abracé, la besé y noté los latidos de su corazón—. Eres muy buena —dije—. Es maravilloso que hayas venido.

—No ha sido difícil. Quedarme tal vez sí lo sea.

—Tienes que quedarte —insistí—. Eres maravillosa.

Estaba loco por ella. No me creía que estuviera allí y la apreté contra mi pecho.

—No te conviene —dijo—. No estás bien.

—Pues claro que sí. Vamos, ven.

—No. No estás lo bastante fuerte.

—Te digo que sí. Sí. Por favor.

—¿Me quieres?

—Te quiero de verdad. Estoy loco por ti. Vamos, por favor.

—Escucha cómo nos late el corazón.

—Me da igual. Te quiero. Estoy loco por ti.

—¿De verdad me quieres?

—Deja de decir eso. Vamos. Por favor. Por favor, Catherine.

—Está bien, pero solo un momento.

—De acuerdo —dije—. Cierra la puerta.

—No puedes. No deberías.

—Vamos. Deja de hablar. Vamos.

Catherine estaba sentada en una silla junto a la cama. La puerta que daba al pasillo estaba abierta. La ansiedad había desaparecido y me sentía mejor que nunca.

—¿Crees ahora que te quiero? —me preguntó.

—¡Oh!, eres un cielo —dijo—. Tienes que quedarte. No pueden enviarte a otra parte. Estoy locamente enamorado de ti.

—Tendremos que ir con mucho cuidado. Ha sido una locura. No podemos hacer estas cosas.

—De noche sí.

—Tendremos que ir con mucho cuidado. Tendrás que tener cuidado delante de los demás.

—Lo haré.

—Tendrás que hacerlo. Eres muy dulce. Me quieres, ¿verdad?

—No vuelvas a decir eso. No sabes lo que me haces.

—Iré con cuidado. No quiero hacerte nada. Tengo que irme, cariño, de verdad.

—Vuelve enseguida.

—Vendré cuando pueda.

—Adiós.

—Adiós, cariño.

Se fue. Dios sabe que no había querido enamorarme de ella. No había querido enamorarme de nadie, pero Dios sabe que lo había hecho, que estaba en la cama en la habitación del hospital en Milán y que se me pasaban toda clase de cosas por la cabeza, pero me sentía de maravilla y por fin llegó la señorita Gage.

—Va a venir el médico —dijo—. Ha telefoneado desde el lago de Como.

—¿Cuándo llegará?

—Esta tarde.

No ocurrió nada hasta la tarde. El médico era un hombre menudo y silencioso que parecía afectado por la guerra. Me quitó varias esquiras metálicas de acero de los muslos con gesto de disgusto, delicado y refinado. Utilizó un anestésico local llamado «nieve» de no sé qué, que congelaba el tejido y mitigaba el dolor hasta que la sonda, el bisturí o las pinzas llegaban por debajo de la porción congelada. El paciente notaba claramente cuál era el área anestesiada y al cabo de un tiempo la frágil delicadeza del médico se acabó y dijo que sería mejor hacer una radiografía. La sonda era insuficiente, afirmó.

Me hicieron la radiografía en el Ospedale Maggiore. El encargado era un médico nervioso, eficaz y alegre. El aparato estaba montado de tal modo que el paciente se sentara con la espalda erguida y pudiera ver algunos de los cuerpos más grandes a través de la máquina. Quedaron en enviar las placas. El médico me pidió que escribiera en su cuaderno de notas mi nombre, regimiento y alguna dedicatoria. Afirmó que los cuerpos extraños tenían mala pinta y eran repugnantes y brutales. Los austríacos eran unos hijos de puta. ¿A cuántos había matado? No había matado a ninguno, pero no quise decepcionarle y respondí que a muchos. La

señorita Gage me acompañaba y el médico la rodeó con el brazo y dijo que era más guapa que Cleopatra. ¿Entendía lo que quería decir? Cleopatra había sido la reina de Egipto. Sí, por Dios. Regresamos al hospital en la ambulancia y al cabo de un rato, y después de muchos esfuerzos, volvía a estar en la cama en el piso de arriba. Las placas llegaron esa misma tarde; el médico había dicho que, por Dios, las enviaría esa misma tarde y así fue. Catherine Barkley me las enseñó. Iban dentro de unos sobres rojos, y las sacó, las puso a contraluz y las miramos.

—Esa es tu pierna derecha —dijo antes de volver a meter la placa en el sobre—. Y esta la izquierda.

—Déjalas ahí —respondí—, y ven a la cama.

—No puedo —dijo—. Solo he venido un momento para enseñártelas.

Se marchó y me quedé allí tumbado. Hacía una tarde calurosa y yo estaba harto de estar en la cama. Envié al conserje a comprar los periódicos. Todos los que pudiera encontrar.

Antes de que volviera, entraron en la habitación tres médicos. Me he dado cuenta de que los médicos incompetentes tienden a reunirse y pedir la ayuda de otros. Un médico que no sabe extirpar un apéndice como es debido te recomendará a otro incapaz de extirpar unas amígdalas. Esos tres médicos eran así.

—Este es el joven —dijo el médico del hospital, que tenía las manos delicadas.

—Encantado de conocerle —dijo el médico alto y delgado que llevaba barba.

El tercero, que tenía en la mano los sobres rojos con las placas de rayos X, no dijo una palabra.

—¿Quitamos los vendajes? —preguntó el de la barba.

—Desde luego. Quítele los vendajes, por favor, enfermera —le dijo el médico del hospital a la señorita Gage.

La señorita Gage me quitó las vendas. Me miré las piernas. En el hospital de campaña parecían una hamburguesa no muy picada. Ahora tenían una costra, la rodilla estaba hinchada y descolorida y tenía un hueco en la pantorrilla, pero no había pus.

—Muy limpia —dijo el médico del hospital—. Limpia y con buen aspecto.

—¡Ejem! —dijo el médico de la barba. El tercer médico miró por encima del hombro del médico del hospital.

—Mueva la rodilla, por favor —dijo el médico de la barba.

—No puedo.

—¿Comprobamos la articulación? —preguntó el de la barba. Llevaba una cinta al lado de las tres estrellas de las mangas. Lo que significaba que era capitán.

—Desde luego —respondió el médico del hospital. Entre los dos me cogieron la pierna derecha y la doblaron.

—Me hacen daño —dije.

—Sí. Sí. Un poco más, doctor.

—Ya está. No puedo doblarla más —dije.

—Articulación parcial —dijo el capitán. Se puso en posición de firmes—. ¿Puedo ver otra vez las radiografías, por favor, doctor? —El tercer médico le dio una de las placas—. No. La pierna izquierda, por favor.

—Esa es la izquierda, doctor.

—Tiene razón. Estaba mirándola desde otro ángulo. —Le devolvió la placa. Examinó un rato la otra radiografía—. ¿Lo ve, doctor? —Señaló uno de los cuerpos externos que se recortaba esférico y nítido contra la luz. Observaron un rato la radiografía.

—Solo puedo decir una cosa —dijo el capitán de la barba—. Es cuestión de tiempo. Tres meses, probablemente seis.

—Desde luego, tiene que volver a formarse el líquido sinovial.

—Sin duda. Es cuestión de tiempo. Yo no operaría una rodilla en ese estado hasta que el proyectil se haya enquistado.

—Soy de su misma opinión, doctor.

—¿Seis meses para qué? —pregunté.

—Para que el proyectil se enquiste y podamos operar la rodilla con seguridad.

—No lo creo —dije.

—¿Es que no quiere conservar la rodilla, joven?

—No —respondí.

—¿Qué?

—Quiero que me la amputen —dije—. Para poder ponerme un garfio.

—¿Cómo que un garfio?

—Está bromeando —dijo el médico del hospital. Me dio una palmadita en el hombro con mucha delicadeza—. Claro que quiere conservar la rodilla. Es un joven muy valiente. Le han propuesto para la medalla de plata al valor.

—Mis felicitaciones —dijo el capitán. Me estrechó la mano—. Solo puedo decirle que, para estar más seguros, es mejor esperar al menos seis meses antes de operarle la rodilla. Por supuesto, es usted libre de opinar de otra manera.

—Muchas gracias —respondí—. Valoro su opinión.

El capitán miró el reloj.

—Tenemos que irnos —dijo—. Mucha suerte.

—Lo mismo le deseo, y muchas gracias —repuse. Le estreché la mano al tercer médico.

—*Capitano Varini...*, el *tenente* Henry.

Los tres se marcharon.

—Señorita Gage —llamé. Ella entró—. Por favor, pídale al médico del hospital que vuelva un minuto.

Llegó con la gorra en la mano y se plantó delante de la cama.

—¿Quería verme?

—Sí. No puedo esperar seis meses a que me operen. Por Dios, doctor, ¿ha pasado alguna vez seis meses en cama?

—No tendrá que guardar cama todo el tiempo. Primero deberá exponer las heridas al sol. Luego podrá utilizar muletas.

—¿Durante seis meses antes de operarme?

—Es lo más seguro. Hay que dejar que se enquisten los cuerpos extraños y dar tiempo a que vuelva a formarse el líquido sinovial. Después podremos operarle la rodilla.

—¿De verdad cree necesario esperar tanto tiempo?

—Es lo más seguro.

—¿Quién era ese capitán?

—Un excelente cirujano milanés.

—Es capitán, ¿no?

—Sí, pero también es un cirujano excelente.

—No quiero que me opere la pierna un capitán. Si fuese tan bueno sería comandante. Sé lo que es un capitán, doctor.

—Es un cirujano excelente y me fío más de su criterio que del de cualquier otro cirujano que conozca.

—¿No podría verme otro cirujano?

—Desde luego, si es lo que quiere. Pero yo aceptaría la opinión del doctor Varella.

—¿Le importaría pedirle a otro que venga a verme?

—Se lo diré a Valentini.

—¿Quién es?

—Un cirujano del Ospedale Maggiore.

—Bien. Se lo agradezco mucho. Entiéndame, doctor, no resistiría pasar seis meses en cama.

—No tendría que guardar cama. Primero seguiría una cura de sol. Luego haría un poco de ejercicio. Cuando se enquistaran le operaríamos.

—Pero no puedo esperar seis meses.

El médico extendió los delicados dedos sobre la gorra que tenía en la mano y sonrió.

—¿Tanta prisa tiene por volver al frente?

—¿Por qué no?

—Es muy hermoso —dijo—. Es usted un joven muy noble. —Se inclinó y me besó en la frente con mucha delicadeza—. Enviaré a buscar a Valentini. No se preocupe ni se ponga nervioso. Pórtese bien.

—¿Le apetece una copa? —pregunté.

—No, gracias. No bebo.

—Solo una.—Llamé al timbre para pedirle al portero que nos trajera unos vasos.

—No. Gracias. Me están esperando.

—Adiós —dije.

—Adiós.

Dos horas después, el doctor Valentini entró en la habitación. Tenía mucha prisa y los bigotes retorcidos. Era comandante, estaba bronceado y no dejó de reírse todo el tiempo.

—¿Cómo se ha hecho este desastre? —preguntó—. Déjeme ver las placas. Sí. Sí. Eso es. Parece usted más sano que una lechu-

ga. ¿Quién es esa chica tan guapa? ¿Su novia? Lo imaginaba. Qué guerra tan odiosa, ¿eh? ¿Nota algo? Es usted un buen chico. Le dejaré como nuevo. ¿Le duele? Seguro que sí. A esos médicos les encanta hacer daño a la gente. ¿Qué le han hecho hasta ahora? ¿Es que la chica no habla italiano? Debería aprender. Es encantadora. Yo podría enseñarle. Seré un paciente más. No, pero me ocuparé gratis del embarazo. ¿Lo entiende? Hará de usted un muchacho de provecho. Una rubia tan guapa... Así. Muy bien. Qué chica tan guapa. Pregúntele si quiere cenar conmigo. No, no se la robaré. Gracias. Muchas gracias, señorita. Ya está. Es todo lo que necesitaba saber. —Me dio una palmadita en el hombro—. No vuelva a ponerse las vendas.

—¿Le apetece un trago, doctor Valentini?

—¿Un trago? Claro que sí. Y diez también. ¿Dónde lo tiene?

—En el armario. La señorita Barkley nos traerá la botella.

—Salud. Y para usted también, señorita. Qué chica tan guapa. Le traeré un coñac mejor que este. Se atusó el bigote.

—¿Cuándo cree que podrá operarme?

—Mañana por la mañana. Antes no. Debe tener el estómago vacío. Hay que lavarle a usted. Hablaré con la señora de abajo y le dejaré instrucciones. Le traeré un coñac mejor. Aquí está usted muy cómodo. Duerma bien. Le veré pronto.

Saludó desde la puerta, tenía los bigotes retorcidos y una sonrisa pintada en la cara tostada por el sol. Llevaba una estrella en la manga porque era comandante.

Esa noche se coló un murciélago por el balcón desde el que observábamos la noche sobre los tejados. Nuestra habitación estaba a oscuras salvo por la luz tenue de la ciudad, y el murciélago no se asustó y siguió cazando en el cuarto como si estuviese fuera. Nos tumbamos a observarlo y no creo que nos viera porque estábamos muy quietos. Cuando se fue vimos un reflector y estuvimos mirando cómo se desplazaba por el cielo el haz de luz, hasta que se apagó y volvió a reinar la oscuridad. Se levantó un poco de brisa nocturna y oímos charlar a los encargados del cañón antiaéreo que había en el tejado de al lado. Hacía fresco y se estaban poniendo los capotes. Me preocupaba que alguien pudiera sorprendernos, pero Catherine dijo que todos estaban dormidos. Una vez nos dominó el sueño y cuando desperté ella no estaba conmigo, aunque oí sus pasos en el pasillo, la puerta se abrió, volvió a la cama y me dijo que todo estaba en orden, había ido abajo y todos dormían. Había estado escuchando ante la puerta de la señorita Van Campen y la había oído respirar en sueños. Sacó unas galletas saladas y nos las comimos con un poco de vermut. Teníamos hambre, pero insistió en que al día siguiente debía tener el estómago vacío. Por la mañana volví a quedarme dormido cuando

empezó a alborear el día y al despertar vi que había vuelto a marcharse. Llegó fresca y lozana y se sentó en la cama, el sol se alzó mientras yo tenía el termómetro en la boca y oímos el rocío sobre los tejados y luego el café que habían preparado los hombres del tejado.

—Ojalá pudiéramos ir a dar un paseo —dijo Catherine—. Si tuviésemos una silla de ruedas, te empujaría.

—¿Y cómo me subirías a la silla?

—Nos las arreglaríamos.

—Podríamos salir al parque y desayunar fuera.

Miré hacia la puerta abierta.

—Lo que haremos —dijo— es prepararte para tu amigo el doctor Valentini.

—Me pareció un tipo estupendo.

—A mí no me cayó tan bien como a ti. Pero supongo que debe de ser muy bueno.

—Vuelve a la cama, Catherine, por favor —dije.

—No puedo. ¿No te ha parecido una noche preciosa?

—¿Y no puedes pedir el turno de noche también hoy?

—Probablemente lo haga. Pero no querrás verme.

—Sí.

—No. Nunca te han operado. No sabes cómo estarás.

—Me encontraré bien.

—Tendrás molestias y no querrás saber nada de mí.

—Entonces ven ahora.

—No —dijo—. Tengo que completar el gráfico y prepararte.

—No me quieres, si me quisieras de verdad vendrías.

—Eres un tonto. —Me besó—. El gráfico ya está. Tu temperatura siempre es normal. Tienes una temperatura estupenda.

—Tú sí que eres estupenda.

—¡Oh, no! Tu temperatura lo es. Estoy orgullosísima.

—A lo mejor nuestros hijos también la tendrán.

—Lo más probable es que tengan una fiebre horrible.

—¿Qué tienes que hacer para prepararme para Valentini?

—No mucho. Aunque es un poco desagradable.

—Me gustaría que no tuvieses que hacerlo.

—Pues a mí no. No quiero que nadie te toque. Soy una tonta. Me da rabia que te toquen.

—¿Ferguson también?

—Sobre todo Ferguson, Gage y la otra, ¿cómo se llama?

—¿Walker?

—Eso es. Hay demasiadas enfermeras. Si no llegan más pacientes nos trasladarán. Ahora mismo somos cuatro.

—Ya llegarán. Necesitan enfermeras. Es un hospital muy grande.

—Espero que sí. ¿Qué sería de mí si me trasladaran? Y es lo que harán si no llegan más pacientes.

—Yo me iría también.

—No digas tonterías. Aún no puedes ir a ningún sitio. Pero ponte pronto, cariño, y nos iremos a alguna parte.

—¿Y luego qué?

—Puede que haya acabado la guerra. No puede durar siempre.

—Me repondré —dije—. Valentini me curará.

—Seguro. ¡Con esos bigotes! Oye, cariño, cuando te pongan el éter piensa en otra cosa..., pero no en nosotros. La gente se vuelve parlanchina con la anestesia.

—¿Y en qué pienso?

—En cualquier cosa. Con tal de que no sea en nosotros. Pien-
sa en tu familia. O en otra chica.

—No.

—Pues ponte a rezar. Así darás muy buena impresión.

—A lo mejor no hablo.

—Es verdad. Mucha gente no dice nada.

—No hablaré.

—No fanfarronees, cariño. Por favor, no fanfarronees. Eres
muy dulce y no tienes por qué.

—No diré una palabra.

—Estás fanfarroneando, cariño. Sabes que no hay necesidad.
Cuando te digan que respires profundamente, ponte a rezar o a
recitar poesía. Lo harás muy bien y yo me sentiré orgullosa. Aun-
que ya lo estoy. Tienes una temperatura estupenda y duermes
como un niño con el brazo en torno a la almohada, como si fuera
yo. ¿O es otra chica? ¿alguna italiana guapa?

—Eres tú.

—Pues claro. Te quiero y Valentini te dejará la pierna de ma-
ravilla. Me alegro de no tener que verlo.

—¿Estarás de guardia de noche?

—Sí. Pero a ti te dará igual.

—Espera y verás.

—Ya está, cariño. Estás limpio por dentro y por fuera. Dime.
¿A cuantas mujeres has querido?

—A ninguna.

—¿Ni siquiera a mí?

—Sí, a ti sí.

—¿Y a cuántas más?

—A ninguna.

—¿Con cuántas... cómo se dice... has estado?

—Con ninguna.

—Estás mintiendo.

—Sí.

—Da igual. Sigue mintiéndome. Es lo que quiero. ¿Eran guapas?

—No he ido con ninguna.

—Cierto. ¿Eran atractivas?

—No sé de qué me hablas.

—Eres solo mío. Es verdad. Y nunca has sido de otra. Aunque me da igual. No me dan miedo. Pero no me hables de ellas. Cuando un hombre va con una chica, ¿cuándo le dice ella el precio?

—No lo sé.

—Pues claro que no. ¿Le dice que le quiere? Contéstame a eso. Quiero saberlo.

—Sí. Si él se lo pide.

—¿Y él le dice que la quiere? Dímelo, por favor. Es importante.

—Si le gusta, sí.

—Pero tú nunca lo has hecho, ¿verdad?

—No.

—No, de verdad. Dime la verdad.

—No —mentí.

—Lo sabía —dijo—. Sabía que no lo habías hecho. Te quiero, cariño.

Fuera, el sol se había alzado sobre los tejados e iluminaba los pináculos de la catedral. Yo estaba limpio por dentro y por fuera, esperando al médico.

—¿Entonces es así? —preguntó Catherine—. ¿Ella le dice todo lo que él quiere?

—No siempre.

—Pues yo sí. Diré y haré todo lo que quieras y así nunca querrás a ninguna otra, ¿verdad? —Me miró feliz—. Haré y diré lo que tú quieras y todo irá bien, ¿a que sí?

—Sí.

—¿Qué quieres que haga, ahora que está todo preparado?

—Vuelve a la cama.

—Está bien. Ya voy.

—Cariño, cariño, cariño —dije.

—Ya ves que hago todo lo que quieres —respondió.

—Eres un cielo.

—Me temo que aún no se me da muy bien.

—Eres un cielo.

—Quiero lo mismo que tú. Yo ya no existo. Solo quiero lo que tú quieras.

—Eres muy dulce.

—Soy buena. ¿A que sí? No quieres a ninguna otra, ¿verdad?

—No.

—¿Lo ves? Soy buena. Hago lo que tú quieres.

Cuando desperté después de la operación no me había ido. No te vas. Solo te asfixian. No es igual que morir, solo una asfixia química para que no te duela, y luego es como si tuvieras resaca excepto que cuando vomitas no echas más que bilis y después no te sientes mejor. Vi unos sacos llenos de arena al pie de la cama. Estaban sobre unos tubos que asomaban de la escayola. Al cabo de un rato, vi a la señorita Gage que me dijo:

—¿Qué tal se encuentra?

—Mejor —respondí.

—Le ha hecho una virguería en la rodilla.

—¿Cuánto ha durado?

—Dos horas y media.

—¿He dicho alguna tontería?

—Ni una palabra. Calle y estese quieto.

Sentía náuseas y Catherine tenía razón. Me dio igual quién estuviera de turno de noche.

Había otros tres pacientes en el hospital, un muchacho delgado de la Cruz Roja de Georgia que tenía malaria; un buen chico, también delgado, de Nueva York, con malaria e ictericia y otro

que había intentado desenroscar la espoleta de un obús de metral-
la y explosivo para quedársela como recuerdo. Era un obús de
metrala que usaban los austríacos en las montañas, llevaba una
tapa que saltaba tras la explosión y estallaba por contacto.

Las demás enfermeras apreciaban mucho a Catherine porque
siempre estaba dispuesta a hacer el turno de noche. Los enfermos
de malaria le daban poco trabajo y el joven que había desenroscado
la espoleta era amigo nuestro y solo la llamaba por la noche si
era necesario, así que pasábamos juntos el resto del tiempo. La
quería mucho y ella a mí también. De día dormía, y cuando está-
bamos despiertos nos escribíamos notas y nos las enviábamos por
medio de Ferguson. Era una buena chica. Nunca supe nada de
ella, solo que tenía un hermano en la División Cincuenta y dos y
otro en Mesopotamia, y que era muy buena con Catherine Barkley.

—¿Vendrás a nuestra boda, Fergy? —le pregunté una vez.

—No os casaréis.

—Claro que sí.

—No.

—¿Por qué?

—Antes os pelearéis.

—Nunca nos peleamos.

—Ya tendréis tiempo.

—No nos pelearemos.

—Pues te morirás. Os pelearéis o morirás. Siempre es igual.

Nadie se casa.

La cogí de la mano.

—Déjame —dijo—. No estoy llorando. Puede que os vaya bien,
pero ten cuidado de no dejarla embarazada. Si lo haces, te mato.

—Descuida.

—Ve con cuidado. Ojalá tengáis suerte. Pasadlo bien.

—Lo pasamos bien.

—Pues no os peleéis ni la dejes embarazada.

—No lo haré.

—Más te vale. No quiero que tenga uno de esos bebés de la guerra.

—Eres una buena chica, Fergy.

—No lo soy. No intentes halagarme. ¿Qué tal la pierna?

—Bien.

—¿Y la cabeza? —Me tocó la coronilla con los dedos. Estaba sensible como un pie que se ha quedado dormido.

—Nunca me ha dolido.

—Un chichón como ese es para volver loco a cualquiera. ¿No te molesta?

—No.

—Eres un joven afortunado. ¿Has terminado la carta? Tengo que irme.

—Aquí la tengo —respondí.

—Deberías decirle que deje el turno de noche una temporada. Está muy cansada.

—De acuerdo, lo haré.

—Me he ofrecido a hacerlo yo, pero no quiere. A las demás les da igual. Podías dejarla descansar un poco.

—De acuerdo.

—La señorita Van Campen dice que te pasas la mañana durmiendo.

—¿Ah, sí?

—Es mejor que la dejes descansar unas cuantas noches.

—Es lo que quiero que haga.

—No es verdad. Pero si lo hicieses, te ganarías mi respeto.

—Se lo diré.

—No te creo. —Cogió la carta y se marchó.

Llamé al timbre y al cabo de un rato llegó la señorita Gage.

—¿Qué ocurre?

—Solo quería hablar con usted. ¿No le parece que la señorita Barkley debería dejar el turno de noche una temporada? Parece agotada. ¿Por qué se queda hasta tan tarde?

La señorita Gage me miró.

—Soy su amiga —dijo—. No hace falta que me hable así.

—¿A qué se refiere?

—No sea idiota. ¿Es eso todo?

—¿Quiere un vermut?

—Está bien. Luego tengo que irme.

Sacó la botella del armario y un vaso.

—Use usted el vaso —dijo—. Yo beberé de la botella.

—A su salud —dijo la señorita Gage.

—¿Qué dijo Van Campen de que me pasara durmiendo toda la mañana?

—Solo chismorreaba. Dice que es usted un paciente privilegiado.

—Que se vaya al diablo.

—No es mala persona —dijo la señorita Gage—. Solo es vieja y gruñona. Nunca le ha caído usted simpático.

—No.

—A mí sí. Y soy su amiga. No lo olvide.

—Es usted condenadamente buena.

—No. Ya sé yo quién le parece buena. Pero soy su amiga. ¿Qué tal la pierna?

—Bien.

—Le traeré un poco de agua mineral para echársela por encima. Seguro que le pica la escayola. Fuera hace calor.

—Es muy amable.

—¿Le pica mucho?

—No. No mucho.

—Deje que coloque esos sacos de arena. —Se inclinó—. Soy su amiga.

—Lo sé.

—No, no lo sabe. Pero algún día lo sabrá.

Catherine Barkley dejó tres días el turno de noche y luego regresó. Fue igual que reencontrarse después de un largo viaje.

Ese verano lo pasamos de maravilla. Cuando pude salir dimos paseos en coche por el parque. Recuerdo el coche, el caballo que andaba a paso cansino, la espalda del cochero con su sombrero de copa y a Catherine Barkley sentada a mi lado. Bastaba con que nuestras manos se tocaran, con que mi mano rozara la suya, para que nos acalorásemos. Después, cuando pude utilizar muletas íbamos a cenar a Biffi's o a la Gran Italia y nos sentábamos fuera en las mesas de la Galería. Los camareros entraban y salían, había gente que pasaba y lamparillas con pantallas sobre los manteles. Cuando decidimos que nos gustaba más la Gran Italia, George, el jefe de los camareros nos reservaba una mesa. Era un buen camarero y dejábamos que escogiera la comida mientras nos mirábamos el uno al otro y contemplábamos a la gente y la gran Galería a la luz del crepúsculo. Bebíamos vino blanco de Capri enfriado en un cubo de hielo; pero probamos también otros vinos, fresa, barbera y los vinos dulces blancos. Por culpa de la guerra no tenían sumiller y George sonreía avergonzado cuando le preguntaba por vinos como el fresa.

—Imagínese un país que elabora un vino porque sabe a fresas —dijo.

—¿Por qué no? —preguntó Catherine—. Me parece una idea estupenda.

—Pruébelo si quiere, señora —respondió George—. Pero deje que traiga una botella de margaux para el *tenente*.

—Yo también quiero probarlo, George.

—No se lo recomiendo, señor. Ni siquiera sabe a fresas.

—A lo mejor sí —dijo Catherine—. Sería maravilloso.

—Se lo traeré —repuso George—, y si a la señora no le gusta me lo llevaré.

No era gran cosa. Tal como había dicho, ni siquiera sabía a fresas. Volvimos al capri. Una noche que andaba mal de dinero, George me prestó cien liras.

—No se preocupe, *tenente* —dijo—. Estas cosas pasan. A veces uno anda corto de fondos. Si usted o la señora necesitan dinero, yo siempre tengo.

Después de cenar, paseábamos por la Galería, delante de los otros restaurantes y de las tiendas con las persianas echadas, y nos parábamos en un puestecito donde vendían fresas, bocadillos de jamón y lechuga y bocadillos de anchoas con panecillos diminutos apenas más largos que un dedo. Eran para cenar por la noche cuando nos entraba hambre. Luego tomábamos un coche a la salida de la Galería delante de la catedral y volvíamos al hospital. Al llegar, el portero salía a ayudarme con las muletas. Yo pagaba al cochero y luego cogíamos el ascensor. Catherine se quedaba en el piso de abajo donde vivían las enfermeras, y yo seguía y recorría el pasillo con las muletas hasta llegar a mi habitación; a veces me desvestía y me metía en la cama y en otras ocasiones me sentaba en el balcón con las piernas apoyadas en una silla a observar las golondrinas sobre los tejados y a esperar a Catherine. Cuando

llegaba era como si volviera de un largo viaje y la acompañaba por el pasillo con las muletas, la ayudaba a llevar las palanganas y esperaba fuera o entraba con ella según los enfermos fuesen nuestros amigos o no; cuando terminaba su trabajo nos sentábamos en el balcón de mi habitación. Después yo me metía en la cama, y cuando todos se iban a dormir y estaba segura de que no la llamarían, Catherine volvía a mi cuarto. Me encantaba soltarle el cabello mientras ella se quedaba muy quieta en la cama, salvo cuando se inclinaba de pronto para besarme, yo le quitaba las horquillas, las iba dejando sobre la sábana y la miraba fijamente mientras ella seguía inmóvil y luego le quitaba las dos últimas y terminaba de soltárselo, Catherine inclinaba la cabeza y nos cubría a los dos, y era como estar en una tienda de campaña o detrás de una catarata.

Tenía un pelo muy hermoso y a veces me tumbaba y miraba cómo se lo retorció a la luz que entraba por la puerta abierta y cómo brillaba incluso de noche igual que brilla a veces el agua justo antes de que amanezca. Tenía una cara y un cuerpo preciosos y una piel muy suave. Nos acostábamos y le tocaba las mejillas, la frente, los ojos, la barbilla y el cuello con la punta de los dedos y le decía: «Suave como las teclas de un piano». Ella me acariciaba la barbilla con los dedos y respondía: «Suave como el papel de lija y muy áspero con las teclas del piano».

—¿Pica?

—No, cariño. Solo me burlaba.

Las noches eran deliciosas y nos bastaba con tocarnos para ser felices. Además de los grandes momentos teníamos muchas maneras de querernos e intentábamos introducir pensamientos en la cabeza del otro cuando estábamos en habitaciones distintas. A ve-

ces funcionaba, pero probablemente fuese solo porque pensábamos del mismo modo.

Nos decíamos que nos habíamos casado el día de su llegada y contábamos los meses transcurridos desde la boda. Yo quería casarme de verdad, pero Catherine decía que si lo hacíamos la trasladarían y que si iniciábamos las gestiones se darían cuenta y nos separarían. Tendríamos que casarnos bajo la ley italiana y los trámites eran complicadísimos. En realidad, yo quería que nos casáramos porque temía que pudiéramos tener un hijo, aunque fingíamos estar casados y no nos preocupábamos demasiado y supongo que a los dos nos gustaba no estar casados de verdad. Recuerdo que una noche lo hablamos y Catherine dijo:

—Pero, cariño, me trasladarían.

—A lo mejor no.

—Sí. Me enviarían a casa y tendríamos que estar separados hasta que acabase la guerra.

—Iría de permiso.

—No podrías ir y volver a Escocia con un permiso. Además, no te dejaré. ¿De qué serviría que nos casáramos ahora? Ya lo estamos. No podemos estarlo más.

—Solo lo digo por ti.

—Yo no existo. Soy tú. No hagas como si fuese otra persona.

—Pensaba que las chicas querían casarse.

—Y así es. Pero, cariño, ya estoy casada. Contigo. ¿Es que no te parezco una buena esposa?

—Eres una esposa preciosa.

—Tienes que entenderlo, cariño, ya he pasado una vez por lo de hacer planes de boda.

—No quiero oírlo.

—Sabes que no quiero a nadie más que a ti. No tendría que importarte que me haya querido otro.

—Pues me importa.

—No deberías estar celoso de alguien que ha muerto cuando tú lo tienes todo.

—No, pero no quiero oírlo.

—Pobrecito. Sin embargo, yo sé que has estado con muchas chicas y me da igual.

—¿No podríamos casarnos en privado de algún modo? Así, si me ocurriera algo o si tuvieras un hijo...

—Uno solo puede casarse por la Iglesia o por lo civil. Ya estamos casados en privado. Verás, cariño, para mí tendría importancia si fuese una persona religiosa, pero no lo soy.

—Me diste el san Antonio.

—Para que te trajera suerte. Antes me lo habían regalado a mí.

—Entonces, ¿no te preocupa nada?

—Solo que me envíen lejos de ti. Tú eres mi religión y todo lo que tengo.

—Muy bien. Pero cuando quieras me casaré contigo.

—No hables como si tuvieses que hacer de mí una mujer honesta. Ya lo soy. Uno no puede avergonzarse de algo que le enorgullece y le hace sentir feliz. ¿Tú no eres feliz?

—Pero nunca me dejarás por otro.

—No, cariño. Nunca te dejaré por otro. Imagino que pueden sucedernos cosas horribles. Pero no tienes por qué preocuparte por eso.

—No me preocupa. Lo que pasa es que te quiero mucho y tú quisiste a alguien antes que a mí.

—¿Y qué le ocurrió?

—Que murió.

—Sí, y si no hubiese muerto nunca te habría conocido. No soy infiel, cariño. Tengo muchos defectos, pero no soy infiel. Soy tan fiel que acabarás hartándote de mí.

—Pronto tendré que volver al frente.

—No lo pensaremos hasta que te vayas. Ya ves que soy feliz, cariño, y lo pasamos muy bien. Llevaba mucho tiempo siendo desdichada y puede que cuando te conociera estuviese un poco desquiciada. Tal vez estuviera loca. Pero ahora somos felices y nos queremos. Así que limitémonos a ser felices. Tú lo eres, ¿no? ¿Hay algo que no te guste? ¿Puedo hacer algo por ti? ¿Quieres soltarme el pelo? ¿Quieres jugar?

—Sí, ven a la cama.

—De acuerdo. Pero antes iré a ver a los pacientes.

Así pasó el verano. No recuerdo mucho de esos días, solo que hacía calor y que había muchas victorias en los periódicos. Yo tenía buena salud y las piernas curaron tan deprisa que no tardé en sustituir las muletas por un bastón. Luego empecé un tratamiento en el Ospedale Maggiore para doblar la rodilla, tratamientos mecánicos, tostándome en un cuarto lleno de espejos con rayos ultravioleta, masajes y baños. Iba allí por las tardes y luego paraba en el café a tomar una copa y leer los periódicos. No deambulaba por la ciudad, porque en cuanto salía del café estaba deseando volver al hospital. Lo único que me apetecía era ver a Catherine. El resto del día me limitaba a matar el tiempo. Por lo general me pasaba las mañanas y alguna tarde durmiendo, iba a las carreras, y luego a los tratamientos de mecanoterapia. De vez en cuando me dejaba caer por el Club Angloamericano y me sentaba delante de la ventana en los cómodos sillones de cuero a leer las revistas. Cuando dejé de usar las muletas nos prohibieron salir juntos porque era inapropiado que una enfermera se dejara ver sola con un paciente que no parecía necesitar ayuda, así que dejamos de pasar las tardes juntos. No obstante a veces salíamos a cenar, si nos acompañaba Ferguson. La señorita Van Campen se había tragado la historia de que éramos

grandes amigos porque hacía trabajar mucho a Catherine. Creía que Catherine era de muy buena familia y eso acabó de convencerla. La señorita Van Campen admiraba la institución familiar y ella misma procedía de una familia excelente. Además, el hospital estaba abarrotado y eso la tenía muy ocupada. El verano era muy caluroso y yo conocía a un montón de gente en Milán, pero en cuanto caía la tarde siempre quería volver al hospital. En el frente estaban avanzando sobre el Carso; habían tomado Kuk, más allá de Plava, e intentaban tomar el altiplano de la Bainsizza. Las noticias del frente occidental no eran tan halagüeñas. Daba la impresión de que la guerra fuese a durar mucho tiempo. Estados Unidos acababa de entrar en guerra, pero mi impresión era que tardarían un año en concentrar un número suficiente de tropas y adiestrarlas para el combate. El año siguiente sería malo, o tal vez bueno. Los italianos utilizaban una cantidad enorme de hombres. No acababa de ver cómo iban a continuar así. Aun si tomaban la Bainsizza y el monte San Gabriele, los austríacos seguirían teniendo muchas montañas donde refugiarse. Las había visto. Las montañas más altas estaban detrás. Estaban avanzando en el Carso, pero había marismas y tremedales hasta el mar. Napoleón había barrido a los austríacos en el llano. Pero nunca los había combatido en las montañas. Los había dejado bajar y los había barrido cerca de Verona. Sin embargo, en el frente occidental nadie estaba barriendo a nadie. Tal vez las guerras ya no se ganaran. Era posible que durasen eternamente. Tal vez fuese otra guerra de los Cien Años. Dejé el periódico en el estante y salí del club. Bajé los escalones con cuidado y subí por la via Manzoni. A la puerta del Gran Hotel, me encontré al bueno de Meyers y a su mujer que se apeaban de un coche. Volvían de las carreras. Ella era una mujer de pecho abundante, vestida de satén

negro. Él era viejo y de baja estatura, tenía un bigote blanco y andaba con los pies planos ayudándose con un bastón.

—¿Cómo está?

Ella me estrechó la mano.

—Hola —dijo Meyers.

—¿Qué tal las carreras?

—Bien. De maravilla. He acertado tres ganadores.

—¿Y qué tal le ha ido a usted? —le pregunté a Meyers.

—No me ha ido mal. He acertado uno.

—No sé cómo le va —dijo la señora Meyers—. Nunca me dice nada.

—Me las apaño —respondió Meyers. Estaba siendo afable—. Tendría que salir usted más.

Cuando hablaba daba la sensación de mirar hacia otra parte o de haberte confundido con otra persona.

—Lo haré —dije.

—Iré a verle al hospital —dijo la señora Meyers—. Tengo algunas cosas para mis muchachos. Ustedes son mis muchachos. Mis queridos muchachos.

—Se alegrarán mucho de verla.

—Mis muchachos. Y usted también. Es usted uno de ellos.

—Tengo que regresar —dije.

—Salude a los muchachos de mi parte. Tengo muchas cosas que llevarles. Pasteles y un excelente marsala.

—Adiós —dije—. Se alegrarán mucho de verla.

—Adiós —respondió Meyers—. Pásese por la Galería. Ya sabe dónde tengo mi mesa. Estamos allí todas las tardes.

Seguí calle arriba. Quería comprar alguna cosa para Catherine en la Cova. Le compré una caja de bombones y, mientras la chica

la envolvía, me acerqué al bar. Había un par de británicos y unos cuantos aviadores. Tomé un martini solo, pagué, recogí los bombones en el mostrador y me encaminé al hospital. A la puerta del minúsculo bar que hay pasada la Scala encontré a varios conocidos, un vicecónsul, dos tipos que habían estudiado canto y Ettore Moretti, un italiano de San Francisco que estaba en el ejército italiano. Tomé una copa con ellos. Uno de los cantantes se llamaba Ralph Simmons y cantaba bajo el seudónimo de Enrico Del-Credo. No sé qué tal cantante sería, pero según él siempre estaba a punto de ocurrir algo grande. Era gordo y tenía la nariz y la boca irritados como si tuviese alergia. Acababa de llegar de Piacenza, donde había interpretado *Tosca* de manera soberbia.

—Claro que usted nunca me ha oído cantar—dijo.

—¿Cuándo cantará aquí?

—Actuaré en la Scala en otoño.

—Apuesto a que te lanzan los asientos —dijo Ettore—. ¿No has oído que en Módena se los lanzaron?

—Es una puñetera mentira.

—No. Estuve allí. Yo mismo le lancé seis.

—No eres más que un espagueti de Frisco.

—No sabe pronunciar el italiano —insistió Ettore—. Allí donde va le lanzan los asientos.

—Piacenza es una de las plazas más difíciles para un cantante en el norte de Italia —dijo el otro tenor—. Créame, es un teatro complicado.

El tenor se llamaba Edgar Saunders y cantaba bajo el seudónimo de Edourado Giovanni.

—Quién pudiera estar allí para ver cómo te lanzan los asientos —dijo Ettore—. No sabes cantar en italiano.

—Está chiflado —dijo Edgar Saunders—. Solo sabe hablar de lanzar asientos.

—Es lo único que hace el público cuando cantáis vosotros dos —respondió Ettore—. Luego, cuando volváis a Estados Unidos, os jactaréis de vuestros triunfos en la Scala. Pero no os dejarían pasar de la primera nota.

—Voy a actuar en la Scala —repitió Simmons—. Cantaré *Tosca* en octubre.

—Iremos, ¿verdad, Mac? —le dijo Ettore al vicecónsul—. Necesitarán alguien que les defienda.

—Puede que envíen al ejército estadounidense a protegerles —replicó el vicecónsul—. ¿Le apetece otra copa, Simmons? ¿Y a usted, Saunders?

—Muy bien —respondió Saunders.

—He oído decir que te van a dar la medalla de plata —me dijo Ettore—. ¿Qué mención te harán?

—No sé. Ni siquiera sé si me la darán.

—Te la darán. ¡Chico, tendrás a las chicas de la Cova a tus pies! Pensarán que has matado a doscientos austríacos o que has tomado una trinchera tú solito. Créeme, tuve que sudar para conseguir mis medallas.

—¿Cuántas tienes, Ettore? —preguntó el vicecónsul.

—Las tiene todas —apuntó Simmons—. La guerra se está librando por él.

—Me han propuesto dos veces para la de bronce y tres para la de plata —respondió Ettore—. Pero solo tengo el diploma de una.

—¿Qué pasó con las otras? —preguntó Simmons.

—La acción no tuvo éxito —respondió Ettore—. Cuando la acción no tiene éxito siempre racanean con las medallas.

—¿Cuántas veces te han herido, Ettore?

—Tres veces de gravedad. Tengo tres cintas por heridas. ¿Lo ves? —Se tiró de la manga. Las cintas eran líneas plateadas paralelas sobre un fondo negro, cosidas a la tela de la manga unos veinte centímetros por debajo del hombro.

—A ti también te darán una. Créeme, son fáciles de conseguir. Las prefiero a las medallas. Hazme caso, chico, cuando tengas tres tendrás algo. Por una herida que te envíe tres meses al hospital solo te dan una.

—¿Dónde te hirieron, Ettore? —preguntó el vicecónsul.

Ettore se arremangó.

—Aquí. —Le mostró la cicatriz suave y profunda—. Y en la pierna. No puedo enseñártela porque llevo puestas las polainas; y en el pie. Tengo un hueso podrido en el pie que apesta incluso ahora. Cada mañana me quito un trocito y aún apesta.

—¿Qué te hirió?

—Una granada de mano. Una de esas que parecen un pasapurés. Me voló un lado del pie. ¿Conoces las pasapurés?

Se volvió hacia mí.

—Claro.

—Vi al hijo de puta que la lanzó —continuó Ettore—. Me derribó y pensé que había muerto, pero las puñeteras pasapurés tienen poca fuerza. Le pegué un tiro a aquel hijo de puta con el fusil. Siempre llevo fusil para que no sepan que soy oficial.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Simmons.

—Era la única que llevaba encima. No sé por qué la lanzaría. Supongo que siempre había querido lanzar una. Lo más probable es que no hubiese entrado nunca en combate. Le descerrajé un tiro al muy hijo de puta.

—¿Qué aspecto tenía cuando le disparaste? —insistió Simmons.

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa? Le disparé en la barriga. Temí fallar si apuntaba a la cabeza.

—¿Cuánto hace que eres oficial, Ettore? —le pregunté.

—Dos años. Voy a ser capitán. ¿Desde cuándo eres tú teniente?

—Ya hace casi tres años.

—No puedes ser capitán porque no hablas bien italiano —dijo Ettore—. Lo hablas, pero no lo escribes ni lees bien. Para ser capitán hay que tener una educación. ¿Por qué no te enrolas en el ejército estadounidense?

—A lo mejor lo hago.

—Ojalá pudiera ir yo. Chico, ¿cuánto gana un capitán, Mac?

—No lo sé con exactitud. Creo que unos doscientos cincuenta dólares.

—La de cosas que haría yo con doscientos cincuenta dólares. Más te vale enrolarte pronto, Fred. A ver si consigues que me acepten.

—De acuerdo.

—Puedo capitanear una compañía en italiano. Aprendería inglés con facilidad.

—Llegarías a general —dijo Simmons.

—No, no sé tanto como para ser general. Los generales tienen que saber un montón de cosas. Vosotros pensáis que para ir a la guerra no hace falta saber nada. No tenéis cerebro suficiente ni para ser cabo primera.

—Gracias a Dios no tengo que serlo —exclamó Simmons.

—A lo mejor tendrás que hacerlo si obligan a alistarse a los escaqueados. Chico, cuánto me gustaría teneros en mi pelotón. Y a Mac también, te nombraría mi ordenanza, Mac.

—Eres un gran chico, Ettore —respondió Mac—. Pero me temo que también eres un militarista.

—Seré coronel antes de que acabe la guerra.

—Siempre que no te maten.

—No me matarán. —Se tocó las estrellas del cuello de la guerrera con el pulgar y el índice—. ¿Has visto lo que he hecho? Siempre nos tocamos las estrellas cuando alguien dice que vamos a morir.

—Vamos, Sim —dijo Saunders poniéndose en pie.

—De acuerdo.

—Adiós —dije—. Yo también tengo que irme. —El reloj del bar indicaba las seis menos cuarto—. *Ciao*, Ettore.

—*Ciao*, Fred. Estaría muy bien que te diesen la medalla de plata.

—No sé si me la concederán.

—Te la darán, Fred. Lo sé de buena tinta.

—Bueno, adiós —dije—. No te metas en líos, Ettore.

—No te preocupes por mí. No bebo y no voy detrás de las faldas. No soy borracho ni putero. Sé lo que me conviene.

—Adiós —dije—. Me alegro de que vayan a ascenderte a capitán.

—No necesito esperar a que me asciendan. Seré capitán por méritos de guerra. Ya sabes. Tres estrellas con dos espadas cruzadas y una corona encima. Ese soy yo.

—Buena suerte.

—Buena suerte. ¿Cuándo vuelves al frente?

—Pronto.

—Bueno, ya nos veremos allí.

—Adiós.

—Adiós. Y que no te la den con queso.

Atajé por un callejón. Ettore tenía veintitrés años. Lo había criado un tío en San Francisco y la declaración de guerra le había sorprendido en Turín, donde había ido a visitar a su padre y su madre. Tenía una hermana a la que habían enviado con él a Estados Unidos a vivir con su tío y que ese año se graduaría en la Escuela Normal. Era un auténtico héroe y un pesado que aburría a todo el mundo. Catherine no lo soportaba.

—Nosotros también tenemos héroes —decía—. Pero suelen ser más discretos, cariño.

—No me molesta.

—A mí tampoco me molestaría, si no fuese tan engreído y no me aburriera, me aburriera y me aburriera.

—A mí también me aburre.

—Eres un amor por decirlo, cariño. Aunque no hace falta. Lo imaginas en el frente y sabes que es útil, pero es de esos chicos que no me interesan lo más mínimo.

—Lo sé.

—Eres un verdadero amor por comprenderme, intento que me caiga simpático, pero es un auténtico plomo.

—Me ha dicho que esta tarde iban a ascenderle a capitán.

—Me alegro —dijo Catherine—. Seguro que le gustará.

—¿No te gustaría que yo tuviese más graduación?

—No, cariño. Solo quiero que tengas la suficiente graduación para que nos admitan en los mejores restaurantes.

—Es justo la graduación que tengo.

—Tienes una graduación espléndida. No quiero que tengas una más alta. Podría subírsete a la cabeza. ¡Ay, cariño, no sabes cuánto me alegra que no seas un engreído! Me habría casado contigo aunque lo fueses, pero es un alivio tener un marido que no lo es.

Estábamos hablando en voz baja en el balcón. La luna tenía que haber salido ya, pero había niebla sobre la ciudad y no apareció; al cabo de un rato empezó a lloviznar y entramos. Fuera, la niebla se convirtió en lluvia, y al cabo de un rato llovía con fuerza y la oímos tamborilear en el tejado. Me levanté y fui al balcón para ver si entraba agua, vi que no y dejé la puerta abierta.

—¿A quién más has visto? —preguntó Catherine.

—Al señor y la señora Meyers.

—Son una pareja muy rara.

—Dicen que él estuvo en presidio en Estados Unidos. Lo dejaron salir para morir.

—Y vivió feliz en Milán el resto de sus días.

—No sé si será tan feliz.

—Supongo que bastante, en comparación con la cárcel.

—Ella va a traer unas cosas.

—Trae cosas estupendas. ¿Te dijo que eras su querido muchacho?

—Uno de ellos.

—Todos lo sois —dijo Catherine—. Prefiere a los muchachos. Escucha la lluvia.

—Llueve mucho.

—Y siempre me querrás, ¿verdad?

—Sí.

—¿Aunque llueva?

—Claro.

—Me alegro. Porque la lluvia me asusta.

—¿Por qué? —Estaba adormilado. Fuera llovía mucho.

—No lo sé, cariño. Siempre me ha dado miedo la lluvia.

—A mí me gusta.

—Me gusta andar bajo la lluvia. Pero es mala para el amor.

—Aun así te quiero.

—Te querré aunque llueva, nieve, granice o... ¿qué más hay?

—No sé. Creo que estoy medio dormido.

—Duérmete, cariño, te querré pase lo que pase.

—En realidad no te da miedo la lluvia, ¿verdad?

—Cuando estoy contigo, no.

—¿Por qué te asusta?

—No lo sé.

—Dímelo.

—No me obligues.

—Dímelo.

—No.

—Dímelo.

—De acuerdo. Me da miedo porque a veces me imagino muerta bajo la lluvia.

—No.

—Y otras veces te veo a ti.

—Eso ya es más probable.

—No, cariño. Sé que puedo protegerte. Pero nadie puede cuidar de sí mismo.

—Por favor, calla. No quiero que empieces con tus locuras escocesas esta noche. No estaremos juntos mucho más tiempo.

—No, aunque soy escocesa y estoy loca. Pero me callaré. Es una tontería.

—Cierto.

—Es una tontería. Un sinsentido. No me asusta la lluvia. No me asusta la lluvia. ¡Ay, Dios, ojalá fuese cierto!

Lloraba. La consolé y dejó de llorar. Pero fuera siguió lloviendo.

Una tarde fuimos a las carreras. Nos acompañó Ferguson y también Crowell Rodgers, el soldado que había resultado herido en los ojos al manipular la espoleta de un obús. Después de comer, las chicas fueron a vestirse y Crowell y yo nos sentamos en la cama de su habitación y nos informamos sobre las anteriores proezas de los caballos y los pronósticos en un periódico de carreras. Crowell tenía vendada la cabeza y las carreras le traían sin cuidado, aunque leía constantemente revistas de hípica para entretenerse y estaba al día de todo lo relativo a los caballos. Dijo que eran muy malos, pero que no había otros. El viejo Meyers le apreciaba y le daba consejos. Meyers ganaba en casi todas las carreras, aunque no le gustaba dar consejos porque eso hacía disminuir los premios. Las carreras estaban amañadas. Gente a quien habían prohibido correr en otros sitios corría en Italia. La información de Meyers era buena, pero yo odiaba preguntarle porque a veces no contestaba y se notaba que le molestaba responder, aunque por alguna razón se sentía obligado y le incomodaba menos darle consejos a Crowell. Crowell había sufrido heridas en los ojos, en uno de ellos de gravedad, y Meyers estaba mal de la vista, así que simpatizaba con él. Meyers nunca le decía a su mujer a qué caballo apostar y ella

ganaba o perdía, más bien lo segundo, y se pasaba el día parlotando.

Los cuatro fuimos a San Siro en un coche descubierto. Hacía un día precioso, atravesamos el parque y seguimos las vías del tranvía hasta salir de la ciudad y tomar por un camino polvoriento. Había villas con verjas de hierro, jardines invadidos por las malas hierbas, zanjas en las que corría el agua y huertos verdes y cubiertos de polvo. Al otro lado del llano se divisaban las granjas verdes con sus acequias de riego y las montañas al norte. Había muchos coches que iban hacia el hipódromo y los empleados de la puerta nos permitieron pasar sin entrada porque íbamos de uniforme. Dejamos el coche, compramos programas y atravesamos la pista de hierba para ir al *paddock*. Las tribunas de madera eran viejas y las cabinas de apuestas estaban debajo, alineadas cerca de los establos. Había muchos soldados a lo largo de la cerca. El *paddock* estaba abarrotado porque hacían andar a los caballos en torno a un círculo debajo de los árboles detrás de la tribuna. Saludamos a varios a conocidos y fuimos a buscar unas sillas para Ferguson y Catherine y a echar un vistazo a los caballos.

Pasaron uno detrás de otro con la cabeza gacha conducidos por los mozos de cuadra. Crowell juró que a uno de los caballos, de color negro purpúreo, lo habían teñido para que tuviese ese color. Nos quedamos observándolo y nos pareció posible. Acababa de salir cuando sonó la campana para avisar a los jinetes de que montaran. Lo buscamos en el programa por el número que llevaba el mozo de cuadra en la manga y vimos que era un caballo castrado llamado Japalac. La carrera era para caballos que nunca hubiesen ganado una carrera valorada en más de mil liras. Cathe-

rine estaba segura de que le habían cambiado el color. Ferguson dijo que no estaba segura. A mí me pareció sospechoso. Acordamos apostar por él y jugamos cien liras. El tablero indicaba que las apuestas estaban treinta y cinco a uno. Crowell fue a comprar los boletos mientras observábamos a los jockeys dar una vuelta más y luego ir bajo los árboles hacia la pista y galopar lentamente hasta la curva donde estaba la salida.

Fuimos a la tribuna para ver la carrera. En San Siro no tenían barrera elástica y el juez alineó los caballos, que vistos desde lejos parecían muy pequeños, y dio la salida haciendo restallar el látigo. Pasaron por delante de la tribuna con el caballo negro en cabeza hasta que en la curva se distanció de los demás. Con los prismáticos, lo vi al otro lado de la pista y reparé en que el jockey intentaba frenarlo, pero no lo consiguió y cuando volvieron a aparecer por la curva el caballo negro iba quince cuerpos por delante. Tras atravesar la línea de meta, siguió galopando hasta la curva siguiente.

—¡Es maravilloso! —exclamó Catherine—. Hemos ganado más de tres mil liras. Debe de ser un caballo extraordinario.

—Espero que no destiña antes de que nos paguen —dijo Crowell.

—Es un caballo precioso —dijo Catherine—. Me gustaría saber si el señor Meyers ha apostado también por él.

—¿Ha apostado por el ganador? —le grité a Meyers.

Asintió.

—Yo no —dijo la señora Meyers—. ¿Por cuál han apostado ustedes?

—Por Japalac.

—¿De verdad? ¡Se paga treinta y cinco a uno!

—Nos gustó su color.

—A mí no, me pareció un penco. Me aconsejaron no apostar por él.

—No pagarán mucho —dijo Meyers.

—En la lista dice que treinta y cinco a uno —repliqué.

—No pagarán gran cosa —insistió Meyers—. En el último momento han apostado mucho por él.

—¿Quiénes?

—Kempton y los muchachos. Ya lo verán. No pagarán ni dos a uno.

—Entonces no ganaremos las tres mil libras —dijo Catherine—. ¡No me gustan estas carreras amañadas!

—Ganaremos doscientas.

—Eso no es nada. Con eso no vamos a ninguna parte. Pensé que íbamos a ganar tres mil.

—Es un timo repugnante —dijo Ferguson.

—Pues claro —respondió Catherine—, de lo contrario no habríamos apostado por él. Aunque me habría gustado ganar tres mil libras.

—Vayamos a tomar una copa y a ver cuánto pagan —dijo Crowell.

Fuimos a donde anunciaban los resultados, sonó la campana para pagar y dieron 18,50 a Japalac como ganador, lo cual no equivalía siquiera al reintegro por una apuesta de diez libras.

Fuimos al bar que había debajo de la tribuna y tomamos un whisky con soda cada uno. Nos encontramos con un par de italianos a quienes conocíamos y con el señor McAdams, el vicecónsul, los tres se vinieron con nosotros cuando fuimos a buscar a las chicas. Los italianos eran muy ceremoniosos y el señor McAdams

estuvo charlando con Catherine mientras bajábamos a apostar. El señor Meyers estaba junto a la cabina de apuestas.

—Pregúntale por cuál ha apostado —le dije a Crowell.

—¿Por cuál ha apostado, señor Meyers? —le preguntó Crowell.

Meyers cogió el programa y señaló el número cinco con el lápiz.

—¿Le importa si apostamos por él también nosotros? —le preguntó Crowell.

—Adelante, adelante. Pero no le digan a mi mujer que se lo he dicho.

—¿Le apetece una copa? —pregunté.

—No gracias. No bebo.

Apostamos cien liras al número cinco a ganador y otras cien a colocado y luego tomamos otro whisky con soda. Me sentía muy bien, conocimos a otro par de italianos que bebieron una copa con nosotros y luego volvimos con las chicas. Aquellos italianos también eran muy ceremoniosos e hicieron buenas migas con los que nos habíamos encontrado antes. Al cabo de un rato no había sitio donde sentarse. Le di los boletos a Catherine.

—¿Qué caballo es?

—No sé. Lo ha escogido el señor Meyers.

—¿No sabes siquiera cómo se llama?

—No. Estará en el programa. Creo que es el número cinco.

—Tu fe resulta conmovedora —dijo.

El número cinco ganó pero no se pagó nada. El señor Meyers se enfadó.

—Hay que apostar doscientas liras para ganar veinte —dijo—. Y doce para ganar diez. No vale la pena. Mi mujer ha perdido veinte liras.

—Voy abajo contigo —me dijo Catherine. Todos los italianos se levantaron. Bajamos y fuimos al *paddock*—. ¿Te gusta esto?

—Sí. Supongo que sí.

—No está mal —replicó ella—. Pero cariño, no soporto ver a tanta gente.

—Tampoco vemos a tantos.

—No. Pero los Meyers y el tipo del banco con su mujer y su hija...

—Es quien me firma las letras a la vista —alegué.

—Sí, pero si no lo hiciera él lo haría otro. Esos cuatro amigos que has traído eran horribles.

—Podemos quedarnos aquí y ver la carrera desde la valla.

—Me encantaría. Y, cariño, apostemos por un caballo del que no hayamos oído hablar y por el que no haya apostado el señor Meyers.

—De acuerdo.

Apostamos por uno llamado Light For Me, que quedó el cuarto de cinco. Nos apoyamos en la valla y vimos pasar los caballos, cuyos cascos resonaron contra el suelo, y contemplamos las montañas a lo lejos y Milán detrás de los árboles y los campos.

—Me siento mucho más limpia —dijo Catherine. Los caballos estaban regresando por la puerta, empapados de sudor, los jockeys les tranquilizaban y desmontaban debajo de los árboles—. ¿Te apetece una copa? Podríamos tomar una aquí fuera mientras vemos las carreras.

—Voy a por ella —dije.

—Deja que la traiga el camarero —respondió. Alzó el brazo y el camarero salió del bar que había al lado de los establos. Nos sentamos a una mesa redonda de hierro—. ¿No prefieres que estemos solos?

—Sí —dije.

—Me sentía fuera de lugar rodeada de tanta gente.

—Aquí se está de maravilla.

—Sí. Son unas carreras muy bonitas.

—No están mal.

—No quiero aguarle la diversión, cariño. Si quieres, volvemos.

—No —dije—. Nos quedaremos a tomar esa copa. Luego bajaremos e iremos a ver la carrera de saltos junto al obstáculo de agua.

—Eres muy bueno conmigo.

Después de estar un rato solos nos gustó volver a ver a los demás. Lo pasamos bien.

En septiembre llegaron las primeras noches frías, luego refrescó durante el día, las hojas de los árboles empezaron a amarillear y supimos que el verano había concluido. Los combates en el frente iban mal y no lograron tomar San Gabriele. Dejaron de combatir en el altiplano de la Bainsizza y a mediados de mes también en San Gabriele. No pudieron tomarlo. Ettore había vuelto al frente. Enviaron los caballos a Roma y no hubo más carreras. A Crowell también lo mandaron a Roma para repatriarlo a Estados Unidos. Dos veces hubo algaradas en la ciudad en contra de la guerra y en Turín se produjo una grave revuelta. Un comandante británico me contó en el club que los italianos habían perdido ciento cincuenta mil hombres en el altiplano de la Bainsizza y en San Gabriele. Afirmó que además habían perdido cuarenta mil en el Carso. Tomamos una copa y charlamos. Dijo que ese año ya no habría más combates en nuestro sector y que los italianos habían mordido más de lo que podían digerir. Añadió que la ofensiva en Flandes sería complicada. Si había tantas bajas como ese otoño, los aliados estarían acabados en menos de un año. Dijo que ya lo estábamos, pero que mientras no lo supiésemos no pasaba nada. Todos lo estábamos. Lo importante era no admitirlo. El último

país en reconocer que estaba acabado ganaría la guerra. Tomamos otra copa. ¿Formaba yo parte de algún Estado Mayor? No. Él sí. Era muy divertido. Estábamos solos en el club recostados en uno de los grandes sofás de piel. Sus botas eran de cuero brillante y lustroso. Eran muy bonitas. Afirmó que lo pasaban en grande. Solo pensaban en las divisiones y los soldados. Discutían por las divisiones, y cuando conseguían una era para enviarla al matadero. Estaban acabados. Los alemanes se llevaban todas las victorias. Dios, eso sí que eran soldados. Los hunos eran soldados. Pero ellos también estaban acabados. Como todos. Le pregunté por Rusia. Dijo que ellos también. Pronto tendría ocasión de comprobarlo. Y lo mismo les ocurría a los austríacos. Si tuvieran algunas divisiones hunas tal vez podrían tener éxito. ¿Creía que atacarían ese otoño? Por supuesto. Los italianos estaban acabados. Todo el mundo lo sabía. Los hunos atacarían por el Trentino y cortarían la vía férrea en Vicenza, ¿y qué sería entonces de los italianos? Objeté que ya lo habían intentado en 1916. No con alemanes. Sí, dije. Pero lo más probable era que no lo hiciesen. Era demasiado fácil. Intentarían algo más complicado y se llevarían un buen vapuleo. Dije que tenía que marcharme. Tenía que volver al hospital. «Adiós», respondió. Y luego añadió alegremente: «¡Le deseo toda la suerte del mundo!». Había un gran contraste entre su pesimista visión del mundo y su cordialidad personal.

Pasé por la barbería para afeitarme y volví al hospital. Mi pierna estaba bien y ya no mejoraría mucho más. Había pasado una revisión tres días antes. Aún tenía que seguir algún tratamiento antes de despedirme del Ospedale Maggiore y anduve por el callejón esforzándome en no cojear. Un anciano recortaba siluetas debajo de unos soportales. Me detuve a mirarlo. Había dos chicas

posando y él recortaba las siluetas con mucha habilidad, mirándolas con la cabeza ladeada. Las chicas se reían. Me mostró las siluetas antes de pegarlas a una cartulina blanca y dársela a las chicas.

—Son muy guapas —dijo—. ¿Y usted no se anima, *tenente*?

Las chicas se alejaron mirando sus siluetas y riéndose. Eran muy atractivas. Una de ellas trabajaba en la taberna de enfrente del hospital.

—De acuerdo —dije.

—Quítese la gorra.

—No. Prefiero dejármela puesta.

—No quedará tan bien —observó el anciano—. Aunque tendrá un aspecto más marcial —añadió muy animado.

Empezó a recortar el papel negro, luego separó el sobrante y pegó el perfil en una cartulina y me la dio.

—¿Cuánto es?

—Nada —dijo con un ademán—. Es un regalo.

—Por favor. —Saqué unas monedas—. No va a trabajar usted gratis.

—No. Lo he hecho por distraerme. Regálesela a su novia.

—Muchas gracias, hasta otro día.

—Hasta la vista.

Volví al hospital. Había algunas cartas, una oficial y varias más. Dispondría de un permiso de convalecencia de tres semanas y luego tendría que regresar al frente. La leí con atención. Pues ya estaba... El permiso de convalecencia empezaba el 4 de octubre, en cuanto me dieran el alta en el hospital. Tres semanas eran veintiún días. Eso significaba el 25 de octubre. Avisé de que iba a salir y fui al restaurante que había calle arriba a cenar y leer las cartas y el *Corriere della Sera* en una mesa. Había una carta de mi abuelo

que contenía noticias familiares, ánimos patrióticos, un cheque de doscientos dólares y unos cuantos recortes de periódico; una carta muy aburrida del capellán del campamento; una carta de un conocido mío que volaba con los franceses y se había juntado con una pandilla de chiflados y escribía para contármelo; y una nota de Rinaldi preguntándome cuánto tiempo iba a quedarme haciendo el vago en Milán y qué noticias tenía. Quería que le llevara unos discos de fonógrafo e incluía una lista. Bebí una garrafa pequeña de chianti con la comida y luego tomé un café y una copa de coñac, terminé de leer el periódico, guardé las cartas en el bolsillo, dejé el diario encima de la mesa con la propina y salí. En mi habitación del hospital me desvestí, me puse el pijama y un batín, cerré las cortinas de la puerta que daba al balcón y me senté en la cama a leer la pila de periódicos de Boston que la señora Meyers había dejado para sus muchachos del hospital. Los White Sox de Chicago estaban ganando la Liga Norteamericana y los New York Giants la Liga Nacional. Babe Ruth jugaba de *pitcher* en Boston. Los periódicos eran aburridos, las noticias eran locales y rancias, y las de la guerra estaban anticuadas. Toda la información de Estados Unidos versaba sobre los campamentos de instrucción. Me alegré de no estar en uno de ellos. Lo único que se podía leer eran las noticias de béisbol y no me interesaban lo más mínimo. Era imposible leer varios periódicos seguidos con interés. Aun así estuve leyéndolos un rato. Me preguntaba si suspenderían las competiciones deportivas cuando de verdad Estados Unidos entrara en la guerra. Probablemente no. En Milán aún había carreras y la situación no podía ir peor. En Francia las habían interrumpido. De ahí venía nuestro caballo Japalac. Catherine no empezaba a trabajar hasta las nueve en punto. La oí pasar cuando llegó y luego

la vi por el pasillo. Fue a varias habitaciones y por fin entró en la mía.

—Llego tarde, cariño —dijo—. Tenía mucho que hacer. ¿Cómo estás?

Le conté lo de mis papeles y el permiso.

—Qué bien —dijo—. ¿Adónde quieres ir?

—A ningún sitio. Quiero quedarme aquí.

—Qué tontería. Elige un sitio e iré contigo.

—¿Cómo te las arreglarás?

—No sé. Pero lo haré.

—Eres maravillosa.

—No, pero la vida es fácil cuando una no tiene nada que perder.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Solo pensaba en que los obstáculos que antes me parecían insalvables ahora parecen pequeños.

—Tengo para mí que será difícil.

—No, cariño. si hace falta, me iré. Pero no será necesario.

—¿Adónde iremos?

—Me da igual. Donde quieras. A cualquier sitio donde no conozcamos a nadie.

—¿No te importa adónde vayamos?

—No. Cualquier sitio me parecerá bien.

Parecía tensa e irritable.

—¿Qué te ocurre, Catherine?

—Nada. No es nada.

—Sí, algo te pasa.

—No es nada. De verdad.

—Sé que no es cierto. Dímelo, cariño. Puedes decírmelo.

—No es nada.

—Dímelo.

—No quiero. Me da miedo hacerte desdichado o que te preocupes.

—No lo harás.

—¿Seguro? A mí no me preocupa, pero me da miedo preocuparte a ti.

—Si a ti no te preocupa, a mí tampoco.

—No quiero decírtelo.

—Dímelo.

—¿Debo hacerlo?

—Sí.

—Voy a tener un niño, amor mío. Estoy casi de tres meses. No estás preocupado, ¿verdad? Por favor, por favor, no te inquietes. No tienes por qué.

—Claro.

—¿Estás bien?

—Por supuesto.

—He hecho todo lo posible. Tomé lo que había que tomar, pero ha sido inútil.

—No pasa nada.

—No he podido evitarlo, cariño. Y me da igual. No quiero que te preocupes ni te sientas mal.

—La única que me preocupa eres tú.

—A eso me refería. Es justo lo que no quiero. La gente tiene niños constantemente. Todo el mundo los tiene. Es algo natural.

—Eres maravillosa.

—No, no es verdad. Pero no temas, cariño. Intentaré no causarte complicaciones. Sé que ya es tarde para eso. Pero ¿acaso no

lo he hecho bien hasta ahora? Ni siquiera te habías dado cuenta, ¿a que no?

—No.

—Pues seguiremos así. No tienes por qué inquietarte. Noto que estás preocupado. No lo estés. De verdad. ¿No quieres una copa, cariño? Sé que siempre te animas con una copa.

—No. Estoy muy contento. Y tú eres maravillosa.

—No, no es cierto. Pero me encargaré de todo, cuando hayas escogido un sitio donde podamos ir. Será muy bonito en octubre. Lo pasaremos bien, cariño, y te escribiré todos los días mientras estés en el frente.

—¿Dónde estarás tú?

—Aún no lo sé. Pero seguro que será un sitio precioso. Déjalo en mis manos.

Guardamos silencio un rato y no dijimos nada. Catherine siguió sentada en la cama mientras yo la miraba, pero no nos tocamos. Estábamos alejados, como cuando alguien entra en una habitación y uno se siente incómodo. Alargó el brazo y me cogió de la mano.

—No te habrás enfadado, ¿verdad, cariño?

—No.

—¿Tienes la sensación de estar atrapado?

—Puede que un poco, pero no por ti.

—No quería decir eso. No seas tonto. Me refiero solo a si te sientes atrapado.

—Uno siempre se siente atrapado biológicamente.

No se movió ni apartó la mano, pero aún se alejó más de mí.

—«Siempre» no es una palabra agradable.

—Lo siento.

—Da igual. Pero nunca he tenido un niño ni había querido a nadie. He intentado ser como tú deseabas y ahora me sales con eso de «siempre».

—Si quieres me corto la lengua —dije. \

—¡Cariño! —Volvió de donde quiera que hubiese estado—. No te preocupes por mí. —Volvíamos a estar juntos y la lejanía había desaparecido—. Somos como una sola persona y no debemos caer a propósito en malentendidos.

—No lo haremos.

—Es lo que ocurre a menudo. La gente se quiere, cae a propósito en malentendidos, luego se pelea y de pronto ya no son una sola persona.

—Nosotros no nos pelearemos.

—No, porque solo estamos nosotros y el resto del mundo. Si algo se interpone entre nosotros estaremos perdidos y nos atraparán.

—No lo harán —dije—. Porque tú eres demasiado valiente. A los valientes nunca les pasa nada.

—Claro, porque se mueren.

—Pero solo una vez.

—No sé. ¿Quién dijo eso?

—¿Que el cobarde muere mil muertes y el valiente solo una?

—Claro. ¿Quién fue?

—No lo sé.

—Probablemente un cobarde. Conocía bien a los cobardes, pero no a los valientes. El valiente muere dos mil muertes si es inteligente. Lo que pasa es que no lo dice.

—No sé. Es difícil saber lo que piensan los valientes.

—Sí. Por eso siguen siéndolo.

—Estás hecha una autoridad en la materia.

—Tienes razón, cariño. Lo tengo bien merecido.

—Eres muy valiente.

—No. Pero me gustaría serlo.

—Yo no lo soy —dije—. Sé a qué atenerme. He vivido lo suficiente para saberlo. Soy como un jugador de béisbol con un promedio de doscientos treinta y que sabe que no puede hacerlo mejor.

—¿Qué quiere decir que un jugador tenga un promedio de doscientos treinta? Suena muy impresionante.

—No lo es. Significa que es un jugador de béisbol bastante mediocre.

—Pero aun así es un jugador —me pinchó.

—Creo que somos un par de engreídos. Pero eres valiente.

—No. Aunque espero serlo.

—Los dos lo somos —dije—. Y aún lo soy más después de tomar una copa.

—Somos estupendos —dijo Catherine. Fue al armario y me llevó el coñac y un vaso de agua—. Bebe un trago —añadió—. Has sido muy bueno.

—En realidad no me apetece.

—Solo una copa.

—De acuerdo.

Llené de coñac un tercio del vaso y me lo bebí.

—Eso es mucho —dijo—. Ya sé que el coñac es para los héroes. Pero tampoco hay que exagerar.

—¿Dónde viviremos después de la guerra?

—Probablemente en un asilo de ancianos —respondió—. Llevo tres años deseando como una tonta que la guerra acabase en

Navidad. Pero ahora quiero que acabe cuando nuestro hijo sea teniente de navío.

—A lo mejor llega a general.

—Si la guerra dura cien años tendrá tiempo de ser las dos cosas.

—¿No quieres una copa?

—No. A ti te alegra, cariño, pero a mí solo me marea.

—¿Nunca habías probado el coñac?

—No, cariño. Soy una esposa muy anticuada.

Alargué el brazo hacia el suelo para coger la botella y me servi otra copa.

—Será mejor que vaya a cuidar de tus compatriotas —dijo Catherine—. Si quieres, lee los periódicos hasta que vuelva.

—¿Tienes que irte?

—Ahora o después.

—Bueno. Pues ahora.

—Volveré luego.

—Ya habré acabado los periódicos —dije.

Esa noche bajaron las temperaturas y el día siguiente amaneció lluvioso. Cuando salí del Ospedale Maggiore llovía con fuerza y llegué empapado. La lluvia caía sobre el balcón y el viento la empujaba contra los cristales. Me cambié de ropa y bebí un poco de coñac, pero no me gustó su sabor. Por la noche me mareé y a la mañana siguiente, después del desayuno, tuve náuseas.

—No cabe duda —dijo el médico—. Fíjese en el blanco de los ojos, señorita.

La señorita Gage se fijó. Me hicieron mirarme en un espejo. El blanco de los ojos estaba amarillento, había contraído ictericia. Estuve dos semanas enfermo. Por culpa de eso no pasamos juntos el permiso de convalecencia. Habíamos pensado ir a Pallanza, junto al lago Maggiore. Es un sitio muy bonito en otoño cuando las hojas cambian de color. Se puede ir a pasear y a pescar truchas en el lago. Habría sido mejor que Stresa, porque en Pallanza hay menos gente. Es tan fácil llegar a Stresa desde Milán que uno se encuentra siempre con conocidos. En Pallanza hay un pueblo precioso y se puede remar hasta las islas donde viven los pescadores, en la más grande incluso hay un restaurante. Pero no pudimos ir.

Un día, mientras estaba en cama con ictericia, la señorita Van

Campen entró en la habitación, abrió la puerta del armario y vio las botellas vacías. Yo le había pedido al portero que se llevara unas cuantas, y supongo que debió de verlo salir y subió a ver si había más. Casi todas eran botellas de vermut, marsala, capri, garrafas vacías de chianti y unas cuantas botellas de coñac. El portero se había llevado las más grandes, las de vermut, y las garrafas de chianti envueltas en paja, y había dejado las de coñac. Fueron las que encontró la señorita Van Campen, además de una botella de kümmel en forma de oso. La que más le enfureció fue la que tenía forma de oso. La sostuvo entre las manos, el oso estaba de pie sobre las patas traseras con las garras extendidas, tenía un corcho en la cabeza y estaba pegajosa. Me eché a reír.

—Es kümmel —dije—. El mejor se vende en botellas con esa forma. Es importado de Rusia.

—Esas botellas son de coñac, ¿no? —preguntó la señorita Van Campen.

—Desde aquí no las veo todas —respondí—. Pero es muy probable.

—¿Cuánto tiempo lleva haciendo esto?

—Las he comprado y traído yo —dije—. A menudo vienen a visitarme oficiales italianos y he de tener algo que ofrecerles.

—¿No se las ha bebido usted? —preguntó.

—Sí, yo también.

—Coñac —dijo—. Once botellas vacías de coñac y ese licor de la botella en forma de oso.

—Kümmel.

—Enviaré a alguien a buscarlas. ¿Tiene alguna botella vacía más?

—De momento, no.

—Y a mí que me daba lástima que hubiese contraído ictericia. Compadecerse de usted es una pérdida de tiempo.

—Gracias.

—Supongo que no puedo culparle de no querer volver al frente. Pero podía haber pensado en algo más inteligente que causarse una ictericia alcoholizándose.

—¿Cómo dice?

—Alcoholizándose. Me ha oído usted perfectamente. —No respondí—. A menos que se le ocurra alguna otra cosa, me temo que tendrá que volver al frente en cuanto se recupere de la ictericia. No creo que una ictericia causada a propósito le dé derecho a un permiso de convalecencia.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Alguna vez ha sufrido ictericia, señorita Van Campen?

—No, pero he visto muchos casos.

—¿Se ha fijado en lo bien que lo pasan los pacientes?

—Supongo que siempre es mejor que ir al frente.

—Señorita Van Campen —dije—. ¿Ha conocido alguna vez a algún hombre que haya intentado lesionarse dándose una patada en el escroto?

La señorita Van Campen hizo caso omiso de la pregunta. Tenía que hacerlo o marcharse de la habitación. Y no quería irse porque yo nunca le había sido simpático y ahora tenía ocasión de desquitarse.

—He conocido a muchos dispuestos a lesionarse con tal de no ir al frente.

—Eso no es lo que le he preguntado. Yo también he visto muchas heridas autoinfligidas. Mi pregunta es si ha conocido a al-

guien que haya intentado lesionarse dándose una patada en el escroto. Porque esa es la sensación más parecida a sufrir ictericia, y creo que muy pocas mujeres deben de haberla experimentado. Por eso quería saber si alguna vez había sufrido ictericia, señorita Van Campen, porque...

La señorita Van Campen se fue de la habitación. Luego llegó la señorita Gage.

—¿Qué le ha dicho a la señorita Van Campen? Estaba furiosa.

—Hemos estado comparando sensaciones. Iba a decirle que nunca ha pasado por un parto...

—Está usted loco —dijo Gage—. Ahora quiere su cabellera.

—Ya la tiene —respondí—. Me ha cancelado el permiso y no me extrañaría que intentase que me formaran un consejo de guerra. No sería por falta de ganas.

—Nunca le ha caído usted simpático —dijo Gage—. ¿Qué ha ocurrido?

—Dice que me he causado la ictericia bebiendo para no tener que volver al frente.

—¡Bah! —exclamó—. Si hace falta, juraré que jamás le he visto beber una gota. Todos lo harán.

—Ha encontrado las botellas.

—Le he dicho mil veces que se las llevara. ¿Dónde están ahora?

—En el armario.

—¿Tiene una maleta?

—No. Métalas en esa mochila.

La señorita Gage metió las botellas en la mochila.

—Se las daré al portero —dijo. Se encaminó hacia la puerta.

—Un momento —dijo la señorita Van Campen—. Yo me las

llevaré. —La acompañaba el portero—. Cójalas, por favor. Quiero enseñárselas al médico cuando redacte mi informe.

Se alejó por el pasillo. El portero se llevó la mochila. Sabía lo que contenía.

Lo único que pasó fue que me quedé sin permiso.

La noche en que tenía que regresar al frente envié al portero a guardarme un asiento en el tren de Turín. El tren salía a medianoche. Se formaba en Turín, llegaba a Milán alrededor de las diez y media y esperaba en la estación hasta la hora de la partida. Había que estar allí a su llegada para conseguir un asiento. El portero se llevó a un amigo, un soldado de ametralladoras que estaba de permiso y trabajaba en una sastrería, para asegurarse de que entre los dos encontrarían un sitio libre. Les di dinero para comprar los billetes y les pedí que llevaran mi equipaje: una mochila grande y dos petates.

Me despedí de los del hospital a eso de las cinco y me fui. Dejé el equipaje en la caseta del portero y le dije que estaría en la estación un poco antes de medianoche. Su mujer me llamó *signorino* y rompió a llorar. Luego se secó los ojos, me estrechó la mano y volvió a echarse a llorar. Le di unas palmaditas en la espalda y volvió a llorar. Era una mujer muy bajita, regordeta, de expresión feliz y cabello blanco y me había zurcido la ropa. Cuando lloraba, se le desencajaba el rostro. Fui a la esquina, donde había una taberna, y esperé dentro mirando por la ventana. Fuera estaba oscuro, hacía frío y había niebla. Pagué el café y la grappa y observé a

la gente pasar a la luz de la ventana. Cuando llegó Catherine di unos golpecitos en el cristal. Se asomó y sonrió al verme salir a su encuentro. Llevaba una esclavina de color azul oscuro y un sombrero de fieltro. Paseamos por la acera delante de las tabernas, luego atravesamos la plaza del mercado y seguimos calle arriba por los soportales hasta la plaza de la catedral. Al otro lado de los raíles del tranvía se hallaba la catedral. Asomaba blanca y húmeda entre la niebla. Cruzamos los raíles del tranvía. A la izquierda quedaban las tiendas, con los escaparates iluminados, y la entrada a la Galería. La plaza estaba cubierta de niebla y cuando llegamos ante la fachada de la catedral nos pareció muy grande y la piedra estaba mojada.

—¿Quieres entrar?

—No —dijo Catherine.

Seguimos andando. Detrás de uno de los contrafuertes había un soldado con su novia y pasamos a su lado. Estaban apoyados contra la piedra y él la había envuelto en su capote.

—Son como nosotros —dije.

—Nadie es como nosotros —respondió Catherine. Su voz no sonó muy alegre.

—Ojalá tuviesen dónde ir.

—¿Y qué ganarían con eso?

—No sé. Todo el mundo debería tener un sitio donde ir.

—Tienen la catedral —dijo Catherine.

La habíamos dejado atrás. Cruzamos hasta el otro extremo de la plaza y nos dimos la vuelta para contemplarla. Estaba preciosa entre la niebla. Nos habíamos parado enfrente de una tienda de artículos de cuero. En el escaparate había unas botas de montar, una mochila y unas botas de esquí. Las tres cosas estaban separa-

das como en una exposición: la mochila en el centro, las botas de montar a un lado y las de esquí al otro. El cuero era oscuro y lustroso como el de una silla de montar usada. La luz eléctrica sacaba reflejos del cuero lustrado.

—Algún día iremos a esquiar.

—Dentro de dos meses empezará la temporada de esquí en Mürren —dijo Catherine.

—Vayamos.

—De acuerdo —dijo. Pasamos ante otros escaparates y doblamos por un callejón—. Nunca había estado aquí.

—Yo iba al hospital por aquí —le expliqué. Era un callejón estrecho y lo recorrimos por la acera derecha. Había mucha gente entre la niebla. Había tiendas y todos los escaparates estaban iluminados. Contemplamos una pila de quesos en un escaparate. Me detuve delante de una armería.

—Entremos un momento. Tengo que comprar un arma.

—¿Qué clase de arma?

—Una pistola.

Entramos. Me desabroché el cinturón y lo dejé con la funda vacía sobre el mostrador. Detrás había dos mujeres. Sacaron varias pistolas.

—Tiene que caber aquí —dije abriendo la funda. Era una funda de cuero gris que había comprado de segunda mano para llevarla en la ciudad.

—¿Qué tal son estas pistolas? —preguntó Catherine.

—Todas son más o menos iguales. ¿Puedo probar esta? —le pregunté a la mujer.

—No tengo dónde —respondió—. Pero es muy buena. Con ella no fallará.

La monté y tiré del percutor. El mecanismo iba un poco duro, pero funcionaba muy bien. Apunté y volví a montarla.

—Es de segunda mano —comentó la mujer—. Perteneció a un oficial que era un tirador excelente.

—¿Se la vendió usted?

—Sí.

—¿Cómo la recuperó?

—La traje su ordenanza.

—A lo mejor vuelve a suceder —dije—. ¿Cuánto cuesta?

—Cincuenta liras. Es muy barata.

—De acuerdo. Necesito otros dos cargadores y una caja de cartuchos.

Los sacó de debajo del mostrador.

—¿No quiere usted un sable? —preguntó—. Tengo unos sables de ocasión muy baratos.

—Voy al frente —dije.

—¡Ah, bueno!, entonces no necesitará usted un sable —dijo.

Pagué los cartuchos y la pistola, cargué la recámara, guardé el arma en la funda y volví a abrocharme el cinturón. La pistola pesaba mucho. Pero aun así me pareció mejor tener un arma reglamentaria. De ese modo sería más fácil encontrar munición.

—Ya estamos armados —dije—. Era una de las cosas que tenía que hacer. Alguien se llevó mi otra pistola en el hospital.

—Espero que sea buena —dijo Catherine.

—¿Alguna otra cosa? —preguntó la mujer.

—No creo.

—La pistola tiene un acollador —dijo.

—Ya lo he visto.

La mujer quería venderme algo más.

—¿No necesita un silbato?

—No creo.

La mujer se despidió y salimos a la acera. Catherine contempló el escaparate. La mujer se asomó y nos saludó.

—¿Para qué sirven esos espejuelos incrustados en una tabla?

—Para atraer a los pájaros. Le dan vueltas en el campo y cuando las alondras los ven se acercan y las cazan.

—Los italianos son muy ingeniosos —dijo Catherine—. En Estados Unidos no cazáis alondras, ¿verdad, cariño?

—No especialmente.

Cruzamos la calle y echamos a andar por la otra acera.

—Ahora estoy mejor —dijo Catherine—. Cuando empezamos a pasear me sentía fatal.

—Cuando estamos juntos siempre nos sentimos bien.

—Siempre lo estaremos.

—Sí, solo que me marchó esta medianoche.

—No pienses en eso, cariño.

Seguimos calle arriba. La niebla amarilleaba la luz de las farolas.

—¿No estás cansado? —preguntó Catherine.

—¿Y tú?

—Estoy bien. Me divierte pasear.

—Pero no te conviene andar demasiado.

—No.

Doblamos por un callejón sin iluminar y estuvimos andando un rato. Me detuve y besé a Catherine. Mientras la besaba noté su mano en mi hombro. Se había envuelto en mi capote de modo que nos cubriera a los dos. Estábamos de pie en la calle, apoyados en una tapia.

—Vayamos a alguna parte —dije.

—Bueno —dijo Catherine.

Seguimos por el callejón hasta llegar a una calle más ancha que estaba al lado de un canal. Al otro lado había un muro de ladrillo y varios edificios. Más adelante, vi un tranvía que pasaba por el puente.

—Podemos coger un coche en el puente —dije.

Esperamos a que pasara un coche. Vimos varios tranvías abarrotados de gente que volvía a casa. Luego llegó un coche, pero estaba ocupado. La niebla se estaba convirtiendo en lluvia.

—Podemos andar o coger el tranvía —dijo Catherine.

—Ya vendrá alguno —respondí—. Por aquí pasan muchos.

—Ahí llega uno.

El cochero detuvo el caballo y bajó la placa metálica del contador. La capota estaba levantada y el abrigo del cochero tenía gotas de lluvia. Su sombrero brillaba por la humedad. Nos sentamos en el asiento protegidos por la oscuridad de la capota.

—¿Adónde le has dicho que vaya?

—A la estación. Enfrente hay un hotel al que podemos ir.

—¿Se puede ir así? ¿Sin equipaje?

—Sí —respondí.

Fue un largo camino hasta la estación por las callejuelas bajo la lluvia.

—¿No vamos a cenar? —preguntó Catherine—. Temo que me entre hambre.

—Cenaremos en la habitación.

—No tengo nada que ponerme. Ni siquiera un camisón.

—Compraremos uno —dije, y llamé al cochero—: Siga por la vía Manzoni.

Asintió y se desvió a la izquierda en la siguiente esquina. Catherine buscó una tienda en la calle.

—Ahí hay un sitio.

Le pedí al cochero que se detuviera y Catherine se apeó, cruzó la acera y entró. Yo me quedé esperándola en el coche. Estaba lloviendo y noté la calle mojada y el vaho que desprendía el caballo bajo la lluvia. Catherine regresó con un paquete, entró y seguimos adelante.

—He despilfarrado un poco, cariño —dijo—, pero es un camión muy bonito.

Al llegar al hotel, le pedí a Catherine que me esperara en el coche mientras yo hablaba con el encargado. Había habitaciones de sobra. Luego volví al coche, pagué al cochero y Catherine y yo entramos juntos. El botones cargó con el paquete. El recepcionista nos indicó con un gesto dónde estaba el ascensor. Había mucho terciopelo rojo y adornos de latón. El recepcionista subió con nosotros en el ascensor.

—¿*Monsieur y madame* cenarán en la habitación?

—Sí. ¿Le importa pedir que nos envíen la carta? —dije.

—¿Desea algo especial? ¿Un poco de caza o un *soufflé*?

El ascensor subió tres pisos dando chasquidos.

—¿Qué caza tienen?

—Podría conseguirles faisán o perdiz.

—Perdiz —respondí.

Seguimos por el pasillo. La alfombra estaba rozada. Había muchas habitaciones. El recepcionista se detuvo, sacó una llave y abrió la puerta.

—Aquí tienen. Es una habitación preciosa. —El botones dejó el paquete sobre la mesa que había en medio de la habitación. El recepcionista abrió las cortinas—. Hay niebla fuera —dijo.

El cuarto estaba tapizado de terciopelo rojo. Había muchos espejos, dos sillas y una cama muy grande con una colcha de satén. Una puerta daba al cuarto de baño.

—Pediré que les envíen la carta —dijo el recepcionista. Hizo una reverencia y se marchó.

Fui a la ventana y me asomé, luego tiré del cordel que cerraba las cortinas de terciopelo. Catherine estaba sentada en la cama contemplando la araña de cristal tallado. Se había quitado el sombrero y su cabello brillaba bajo la luz. Se miró en uno de los espejos y se llevó la mano al cabello. La vi en tres espejos distintos. No parecía muy feliz. Dejó la esclavina sobre la cama.

—¿Qué te pasa, cariño?

—Nunca me había sentido como una puta —respondió.

Fui a la ventana, aparté la cortina y me asomé. No había contado con que sería así.

—No eres una puta.

—Lo sé, cariño. Pero no me gusta sentirme así.

Su voz sonó seca e inexpresiva.

—Es el mejor hotel que podíamos encontrar —dije.

Miré por la ventana. Al otro lado de la plaza estaban las luces de la estación. Los coches pasaban por la calle y vi los árboles del parque. Las luces del hotel se reflejaban en la acera mojada. «¡Qué diablos! —pensé—. ¿Es que ahora vamos a discutir?»

—Acércate, por favor —dijo Catherine. Su voz ya no era inexpresiva—. Ven, por favor. Vuelvo a ser una buena chica.

Miré hacia la cama. Estaba sonriendo.

Me senté a su lado y la besé.

—Eres mi buena chica.

—Desde luego soy tuya.

Después de cenar nos animamos mucho y un poco más tarde nos sentíamos como en casa en aquella habitación. Mi habitación del hospital había sido nuestra casa y aquella habitación lo fue también.

Mientras cenábamos, Catherine se echó mi guerrera sobre los hombros. Estábamos hambrientos, la comida era buena y bebimos una botella de capri y otra de Saint Estephe. Casi todo me lo bebí yo, pero Catherine también tomó un poco y eso la alegró mucho. Cenamos perdiz con un *soufflé* de patatas y puré de castañas, ensalada y *zabaione* de postre.

—Es una habitación muy bonita —dijo Catherine—. Una habitación preciosa. Deberíamos habernos instalado aquí durante toda nuestra estancia en Milán.

—Es rara, pero bonita.

—El vicio es maravilloso —dijo Catherine—. La gente que cae en él parece tener muy buen gusto. El terciopelo rojo es precioso. No puede ser más acertado. Y los espejos son muy insinuantes.

—Eres encantadora.

—No sé cómo será despertar por la mañana en una habitación así. Pero es preciosa.

Me serví otra copa de Saint Estephe.

—Me gustaría hacer algo verdaderamente pecaminoso —dijo Catherine—. Todo lo que hacemos parece tan sencillo e inocente. No puedo creer que estemos haciendo nada malo.

—Eres una mujer estupenda.

—Tengo hambre. Mucha hambre.

—Eres una chica sencilla y estupenda —dije.

—Soy una chica sencilla. Nadie lo había entendido excepto tú.

—La primera vez que te vi, pasé la tarde imaginando que te llevaba al hotel Cavour y lo bien que lo pasábamos.

—Menudo sinvergüenza estabas hecho. Esto no es el Cavour, ¿verdad?

—No. Allí no nos habrían dejado pasar.

—Ya nos dejarán algún día. Pero en eso somos distintos, cariño. Yo no imaginé nada.

—¿Nunca?

—Un poco —admitió.

—¡Eres un encanto!

Me serví otra copa de vino.

—Soy una chica sencilla —dijo Catherine.

—Al principio no me di cuenta. Pensé que eras una loca.

—Estaba un poco loca. Pero no en un sentido complicado. No te desconcerté, ¿verdad, cariño?

—El vino es una cosa estupenda —dije—. Ayuda a olvidar todo lo malo.

—Es maravilloso —coincidió Catherine—. Pero a mi padre le ha causado gota.

—¿Tienes padre?

—Sí —respondió Catherine—. Tiene gota. No tendrás que conocerle. ¿Tú no tienes padre?

—No —dije—. Padrastro.

—¿Me gustará?

—No lo conocerás.

—Lo pasamos tan bien —dijo Catherine—, que ya no me interesa nada. Soy muy feliz de estar casada contigo.

El camarero llegó y recogió la mesa. Al cabo de un rato nos quedamos tan callados que oímos caer la lluvia. En la calle sonó la bocina de un coche.

Recité:

*Pero a mis espaldas oigo siempre
el carro alado del Tiempo que se acerca apresurado.*

—Conozco el poema —dijo Catherine—. Es de Marvell. Pero trata de una joven que no quiere irse a vivir con un hombre.

Yo tenía la cabeza fría y despejada y quería hablar claro.

—¿Dónde vas a tener al niño?

—No sé. En el mejor sitio que encuentre.

—¿Cómo te las arreglarás?

—Lo mejor que pueda. No te preocupes, cariño. Podemos tener varios hijos antes de que acabe la guerra.

—Ya casi ha llegado la hora de irme.

—Lo sé. Si quieres, podemos irnos ya.

—No.

—Pues no te preocupes, cariño. Estabas bien y de repente te has preocupado.

—No lo haré. ¿Me escribirás a menudo?

—Todos los días. ¿Leen las cartas?

—No saben suficiente inglés para que eso sea una molestia.

—Las escribiré muy complicadas —dijo Catherine.

—Pero no demasiado.

—Solo un poco.

—Me temo que tendríamos que ir pensando en irnos.

—Muy bien, cariño.

- No me gusta tener que dejar nuestra preciosa casa.
- Ni a mí.
- Pero tenemos que irnos.
- Sí. Nunca nos quedamos mucho tiempo en casa.
- Ya habrá ocasión.
- Cuando vuelvas tendré una bonita casa esperándote.
- Tal vez vuelva pronto.
- A lo mejor te hacen una pequeña herida en un pie.
- O en el lóbulo de la oreja.
- No. Quiero que tus orejas sigan como están.
- ¿Y mi pie no?
- Ya te han herido en el pie.
- Tenemos que irnos, cariño. De verdad.
- Muy bien. Tú primero.

Bajamos por las escaleras en lugar de coger el ascensor. La moqueta estaba gastada. Yo había pagado la cena cuando nos la subieron, aun así encontramos al camarero que la había servido sentado en una silla cerca de la puerta. Se levantó de un salto y hizo una reverencia. Le acompañé al cuarto de al lado y pagué la cuenta. El gerente me había tratado como un amigo y no había querido cobrarme por adelantado, no obstante antes de marcharse se acordó de apostar al camarero en la puerta para que no me fuese sin pagar. Supongo que le había ocurrido más de una vez, incluso con amigos. En tiempo de guerra se hacen muchos amigos.

Pedí al camarero que nos llamara un coche; cogió el paquete de Catherine que llevaba yo y salió con el paraguas. A través de la ventana le vimos cruzar la calle bajo la lluvia. Esperamos en la habitación mirando por la ventana.

—¿Cómo te encuentras, Cat?

—Adormilada.

—Yo me noto vacío y hambriento.

—¿Has cogido algo de comida?

—Sí, está en el petate.

Vi llegar el coche. Se detuvo. El caballo agachó la cabeza bajo

la lluvia y el camarero se apeó, abrió el paraguas y fue hacia el hotel. Nos encontramos con él en la puerta y, protegidos bajo el paraguas, salimos por la acera mojada hasta el coche, que nos esperaba junto al bordillo. El agua corría por el arroyo.

—He dejado el paquete en el asiento —dijo el camarero. Esperó con el paraguas hasta que subimos y le di la propina.

—Muchas gracias. Que tengan buen viaje.

El cochero tiró de las riendas y el caballo echó a andar. El camarero dio media vuelta y regresó al hotel con el paraguas. Seguimos calle abajo y giramos a la izquierda, luego doblamos a la derecha enfrente de la estación. Había dos *carabinieri* de pie bajo una farola resguardados de la lluvia. La luz hacía brillar sus tricor-nios. La lluvia caía cristalina y transparente. Un mozo de cuerda salió con los hombros encogidos para protegerse del aguacero.

—No —dije—. Gracias. No me hace falta.

Corrió a refugiarse bajo los soportales. Me volví hacia Catherine. Su rostro estaba oculto por la sombra de la capota.

—Más vale que nos despedamos.

—¿No puedo entrar?

—No.

—Adiós, Cat.

—¿Te importa pedirle que me lleve al hospital?

—No.

Le di al cochero la dirección a la que tenía que llevarla. Asintió.

—Adiós —dije—. Cuídate y cuida también de la pequeña Catherine.

—Adiós, cariño.

—Adiós —dije.

Me apeé bajo la lluvia y el coche arrancó. Catherine se asomó y vi su rostro a la luz. Sonrió y me saludó con la mano. El coche se alejó calle arriba. Catherine señaló hacia los soportales. Miré y vi solo a los dos *carabinieri*. Comprendí què quería que me refugiase de la lluvia. Obedecí y observé cómo el coche doblaba la esquina. Luego me encaminé a la estación y bajé por la pasarela.

El portero estaba buscándome en el andén. Subí con él al tren, nos abrimos paso entre la gente por el pasillo y llegamos a un compartimento abarrotado donde esperaba el soldado de ametralladoras sentado en un rincón. Mi mochila y los petates estaban en el portaequipajes. Había muchos hombres de pie en el pasillo y las personas del compartimento nos miraron. En el tren no había asientos suficientes y todo el mundo estaba irascible. El soldado se levantó para cederme el sitio. Noté un golpecito en el hombro. Era un capitán de artillería muy alto y delgado con una cicatriz a lo largo de la mandíbula. Se había asomado por la ventanilla del pasillo y había entrado.

—¿Qué quiere? —pregunté.

Me había vuelto para hacerle frente. Era más alto que yo, bajo la sombra de la visera se veía su rostro flaco y que la cicatriz era reciente. Todos los del compartimento me miraron.

—Eso no está bien —dijo—. Enviar a un soldado a guardarle un asiento.

—Pues lo he hecho.

Tragó saliva y vi cómo le subía y bajaba la nuez. El soldado siguió allí plantado. Otros hombres se asomaron por la ventanilla. Ninguno de los presentes dijo una palabra.

—No tiene derecho. Yo estaba aquí dos horas antes de que usted llegara.

—¿Qué es lo que quiere?

—El asiento.

—Yo también.

Observé su rostro y noté que todo el compartimento estaba en mi contra. No les culpé. Él tenía razón. Pero yo quería el asiento. Nadie dijo nada.

«¡Qué demonios!», pensé.

—Siéntese, *signor capitano* —dije.

El ametrallador se apartó y el capitán alto se sentó. Me miró. Por su gesto, parecía ofendido. Pero había conseguido el asiento.

—Coja mis cosas —le pedí al soldado de ametralladoras.

Salimos al pasillo.

El tren estaba lleno y sabía que era imposible encontrar un sitio libre. Les di al portero y al ametrallador diez liras a cada uno. Atravesaron el pasillo y bajaron al andén mirando por las ventanillas, pero no había sitio.

—A lo mejor se baja gente en Brescia —dijo el portero.

—En Brescia subirán más—objetó el soldado.

Me despedí de ellos, les estreché la mano y se marcharon. Los dos estaban cariacontecidos. Cuando el tren se puso en marcha todos salimos al pasillo. Observé las luces de la estación y de los depósitos a medida que nos alejábamos. Seguía lloviendo y pronto las ventanillas estuvieron tan mojadas que se hizo imposible ver nada. Después me eché a dormir en el suelo del pasillo; primero guardé la cartera con el dinero y los papeles entre la camisa y los pantalones junto a la entrepierna. Dormí toda la noche, aunque me desperté en Brescia y en Verona cuando subió más gente al tren, pero enseguida volví a quedarme dormido. Apoyé la cabeza en uno de los petates y pasé los brazos en torno al otro, de modo

que si querían pasar sin pisarme tenían que saltar por encima. Había soldados durmiendo en todo el pasillo. Otros se agarraban a la barra de la ventanilla o se apoyaban en las puertas. Aquel tren siempre iba hasta los topes.

Libro III

Era otoño. Los árboles estaban desnudos y los caminos embarrados. Viajé a Gorizia desde Udine en un camión. Adelantamos a otros camiones y me dediqué a contemplar el paisaje. Las moreras habían perdido las hojas y los campos tenían color pardo. Las hojas muertas de las hileras de árboles desnudos se amontonaban mojadas en la carretera y había hombres reparando las roderas, apisonando grava de un montón que había en la cuneta junto a los árboles. Vimos la ciudad cubierta por una niebla que seccionaba la sierra en dos. Cruzamos el río y vi que bajaba muy crecido. Había llovido mucho en las montañas. Llegamos a la ciudad, pasamos las fábricas y luego las casas y las villas; vi que habían destruido muchas casas. En una callejuela nos cruzamos con una ambulancia de la Cruz Roja británica. El chófer llevaba gorra y su rostro era moreno y delgado. No lo conocía. Me apeé del camión en la gran plaza enfrente del edificio de la alcaldía. El conductor me dio la mochila y me la puse, luego me eché los petates al hombro y me dirigí a nuestra residencia. No tuve la sensación de volver a casa.

Recorrí el camino de grava húmeda observando el edificio entre los árboles. Las ventanas estaban cerradas, pero la puerta se

hallaba abierta. Entré y encontré al comandante sentado a su mesa en la habitación vacía con las paredes cubiertas de mapas y hojas de papel mecanografiadas.

—Hola —dijo—, ¿qué tal está?

Parecía más viejo y reseco.

—Bien —respondí—. ¿Qué tal va todo?

—Se acabó —dijo—. Deje ahí las cosas y siéntese.

Dejé la mochila y los petates en el suelo y puse la gorra encima de la mochila. Acerqué una silla que había apoyada en la pared y me senté delante del escritorio.

—Ha sido un mal verano —dijo el comandante—. ¿Está usted recuperado?

—Sí.

—¿Le concedieron las medallas?

—Sí. Me las dieron. Gracias.

—Veámoslas.

Me desabroché el capote para que pudiera ver las dos cintas.

—¿Le llegaron los estuches con las medallas?

—No. Solo los papeles.

—Ya le llegarán. Los estuches siempre tardan más.

—¿Qué quiere que haga?

—Las ambulancias no están aquí. Hay seis al norte, en Caporetto. ¿Conoce Caporetto?

—Sí —respondí.

Que yo recordara, era un pueblecito blanco con un campanile en un valle. Un pueblecito muy limpio con una fuente en la plaza.

—Están destinadas allí. Hay muchos enfermos. Los combates han terminado.

—¿Dónde están las otras?

—Hay dos en las montañas y cuatro siguen en la Bainsizza. Las otras dos secciones de ambulancias están en el Carso con el Tercer Ejército.

—¿Qué quiere que haga?

—Si quiere, puede hacerse cargo de las cuatro ambulancias en la Bainsizza. Gino lleva allí mucho tiempo. No ha visto usted aquello, ¿verdad?

—No.

—Fue un desastre. Perdimos tres ambulancias.

—Eso tenía entendido.

—Claro, Rinaldi le ha escrito.

—¿Dónde está?

—Aquí, en el hospital. Han sido un verano y un otoño muy largos.

—Lo creo.

—Un desastre —repitió el comandante—. No creería hasta qué punto. Más de una vez he pensado que tuvo usted suerte de que lo hiriesen antes de que empezara.

—Lo sé.

—El año que viene será peor —dijo el comandante—. Es posible que ataquen ahora. Se rumorea que están a punto, pero me cuesta creerlo. Es demasiado tarde. ¿Ha visto el río?

—Sí. Está ya muy crecido.

—No creo que ataquen ahora que han empezado las lluvias. Pronto nevará. ¿Qué hay de sus compatriotas? ¿Vendrán más estadounidenses, aparte de usted?

—Están preparando un ejército de diez millones de hombres.

—Ojalá nos envíen unos cuantos. Pero seguro que se los quedan todos los franceses. Aquí no llegará ninguno. ¡En fin! Quéde-

se esta noche y vaya mañana con el coche pequeño y envíe a Gino de regreso. Mandaré con usted a alguien que conozca el camino. Gino le pondrá al corriente de todo. Aún hay fuego de artillería, pero ya ha terminado. Querrá usted ver la Bàinsizza.

—Lo estoy deseando. Me alegra estar de vuelta, *signor maggiore*.

Sonrió.

—Es muy amable. Estoy harto de esta guerra. Si me fuese, no creo que volviera.

—¿Tan mala es la situación?

—Sí, y aún peor. Vaya a adecentarse un poco y busque a su amigo Rinaldi.

Salí y subí las bolsas al piso de arriba. Rinaldi no estaba en la habitación, pero sus cosas seguían allí y me senté en la cama, me quité las polainas y el zapato derecho. Luego me tumbé. Me sentía cansado y me dolía el pie. Me pareció una estupidez estar tumbado con un solo zapato, así que me incorporé, desaté el otro, lo tiré al suelo y volví a tumbarme sobre la manta. El aire de la habitación se notaba cargado con las ventanas cerradas, aunque estaba demasiado exhausto para levantarme a abrirlas. Vi mis cosas en un rincón de la habitación. Fuera estaba oscureciendo. Me quedé en la cama pensando en Catherine y esperando a Rinaldi. Había decidido intentar no pensar en Catherine más que de noche, antes de dormirme. Pero estaba cansado y no tenía otra cosa que hacer, así que me puse a pensar en ella. Eso hacía cuando llegó Rinaldi. Lo vi igual que siempre. Tal vez un poco más delgado.

—Vaya, niño —dijo. Me incorporé en la cama. Se acercó y me pasó el brazo por encima del hombro—. El niño bueno.

—Me dio una palmada en el hombro y yo le cogí de los brazos—. Vamos, niño —dijo—. A ver esa rodilla.

—Tendré que quitarme los pantalones.

—Pues quítatelos, niño. Aquí estamos entre amigos. Quiero ver lo que te han hecho.

Me puse en pie, me quité los pantalones y la rodillera. Rinaldi se sentó en el suelo y me dobló la rodilla con cuidado adelante y atrás. Pasó el dedo por la cicatriz, apoyó los pulgares en la rótula y movió despacio la rodilla.

—¿No puedes doblarla más?

—No.

—Es un crimen haberte mandado de vuelta. Tendrían que haber esperado a que pudieras doblarla del todo.

—Está mucho mejor. Antes estaba tiesa como un palo.

Rinaldi la dobló aún más. Me fijé en sus hermosas manos de cirujano. Le miré la coronilla y el cabello brillante y bien peinado. Me dobló la rodilla más de la cuenta.

—¡Ay! —exclamé.

—Deberías haber seguido con la mecanoterapia —dijo Rinaldi.

—Está mejor que antes.

—Ya lo veo, niño. De esto entiendo más que tú. —Se puso en pie y se sentó en la cama—. Lo de la rodilla en sí es un buen trabajo. —Dejó la rodilla—. Cuéntame cómo va todo.

—No tengo nada que contar —respondí—. He llevado una vida muy tranquila.

—Pareces un hombre casado —dijo—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada —repliqué—. ¿Qué te pasa a ti?

—Esta guerra me está matando. Estoy deprimido.

Cruzó las manos sobre la rodilla.

—¡Ah!

—¿Qué pasa? ¿Es que no puedo tener impulsos humanos?

—No. Ya veo que no te ha faltado diversión. Cuéntame.

—Me he pasado el verano y el otoño operandò. Trabajo continuamente. Hago el trabajo de todos. Me dejan siempre lo más difícil. Dios, niño, me estoy convirtiendo en un cirujano de primera.

—Así me gusta.

—No me paro a pensar. Dios es testigo. No pienso; opero.

—Bien.

—Pero ahora todo ha terminado, niño. Ya no opero y me siento fatal. Es una guerra terrible, niño. Puedes creerme. A ver si me alegras un poco. ¿Me has traído los discos?

—Sí.

Estaban dentro de una caja de cartón envuelta en papel que llevaba en la mochila. Pero estaba demasiado cansado para sacarlos.

—¿No te encuentras bien, niño?

—No.

—Esta guerra es terrible —dijo Rinaldi—. Vamos, nos emborracharemos para alegrarnos un poco. Luego iremos al burdel a corrernos una juerga. Verás cómo se nos levantan los ánimos.

—He tenido ictericia y no puedo emborracharme.

—Ay, niño, cómo has venido. Serio y enfermo del hígado. Te digo yo que esta guerra es muy mala. ¿Por qué la empezáramos?

—Tomaremos una copa. No quiero emborracharme, pero tomaremos una copa.

Rinaldi atravesó la habitación hasta el lavabo y volvió con dos vasos y una botella de coñac.

—Es coñac austríaco —dijo—. Siete estrellas. Es lo único que capturamos en San Gabriele.

—¿Estuviste allí?

—No. No puedo estar en todas partes. He estado operando aquí todo el tiempo. Mira, niño, es el vaso de tu cepillo de dientes. Lo he guardado todo este tiempo para acordarme de ti.

—Para recordar que tenías que cepillarte los dientes.

—No. Yo tengo el mío. Lo guardaba para acordarme de cómo te cepillabas la Villa Rossa de los dientes por las mañanas, blasfemando, tomando aspirinas y maldiciendo a las putas. Cada vez que veo ese vaso me acuerdo de ti intentando limpiar tu conciencia con un cepillo de dientes. —Se acercó a la cama—. Dame un beso y dime que no te has convertido en un tipo serio.

—No te besaría jamás. Eres un simio.

—Lo sé, tú eres el niño bueno anglosajón. Lo sé. El chico de los remordimientos. Esperaré a ver cómo el anglosajón se quita el puterío con un cepillo de dientes.

—Sírreme coñac.

Entrechocamos los vasos y bebimos. Rinaldi se burló de mí.

—Te emborracharé, te extirparé el hígado y te lo cambiaré por un buen hígado italiano para que vuelvas a ser un hombre.

Sostuve el vaso para que me sirviera más coñac. Fuera había oscurecido. Con el vaso de coñac en la mano fui a abrir la ventana. Había dejado de llover. Hacía frío y la niebla tapaba los árboles.

—No tires el coñac por la ventana —dijo Rinaldi—. Si no puedes bebértelo, dámelo a mí.

—Vete al diablo —dije. Me alegraba volver a ver a Rinaldi. Había pasado dos años tomándome el pelo y siempre me había hecho gracia. Nos entendíamos muy bien.

—¿Te has casado? —preguntó desde la cama. Yo estaba apoyado en la pared al lado de la ventana.

—Aún no.

—¿Estás enamorado?

—Sí.

—¿De la inglesa?

—Sí.

—Pobrecito niño. ¿Es buena contigo?

—Pues claro.

—Me refiero a si es buena contigo en sentido práctico.

—Cállate.

—Lo haré. Soy una persona muy discreta. Solo quería saber si...

—Rinin —le interrumpí—. Cállate, por favor. Si quieres ser mi amigo, cállate.

—No quiero ser tu amigo, niño. Lo soy.

—Entonces cállate.

—De acuerdo.

Fui a la cama y me senté al lado de Rinaldi. Tenía el vaso en la mano y estaba mirando al suelo.

—¿Lo entiendes, Rinin?

—Sí. Siempre tropiezo con cosas sagradas. Aunque contigo no me pasaba casi nunca. Pero supongo que también debes de tener alguna.

Volvió a mirar al suelo.

—¿Y tú no tienes ninguna?

—No.

—¿Ninguna?

—No.

—¿Entonces puedo decir lo que se me antoje de tu madre y de tu hermana?

—¿Y qué me dices de tu hermana? —dijo enseguida Rinaldi. Los dos nos reímos.

—El superhombre —dije.

—Puede que sea un poco celoso —admitió Rinaldi.

—No, qué va.

—No lo decía en ese sentido. Me refería a otra cosa. ¿Tienes amigos casados?

—Sí —respondí.

—Yo no —dijo Rinaldi—. Al menos que sigan queriéndose.

—¿Por qué?

—No les gusto.

—¿Y eso?

—Soy la serpiente. La serpiente de la razón.

—Te estás liando. La razón era la manzana.

—No, era la serpiente.

Estaba más animado.

—Eres mejor cuando no te pones tan profundo.

—Te quiero, niño —dijo—. Me deshinchas cuando quiero dárme las de gran pensador italiano. Pero sé muchas cosas que no puedo contar. Sé más que tú.

—Sí. Es verdad.

—Pero tú lo pasarás mejor. Incluso a pesar de los remordimientos.

—No creo.

—Oh, sí. Es cierto. Yo ya solo soy feliz cuando estoy trabajando.

Volvió a mirar al suelo.

—Lo superarás.

—No. Solo me gustan otras dos cosas; una es mala para mi trabajo y la otra solo dura media hora o quince minutos. A veces menos.

—A veces mucho menos.

—Puede que haya mejorado, niño. No lo sabes. Pero solo tengo esas dos cosas y mi trabajo.

—Encontrarás otras.

—No. Uno nunca encuentra nada. Nacemos con lo que tenemos y no aprendemos nada. Nunca encontramos nada nuevo. Empezamos con todo al completo. Deberías alegrarte de no ser meridional.

—Eso no existe, no hay una forma de pensar «meridional». Estás demasiado orgulloso de tus defectos.

Rinaldi alzó la mirada y se rió.

—Dejémoslo, niño. Estoy cansado de tanto pensar. —Cuando entró, ya lo parecía—. Casi es hora de comer. Me alegra que hayas vuelto. Eres mi mejor amigo y mi hermano de armas.

—¿Cuándo comen los hermanos de armas? —pregunté.

—Enseguida. Beberemos otra copa a la salud de tu hígado.

—Como san Pablo.

—Estás siendo inexacto. Él recomendaba vino para el estómago. «Bebe un poco de vino por el bien de tu estómago.»

—Ponme lo que haya en la botella —respondí— y brindaré por el bien de lo que tú quieras.

—Por tu novia —dijo Rinaldi. Alzó el vaso.

—De acuerdo.

—Nunca diré más groserías acerca de ella.

—No te esfuerces.

Se bebió el coñac.

—Soy puro —dijo—. Igual que tú, niño. Me buscaré otra inglesita. De hecho, la conocí antes que tú, pero era un poco alta para mí. Las chicas altas, para hermanas —citó.

—Tienes una mente pura y encantadora —dije.

—¿A que sí? Por eso me llaman Rinaldo Purissimo.

—Rinaldo Sporchissimo.

—Vamos, niño, bajemos a comer algo mientras mi mente sigue pura.

Me lavé, me peiné y bajé las escaleras. Rinaldi estaba un poco borracho. Al llegar al comedor, la comida aún no estaba lista.

—Voy a por la botella —dijo Rinaldi. Subió las escaleras, me senté a la mesa, volvió y nos sirvió medio vaso de coñac a cada uno.

—Es demasiado —dije sosteniendo el vaso ante la lámpara de la mesa.

—No para un estómago vacío. Es maravilloso. Quema el estómago por completo. No hay nada peor.

—Muy bien.

—Autodestrucción diaria —dijo Rinaldi—. Echa a perder el estómago y hace temblar la mano. No hay nada mejor para un cirujano.

—¿Lo recomiendas?

—De todo corazón. No bebo otra cosa. Apura el vaso, niño, y ya verás qué pronto enfermas.

Bebí medio vaso. En el pasillo oí al ordenanza que gritaba: «¡La sopa! ¡La sopa está lista!».

Entró el comandante, nos saludó con una inclinación de cabeza y se sentó. A la mesa parecía muy pequeño.

—¿Ya estamos todos? —preguntó. El ordenanza dejó la olla en la mesa y le llenó el plato.

—Todos —dijo Rinaldi—. A no ser que venga el cura. Si supiera que Federico está aquí, habría venido.

—¿Dónde está? —pregunté.

—Con la trescientos siete —respondió el comandante. Estaba ocupado con la sopa. Se secó la boca y el bigote gris con cuidado—. Creo que vendrá. Lo he mandado llamar y le he avisado de que estaba usted aquí.

—Echo de menos el ruido del comedor.

—Sí, esto está muy tranquilo —dijo el comandante.

—Volverá a haber ruido —apuntó Rinaldi.

—Beba un poco de vino, Enrico —dijo el comandante.

Me llenó el vaso. Llegaron los espaguetis y nos pusimos a comer. Casi habíamos terminado cuando llegó el capellán. Estaba igual que siempre, bajo, menudo y moreno. Me levanté y nos dimos la mano. Me puso la suya en el hombro.

—He venido en cuanto me he enterado —dijo.

—Siéntese —dijo el comandante—. Llegas tarde.

—Buenas tardes, *pater* —dijo Rinaldi, se habían acostumbrado a llamarle así por el capitán, que siempre estaba metiéndose con él.

—Buenas tardes, Rinaldo —dijo el capellán.

El ordenanza le llevó la sopa, pero él dijo que empezaría por los espaguetis.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Bien —respondí—. ¿Qué tal van las cosas?

—Beba un poco de vino, *pater* —dijo Rinaldi—. Un poco de vino por el bien de su estómago. Ya sabe, según san Pablo.

—Sí, lo sé —respondió el capellán con mucha educación. Rinaldi le llenó el vaso.

—Ese san Pablo fue el causante de todos nuestros problemas —exclamó Rinaldi. El cura me miró y sonrió. Noté que las pullas ya no le afectaban—. Era un golfo que se pasaba el día detrás de las faldas y, cuando dejó de estar caliente, dijo que eso no estaba bien y dictó las normas para quienes aún lo estamos. ¿Verdad, Federico?

El comandante sonrió. Estábamos comiendo un estofado.

—Nunca hablo de santos cuando se ha hecho de noche —dije. El capellán levantó la vista del estofado y me sonrió.

—Ahí lo tienes, se ha pasado al bando de los curas —dijo Rinaldi—. ¿Qué ha sido de los viejos anticlericales? ¿Dónde se ha metido Cavalcanti? ¿Y Brundi? ¿Dónde está Cesare? ¿Es que voy a tener que burlarme yo solo del cura?

—Es un buen cura —dijo el comandante.

—Sí —admitió Rinaldi—. Pero sigue siendo un cura. Intento que el comedor sea como antes. Quiero que Federico se sienta como en casa. ¡Al demonio con los curas!

Vi que el comandante le miraba y se daba cuenta de que estaba borracho. Su rostro fino parecía pálido. La línea muy negra del cabello contrastaba con el blanco de la frente.

—Bueno, Rinaldo, bueno —dijo el cura.

—Váyase al diablo —dijo Rinaldi—. Usted y todos los demás. Volvió a recostarse en el asiento.

—Ha soportado mucha tensión y está cansado —me dijo el comandante. Terminó la carne y rebañó la salsa con un trozo de pan.

—Me importa un bledo —dijo Rinaldi mirando a la mesa—. Al diablo con todo.

Miró desafiante a su alrededor con ojos inexpresivos y el rostro lívido.

—Muy bien —dije—. Enviémoslo todo al diablo.

—No, no —dijo Rinaldi—. No se puede. No se puede. Te lo digo yo. Acaba uno reseco y vacío y no queda nada. Te digo que no hay nada. Me doy cuenta en cuanto dejo de trabajar.

El cura movió la cabeza. El ordenanza se llevó el plato de estofado.

—¿Qué hace comiendo carne? —Rinaldi se volvió hacia el cura—. ¿Es que no sabe que hoy es viernes?

—Es jueves —respondió el cura.

—Mentira. Es viernes. Se está comiendo el cuerpo del Señor. La carne divina. Lo sé. Austríaco muerto. Eso está comiendo.

—La carne blanca es de los oficiales —dije, para terminar el chiste.

Rinaldi se rió. Se llenó la copa.

—No me hagas caso —dijo—. Estoy un poco chiflado.

—¿No te sentaría bien un permiso? —sugirió el capellán.

El comandante lo miró y movió la cabeza. Rinaldi se volvió hacia el cura.

—¿Cree que debería pedir un permiso?

El comandante le hizo un gesto al cura. Rinaldi siguió mirándole.

—Haz lo que quieras —respondió el capellán—. No lo pidas, si no quieres.

—Váyase al diablo —dijo Rinaldi—. Quieren librarse de mí. Lo intentan cada noche. Pero yo me defiendo. ¿Qué más da si lo pido? A todos se lo conceden. Todo el mundo está de permiso. Al principio —prosiguió adoptando el tono de voz de un conferen-

ciante—, no es más que un granito. Luego aparece una erupción entre los hombros. Después, nada. Confiamos en el mercurio.

—O en el salvarsán —le interrumpió tranquilamente el comandante.

—En un derivado del mercurio —dijo Rinaldi. Estaba eufórico—. Algo sé de eso. El bueno del cura —dijo—. Él no se contagiará. El niño, sí. Es un accidente industrial. Un simple accidente industrial.

El ordenanza llegó con los dulces y el café. El postre era una especie de pudín de pan negro con natillas muy espesas. El quinqué humeaba; el humo negro se alzaba por el tubo.

—Traiga dos velas y llévese el quinqué —dijo el comandante—. El ordenanza trajo dos velas encendidas sobre sendos platillos, apagó el quinqué y se lo llevó. Rinaldi se había callado. Parecía más tranquilo. Charlamos y después del café salimos al pasillo.

—Querrás hablar con el cura. Yo tengo que ir a la ciudad —dijo Rinaldi—. Buenas noches, páter.

—Buenas noches, Rinaldo.

—Ya nos veremos, Fredi —se despidió Rinaldi.

—Sí —respondí—. No vuelvas tarde.

Hizo una mueca y se marchó.

El comandante se paró a nuestro lado.

—Está agotado por el exceso de trabajo —explicó—. Cree haberse contagiado la sífilis. Yo no lo creo, pero siempre es posible. Está siguiendo el tratamiento. Buenas noches. ¿Saldrá usted antes del alba, Enrico?

—Sí.

—Pues adiós —dijo—. Buena suerte. Peduzzi le despertará y le acompañará.

—Adiós, *signor maggiore*.

—Adiós, hay rumores de una ofensiva austríaca, pero no lo creo. Espero que no. En cualquier caso, no será aquí. Gino le pondrá al corriente de todo. El teléfono ya vuelve a funcionar.

—Llamaré con regularidad.

—Sí, por favor. Buenas noches. No deje que Rinaldi beba demasiado coñac.

—Lo intentaré.

—Buenas noches, páter.

—Buenas noches, *signor maggiore*.

Se fue a su despacho.

Me asomé a la puerta. Había dejado de llover, pero seguía habiendo niebla.

—¿Vamos arriba? —le pregunté al capellán.

—Solo tengo un minuto.

—Suba usted un rato.

Subimos las escaleras y entramos en mi habitación. Me tumbé en la cama de Rinaldi. El cura se sentó en la cama de campaña que había montado el ordenanza. La habitación estaba a oscuras.

—Bueno —dijo—, ¿de verdad te has recuperado?

—Sí. Aunque estoy un poco cansado.

—Yo también, pero sin motivos.

—¿Y qué me dice de la guerra?

—Creo que acabará pronto. No sé por qué, pero tengo esa impresión.

—¿Por qué?

—¿Ha notado cómo ha cambiado el comandante? Se ha vuelto amable. A mucha gente le ocurre igual.

—A mí también me pasa.

—Ha sido un verano terrible —dijo el cura. Parecía más seguro de sí mismo que antes de que yo me fuera—. No lo imaginas.

Aunque has estado aquí y puedes figurártelo. Mucha gente no ha comprendido lo que era la guerra hasta este verano. Oficiales que pensé que nunca llegarían a entenderlo lo han entendido.

—¿Qué ocurrirá? —acaricié la manta con la mano.

—No sé, pero no creo que pueda durar mucho.

—¿Y qué ocurrirá?

—Dejarán de combatir.

—¿Quiénes?

—Ambos bandos.

—Ojalá —dije.

—¿No lo crees?

—Me resisto a creer que los dos bandos dejen de combatir de pronto.

—Supongo que tienes razón. Sería pedir demasiado. Pero, cuando veo cómo ha cambiado la gente, no creo que puedan seguir así mucho tiempo.

—¿Quién salió victorioso este verano?

—Nadie.

—Ganaron los austríacos —respondí—. Impidieron que tomasen San Gabriele. Ganaron. No dejarán de combatir.

—Si piensan como nosotros, lo harán. Han pasado por lo mismo.

—Nadie deja de combatir cuando está ganando.

—Me desanimas.

—Solo digo lo que pienso.

—Entonces, ¿crees que seguirá indefinidamente? ¿Que no ocurrirá nada?

—No sé. Solo creo que los austríacos no se detendrán después de obtener una victoria. Es la derrota lo que nos hace cristianos.

—Los austríacos son cristianos..., excepto los bosnios.

—No me refería a que sean cristianos en sentido literal. Sino como Nuestro Señor. —No dijo nada—. Nos hemos vuelto más amables porque nos han derrotado. ¿Cómo habría sido Nuestro Señor si Pedro le hubiese salvado en el huerto de los Olivos?

—Exactamente igual.

—Lo dudo —objeté.

—Me desanimas —dijo—. Creo y rezo por que ocurra algo. Lo presiento.

—Puede que tenga razón —dije—. Pero solo nos pasará a nosotros. Si pensarán como nosotros, estaría bien. Pero nos han vencido. No piensan igual.

—Muchos soldados han pensado siempre así. Y no es porque los hayan derrotado.

—Los derrotaron desde el principio. Desde el mismo momento en que los sacaron de sus granjas y les obligaron a alistarse en el ejército. Por eso los campesinos son tan sabios, porque los han derrotado desde el principio. Deles el poder y verá qué sabios son. —No dijo nada. Se quedó meditando—. Ahora soy yo el que se ha desanimado. Por eso nunca pienso en estos asuntos. Procuro no pensar demasiado, pero cuando me pongo a hablar, digo cosas que he descubierto sin pararme a pensarlas.

—Tenía la esperanza de que ocurriera algo.

—¿La derrota?

—No. Otra cosa.

—No hay nada. Excepto la victoria. Y podría ser peor.

—He pasado mucho tiempo deseando la victoria.

—Yo también.

—Ahora ya no estoy tan seguro.

—Tiene que ser lo uno o lo otro.

—Ya no creo en la victoria.

—Ni yo. Pero tampoco creo en la derrota. Aunque podría ser mejor.

—¿En qué crees?

—En dormir —dijo.

Se puso en pie.

—No saben cuanto siento haberme quedado tanto tiempo. Pero me gusta mucho hablar contigo.

—Me ha gustado volver a charlar con usted. Lo de dormir no ha sido una indirecta.

Nos dimos la mano en la oscuridad.

—Ahora me alojo con la trescientos siete —dijo.

—Mañana por la mañana voy a uno de los puestos.

—Te veré a tu regreso.

—Podemos dar un paseo y charlar un rato.

Le acompañé a la puerta.

—No es necesario que bajes —dijo—. Es agradable tenerte de vuelta. Aunque para ti no lo sea tanto.

Me puso la mano en el hombro.

—A mí no me importa —respondí—. Buenas noches.

—Buenas noches. *Ciao!*

—*Ciao!* —dijo. Estaba muerto de sueño.

Me desperté cuando llegó Rinaldi, pero no dijo nada y volví a quedarme dormido. Por la mañana me vestí y me fui antes del alba. Rinaldi no se despertó cuando salí.

Yo nunca había visto la Bainsizza y se me hizo raro subir por la pendiente donde habían estado los austríacos, más allá del lugar donde me habían herido en el río. Había una carretera nueva muy empinada y muchos camiones. Luego la carretera discurría por un llano y vi bosques y montañas escarpadas entre la bruma. Algunos bosques se habían tomado con facilidad y no habían sido bombardeados. Allí donde la carretera no estaba protegida por las montañas habían instalado una pantalla de esteras por encima y a los lados. La carretera terminaba en un pueblecito en ruinas. Las líneas se hallaban un poco más arriba. Había mucha artillería. Las casas estaban destruidas, pero todo estaba muy bien organizado y se veían letreros por todas partes. Encontramos a Gino, que nos ofreció un café y luego me presentó a varias personas y me llevó a ver los puestos de socorro. Gino afirmó que las ambulancias británicas estaban acuarteladas en Ravne, en plena Bainsizza. Admiraba mucho a los británicos. Todavía había fuego de artillería, dijo, pero no demasiados heridos. Ahora que habían llegado

las lluvias habría muchos más enfermos. Se rumoreaba que los austríacos planeaban una ofensiva, pero no creía que fuese cierto. También se decía que atacaríamos nosotros, aunque no habían llegado nuevas tropas, así que tampoco a eso le daba mucho crédito. La comida escaseaba y le alegraría comer como es debido en Gorizia. ¿Qué me habían dado de cenar? Se lo dije y respondió que le parecía una maravilla. Sobre todo le impresionó el *dolce*. No le di muchos detalles, le dije solo que era un *dolce* y supongo que debió de pensar en algo más sofisticado que un pudín de pan negro.

¿Sabía adónde lo mandarían? Respondí que no, aunque había varias ambulancias en Caporetto. Expresó su deseo de que lo enviaran allí. Era un pueblo pequeño y muy bonito, y le gustaba la montaña que se alzaba detrás. Gino era un buen chico y casa bien a todo el mundo. Dijo que San Gabriele y el ataque fallido contra Lom habían sido un infierno. Afirmó que los austríacos tenían mucha artillería en los bosques de la sierra de Ternova y que de noche bombardeaban de manera implacable las carreteras. Había una batería de cañones navales que le sacaba de quicio. Reconocería los obuses por su trayectoria baja. Se oía la detonación y el silbido empezaba casi al instante. Por lo general disparaban dos cañones al mismo tiempo, uno después del otro, y los fragmentos de metralla eran enormes. Me mostró uno, un pedazo de metal de unos treinta centímetros de largo con los bordes dentados. Parecía un trozo de un cojinete.

—Creo que no son tan eficaces como parecen —dijo Gino—. Pero me aterran. Suenan como si fuesen directamente hacia ti. Se oye la detonación y justo después el silbido y la explosión. ¿Qué importa que no te hieran si te dan un susto de muerte?

Me explicó que en las líneas que teníamos enfrente había croatas y algunos magiares. Nuestras tropas conservaban las posiciones ofensivas. No había alambradas ni dónde retirarse en caso de que se produjera un ataque austríaco. En las colinas que se alzaban en la meseta había buenas posiciones defensivas, pero nadie se había encargado de organizarlas. ¿Qué opinión me merecía la Bainsizza?

La había imaginado más llana, más parecida a una meseta. No pensé que fuese un terreno tan escarpado.

—*Alto piano* —dijo Gino—, pero no *piano*.

Volvimos al sótano de la casa donde él vivía. Dije que pensaba que una cumbre llana y con una pequeña depresión sería más fácil de defender que una serie de colinas. Argumenté que atacar una montaña no tenía por qué ser peor que atacar en un llano.

—Depende de la montaña —respondió—. Mira San Gabriele.

—Sí —admití—, pero donde encontraron dificultades fue arriba. Llegaron a la cima con mucha facilidad.

—No tanta —dijo.

—Sí, pero fue un caso especial porque se trataba más de una fortaleza que de una montaña. Los austríacos llevaban años fortificándola.

Desde el punto de vista táctico, me refería a que, en una guerra de movimiento, no se pueden mantener las líneas en una serie de montañas porque es fácil rodearlas. Hay que tener movilidad y una montaña no la tiene. Además, la gente siempre dispara demasiado alto cuando apunta cuesta abajo. Y si se rodean los flancos, los mejores hombres se quedan aislados en lo alto de la montaña. No creía en la guerra en las montañas. Había pensado mucho en ello, le expliqué. Unos conquistaban una montaña y los otros

otra, pero cuando las cosas se ponían verdaderamente mal no había más remedio que bajar al llano.

Me preguntó qué haría para proteger una frontera montañosa.

Respondí que nunca me lo había planteado, y los dos nos echamos a reír.

—No obstante —dije—, en los viejos tiempos siempre vapuleaban a los austríacos en el cuadrilátero en torno a Verona. Esperaban a que llegasen al llano y los derrotaban allí.

—Sí —admitió Gino—. Pero eso fueron los franceses, y cuando uno combate en un país ajeno es más fácil solucionar los problemas militares.

—Cierto, en tu propio país no se pueden resolver de forma tan científica.

—Los rusos lo hicieron para tenderle una trampa a Napoleón.

—Sí, pero su país es enorme. Si uno intentara retirarse para tenderle una trampa a Napoleón en Italia acabaría en Brindisi.

—Un sitio horrible, ¿has estado alguna vez?

—Solo de paso.

—Soy tan patriota como el que más —dijo Gino—. Pero no me gustan Brindisi ni Tarento.

—¿Te gusta la Bainsizza? —pregunté.

—Es tierra sagrada —respondió—. Aunque preferiría que diese más patatas. ¿Sabías que cuando llegamos, encontramos los patatales que habían plantado los austríacos?

—¿Tanto ha escaseado la comida?

—Yo no he tenido nunca suficiente, pero soy muy comilón y tampoco me he muerto de hambre. El comedor es como todos. Los regimientos destinados a primera línea están bien alimentados, pero en la retaguardia no ocurre lo mismo. Hay algo

que no funciona como debería. Tendría que haber víveres de sobra.

—Esos sinvergüenzas los están vendiendo en alguna parte.

—Sí, envían todo lo que pueden a los batallones de primera línea, pero racanean con los de la retaguardia. Se han comido todas las patatas de los austríacos y las castañas de los bosques. Deberían alimentarlos mejor. Tenemos mucho apetito. Estoy convencido de que hay víveres en abundancia. Es muy malo para los soldados que escasee la comida. ¿Has notado alguna vez lo mucho que afecta a la moral?

—Sí —dije—. Así no se gana la guerra, pero es posible perderla.

—No hablemos de perder. Ya se habla demasiado de eso. Lo que se ha hecho este verano no puede haber sido en vano.

No dije nada. Siempre me han avergonzado las palabras «sagrado», «glorioso» y «sacrificio», y la expresión «en vano». Las habíamos oído, a veces bajo la lluvia, casi inaudibles, de modo que solo entendíamos esas palabras pronunciadas a gritos, y las habíamos leído en las proclamas de los carteles, pegados sobre otras proclamas; hacía mucho tiempo que no veía nada sagrado, las cosas que antes eran gloriosas ahora carecían de gloria y los sacrificios eran como los de los mataderos de Chicago, aunque la carne solo servía para enterrarla. Había muchas palabras que no soportaba oír y al final solo los nombres de los sitios conservaban su dignidad. Lo mismo pasaba con ciertos números y fechas, que eran lo único, aparte de los nombres de los sitios, que aún tenía significado. Las palabras abstractas como la gloria, el honor, el valor o lo sacrosanto resultaban obscenas al lado de los nombres concretos de los pueblos, los números de las carreteras, los nom-

bres de los ríos, los números de los regimientos y las fechas. Gino era un patriota, por eso a veces decía cosas que nos distanciaban, pero era un buen chico y yo entendía su patriotismo. Había nacido así. Se marchó con Peduzzi en el coche de vuelta a Gorizia.

Tuvimos tormenta todo el día. El viento empujaba la lluvia y por todas partes había barro y agua. El yeso de las casas en ruinas estaba húmedo y gris. Por la tarde dejó de llover y desde el puesto número dos contemplé el paisaje desnudo, empapado y otoñal con las nubes sobre las cumbres de las montañas y las pantallas de paja de la carretera mojadas y goteantes. El sol salió antes de ponerse e iluminó los bosques sin hojas de las cumbres. Entre los árboles de aquella cresta había muchos cañones austríacos, aunque solo disparaban unos pocos. Observé el humo de los obuses en el cielo por encima de una granja en ruinas, cerca de donde estaban las líneas, jirones de humo con un destello blanco amarillento en el centro. Se veía el destello, luego se oía la detonación y se divisaba la nube de humo deshaciéndose en el viento. Había muchos fragmentos redondeados de metralla entre los cascotes de los edificios y en la carretera al lado de la casa derruida donde estaba el puesto, aunque esa tarde no lo bombardearon. Cargamos dos ambulancias y bajamos por la carretera protegidos por las esteras empapadas hasta que por fin el sol se coló por las rendijas que quedaban entre ellas. Antes de que saliéramos a terreno descubierto detrás de las montañas, atardeció. Seguimos por la carretera y al doblar una curva y entrar en el túnel de esteras empezó a llover otra vez.

Por la noche se levantó viento y a las tres de la mañana, entre las ráfagas de lluvia, se produjo un bombardeo y los croatas descendieron de los prados de las montañas y las manchas de bosque

contra la línea del frente. Lucharon bajo la lluvia en la oscuridad, y un contraataque de hombres asustados de la segunda línea los repelió. Cayeron muchos cohetes y obuses entre la lluvia y hubo fuego de fusil y ametralladora. No volvieron a atacar, se hizo el silencio y entre las rachas de viento y lluvia oímos el estruendo de un gran bombardeo mucho más al norte.

Los heridos iban llegando al puesto, unos lo hacían en camilla, otros andando y a otros los traían auestas los soldados. Estaban calados hasta los huesos y muertos de miedo. Llenamos dos ambulancias con las camillas que había en el sótano del puesto y al cerrar la puerta del segundo coche noté en la cara que la lluvia se convertía en nieve. Los copos caían rápidos y pesados entre la lluvia.

Cuando amaneció, la tormenta continuaba, aunque dejó de nevar. La nieve se había fundido al caer sobre el suelo mojado y había empezado a llover otra vez. Justo después del alba se produjo otro ataque que tampoco tuvo éxito. Estuvimos esperando un nuevo ataque todo el día, aunque no llegó hasta la caída del sol. El bombardeo empezó al sur, por debajo de la cresta boscosa donde se concentraban los cañones austríacos. Pensamos que nos bombardearían, pero no fue así. Oscurecía. Los cañones disparaban desde los campos que había detrás del pueblo y los obuses caían lejos con un agradable sonido.

Supimos que el ataque por el sur no había tenido éxito. Esa noche no atacaron, pero oímos que habían roto las líneas por el norte. Por la noche llegó la orden de preparar la retirada. Me lo dijo el capitán del puesto. Se lo habían comunicado desde la brigada. Poco después llegó desde el teléfono y dijo que era mentira. La brigada había recibido órdenes de resistir en la Bainsizza pasara

lo que pasase. Pregunté si de verdad habían roto las líneas y respondió que había oído decir en la brigada que los austríacos habían pasado por el sector del Vigésimo Séptimo Cuerpo del Ejército en dirección a Capporetto. Se había producido una gran batalla al norte que había durado todo el día.

—Si esos cabrones les han dejado pasar, estamos perdidos —dijo.

—Los que atacan son alemanes —dijo uno de los oficiales médicos. La palabra «alemanes» era temible. Nadie quería saber nada de los alemanes.

—Hay quince divisiones alemanas —dijo el oficial médico—. Han conseguido pasar y nos van a cercar.

—En la brigada dicen que hay que defender estas líneas. Aseguran que no ha sido tan grave y defenderemos las líneas en las montañas desde Monte Maggiore.

—¿Dónde lo han oído?

—En la división.

—Las órdenes de retirarnos procedían de la división.

—Pertenezco al Cuerpo de Ejército —dije—. Pero aquí estoy a sus órdenes. Como es lógico, cuando me diga que nos retiremos lo haré. Pero asegúrese de que las órdenes sean claras.

—Las órdenes son que nos quedemos. Llévase a los heridos al hospital de sangre.

—A veces los llevamos de los hospitales de sangre a los hospitales de campaña —respondí—. Dígame, nunca he estado en una retirada..., si llegara a producirse, ¿cómo se evacúa a todos los heridos?

—No se evacúan. Se lleva uno a los que puede y deja atrás a los demás.

—¿Qué llevaremos en las ambulancias?

—El equipo médico.

—De acuerdo —dije.

La noche siguiente empezó la retirada. Oímos que los alemanes y los austríacos habían atravesado las líneas por el norte y estaban descendiendo por los valles de montaña en dirección a Cividale y Udine. La retirada fue plomiza, organizada y pasada por agua. De noche, mientras avanzábamos por las carreteras abarrotadas, vimos soldados que marchaban bajo la lluvia, cañones, carretas tiradas por caballos, mulas y camiones a motor que se alejaban del frente. No había más desorden que cuando avanzamos.

Esa noche ayudamos a vaciar los hospitales de campaña que habían instalado en los pueblos del altiplano menos dañados, llevamos a los heridos a Plava en el lecho del río; el día siguiente lo pasamos yendo y viniendo bajo la lluvia para evacuar los hospitales y el hospital de sangre de Plava. Llovía con fuerza y el ejército de la Bainsizza abandonó el altiplano bajo la lluvia de octubre y atravesó el río donde habían empezado las grandes victorias la primavera de ese año. Llegamos a Gorizia a mediodía del día siguiente. Había dejado de llover y la ciudad estaba casi vacía. Al pasar por la calle vimos que estaban subiendo en un camión a las chicas del burdel para los soldados. Eran siete, llevaban puestos los abrigos y los sombreros y cargaban con sus maletines. Dos lloraban. Otra nos sonrió, sacó la lengua y la movió arriba y abajo. Tenía labios gruesos y carnosos y los ojos negros.

Detuve el coche y fui a hablar con la matrona. Las chicas del burdel de oficiales se habían ido a primera hora de esa mañana, dijo. ¿Adónde las habían llevado? A Conegliano, respondió. El camión arrancó. La chica de los labios gruesos volvió a sacarnos la

lengua. La matrona hizo un gesto. Las otras dos seguían llorando. Las demás observaron interesadas la ciudad. Volví a subir al coche.

—Deberíamos ir con ellas —dijo Bonello—. Eso sí que sería un buen viaje.

—Tendremos un buen viaje —respondí.

—Un viaje del demonio.

—A eso me refería —dije.

Llegamos a la villa por el sendero de entrada.

—Me gustaría estar allí cuando uno de esos novatos intente subir al camión.

—¿Crees que lo harán?

—Seguro. Todo el mundo en el Segundo Ejército conoce a esa matrona.

—La llaman la madre superiora —comentó Bonello—. Las chicas son nuevas, pero todo el mundo la conoce. Deben de haberlas traído justo antes de la retirada.

—Lo van a pasar en grande.

—Seguro que sí. Me encantaría darme un revolcón gratis. En ese burdel cobran demasiado. El gobierno nos roba.

—Sube a la ambulancia y que la revisen los mecánicos —dije—. Que le cambien el aceite y revisen el diferencial. Llena el depósito y ve a dormir un poco.

—Sí, *signor tenente*.

La villa estaba vacía. Rinaldi se había marchado con los del hospital. El comandante también se había ido y se había llevado al personal en el coche del Estado Mayor. Había una nota para mí en la ventana en la que me ordenaba que cargara las ambulancias con el material amontonado en el vestíbulo y siguiese hasta Por-

denone. Los mecánicos ya se habían ido. Volví al garaje. Las otras dos ambulancias llegaron mientras yo estaba allí y los conductores se apearon. Estaba empezando a llover otra vez.

—Estoy tan... cansado que me he dormido tres veces desde que salimos de Plava —dijo Piani—. ¿Qué vamos a hacer, *tenente*?

—Cambiar el aceite, engrasarlas, llenar los depósitos de gasolina, llevar los coches delante de la casa y cargar todo lo que nos han dejado allí.

—¿Empezamos?

—No, dormiremos tres horas.

—Dios, cuánto me alegra poder dormir —dijo Bonello—. Soy incapaz de conducir sin dormirme.

—¿Qué tal está tu coche, Aymo? —pregunté.

—Bien.

—Dame un mono de trabajo y te ayudaré a cambiar el aceite.

—No hace falta, *tenente* —respondió Aymo—. No me cuesta nada. Vaya a recoger sus cosas.

—Ya están recogidas —dije—. Iré a preparar el equipo que nos han dejado. Traed los coches en cuanto estén listos.

Llevaron los coches a la parte delantera de la villa y los cargamos con el equipo de hospital que había amontonado en el vestíbulo. Una vez concluida la operación, los dejamos aparcados en el camino de entrada junto a los árboles y bajo la lluvia. Volvimos a entrar.

—Encended un fuego en la cocina y secaos un poco —dije.

—Me da igual llevar la ropa mojada —dijo Piani—. Lo que quiero es dormir.

—Pienso tumbarme en la cama del comandante —dijo Bonello—. Voy a dormir en el catre del viejo.

—A mí me da igual dónde dormir —replicó Piani.

—Aquí hay dos camas. —Abrí la puerta.

—No sabía lo que había en ese cuarto —dijo Bonello.

—Era la habitación del viejo cara de pez —explicó Piani.

—Vosotros dos, dormid ahí —dije—. Yo os despertaré.

—Como se quede usted dormido, nos despertarán los austríacos, *tenente* —dijo Bonello.

—No me dormiré —respondí—. ¿Dónde está Aymo?

—Ha ido a la cocina.

—Id a dormir —dije.

—Ya lo creo que sí —repuso Piani—. Llevo todo el día dormido de pie. Me pesa la cabeza.

—Quítate las botas —dijo Bonello—. Es la cama del viejo cara de pez.

—A mí el cara de pez me trae sin cuidado.

Se tumbó sin quitarse las botas embarradas y apoyó la cabeza en el brazo.

Fui a la cocina. Aymo había encendido el fuego y puesto agua a calentar en un hervidor.

—He pensado preparar un poco de pasta *asciutta* —dijo—. Cuando despertemos seguro que nos entra hambre.

—¿No tienes sueño, Bartolomeo?

—No mucho. En cuanto hierva el agua, la dejaré. El fuego se apagará solo.

—Más vale que duermas un poco —dije—. Comeremos queso y carne de lata.

—Esto es mejor —respondió—. A esos dos anarquistas les sentará bien comer algo caliente. Váyase a dormir, *tenente*.

—Hay una cama en el cuarto del comandante.

—Duerma usted allí.

—No, iré a mi antiguo cuarto. ¿Te apetece un trago, Bartolomeo?

—Cuando nos vayamos, *tenente*. Ahora no me sentaría bien.

—Si te despiertas dentro de tres horas y no he venido a buscarte, avísame, ¿quieres?

—No tengo reloj, *tenente*.

—Hay uno en la pared de la habitación del comandante.

—De acuerdo.

Crucé el comedor y el vestíbulo y subí por las escaleras de mármol a la habitación donde había vivido con Rinaldi. Fuera llovía. Me asomé a la ventana. Estaba oscureciendo y vi los tres coches aparcados uno detrás de otro bajo los árboles. Los árboles goteaban bajo la lluvia. Hacía frío y las gotas quedaban suspendidas de las ramas. Volví a la cama de Rinaldi, me tumbé y me dejé arrastrar por el sueño.

Cenamos en la cocina antes de ponernos en camino. Aymo había preparado una fuente de espaguetis con cebolla y carne de lata. Nos sentamos en torno a la mesa y bebimos dos botellas de vino que habían quedado en el sótano de la villa. Fuera estaba oscuro y seguía lloviendo. Piani se sentó a la mesa muerto de sueño.

—Prefiero retirarme a avanzar —dijo Bonello—. En las retiradas bebemos barbera.

—Eso ahora. A lo mejor mañana bebemos agua de lluvia —replicó Aymo.

—Mañana estaremos en Udine. Beberemos champán. Es la ciudad de los escaqueados. ¡Despierta, Piani! ¡Mañana beberemos champán en Udine!

—Estoy despierto —dijo Piani. Se sirvió un plato de espaguetis y carne—. ¿No has encontrado salsa de tomate, Barto?

—No había —respondió Aymo.

—Beberemos champán en Udine —repitió Bonello. Se llenó el vaso de vino tinto barbera.

—Puede que bebamos _____ antes de Udine —dijo Piani.

—¿Ha comido suficiente, *tenente*? —preguntó Aymo.

—Estoy lleno. Pásame la botella, Bartolomeo.

—Tengo una botella por cabeza para llevar en la ambulancia —dijo Aymo.

—¿Has dormido?

—No me hace falta dormir. He descansado un poco.

—Mañana dormiremos en la cama del rey —dijo Bonello. Estaba muy animado.

—Mañana a lo mejor dormimos en _____ —respondió Piani.

—Dormiré con la reina —dijo Bonello.

Miró para ver cómo me tomaba la broma.

—Dormirás con _____ —dijo soñoliento Piani.

—Eso es traición, *tenente* —afirmó Bonello—. ¿Verdad que sí?

—Calla —le dije—. Te pones demasiado chistoso con un poco de vino.

Fuera llovía con fuerza. Miré el reloj. Eran las nueve y media.

—Hora de ponerse en movimiento —dije levantándome.

—¿Con quién va a ir usted, *tenente*? —preguntó Bonello.

—Con Aymo. Luego tú. Luego Piani. Saldremos por la carretera de Cormons.

—Temo quedarme dormido —dijo Piani.

—Muy bien. Iré contigo. Luego Bonello. Y luego Aymo.

—Es mejor así —dijo Piani—. Estoy muerto de sueño.

—Yo conduciré mientras duermes.

—No. Puedo conducir, siempre que haya alguien para despertarme si me duermo.

—Te despertaré. Apaga las luces, Barto.

—Tanto da dejarlas encendidas —respondió Bonello—. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

—He dejado un baúl en mi habitación —dijo—. ¿Me ayudas a bajarlo, Piani?

—Nosotros se lo traeremos —dijo Piani—. Vamos, Aldo.

Salió al vestíbulo con Bonello. Les oí subir por las escaleras.

—Este sitio estaba bien —dijo Bartolomeo Aymo. Metió dos botellas de vino y medio queso en el macuto—. No encontraremos otro igual. ¿Adónde nos retiramos, *tenente*?

—Dicen que más allá del Tagliamento. El hospital y el sector estarán en Pordenone.

—Esta ciudad es mejor que Pordenone.

—No conozco Pordenone —respondí—. Solo he estado de paso.

—No es gran cosa —insistió Aymo.

Salimos bajo la lluvia en la oscuridad y encontramos la ciudad vacía, a excepción de las columnas de soldados y cañones que pasaban por la calle principal. También había muchos camiones y algunos carros en otras calles que convergían en la carretera principal. Cuando pasamos las curtidurías y llegamos a la carretera, las tropas, los camiones, los carros tirados por caballos y los cañones formaban ya una ancha y lenta columna. Avanzamos despacio pero sin pausa entre la lluvia y con la tapa del radiador de nuestro coche casi rozando la parte de atrás de un camión que llevaba la carga tapada con una lona húmeda. Luego el camión se detuvo. Toda la columna se paró. Volvió a ponerse en marcha y avanzamos un poco hasta que volvimos a pararnos. Bajé del coche y seguí a pie, entre los camiones y los carros y por debajo del cuello empapado de los caballos. El atasco estaba bastante más adelante. Dejé la carretera, pasé por un tablón al otro lado de la cuneta y seguí campo a través. Desde el campo vi la columna atascada entre los árboles bajo la lluvia. Anduve casi un kilómetro y medio. La columna no se movió, aunque al otro lado, más allá de los vehículos parados, vi que las tropas seguían avanzando. Regresé a las ambulancias. Aquel atasco podía llegar a Udine. Piani se había

dormido sobre el volante. Subí a su lado y me eché a dormir yo también. Varias horas después, oí que el camión de delante engranaba una marcha. Desperté a Piani y arrancamos, avanzamos unos metros, nos detuvimos y luego volvimos a avanzar. Continuaba lloviendo.

La columna volvió a atascarse en mitad de la noche y ya no se puso en marcha. Me apeé y retrocedí para ir a ver a Aymo y a Bonello. Bonello llevaba a dos sargentos de ingenieros en el asiento de la ambulancia. Se cuadraron al verme llegar.

—Los dejaron atrás para hacer no sé qué en un puente —dijo Bonello—. No pueden encontrar su unidad y me he ofrecido a llevarlos.

—Con el permiso del señor teniente.

—Permiso concedido —dije.

—El teniente es americano —explicó Bonello—. Llevaría a cualquiera.

Uno de los sargentos sonrió. El otro le preguntó a Bonello si yo era italiano de Norteamérica o de Sudamérica.

—No es italiano. Es inglés norteamericano.

Los sargentos fueron muy educados, pero no le creyeron. Los dejé y fui a ver a Aymo. Había dos chicas en el asiento y él estaba fumando en un rincón.

—Barto, Barto —dije.

Se rió.

—Hable con ellas, *tenente* —dijo—. No las entiendo. ¡Eh! —Le puso la mano a una en el muslo y apretó de forma amistosa. La chica se envolvió en el chal y le apartó la mano—. ¡Eh! —repetió—. Dile al *tenente* cómo te llamas y qué estás haciendo aquí.

La chica me miró desafiante. La otra no levantó la vista del

suelo. La chica que me miraba dijo algo en un dialecto incomprendible. Era morena y rolliza y aparentaba unos dieciséis años.

—*Sorella?* —pregunté señalando a la otra. Asintió con la cabeza y sonrió—. Está bien —dije y le di una palmadita en la rodilla.

Al tocarla, noté que se apartaba tensa. La hermana no alzó la mirada. Debía de ser un año más joven. Aymo puso la mano en el muslo de la mayor y ella la apartó. Aymo se rió.

—Buen hombre —dijo señalándose a sí mismo—. Buen hombre —me señaló a mí—. Tranquila.

La chica le miró desafiante. Parecían dos pájaros silvestres.

—¿Para qué ha subido a la ambulancia si no le gusto? —preguntó Aymo—. Han subido en cuanto les he hecho una señal. —Se volvió hacia la chica—. No te preocupes —dijo—. No hay peligro de _____. —dijo empleando un término vulgar—. No hay sitio para _____. —Vi que ella solo había entendido esa palabra. Lo miró muy asustada. Se arrebujó en el chal—. El coche está lleno —insistió Aymo—. No hay peligro de _____. No hay sitio para _____.

Cada vez que decía esa palabra, la joven se ponía más tensa. Luego se sentó muy tiesa, lo miró y empezó a llorar. Le temblaron los labios y las lágrimas cayeron por sus rollizas mejillas. Su hermana, sin alzar la mirada, le dio la mano y se sentó a su lado. La mayor, que había sido tan desafiante, empezó a sollozar.

—Creo que la he asustado —dijo Aymo—. No quería asustarla. —Bartolomeo sacó el macuto y cortó dos trozos de queso—. Tomad —dijo—. Dejad de llorar.

La mayor movió la cabeza y siguió llorando, pero la otra cogió el queso y empezó a comer. Al cabo de un rato, le dio a su herma-

na el otro trozo y comieron las dos. La mayor siguió sollozando un poco.

—Dentro de un rato se le habrá pasado —dijo Aymo. Tuvo una idea—. ¿Virgen? —le preguntó a la que tenía al lado. Ella asintió vigorosamente—. ¿También virgen? —Señaló a la hermana. Las dos asintieron y la mayor dijo algo en dialecto—. Está bien —respondió Bartolomeo—. Está bien.

Las dos chicas parecían más animadas.

Las dejé con Aymo sentado en su rincón y volví al coche de Piani. La columna de vehículos no se movía, pero las tropas continuaban pasando a nuestro lado. Todavía llovía con fuerza y pensé que algunos de los parones de la columna debían de ser coches a los que se les había mojado el delco. Lo más probable era que fuesen hombres o caballos que se habían quedado dormidos. No obstante, en las ciudades también se atasca el tráfico y todo el mundo está despierto. Lo malo era la combinación de los caballos y los vehículos a motor. Lo único que hacían era estorbarse mutuamente. Los carros de los campesinos tampoco eran una gran ayuda. Las dos jóvenes que iban con Barto eran buenas chicas. Una retirada no es sitio para dos vírgenes. Vírgenes de verdad. Casi seguro que eran muy religiosas. De no haber sido por la guerra probablemente todos estaríamos en la cama. En la cama donde descanso la cabeza. Cama y pensión completa. En la cama y rígido como una tabla. Catherine estaría en la cama entre dos sábanas, una debajo y otra encima. ¿De qué lado dormía? Tal vez no estuviese dormida. Puede que estuviera acostada pensando en mí. Sopla, sopla, viento del oeste. En fin, estaba soplando y no llovía poco sino mucho. Toda la noche lloviendo. Llovía y llovía. Fíjate. Dios, qué no daría por tener a mi amor entre mis brazos y estar

otra vez en la cama. Porque mi amada Catherine, mi dulce y amada Catherine, me lloviera encima. Sopla y devuélvemela. En fin, en ello estábamos. Todos estábamos hasta el cuello y una lluvia suave no lo acallaría. «Buenas noches, Catherine —dije en voz alta—. Espero que duermas bien. Si estás incómoda, cariño, tumbate del otro lado —añadí—. Te traeré agua fría. Dentro de poco amanecerá y no será tan malo. Siento que estés tan incómoda. Intenta dormir, amor mío.

»—Estaba dormida —dijo—. Estabas hablando en sueños. ¿Te encuentras bien?

»—¿De verdad estás ahí?

»—Pues claro que sí. Nunca me iría. Esto no cambia nada entre nosotros.

»—Eres tan dulce y encantadora. No te marcharías en mitad de la noche, ¿verdad?

»—Por supuesto que no. Siempre estoy aquí. Vengo cada vez que me necesitas.»

—_____ —dijo Piani—. Han vuelto a ponerse en marcha.

—Me he quedado traspuesto —dije. Miré el reloj. Eran las tres de la mañana. Alargué el brazo para buscar la botella de barbera que había detrás del asiento.

—Ha hablado en voz alta —dijo Piani.

—Estaba soñando en inglés —respondí.

La lluvia caía más despacio y empezamos a avanzar. Antes del alba volvimos a parar; el amanecer nos sorprendió en lo alto de un pequeño cerro y vi la carretera que se extendía a lo lejos, con todo el mundo atascado menos la infantería, que seguía filtrándose entre los camiones. Volvimos a movernos, pero teniendo en cuenta la velocidad a la que habíamos avanzado durante el día, compren-

dí que, si queríamos llegar algún día a Udine, tendríamos que dejar la carretera principal y seguir campo a través.

Por la noche se habían unido a la columna muchos campesinos llegados de sitios diferentes y ahora había en ella carros cargados con enseres domésticos: espejos que asomaban entre colchones y pollos y pavos atados a las carretas. En la que teníamos delante transportaban una máquina de coser. Habían salvado las cosas más valiosas. En algunos carros las mujeres se acurrucaban para protegerse de la lluvia mientras otras andaban lo más cerca posible de ellos. También había perros en la columna, que se refugiaban del aguacero debajo de las carretas. La carretera estaba embarrada, las zanjas de las cunetas iban llenas de agua y más allá de los árboles del borde de la carretera los campos estaban demasiado mojados y enfangados para intentar atravesarlos. Bajé de la ambulancia y seguí por la carretera en busca de un sitio elevado desde el que buscar una carretera secundaria por la que desviarnos. Sabía que había muchos caminos, pero no quería escoger uno que no llevara a ninguna parte. No los recordaba porque siempre habíamos pasado a toda velocidad por la carretera principal y todos se parecían. Sabía que tendríamos que buscar alguno, si queríamos pasar. Nadie sabía dónde se encontraban los austríacos ni cuál era la situación, pero estaba convencido de que si dejaba de llover y los aviones empezaban a atacar la columna, estaríamos perdidos. Lo único que hacía falta para acabar de bloquear la carretera era que unos cuantos hombres abandonaran los camiones o que mataran varios caballos.

La lluvia no caía con tanta fuerza y pensé que podría despejar. Seguí por el borde de la carretera y cuando vi un camino que se dirigía hacia el norte entre dos campos con setos a ambos la-

dos, juzgué que valía la pena seguirlo y volví corriendo a los coches. Le dije a Piani que se desviara por él y fui a ver a Bonello y Aymo.

—Si no lleva a ninguna parte, siempre podemos dar la vuelta —dije.

—¿Y qué hacemos con estos? —preguntó Bonello. Los dos sargentos aún estaban con él en el asiento. Iban sin afeitarse, pero seguían teniendo aspecto marcial a primera hora de la mañana.

—Nos ayudarán a empujar —dije. Fui a ver a Aymo y le dije que íbamos a buscar un atajo.

—¿Y qué hay de mi familia de vírgenes? —preguntó Aymo. Las dos chicas dormían.

—No serán muy útiles —dije—. Deberías llevar a alguien que pueda empujar.

—Pueden ir en la parte de atrás —dijo Aymo—. En la ambulancia hay sitio de sobra.

—Como quieras —respondí—. Busca a alguien de espaldas anchas que pueda empujar.

—*Bersaglieri* —dijo con una sonrisa—. Son los que tienen las espaldas más anchas. Los miden. ¿Cómo se encuentra, *tenente*?

—Bien. ¿Y tú?

—Bien. Pero hambriento.

—Ese camino seguro que lleva a algún sitio donde podamos parar a comer.

—¿Qué tal está su pierna, *tenente*?

—Bien.

De pie en el estribo, vi que la ambulancia de Piani se desviaba y seguía por el camino, el coche asomaba entre las ramas sin hojas de los setos. Bonello giró y le siguió y luego Piani logró abrirse

paso y seguimos a las dos ambulancias por el estrecho camino rodeado de setos. Llevaba a una granja. Encontramos a Piani y a Bonello en la puerta. La casa era baja y alargada y tenía unas espalderas con una enredadera sobre la puerta. En el patio había un pozo y Piani estaba sacando agua para llenar el radiador. De tanto circular con marchas cortas se había quedado sin agua. La granja parecía abandonada. Miré hacia el camino, nos encontrábamos en un altozano desde el que se divisaba toda la región y se distinguían el camino, los setos, los campos y la línea de árboles a lo largo de la carretera principal por la que se llevaba a cabo la retirada. Los dos sargentos estaban registrando la casa. Las chicas se habían despertado y contemplaban el patio, el pozo, las dos grandes ambulancias y a los tres conductores alrededor del pozo. Uno de los sargentos salió con un reloj en la mano.

—Déjelo donde estaba —dije.

Me miró, entró en la casa y volvió a salir sin el reloj.

—¿Dónde está su compañero? —pregunté.

—Ha ido a la letrina.

Volvió a subir a la ambulancia. Tenía miedo de que lo dejaríamos.

—¿Qué le parece desayunar un poco, *tenente*? —preguntó Bonello—. Podríamos comer alguna cosa. No tardaríamos mucho.

—¿Crees que ese camino que sigue por el otro lado llevará a alguna parte?

—Seguro que sí.

—Muy bien. Comamos.

Piani y Bonello entraron en la casa.

—Vamos —les dijo Aymo a las chicas.

Tendió la mano para ayudarlas a bajar. La mayor movió la ca-

beza. No iban a entrar en una casa abandonada. Nos siguieron con la mirada.

—Es difícil tratar con ellas —dijo Aymo.

Entramos juntos en la granja. Era grande y oscura, y daba sensación de desamparo. Bonello y Piani se hallaban en la cocina.

—No hay mucha comida —dijo Piani—. Se lo han llevado casi todo.

Bonello estaba cortando un gran queso blanco sobre la sólida mesa de la cocina.

—¿Dónde estaba el queso?

—En la bodega. Piani ha encontrado también vino y manzanas.

—Es un buen desayuno.

Piani estaba quitándole el tapón a una garrafa forrada de paja. La inclinó y llenó una cacerola de cobre.

—Huele bien —dijo—. Busca unos vasos, Barto.

Entraron los dos sargentos.

—Sírvanse un poco de queso, sargentos —dijo Bonello.

—Deberíamos irnos —respondió uno de los sargentos, mientras se comía el queso y bebía un vaso de vino.

—Ahora nos vamos. Tranquilos —dijo Bonello.

—Un ejército se mueve por el estómago —añadí.

—¿Qué? —preguntó el sargento.

—Es mejor comer.

—Sí, pero el tiempo apremia.

—Creo que esos cabrones ya han comido —dijo Piani.

Los sargentos lo miraron. Nos odiaban.

—¿Conoce el camino? —me preguntó uno de ellos.

—No —respondí.

Los dos se miraron.

—Más vale que nos pongamos en marcha —dijo el primero.

—Ya nos vamos —repuse. Bebí otro vaso de vino tinto. Después del queso y las manzanas, tenía muy buen sabor—. Traed el queso —ordené, y salí. Bonello me siguió con la garrafa de vino—. Es demasiado grande —dije.

La miró con pesar.

—Supongo que sí —admitió—. Dadme las cantimploras y las llenaré. —Llenó las cantimploras y derramó un poco de vino sobre el empavesado del patio. Luego cogió la garrafa y la dejó justo detrás de la puerta—. Los austríacos no tendrán que echar la puerta abajo para encontrarla.

—En marcha —dije—. Piani y yo iremos delante.

Los dos sargentos de ingenieros estaban ya en el asiento al lado de Bonello. Las dos muchachas comían queso y manzanas. Aymo fumaba. Partimos por el estrecho camino. Volví la vista atrás hacia las dos ambulancias y la granja. Era una estupenda casa de piedra, baja y sólida, y el forjado del pozo era excelente. Por delante, el camino era estrecho y fangoso y había un seto muy alto a cada lado. Los otros coches nos seguían de cerca.

A mediodía nos quedamos atascados en el barro cuando creíamos estar a unos diez kilómetros de Udine. La lluvia había cesado por la mañana y tres veces habíamos oído llegar aviones, los habíamos visto pasar sobre nuestras cabezas, alejarse a la izquierda y bombardear la carretera principal. Habíamos recorrido un laberinto de caminos secundarios y tomado muchos desvíos equivocados, pero a base de retroceder y seguir por otro sitio nos habíamos ido aproximando a Udine. Ahora el coche de Aymo, al dar marcha atrás en un camino sin salida, se había metido en la tierra blanda y las ruedas al girar se habían clavado cada vez más hasta que el coche quedó apoyado en el diferencial. Lo único que se podía hacer era cavar delante de las ruedas, poner ramas para que tuvieran donde agarrarse y empujar hasta devolver la ambulancia al camino. Todos estábamos alrededor del coche. Los dos sargentos miraron el vehículo y examinaron las ruedas. Luego se alejaron por la carretera sin decir una palabra. Les seguí.

—Vamos —dije—. Corten unas ramas.

—Tenemos que irnos —respondió uno.

—Manos a la obra y corten unas ramas —repetí.

—Tenemos que irnos —dijo uno. El otro guardó silencio.

Tenían prisa. No me miraron.

—Les ordeno que vuelvan al coche y corten unas ramas.

El sargento se volvió.

—Tenemos que marcharnos. Dentro de nada estaremos cerca-
dos. No puede darnos órdenes. No es nuestro oficial.

—Les ordeno que corten unas ramas —dije.

Dieron media vuelta y se alejaron por la carretera.

—Alto —dije. Siguiéron andando por el camino embarrado,
entre los dos setos—. Les ordeno que se detengan —grité.

Aceleraron un poco el paso. Desabroché la funda, saqué la
pistola, apunté al que había hablado más y disparé. Fallé y los dos
echaron a correr. Disparé tres veces y tumbé a uno. El otro pasó a
través del seto y desapareció. Le disparé entre las ramas mientras
huía campo a través. Se acabaron las balas e introduje otro carga-
dor. Vi que estaba demasiado lejos para dispararle. Corría al otro
lado del campo con la cabeza gacha. Volví a poner balas en el car-
gador vacío. Llegó Bonello.

—Déjeme rematarlo —dijo.

Le di la pistola y fue a donde el sargento de ingenieros yacía
boca abajo en mitad del camino. Bonello se agachó, le puso la
pistola en la cabeza y apretó el gatillo. La pistola no disparó.

—Tienes que montarla —dije.

La montó y disparó dos veces. Cogió al sargento por las pier-
nas, lo arrastró hasta la cuneta y lo dejó apoyado en el seto. Regre-
só y me devolvió la pistola.

—El muy hijo de puta —dijo. Miró hacia el sargento—. ¿Ha
visto cómo lo he rematado, *tenente*?

—Tenemos que cortar las ramas cuanto antes —respondí—.
¿Le he dado al otro?

—No creo —dijo Aymo—. Estaba demasiado lejos para acertarle con una pistola.

—Sucia escoria —exclamó Piani.

Todos nos pusimos a cortar ramas. Habíamos sacado la carga del coche. Bonello cavaba debajo de las ruedas. Cuando terminamos, Aymo hizo arrancar la ambulancia y metió una marcha. Las ruedas giraron salpicándolo todo de maleza y barro. Bonello y yo empujamos hasta que nos crujieron las articulaciones. El coche no se movió.

—Dale atrás y adelante, Barto —dije.

Puso marcha atrás y luego hacia delante. Las ruedas solo se clavaron aún más. Al final el coche volvió a quedar apoyado en el diferencial y las ruedas giraban sobre el hueco que habían excavado. Me puse en pie.

—Lo intentaremos con una cuerda.

—No creo que sirva de nada, *tenente*. No se puede tirar en línea recta.

—Tenemos que intentarlo. No saldrá de otra manera —dije—. Las ambulancias de Piani y de Bonello solo podían ir hacia delante por el camino. Atamos los dos coches y tiramos. Las ruedas se desviaron a los lados contra las roderas—. Es inútil —grité—. Parad.

Piani y Bonello se apearon de las ambulancias y volvieron. Aymo se apeó también. Las chicas estaban unos cuarenta metros más arriba sentadas en una pared de piedra.

—¿Qué hacemos, *tenente*? —preguntó Bonello.

—Volvamos a cavar y a probar suerte con las ramas. —Miré hacia el camino. Era culpa mía. Yo los había llevado allí. El sol casi había salido por detrás de las nubes y el cadáver del sargento yacía al lado del seto—. Pondremos debajo su guerrera y su capote.

Bonello fue a buscarlos. Corté unas ramas mientras Aymo y Piani cavaban delante de las ruedas. Hice un corte en el capote, lo rasgué en dos y lo puse debajo de la rueda en el barro, después amontoné ramas para que las ruedas tuvieran donde agarrarse. Estábamos listos para empezar y Aymo subió al asiento y puso en marcha el coche. Las ruedas giraron y empujamos cuanto pudimos. Pero fue inútil.

—Está _____do —dije—. ¿Quieres sacar algo de la ambulancia, Barto?

Aymo subió con Bonello y bajó el queso, dos botellas de vino y su capote. Bonello. Sentado al volante registró los bolsillos de la guerrera del sargento.

—Será mejor deshacerse de ella —dije—. ¿Qué hay de las vírgenes de Barto?

—Pueden subir atrás —dijo Piani—. No creo que lleguemos muy lejos.

Abrí la puerta trasera de la ambulancia.

—Vamos —las llamé—. Subid.

Las dos chicas subieron y se sentaron en un rincón. Parecía que no se habían percatado del tiroteo. Miré hacia el camino. El sargento yacía sucio con su camiseta interior de manga larga. Subí con Piani y emprendimos la marcha. Intentaríamos atravesar el campo. Cuando el camino se internó en él, bajé de la ambulancia y avancé delante del vehículo a pie. Si lográbamos pasar, había un camino al otro lado. No lo conseguimos. Estaba demasiado blando y enfangado para los coches. Cuando quedaron definitivamente atascados, con las ruedas hundidas hasta los ejes, los dejamos allí y seguimos caminando en dirección a Udine.

Al llegar a un sendero que conducía a la carretera principal, se lo indiqué a las dos chicas.

—Id por ahí —dije—. Encontraréis gente. —Me miraron. Saqué la cartera y les di a cada una un billete de diez liras—. Id por ahí —dije señalando el sendero—. ¡Amigos! ¡Familia!

No entendieron, pero cogieron el dinero, y echaron a andar. Volvieron la vista atrás como temiendo que pudiese reclamarles el dinero. Las observé alejarse envueltas en sus chales y echándonos miradas aprensivas. Los tres conductores se rieron.

—¿Cuánto me da por continuar en esa dirección, *tenente*? —preguntó Bonello.

—Si las detienen, es mejor que no estén solas.

—Deme doscientas liras y me vuelvo directo a Austria —dijo Bonello.

—Te las quitarían —replicó Piani.

—A lo mejor se habrá acabado la guerra —dijo Aymo.

Continuamos por el camino a toda prisa. El sol se esforzaba en asomar. Al lado de la carretera había unas moreras. Entre los árboles distinguí las dos grandes ambulancias atascadas en mitad del campo. Piani también se volvió.

—Tendrán que construir una carretera si quieren sacarlas —dijo.

—Dios, ojalá tuviésemos bicicletas —exclamó Bonello.

—¿En Estados Unidos van en bicicleta? —preguntó Aymo.

—Antes, sí.

—Eso sí que es un gran invento —dijo Aymo—. La bicicleta es un invento estupendo.

—Dios, ojalá tuviésemos bicicletas —repitió Bonello—. No me gusta andar.

—¿Eso son tiros? —pregunté. Me había parecido oír disparos a lo lejos.

—No lo sé —respondió Aymo. Escuchó.

—Creo que sí —dije.

—Lo primero que veremos será la caballería —dijo Piani.

—No creo que tengan caballería.

—Dios quiera que no —dijo Bonello—. No quiero acabar clavado en una lanza de la... caballería.

—Dejó usted seco a ese sargento, *tenente* —dijo Piani.

Estábamos andando muy deprisa.

—Yo lo rematé —dijo Bonello—. No había matado a nadie en esta guerra, y toda la vida había querido matar a un sargento.

—Lo remataste en el suelo —dijo Piani—. No corría mucho cuando disparaste.

—Da igual. Así tendré algo que recordar. Liquidé a ese _____ de sargento.

—¿Qué dirás cuando te confieses? —preguntó Aymo.

—Diré: «Bendígame, padre, porque he matado a un sargento».

Todos se echaron a reír.

—Es un anarquista —dijo Piani—. Nunca va a la iglesia.

—Piani también lo es —replicó Bonello.

—¿De verdad sois anarquistas? —pregunté.

—No, *tenente*. Somos socialistas. Somos de Imola.

—¿No ha estado nunca en Imola?

—No.

—Dios, es un sitio precioso, *tenente*. Venga después de la guerra y verá lo que es bueno.

—¿Sois todos socialistas?

—Todos.

—¿Es bonita la ciudad?

—Preciosa. Seguro que no ha visto nada igual.

—¿Cómo es que sois socialistas?

—Todos lo somos. Todo el mundo lo es. Siempre hemos sido socialistas.

—Venga a vernos, *tenente*. Acabará haciéndose socialista.

Más adelante, el camino se desviaba a la izquierda al llegar a un pequeño cerro. Al otro lado de una cerca de piedra había una plantación de manzanos. Cuando el camino empezó a subir dejaron de hablar. Seguimos adelante a toda prisa con el tiempo en contra.

Después llegamos a una carretera que conducía a un río. Había una larga fila de carros y camiones abandonados antes del puente. No se veía un alma. El río bajaba crecido y habían volado el puente por el centro; el arco de piedra había caído al río y el agua marrón corría sobre él. Seguimos por la orilla en busca de un sitio donde cruzar. Yo sabía que más adelante había un puente de ferrocarril y pensé que tal vez podríamos pasar por allí. El camino estaba húmedo y embarrado. No vimos tropas; solo pertrechos y camiones abandonados. A lo largo de la orilla no había nada ni nadie, únicamente los arbustos mojados y el suelo fangoso. Seguimos por la orilla y por fin llegamos al puente del ferrocarril.

—¡Qué puente tan bonito! —exclamó Aymo.

Era un puente de hierro muy largo y corriente que atravesaba lo que normalmente era el lecho seco del río.

—Será mejor darse prisa y cruzarlo antes de que lo vuelen —dije.

—No hay nadie para volarlo —respondió Piani—. Todos se han ido.

—Puede que esté minado —apuntó Bonello—. Pase usted primero, *tenente*.

—Escuchad al anarquista —dijo Aymo—. Hágale ir a él.

—Yo iré —dije—. No lo habrán minado para volarlo con un solo hombre.

—Ya lo ves —exclamó Piani—. A eso se le llama usar la cabeza. ¿Por qué no usas la cabeza, anarquista?

—Si supiese utilizar la cabeza no estaría aquí —respondió Bonello.

—Bien pensado, *tenente* —dijo Aymo.

—Bien pensado —respondí. Nos encontrábamos muy cerca del puente. El cielo había vuelto a nublarse y estaba lloviznando. El puente parecía largo y sólido. Subimos a lo alto del terraplén—. Pasad de uno en uno —dije y empecé a cruzar el puente.

Inspeccioné los railes y las traviesas en busca de alambres o indicios de explosivos, pero no vi nada. Entre las traviesas se veía el río que corría rápido y fangoso. Al final del campo empapado distinguí Udine entre la lluvia. Llegué a la otra orilla y volví la vista atrás. Río arriba había otro puente. Cuando lo estaba observando, vi pasar un coche amarillo cubierto de barro. El pretil del puente era muy alto y el coche desapareció enseguida de la vista. Pero acerté a ver las cabezas del chófer, el hombre que iba sentado a su lado y los dos ocupantes del asiento trasero. Todos llevaban cascos alemanes. Después el coche terminó de cruzar el puente y lo perdí de vista entre los árboles y los vehículos abandonados en la carretera. Hice un gesto a Aymo, que estaba cruzando, y a los demás para que vinieran. Bajé al otro lado de la vía y me puse a cubierto. Aymo bajó conmigo.

—¿Habéis visto el coche?

—No. Estábamos mirándole a usted.

—Un coche del Estado Mayor alemán acaba de cruzar el puente de arriba.

—¿Del Estado Mayor?

—Sí.

—Virgen santa.

Llegaron los otros, nos pusimos a cubierto en el barro tras el terraplén y desde detrás de los raíles contemplamos el puente, la línea de árboles y la carretera.

—¿Cree que nos han cercado, *tenente*?

—No lo sé. Lo único que sé es que un coche del Estado Mayor alemán ha pasado por esa carretera.

—¿No habrá perdido la cabeza, *tenente*? ¿No estará usted imaginando cosas raras?

—No te hagas el gracioso, Bonello.

—¿Por qué no echamos un trago? —preguntó Piani—. Si nos han cercado, será mejor beber un trago.

Descolgó la cantimplora y le quitó el tapón.

—¡Mirad, mirad! —exclamó Aymo, y señaló hacia la carretera.

Sobre el pretil del puente de piedra vimos pasar unos cascos alemanes. Estaban inclinados hacia delante y se deslizaban de un modo casi sobrenatural. Cuando terminaron de pasar el puente los vimos. Eran tropas en bicicleta. Distinguí los rostros de los dos primeros. Eran rubicundos y rebosaban salud. Llevaban los cascos calados sobre la frente. Las carabinas iban enganchadas al cuadro de la bicicleta. De sus cinturones colgaban bombas de mano. Los cascos y los uniformes grises estaban mojados y pedaleaban con calma, mirando adelante y a los lados. Eran dos, luego cuatro en línea, luego dos, luego una docena, luego otra, luego uno solo. No hablaban, aunque no habríamos podido oírles debido al ruido del río. Los perdimos de vista por la carretera.

—Virgen santa —exclamó Aymo.

—Eran alemanes —dijo Piani—. No austríacos.

—¿Por qué no hay nadie para impedirles el paso? —pregunté—. ¿Por qué no han volado el puente? ¿Por qué no hay ametralladoras a lo largo del terraplén?

—Díganoslo usted, *tenente*.

Estaba furioso.

—Esto no tiene sentido. Vuelan un puentecito río abajo y dejan uno en la carretera principal. ¿Dónde está todo el mundo? ¿Es que no van a intentar detenerles?

—Díganoslo usted, *tenente* —dijo Bonello.

Me callé. No era asunto mío; mi única misión consistía en llegar a Pordenone con tres ambulancias. No lo había conseguido. Ahora mi única misión era llegar a Pordenone. Probablemente ni siquiera lograría llegar a Udine. Aunque, ¿por qué no? Lo principal era conservar la calma y no dejarse matar ni capturar.

—¿No has abierto una cantimplora? —le pregunté a Piani. Me la dio. Di un largo trago—. Podemos ponernos en camino —dije—. Aunque tampoco hay prisa. ¿Queréis comer alguna cosa?

—Este no es sitio para quedarse —dijo Bonello.

—Muy bien. En marcha.

—¿No sería mejor seguir a cubierto por este lado?

—Es mejor ir por arriba. Puede que vengan también por este puente. No conviene que nos sorprendan desde arriba.

Seguimos por la vía del ferrocarril. A ambos lados se extendía la llanura mojada. Detrás de la llanura estaba el cerro de Udine. Los tejados se inclinaban junto al castillo en lo alto del cerro. Vimos el campanile y la torre del reloj. Había muchas moreras en los campos. Más adelante vi un sitio donde habían arrancado los

raíles. También habían arrancado las traviesas y las habían dejado tiradas al pie del terraplén.

—¡Al suelo al suelo! —exclamó Aymo. Nos echamos cuerpo a tierra junto al ribazo. Había otro grupo de ciclistas en la carretera. Me asomé para verlos pasar—. Nos han visto, y aun así han seguido su camino —dijo Aymo.

—Aquí nos van a matar, *tenente* —dijo Bonello.

—No nos quieren a nosotros —dije—. Tienen otras cosas que hacer. Correremos más peligro si nos los topamos de improvisto.

—Preferiría seguir a cubierto —insistió Bonello.

—Muy bien. Nosotros iremos por las vías.

—¿Cree que lograremos pasar? —preguntó Aymo.

—Desde luego. Todavía son pocos. Pasaremos en la oscuridad.

—¿Qué estaba haciendo ese coche del Estado Mayor?

—Dios sabe —respondí.

Seguimos por las vías. Bonello se cansó de andar por el barro y subió con los demás. La vía férrea se desvió de la carretera hacia el sur y ya no pudimos ver lo que pasaba en ella. Habían volado un puente sobre un canal, pero trepamos por lo que quedaba de la estructura. Oímos disparos delante de nosotros.

Continuamos por la vía férrea más allá del canal. Iba directamente a la ciudad entre los campos. Vimos las vías de la otra línea férrea por delante. Al norte estaba la carretera principal donde habíamos visto a los ciclistas; al sur había un pequeño desvío por el campo con grandes árboles a los lados. Juzgué más prudente atajar por allí y rodear la ciudad campo a través en dirección a Campoformio y la carretera principal que llevaba al Tagliamento. Podríamos esquivar la columna en retirada si continuábamos por

las carreteras secundarias pasado Udine. Sabía que había muchas carreteras en la llanura, bajé del terraplén.

—Vamos —dije.

Seguiríamos por la carretera secundaria y nos dirigiríamos al sur de la ciudad. Todos bajaron del terraplén. Alguien nos disparó desde la carretera. La bala impactó contra el barro.

—Atrás —grité.

Empecé a subir por el terraplén resbalándome en el barro. Los chóferes iban delante de mí. Subí lo más deprisa posible. Otros dos disparos salieron de entre los espesos arbustos y Aymo se tambaleó y cayó boca abajo mientras cruzaba las vías. Le arrastramos al otro lado y le dimos la vuelta.

—Ponedle cabeza arriba —dije.

Piani le dio la vuelta. Quedó tumbado en la pendiente del terraplén, con los pies hacia abajo, respirando sangre de forma irregular. Los tres nos acurrucamos a su lado bajo la lluvia. Le habían alcanzado debajo de la nuca y la bala se había desviado hacia arriba y había salido por debajo del ojo derecho. Murió mientras yo intentaba taponarle los dos agujeros. Piani le apoyó la cabeza en el suelo, le limpió la cara con un vendaje de emergencia y lo dejó.

—Los muy... —dijo.

—No han sido los alemanes —dije—. Aquí no puede haber alemanes.

—Italianos —dijo Piani, utilizando la palabra como un epíteto, «¡Italiani!».

Bonello no dijo una palabra. Se había sentado al lado de Aymo sin mirarle. Piani recogió la gorra que se había caído por el terraplén y se la puso sobre la cara. Cogió su cantimplora.

—¿Queréis beber? —Piani le dio la cantimplora a Bonello.

—No —respondió Bonello. Se volvió hacia mí—. Esto también habría podido pasarnos en cualquier momento si hubiésemos seguido por las vías.

—No —dije—. Ha sido por ir campo a través.

Bonello movió la cabeza.

—Aymo ha muerto —dijo—. ¿Quién será el próximo, *tenente*? ¿Dónde vamos ahora?

—Los que han disparado son italianos —dije—. No han sido los alemanes.

—Supongo que si hubiesen sido alemanes nos habrían matado a todos —dijo Bonello.

—Son más peligrosos los italianos que los alemanes —insistí—. En la retaguardia están asustados. Los alemanes saben lo que se traen entre manos.

—No le falta razón, *tenente* —dijo Bonello.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Piani.

—Será mejor ocultarse hasta que oscurezca. Si podemos ir hacia el sur, todo irá bien.

—Tendrán que matarnos a todos para demostrar que no se han equivocado —dijo Bonello—. No pienso darles ocasión.

—Buscaremos un sitio donde escondernos lo más cerca posible de Udine y pasaremos cuando oscurezca.

—Vamos allá —dijo Bonello—. Descendimos por la cara norte del terraplén. Miré atrás. Aymo yacía en el barro sobre la pendiente. Era bastante menudo y tenía los brazos en los costados, las piernas envueltas en las polainas, las botas embarradas y la gorra sobre la cara. No podía parecer más muerto. Llovía. De todos ellos era a quien más aprecio le tenía. Llevaba sus papeles en el bolsillo. Escribiría a su familia. Por delante, más allá de los cam-

pos había una granja. Estaba rodeada de árboles y había varias dependencias alrededor de la casa. Un balcón sostenido por columnas recorría el segundo piso.

—Será mejor dispersarse —dije—. Yo iré delante.

Me encaminé hacia la granja. Había un sendero a través del campo.

Recorrí el sendero sin saber si alguien nos dispararía desde los árboles de la granja o desde la propia granja. Avancé hacia allí y la vi con mucha claridad. El balcón del segundo piso daba al granero y había heno asomando entre las columnas. El patio estaba adoquinado y los árboles goteaban. Había un carro vacío de dos ruedas con la lanza hacia arriba bajo la lluvia. Llegué al patio, lo crucé y me resguardé bajo el balcón. Encontré la puerta de la casa abierta y entré. Bonello y Piani me siguieron. Dentro estaba oscuro. Fui a la cocina. Había cenizas en la gran chimenea. Unas cacerolas colgaban sobre las cenizas, aunque estaban vacías. Miré a mi alrededor, pero no encontré nada de comer.

—Deberíamos descansar en el granero —dije—. Piani, ¿podrías buscar un poco de comida y subirla?

—Echaré un vistazo —respondió Piani.

—Yo iré también—dijo Bonello.

—De acuerdo —dije—. Subiré a ver el granero.

Encontré una escalera de piedra que subía desde el establo de abajo. El establo despedía un olor seco y agradable bajo la lluvia. El ganado había desaparecido, probablemente se lo hubieran llevado al marcharse. Había dos buhardillas en el tejado, una estaba tapada con tablones, la otra era un tragaluz estrecho en el lado norte. Había un hueco para poder echarle el heno al ganado. Unas vigas atravesaban la trampilla que daba al primer piso donde me-

tían los carros para subir el heno. Oí la lluvia en el tejado, olí el heno y, cuando bajé, noté el aroma limpio de las boñigas secas en el establo. Podíamos aflojar uno de los tablones y vigilar el patio desde la buhardilla que daba al sur. La otra daba a los campos que había al norte. Podíamos salir por cualquiera de las dos ventanas y descolgarnos desde el tejado o bajar por la trampilla si bloqueaban las escaleras. Era un granero muy grande y sería fácil ocultarse entre la paja si oíamos a alguien. Parecía un buen sitio. Estaba seguro de que podríamos haber pasado hacia el sur si no nos hubiesen disparado. Era imposible que hubiese alemanes allí. Avanzaban desde el norte por la carretera de Cividale. No podía ser que llegaran desde el sur. Los italianos eran más peligrosos. Tenían miedo y disparaban a todo lo que se movía. La noche anterior, durante la retirada, habíamos oído decir que en el norte había muchos alemanes con uniforme italiano infiltrados en la columna. No lo creí. Es una de esas cosas que se dicen en todas las guerras. Una de esas cosas que el enemigo siempre hace. No conocía a nadie que se hubiera infiltrado con uniforme alemán para sembrar la confusión en sus filas. Era posible, pero complicado. No creía que los alemanes lo hicieran. Ni tampoco veía por qué querrían hacerlo. No había necesidad de entorpecer nuestra retirada. El tamaño del ejército y el estado de las carreteras se encargaban de eso. Nadie daba órdenes, y mucho menos los alemanes. Pero si nos confundían con alemanes nos matarían. Habían matado a Aymo. El heno olía bien y tumbarse en un granero entre la paja trae a la memoria los años pasados. Cuántas veces nos habríamos tumbado a charlar en el heno y a cazar gorriones con la escopeta de aire comprimido cuando se posaban en el triángulo abierto en lo alto de la pared del granero. El granero había desaparecido

y un año habían talado los árboles y no habían dejado más que los tocones, las copas secas de los árboles y unos montones de leña donde habían estado los bosques. No se podía regresar. ¿Qué ocurre cuando no se va hacia delante? Que no vuelves nunca a Milán. Y si vuelves a Milán, ¿qué ocurre? Oí disparos procedentes del norte, en dirección a Udine. Se distinguía el tableteo de las ametralladoras. No estaban bombardeando. Ya era algo. Debían de haber encontrado tropas en la carretera. Me asomé en la penumbra del granero y vi a Piani en el piso de abajo. Llevaba un salchichón, una jarra de algo y dos botellas de vino debajo del brazo.

—Sube —le dije—. Ahí tienes la escalera. —Luego reparé en que debía ayudarle con las cosas y bajé. Me había quedado adormilado en el heno y tenía la cabeza embotada. Poco había faltado para que me durmiera—. ¿Dónde está Bonello? —pregunté.

—Se lo explicaré —dijo Piani. Subimos por la escalera. Dejamos las cosas sobre el heno. Piani sacó la navaja con el descorchador y destapó una botella de vino—. Están selladas con lacre —dijo—. Seguro que es bueno.

Sonrió.

—¿Dónde está Bonello? —repetí.

Piani me miró.

—Se ha ido, *tenente* —dijo—. Prefiere que le hagan prisionero. —No dije nada—. Tenía miedo de que lo mataran. —Cogí la botella de vino y no pronuncié una palabra—. Entienda que nosotros no creemos en la guerra, *tenente*.

—¿Por qué no te has ido tú? —pregunté.

—No quería abandonarle.

—¿Dónde ha ido?

—No lo sé, *tenente*. Se ha ido.

—Está bien —dije—. ¿Cortas tú el salchichón?

Piani me miró en la penumbra.

—Lo he cortado mientras hablábamos —dijo.

Sentados en el heno, nos comimos el salchichón y nos bebimos el vino. Debían de tenerlo guardado para alguna boda. Era tan viejo que estaba perdiendo el color.

—Tú vigila por esta buhardilla, Luigi —dije—. Yo vigilaré por la otra.

Cada uno había bebido de una botella y me llevé la mía, me tumbé sobre la paja y contemplé los campos mojados a través del estrecho tragaluz. No sé qué esperaba ver, pero no vi más que los campos, las moreras desnudas y la lluvia. Me bebí el vino aunque no me animó. Llevaba guardado demasiado tiempo y se habían echado a perder la calidad y el color. Estuve viendo atardecer; oscureció muy deprisa. Sería una noche negra con la lluvia. Cuando se hizo de noche ya no valió la pena vigilar, así que regresé con Piani. Estaba dormido y no le desperté, aunque me senté un rato a su lado. Era corpulento y tenía un sueño muy profundo. Al cabo de un rato le desperté y nos pusimos en camino.

Fue una noche muy extraña. No sé lo que había imaginado, tal vez la muerte, disparos y carreras en la oscuridad, pero no pasó nada. Esperamos cuerpo a tierra en la cuneta a que pasara un batallón alemán, luego cruzamos la carretera y nos dirigimos hacia el norte. En dos ocasiones estuvimos muy cerca de los alemanes bajo la lluvia, pero no nos vieron. Rodeamos la ciudad hacia el norte sin toparnos con ningún italiano, luego encontramos la columna y estuvimos andando toda la noche en dirección al Tagliamento. No había reparado en lo gigantesca que era aquella retirada. No solo el ejército sino el país entero estaba en movimiento. Anduvimos toda

la noche a más velocidad que los vehículos. Me dolía la pierna y estábamos cansados, pero nos dimos mucha prisa. Qué estupidez había hecho Bonello al decidir entregarse. No había ningún peligro. Habíamos pasado sin incidentes entre dos ejércitos. Si no hubiesen matado a Aymo ni siquiera habríamos tenido la sensación de correr algún riesgo. Nadie nos había molestado cuando íbamos al descubierto por la vía. La muerte había llegado de pronto y de forma absurda. Me preguntaba dónde estaría Bonello.

—¿Cómo se encuentra, *tenente*? —preguntó Piani. Íbamos por el arcén de la carretera abarrotada de vehículos y soldados.

—Bien.

—Estoy harto de tanto andar.

—Bueno, es lo único que tenemos que hacer. No hay de qué preocuparse.

—Bonello ha sido un idiota.

—Desde luego, un completo idiota.

—¿Qué va hacer usted con él, *tenente*?

—No lo sé.

—¿No podría limitarse a decir que lo cogieron prisionero?

—No lo sé.

—Comprenda que, si la guerra continúa, le harán la vida imposible a la familia.

—La guerra no continuará —dijo un soldado—. Volvemos a casa. La guerra ha terminado.

—Todo el mundo vuelve a casa.

—Todos volvemos a casa.

—Vamos, *tenente* —dijo Piani. Quería dejarles atrás.

—¿*Tenente*? ¿Quién es un *tenente*? *A basso gli ufficiali!* ¡Abajo los oficiales!

Piani me cogió del brazo.

—Será mejor que le llame por su nombre —dijo—. Podrían intentar meterle en un lío. Han fusilado a algunos oficiales.

Nos abrimos paso entre ellos.

—No presentaré ningún informe que cause dificultades a su familia —dije reanudando la conversación.

—Si la guerra ha terminado, tanto da —dijo Piani—. Pero no lo creo. Sería demasiado bueno.

—Pronto lo sabremos —respondí.

—No creo que haya terminado. Todos creen que sí menos yo.

—*Viva la pace!* —gritó un soldado—. ¡Volvemos a casa!

—Sería estupendo volver a casa —dijo Piani—. ¿No cree?

—Sí.

—No volveremos. No creo que haya terminado.

—*Andiamo a casa!* —gritó un soldado.

—Están deshaciéndose de los fusiles —dijo Piani—. Se los descuelgan del hombro y los tiran al suelo mientras andan. Luego se ponen a gritar.

—Deberían quedárselos.

—Creen que si los tiran no podrán obligarles a combatir.

En la oscuridad y bajo la lluvia, mientras nos abríamos paso por el arcén de la carretera vi que muchos soldados todavía llevaban los fusiles. Asomaban por debajo de los capotes.

—¿De qué brigada sois? —preguntó un oficial.

—*Brigata di Pace* —gritó uno—. ¡Brigada de la paz!

El oficial no respondió.

—¿Qué dice? ¿Qué dice el oficial?

—Abajo el oficial. *Viva la pace!*

—Vamos —dijo Piani. Pasamos junto a dos ambulancias bri-

tánicas abandonadas con los demás vehículos—. Son de Gorizia —exclamó Piani—. Conozco los coches.

—Han llegado más lejos que nosotros.

—Salieron antes.

—¿Dónde estarán los conductores?

—Probablemente más adelante.

—Los alemanes se han detenido a las afueras de Udine —dije—. Esta gente conseguirá pasar el río.

—Sí —respondió Piani—. Por eso creo que la guerra continuará.

—Los alemanes podrían seguir avanzando —dije—. Cualquiera sabe por qué se habrán detenido.

—Ni idea. No sé nada de esta clase de guerras.

—Supongo que estarán esperando los transportes.

—No lo sé —repitió Piani.

Solo era mucho más amable. Cuando estaba con los demás era muy malhablado.

—¿Estás casado, Luigi?

—Ya sabe que sí.

—¿Por eso no quisiste que te cogieran prisionero?

—Es una razón. ¿Usted está casado, *tenente*?

—No.

—Bonello tampoco.

—No tiene nada que ver. Pero me parece que un hombre casado querría volver con su mujer.

Me apetecía hablar de mujeres.

—Sí.

—¿Qué tal tus pies?

—Me duelen bastante.

Antes de que despuntara el día llegamos a la orilla del Tagliamento y seguimos el cauce desbordado del río hasta el puente por el que estaba cruzando todo el mundo.

—Deberían poder resistir en este río —dijo Piani.

En la oscuridad, el caudal parecía muy crecido. El agua hacía remolinos y el cauce era muy ancho. El puente de madera estaba aproximadamente un kilómetro más adelante, y el río, que solía correr por estrechos canales sobre el lecho pedregoso muy por debajo del puente, rozaba las planchas de madera. Seguimos por la orilla y nos abrimos paso entre la muchedumbre que estaba cruzando el río. Pasamos despacio bajo la lluvia, alrededor de un metro por encima de la corriente, apretujados entre la multitud, justo detrás de un cajón de municiones de artillería. Me asomé y contemplé el agua del río. Ahora que no podíamos seguir al mismo paso, me sentí muy cansado. Cruzar el puente no tenía nada de alegre. Me pregunté lo que ocurriría si un avión lo bombardeaba al llegar el día.

—Piani —dije.

—Estoy aquí, *tenente*. —Iba un poco adelantado.

Nadie decía nada. Todo el mundo intentaba cruzar lo antes posible y nadie pensaba en otra cosa. Casi habíamos cruzado. Al otro extremo del puente había oficiales y *carabinieri* de pie a ambos lados dando destellos con las linternas. Los vi recortados contra el horizonte. Cuando estuvimos más cerca reparé en que uno de los oficiales señalaba a uno de los de la columna. Un *carabiniere* fue tras él, lo cogió del brazo y lo condujo a la cuneta. Pasamos casi por delante de ellos. Los oficiales estaban inspeccionando a todos los hombres de la columna, a veces hablaban entre sí y se adelantaban para iluminarle la cara a alguno. Justo cuando estuvi-

mos delante cogieron a otro. Me fijé en él. Era un teniente coronel. Vi las estrellas en la bocamanga cuando le iluminaron con la linterna. Tenía el cabello gris y era bajo y gordo. El *carabiniere* lo puso a la cola con los oficiales. Al pasar vi que uno o dos me miraban. Luego uno me señaló y habló con un *carabiniere*. Vi que venía hacia mí rodeando la columna, luego noté que me agarraba del cuello de la camisa.

—¿Qué quiere? —dije, y le golpeé en la cara. Vi su rostro bajo el sombrero, con el bigote de punta y la sangre que le corría por la mejilla. Otro se adelantó hacia nosotros—. ¿Qué quiere? —repetí. No respondió. Estaba esperando la ocasión de atraparme. Eché la mano atrás para desabrochar la funda de la pistola—. ¿No sabe que no puede ponerle la mano encima a un oficial?

El primer tipo me retorció el brazo. Me volví y el otro me agarró del cuello. Le di una patada en la espinilla y le golpeé con la rodilla en la entrepierna.

—Si se resiste, matadle —oí decir a alguien.

—¿A qué viene esto? —intenté gritar, pero no tenía mucha voz. Me habían llevado al borde de la carretera.

—Si se resiste, matadle —dijo un oficial.

—¿Quién es usted?

—Ya lo averiguarás.

—¿Quién es usted?

—Policía militar —dijo otro oficial.

—¿Y por qué no me ha pedido que me acercara en lugar de enviar a estos dos aeroplanos a detenerme?

No respondieron. No tenían por qué. Eran la policía militar.

—Llévallo con los otros —dijo el primer oficial—. Ya lo veis. Habla italiano con acento.

—Y usted también, _____ —respondí.

—Llévalo con los otros —repitió el primer oficial.

Me llevaron detrás de los oficiales, con un grupo de personas que había debajo de la carretera a la orilla del río. De camino, oí unos disparos. Vi los destellos de los fusiles y oí el estampido. Llegamos a donde estaba el grupo. Había cuatro oficiales de pie con un hombre delante y un *carabiniere* a cada lado. Varios hombres esperaban vigilados por los *carabinieri*. Había otros cuatro *carabinieri* apoyados en las carabinas al lado de los oficiales. Eran *carabinieri* con sombreros de ala ancha. Los dos que me llevaban sujeto me empujaron hacia el grupo de los que esperaban a ser interrogados. Miré al hombre a quien estaban interrogando los oficiales. Era el teniente coronel gordo, bajo y de cabellos grises al que habían sacado de la columna. Los interrogadores tenían la típica eficiencia, frialdad y dominio de sí mismos de los italianos cuando son ellos los que disparan y nadie les está disparando.

—¿Su brigada?

Se lo dijo.

—¿Regimiento?

Se lo dijo.

—¿Por qué no está con su regimiento?

Se lo dijo.

—¿Es que no sabe que un oficial debe estar con sus soldados?

Lo sabía.

Y se acabó. Habló otro oficial.

—Por culpa suya y de otros como usted tenemos a los bárbaros en el sagrado territorio de la patria.

—¿Cómo dice? —preguntó el teniente coronel.

—Que si hemos perdido los frutos de la victoria es por culpa de traidores como usted.

—¿Ha participado alguna vez en una retirada? —preguntó el teniente coronel.

—Italia jamás debería tener que batirse en retirada.

Nos quedamos escuchando bajo la lluvia. Teníamos enfrente a los oficiales y el prisionero a un lado.

—Si van a fusilarme —dijo el teniente coronel—, por favor fusílenme y déjense de interrogatorios. Este interrogatorio es una estupidez.

Se persignó. Los oficiales departieron un instante. Uno escribió algo en una hoja de papel.

—Abandono de tropas. Se le condena a ser fusilado —dijo.

Dos *carabinieri* se llevaron al teniente coronel a la orilla del río. Anduvo bajo la lluvia, un viejo sin sombrero, con un *carabiniere* a cada lado. No vi cómo le fusilaban, pero oí los disparos. Estaban interrogando a otro. Aquel oficial también había abandonado a sus tropas. No le dejaron explicarse. Lloró cuando le leyeron la sentencia escrita en el papel y cuando le fusilaron ya estaban interrogando a otro. Ponían mucho empeño en cada interrogatorio mientras fusilaban al anterior acusado. Era evidente que no había nada que hacer. No sabía si esperar a que me interrogasen o intentar algo cuanto antes. Obviamente, yo era un alemán con uniforme italiano. Comprendí cómo funcionaba su cerebro, suponiendo que lo tuviesen y que funcionara. Eran jóvenes salvando a la patria. El Segundo Ejército estaba reagrupándose más allá del Tagliamento. Estaban ejecutando a los oficiales de cualquier rango a partir de comandante que se hubiesen separado de sus tropas. También condenaban sumariamente a los agitadores ale-

manes con uniforme italiano. Llevaban cascos de acero. Solo dos de nosotros los teníamos. También algunos *carabinieri*. Los demás llevaban el sombrero de ala ancha. Los llamábamos «aeroplanos». Esperamos bajo la lluvia mientras nos iban llamando de uno en uno para interrogarnos y fusilarnos. Hasta ese momento habían fusilado a todos los que habían interrogado. Los interrogadores tenían la sublime distancia y devoción a la justicia de quien trata con la muerte sin correr el menor riesgo. Estaban interrogando a un coronel de uno de los regimientos de primera línea. Acababan de traer a otros tres oficiales.

—¿Dónde estaba su regimiento?

Miré a los *carabinieri*. Observaban a los recién llegados. Los otros miraban al coronel. Agaché la cabeza, me abrí paso de un empujón entre los dos hombres y corrí hacia el río, con la cabeza gacha, tropecé en la orilla y caí al agua con un chapoteo. Estaba muy fría y resistí sumergido cuanto pude. La corriente me hizo dar vueltas y continué sin asomar a la superficie hasta que pensé que no saldría jamás. Nada más salir, tomé aliento y volví a sumergirme. Fue fácil seguir bajo el agua con tanta ropa y las botas. Cuando asomé por segunda vez vi un pedazo de madera delante de mí y alargué el brazo para agarrarme. Oculté la cabeza detrás y ni siquiera miré. No quería ver la orilla. Mientras corría había oído disparos y también al asomar la primera vez. Los había oído cuando estaba a punto de salir a la superficie. Ya no disparaban. El trozo de madera se balanceaba en la corriente y me sostuve con una mano. Miré hacia la orilla. Parecía ir muy deprisa. Había muchos troncos en el río. El agua estaba muy fría. Pasé junto a las espadañas de un islote. Me sujeté al pedazo de madera con las dos manos y dejé que me arrastrara la corriente. Ya no se distinguía la orilla.

Cuando la corriente es rápida, no hay manera de saber cuánto tiempo lleva uno en un río. Puede parecer mucho y ser poco. El agua estaba fría, bajaba crecida y arrastraba muchas cosas que había encontrado a su paso en la orilla. Tuve suerte de encontrar un grueso trozo de madera al que agarrarme, y me dejé llevar con la barbilla apoyada en la madera y sujetándome como mejor pude con ambas manos. Me daba miedo sufrir un calambre y mi única esperanza era que la corriente me acercara a la orilla. Descendí por el río describiendo una larga curva. Empezaba a amanecer y vi los arbustos en el margen. Había un islote de espadañas más adelante y la corriente se desvió hacia la orilla. Pensé en quitarme las botas y la ropa y nadar hasta allí, aunque decidí no hacerlo. Mi único objetivo era llegar como fuese a la orilla, pero si llegaba descalzo me vería en una situación muy comprometida. Tenía que llegar de algún modo a Mestre.

Vi acercarse la ribera y luego volver a apartarse, después volvió a acercarse. Estaba flotando más despacio. Ahora se hallaba muy cerca. Distinguí las ramas de un sauce. La madera se balanceó, dejé atrás el ribazo y comprendí que me encontraba en un remolino. Empecé a dar vueltas muy despacio. Volví a ver la ori-

lla, en esa ocasión mucho más cerca. Temí salirme del remolino y, sujetándome con una mano, apoyé los pies contra la madera y me empujé con fuerza hacia la orilla. Vi las ramas, aunque a pesar del impulso y por más que nadé con todas mis fuerzas, la corriente me arrastró. Entonces pensé que me ahogaría por culpa de las botas, pero chapoteé y me debatí en el agua; cuando alcé la vista vi que me estaba acercando a la orilla y seguí pataleando y nadando presa del pánico hasta que llegué. Me agarré a una rama del sauce, y aunque no tenía fuerzas para salir supe que no me ahogaría. El tiempo que pasé agarrado al madero no había pensado en esa posibilidad. Sentí náuseas y un hueco en el pecho y en el estómago por el esfuerzo, me sujeté a las ramas y esperé. Cuando se me pasaron las náuseas trepé por las ramas del sauce y volví a esperar, con los brazos entre las hojas y las manos agarradas con fuerza a las ramas. Por fin salí a rastras a la orilla. Empezaba a amanecer y no vi a nadie. Me tumbé y me quedé escuchando la lluvia y el río.

Al cabo de un rato me levanté y eché a andar siguiendo el curso del río. Sabía que no había ningún puente hasta Latisana. Calculé que debía de hallarme cerca de San Vito. Empecé a pensar en lo que me convenía hacer. Un poco más adelante había un canal de riego que desembocaba en el río. Fui hacia allí. Hasta ese momento no había visto a nadie, me senté al borde del canal, me descalcé y vacié las botas de agua. Me quité el abrigo, saqué la cartera con mis papeles y el dinero empapados del bolsillo y lo retorcí. Me quité los pantalones y los retorcí también, después hice lo mismo con la camisa y la ropa interior. Me di unas palmadas y unas friegas y volví a vestirme. Había perdido la gorra. Antes de ponerme el abrigo arranqué las estrellas de la bocamanga y

las guardé en el bolsillo con el dinero. El dinero estaba mojado, pero intacto. Lo conté. Había poco más de tres mil liras. La ropa estaba mojada y fría y me di unas palmadas en los brazos para activar la circulación. Llevaba ropa interior de lana y calculé que no cogería frío siempre que no me quedara quieto. Me habían quitado la pistola en la carretera y guardé la funda debajo del abrigo. No llevaba capote y hacía frío bajo la lluvia. Eché a andar por la orilla del canal. Había amanecido y el paisaje era llano, deprimente y húmedo. Los campos estaban desnudos y empapados; muy a lo lejos distinguí un campanile que se alzaba en mitad del llano. Llegué a una carretera. Más adelante vi unos soldados que llegaban por la carretera. Seguí cojeando por la cuneta y pasaron de largo sin prestarme atención. Era un destacamento de ametralladoras que se dirigía río arriba. Seguí por la carretera.

Aquel día crucé la llanura veneciana. Es una comarca muy llana y bajo la lluvia aún lo parece más. En dirección al mar hay marismas salobres y muy pocos caminos. Todos conducen al mar y a la desembocadura de los ríos y para atravesar la comarca es necesario seguir los senderos que discurren al borde de los canales. Yo estaba atravesando la región de norte a sur y había cruzado dos vías férreas y muchas carreteras y por fin llegué al final de un sendero que pasaba sobre la vía del ferrocarril que bordeaba una marisma. Era la línea principal de Venecia a Trieste y tenía un terraplén muy alto y doble vía. A un lado había un apeadero donde montaban guardia unos soldados, al otro había un puente sobre un torrente que desembocaba en la marisma. Vi a otro soldado en el puente. Mientras atravesaba los campos, al norte, había visto pasar un tren por esa línea férrea, visible desde lejos en la llanura, y pensé que podría pasar un tren de Portogruaro. Estuve un rato

observando a los guardias y me tumbé detrás del terraplén para poder ver ambos lados de la vía. El soldado del puente anduvo un rato hacia donde yo estaba, luego se volvió y regresó al puente. Seguí tumbado y hambriento esperando la llegada del tren. El que había visto era tan largo que la máquina iba muy despacio y estaba seguro de que podría subir en marcha. Casi había abandonado la esperanza de que pasara alguno, cuando lo vi llegar. Al acercarse la máquina fue aumentando lentamente de tamaño. Miré al soldado del puente. Iba y venía por el extremo más próximo del puente, al otro lado de las vías. No podría verme cuando pasara el tren. Observé cómo se acercaba la máquina. Avanzaba con mucho esfuerzo. Reparé en que había numerosos vagones. Sabía que habría soldados de guardia en el tren e intenté ver dónde estaban, pero me fue imposible sin que me vieran a mí. La máquina llegó casi a la altura de donde me encontraba. Cuando estuvo delante, jadeando y resollando incluso en terreno llano, y vi al maquinista, me levanté y avancé hacia los vagones. Si había soldados vigilando, parecería menos sospechoso de pie junto a la vía. Pasaron varios vagones de mercancías. Luego vi acercarse un vagón abierto de esos que llaman góndolas cubierto con una lona. No me moví hasta que casi hubo pasado, luego di un salto, me agarré del asidero y subí. Me arrastré entre la góndola y el vagón de mercancías que había detrás. Estaba casi seguro de que nadie me había visto. Seguí acurrucado, me sujeté al asidero y apoyé los pies en el tope del vagón. Estábamos casi enfrente del puente. Recordé al soldado al que había visto montando guardia. Al pasar me miró. Era un crío y el casco le quedaba demasiado grande. Lo miré con desprecio y él desvió la mirada. Pensó que trabajaba en el tren.

Pasamos de largo. Lo vi observar con gesto incómodo cómo

pasaban los demás vagones y me agaché para ver cómo estaba sujeta la lona. Tenía unos ollados y la habían atado al borde con una cuerda. Saqué la navaja, corté la cuerda y metí el brazo. Había varios bultos bajo la lona tensa bajo la lluvia. Asomé la cabeza. Había un soldado en el vagón de mercancías, pero estaba mirando hacia la máquina. Solté el asidero y me colé debajo de la lona. Me golpeé la frente con algo y noté cómo me corría la sangre por la cara, pero me arrastré y me tumbé. Luego me di la vuelta y volví a atar la lona.

Estaba debajo de la lona al lado de unos cañones. Despedían un limpio olor a grasa y aceite. Seguí tumbado y escuché el ruido de la lluvia sobre la lona y el traqueteo del tren sobre los raíles. Se colaba un poco de luz y miré los cañones, llevaban la funda de lona puesta. Pensé que debían de estar enviándolos al frente desde el Tercer Ejército. El chichón de la frente se había hinchado y detuve la hemorragia quedándome quieto y dejando que la sangre coagulara, luego me quité la sangre en torno al corte. No era nada. No tenía pañuelo, pero limpié la sangre seca a tientas con el agua que goteaba de la lona y la manga del abrigo. No quería parecer sospechoso. Sabía que tendrían que saltar antes de llegar a Mestre porque irían a recoger los cañones. No podían permitirse olvidar ni perder ningún cañón. Me moría de hambre.

Estaba empapado, aterido y hambriento, tendido en el suelo del vagón bajo la lona al lado de los cañones. Por fin me volví y me tumbé sobre el vientre con la cabeza apoyada en los brazos. Tenía la rodilla rígida, pero no podía quejarme. Valentini había hecho un buen trabajo. Había recorrido a pie la mitad del camino y nadado en el Tagliamento con su rodilla. Porque era su rodilla. La otra era mía. Los médicos te hacen cosas y tu cuerpo deja de ser tuyo. La cabeza era mía, y el interior del estómago. Tenía mucha hambre. Notaba cómo se movía. La cabeza era mía, aunque no podía usarla, al menos para pensar, solo para recordar y no demasiado.

Podía acordarme de Catherine, pero sabía que si pensaba en ella sin estar seguro de volver a verla enloquecería, así que decidí no pensar en ella, solo un poco, solo un poco con el vagón que traqueteaba despacio y la escasa luz que se colaba a través de la lona, tumbado con Catherine en el suelo del vagón. Tan duro como el suelo del vagón era tener que estar tumbado sin pensar, limitarme a sentir, después de tanto tiempo separados, la ropa húmeda y el suelo que apenas se movía, y la soledad, la ropa mojada y el duro suelo en lugar de mi mujer.

No se puede amar el suelo de un vagón, ni los cañones con una funda de lona, ni el olor del metal engrasado o la lona por la que se cuele la lluvia, aunque no se estaba tan mal y era agradable estar entre los cañones; sin embargo, amar a alguien que sabes que ni siquiera puedes fingir que está contigo, verlo fríamente y con claridad..., aunque no tan fríamente como con claridad y con sensación de vacío. Notar la sensación de vacío, tumbado boca abajo, después de haber presenciado cómo avanzaba un ejército y otro retrocedía. De haber perdido los coches y los hombres igual que un jefe de sección de unos almacenes pierde el género en un incendio. Solo que en este caso no había ningún seguro. Estabas fuera. Ya no tenías obligaciones. Si después de un incendio en los grandes almacenes empezaron a fusilar a los jefes de sección por hablar con el acento que siempre habían tenido, no podrían contar con ellos cuando volviesen a abrir los almacenes. Buscarían otro empleo, si es que lo había y no los detenía la policía.

El río había arrastrado mi rabia junto con mis obligaciones. Aunque esas habían terminado en el momento en que el *carabiniere* me cogió del cuello. Me habría gustado quitarme el uniforme, aunque las formas externas me traían sin cuidado. Me había arrancado las estrellas, pero lo había hecho por conveniencia. No por pundonor. No tenía nada contra ellos. Se acabó. Les deseaba toda la suerte del mundo. Eran los mejores, los más valientes, los más tranquilos y los más sensatos, y se lo merecían. Pero ya no era mi guerra y estaba deseando que el puñetero tren llegase a Mestre para comer y dejar de pensar. Tenía que parar.

Piani contaría que me habían fusilado. Cuando fusilaban a alguien rebuscaban en sus bolsillos y se quedaban con los papeles.

Los míos no los encontrarían. Podían decir que me había ahogado. Me pregunté qué noticias recibirían en Estados Unidos. Muerto a consecuencia de sus heridas y demás. Dios, qué hambre tenía. Me pregunté qué habría sido del capellán. Y de Rinaldi. Probablemente estaría en Pordenone. Si es que no habían retrocedido aún más. En fin, nunca volvería a verle. No volvería a ver a nadie. Esa vida se había acabado. No creía que tuviese la sífilis. Y en cualquier caso, según decían, cogida a tiempo no era una enfermedad grave. Aunque era lógico que se angustiara. Igual que haría yo si me hubiese contagiado. O cualquiera.

No estaba hecho para pensar. Estaba hecho para comer. Dios, sí. Para comer, beber y dormir con Catherine. Tal vez esa noche. No, eso era imposible. Pero al día siguiente por la noche, y una buena comida y sábanas y no volveríamos a irnos si no era juntos. Probablemente tendríamos que marcharnos a toda prisa. Ella vendría conmigo. Sabía que vendría. ¿Cuándo nos iríamos? Había que pensarlo. Estaba oscureciendo. Me tumbé y me pregunté adónde iríamos. Había sitios de sobra.

Libro IV

Salté del tren en Milán cuando redujo la velocidad para entrar en la estación a primera hora de la mañana antes de que amaneciera. Crucé las vías, pasé entre unos edificios y llegué a una calle. Encontré una taberna abierta y entré a tomar un café. Olía a madrugada, a polvo recién barrido, cucharillas en vasos de café y los círculos húmedos que dejan los vasos de vino. El dueño estaba detrás del mostrador. Había dos soldados en una mesa. Me quedé en la barra, tomé un café y comí un poco de pan. El café estaba gris por la leche, y aparté la nata de la superficie con un trozo de pan. El dueño me miró.

—¿Quiere un vaso de grappa?

—No, gracias.

—Invita la casa —dijo, y sirvió un vaso pequeño y me lo acercó—. ¿Cómo van las cosas en el frente?

—No sabría decirle.

—Están borrachos —dijo, señalando con un gesto a los dos soldados. Le creí. Lo parecían—. Dígame —insistió—, ¿cómo van las cosas en el frente?

—No sabría decirle nada del frente.

—Le he visto saltar la tapia. Se ha bajado usted del tren.

—Hay una gran retirada.

—Leo los periódicos. ¿Qué ha pasado? ¿Se ha acabado?

—No lo creo.

Llenó el vaso de grappa de una botella rechoncha.

—Si está en un aprieto —dijo—. Puede alojarse aquí.

—No estoy en un aprieto.

—Si lo está, quédese aquí conmigo.

—¿Dónde?

—En la casa. Hay muchos más. Todos los que están en un apuro se quedan.

—¿Tantos son?

—Depende del tipo de apuro. ¿Es usted sudamericano?

—No.

—¿Habla español?

—Un poco.

Limpió la barra.

—Ahora es difícil salir del país, pero no imposible.

—No tengo intención de marcharme.

—Puede quedarse el tiempo que quiera. Verá qué clase de hombre soy.

—Esta mañana tengo que irme, pero recordaré la dirección por si tengo que volver.

Movió la cabeza.

—Si habla así, es que no va a volver. Pensé que estaba usted en un aprieto.

—No. Pero agradezco tener las señas de un amigo.

Dejó un billete de diez liras sobre la barra para pagar el café.

—Tómese una grappa conmigo —dijo.

—No hace falta.

—Tómese una.

Sirvió dos vasos.

—Recuerde —dijo—. Venga usted. No se deje engañar por otros. Aquí estará a salvo.

—Estoy convencido.

—¿De verdad?

—Sí.

Se puso serio.

—Pues deje que le diga una cosa: yo que usted no iría por ahí con ese abrigo.

—¿Por qué?

—Se nota que ha arrancado las estrellas de la bocamanga. La tela es de otro color.

No dije nada.

—Si no tiene papeles, puedo proporcionárselos.

—¿Qué papeles?

—Papeles de permiso.

—No los necesito. Tengo papeles.

—Muy bien —dijo—. Pero si llegara a necesitarlos. Puedo conseguirle lo que quiera.

—¿Cuánto cuestan esos papeles?

—Depende de lo que quiera. El precio es razonable.

—Ahora no necesito nada. —Se encogió de hombros—. Lo tengo todo en regla —insistí.

Cuando me fui, repitió:

—No olvide que soy su amigo.

—No.

—Ya nos veremos —dijo.

—Bien —respondí.

Una vez fuera me alejé de la estación, donde había policía militar, y subí a un coche al llegar al extremo del parquecillo. Le di al cochero las señas del hospital. Una vez allí, fui a la garita del portero. Su mujer me abrazó. Él me estrechó la mano.

—Ha vuelto. Está usted a salvo.

—Sí.

—¿Ha desayunado?

—Sí.

—¿Cómo está, *tenente*? ¿Cómo está? —me preguntó la mujer.

—Bien.

—¿No quiere desayunar con nosotros?

—No, gracias. Dígame, ¿sigue la señorita Barkley en el hospital?

—¿La señorita Barkley?

—La enfermera inglesa.

—Su novia —dijo la mujer. Me dio una palmadita en el brazo y sonrió.

—No —respondió el conserje—. Se ha ido.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Está seguro? Me refiero a la joven inglesa alta y rubia.

—Lo estoy. Se ha ido a Stresa.

—¿Cuándo se fue?

—Se marchó hace dos días con la otra inglesa.

—Bien —dije—. Necesito pedirle algo muy importante. No le diga a nadie que me ha visto. Es muy importante.

—No se lo diré a nadie —respondió el portero. Le di un billete de diez liras. Lo rechazó—. Le he prometido que no se lo diré a nadie —dijo—. No quiero dinero.

—¿Qué podemos hacer por usted, *signor tenente*? —preguntó su mujer.

—Solo eso —respondí.

—Somos mudos —dijo el portero—. ¿Me avisará si puedo hacer algo más?

—Sí —dije—. Adiós. Ya nos veremos.

Se quedaron en la puerta mirándome.

Subí al coche y le di al cochero las señas de Simmons, uno de mis conocidos que estaba estudiando canto.

Simmons vivía en las afueras de la ciudad en dirección a Porta Mageta. Todavía estaba en la cama y adormilado cuando fui a verlo.

—Eres muy madrugador, Henry —dijo.

—He llegado con el primer tren.

—¿Qué es todo eso de la retirada? ¿Estabas en el frente? ¿Quieres un cigarrillo? Están en esa caja que hay encima de la mesa.

Era una habitación muy grande con una cama junto a la pared, un piano al otro extremo, un tocador y una mesa. Me senté en una silla que había al lado de la cama. Simmons se recostó en unos almohadones y fumó.

—Estoy en un aprieto, Sim —dije.

—Y yo —respondió—. Como siempre. ¿No quieres fumar?

—No. ¿Qué hay que hacer para ir a Suiza?

—¿Tú? Los italianos no te permitirían salir del país.

—Sí. Lo sé. Me refiero a los suizos. ¿Qué harían ellos?

—Internarte.

—Lo sé. Pero. ¿En qué consiste el procedimiento?

—En nada. Es muy sencillo. Puedes ir donde quieras. Solo tienes que dar aviso o algo por el estilo. ¿Por qué? ¿Te persigue la policía?

—Todavía no.

—No me lo cuentes si no quieres. Aunque me interesaría oírlo. Aquí estás a salvo. Lo de Piacenza fue un fracaso.

—Lo siento mucho.

—Sí..., no pudo salir peor. Y eso que canté bien. Voy a intentarlo otra vez en el Lírico.

—Ojalá pudiera asistir.

—Eres muy educado. No será nada grave, ¿verdad?

—No lo sé.

—No me lo cuentes si no quieres. ¿Por qué no estás en el puñetero frente?

—Creo que eso se ha acabado para mí.

—Buen chico. Siempre supe que tenías sentido común. ¿Puedo ayudarte?

—Estás muy ocupado.

—Ni mucho menos, mi querido Henry. Ni mucho menos. Me encantará hacer lo que sea.

—Eres más o menos de mi estatura. ¿Podrías salir y comprarme un traje? Tengo ropa, pero está toda en Roma.

—Estuviste viviendo allí, ¿no? Vaya un sitio inmundo. ¿Cómo se te ocurrió instalarte en esa ciudad?

—Quería ser arquitecto.

—No es sitio para eso. Olvídate de comprar ropa. Te daré lo que necesites. Irás hecho un pincel. Entra en ese vestidor. Hay un armario. Coge lo que quieras. Amigo mío, no hay necesidad de comprar ropa.

—Prefiero comprarla, Sim.

—Mi querido amigo, me resulta más fácil regalártela que salir a comprarla. ¿Tienes pasaporte? No llegarás muy lejos sin él.

—Sí. Todavía tengo mi pasaporte.

—Entonces vístete, amigo, y lárgate a la vieja Helvecia.

—No es tan sencillo. Antes tengo que ir a Stresa.

—Ideal, amigo mío. Puedes ir remando en un bote. Si no estuviese intentando cantar, te acompañaría. Pero iré algún día.

—Podrías dedicarte a la música tirolesa.

—Mi querido amigo, algún día lo haré. Y sin embargo sé cantar. Eso es lo raro.

—Apuesto a que sí.

Se reclinó en la cama fumando un cigarrillo.

—No apuestes la vida. Pero es cierto que sé cantar. Es rarísimo, pero cierto. Me gusta cantar. Escucha. —Empezó a cantar la «Africana» a voz en grito, con las venas del cuello hinchadas—. Sé cantar —insistió—. Les guste o no.

Me asomé a la ventana.

—Iré a decirle al cochero que se marche.

—Vuelve, amigo mío, y desayunaremos.

Se levantó, se puso firmes, tomó aliento y empezó a hacer flexiones. Fui abajo y pagué al cochero.

De paisano tenía la sensación de ir a un baile de disfraces. Llevaba tanto tiempo sin quitarme el uniforme que echaba de menos la ropa ajustada. Me parecía que el pantalón estaba suelto. Había comprado un billete de Milán a Stresa. También había comprado un sombrero nuevo. El de Sim no me valía, aunque su ropa me quedaba bastante bien. Olía a tabaco y mientras miraba por la ventanilla en el compartimento del tren pensé que el sombrero parecía muy nuevo y la ropa muy vieja. Estaba tan triste como el empapado y antiguo paisaje de Lombardía que había al otro lado de la ventanilla. En el compartimento viajaban varios aviadores a quienes no les caí muy simpático. Evitaron mirarme y se mostraron desdefiosos con un civil de mi edad. No me di por aludido. En otro tiempo les habría insultado y habría empezado una pelea. Se apearon en Gallarate y me alegré de quedarme solo. Tenía un periódico, pero no lo leí porque no quería saber nada de la guerra. Quería olvidar la guerra. Había firmado la paz por mi cuenta. Me sentía rematadamente solo y me alegré cuando el tren llegó a Stresa.

Esperaba encontrarme a los mozos de cuerda de los hoteles, pero no había nadie. Hacía tiempo que había concluido la tempo-

rada alta y ya nadie iba a recibir al tren. Me apeé con mi bolsa —en realidad era la de Sim y apenas pesaba porque solo contenía dos camisas— y me refugié de la lluvia bajo el techo de la estación mientras el tren se alejaba. Encontré a un hombre y le pregunté si sabía qué hoteles seguían abiertos. El Grand Hôtel & des Isles Borromées estaba abierto y había varios hotelitos que abrían todo el año. Bajo la lluvia me encaminé al Isles Borromées cargado con la bolsa. Vi un coche que bajaba por la calle y le hice una seña al cochero. Era mejor llegar en coche. Llegamos a la entrada para carruajes del gran hotel y el conserje salió a recibirme muy educadamente con un paraguas.

Reservé una buena habitación. Era muy grande y luminosa y tenía vistas al lago. Estaba cubierto de nubes, pero cuando hiciese sol sería precioso. Dije que estaba esperando a mi mujer. Había una gran cama doble, un *letto matrimoniale* con una colcha de satén. El hotel era muy lujoso. Bajé al bar por los largos pasillos, las anchas escaleras y los salones espaciosos. Conocía al camarero y me senté en un taburete a comer almendras saladas y patatas fritas. El martini sabía fresco y limpio.

—¿Qué hace vestido de *borghese*? —preguntó el camarero después de mezclar un segundo martini.

—Estoy de permiso por convalecencia.

—Aquí no hay nadie. No sé por qué sigue abierto.

—¿Ha ido a pescar?

—He atrapado varios buenos ejemplares. En esta época del año se pescan buenos ejemplares a la cacea.

—¿Recibió el tabaco que le envié?

—Sí. ¿No le llegó mi postal?

Me ref. No había podido conseguirle el tabaco. Quería una

lata de tabaco americano de pipa, pero mis parientes habían dejado de enviármelo o lo habían retenido en la frontera. El caso es que no me había llegado.

—Lo conseguiré en alguna parte —dije—. Dígame, ¿ha visto a dos inglesas en el pueblo? Llegaron anteayer.

—En el hotel no están.

—Son enfermeras.

—He visto dos enfermeras. Espere, averiguaré dónde se encuentran.

—Una de ella es mi mujer —dije—. He venido a recogerla.

—La otra es la mía.

—Hablo en serio.

—Disculpe que haya hecho una broma tan estúpida —dijo—. No le había entendido.

Se marchó y tardó un rato en volver. Estuve comiendo aceitunas, almendras saladas y patatas fritas y mirándome vestido de paisano en el espejo de detrás de la barra. El camarero regresó.

—Se alojan en el hotelito que hay cerca de la estación —dijo.

—¿Puedo pedir unos bocadillos?

—Llamaré para que los traigan. Entienda que aquí no tenemos nada, ahora que no hay clientes.

—¿De verdad no hay ninguno?

—Sí. Hay unos cuantos.

Llegaron los bocadillos, me comí tres y bebí otro par de martinis. Nunca había bebido nada tan fresco y limpio. Hicieron que me sintiera muy sofisticado. Estaba harto de vino tinto, pan, queso, café aguado y grappa. Me quedé en el taburete delante de la agradable caoba, el latón y los espejos sin pensar en nada. El camarero me hizo algunas preguntas.

—No me hable de la guerra —dije.

La guerra estaba muy lejos. Tal vez hubiese terminado. Allí no había guerra. Después comprendí que para mí había terminado. Pero no tenía la sensación de que hubiese acabado de verdad. Me sentía como un niño que ha hecho novillos y se pregunta qué estarán haciendo a esa hora en la escuela.

Catherine y Helen Ferguson estaban cenando cuando llegué a su hotel. Las vi sentadas a la mesa desde el vestíbulo. Catherine miraba hacia otra parte y vi el perfil de su cabello, sus mejillas, sus hombros y su precioso cuello. Ferguson estaba hablando. Se interrumpió cuando entré.

—¡Dios mío! —dijo.

—Hola —respondí.

—¡Eres tú! —exclamó Catherine.

Se le iluminó el rostro. Parecía demasiado feliz para dar crédito a lo que veía. La besé. Catherine se ruborizó y me senté con ellas.

—Vaya un desastre —dijo Ferguson—. ¿Qué haces aquí? ¿Has comido ya?

—No.

Llegó la camarera y le pedí que me sirviera un plato. Catherine no dejaba de mirarme con ojos rebosantes de felicidad.

—¿Qué haces de paisano? —preguntó Ferguson.

—Ahora formo parte del gobierno.

—Te has metido en algún lío.

—Anímate, Fergy. Anímate un poco.

—No me alegro de verte. Sé el lío en que has metido a esta chica. ¿Cómo quieres que me alegre?

Catherine me sonrió y me rozó con el pie por debajo de la mesa.

—Nadie me ha metido en ningún lío, Fergy. Me meto en mis propios líos.

—No le soporto —dijo Ferguson—. No ha hecho más que arruinarte la vida con sus sucios trucos italianos. Los norteamericanos son peores que los italianos.

—Qué moralistas son los escoceses —dijo Catherine.

—No me refiero a eso. Sino a sus marrullerías italianas.

—¿Soy un marrullero, Fergy?

—Sí. Y aún peor. Eres una serpiente. Una serpiente con uniforme italiano y un capote al cuello.

—Ahora no llevo uniforme italiano.

—Otra de tus marrullerías. Has disfrutado de tu aventura amorosa todo el verano, has dejado embarazada a esta chica y ahora supongo que ecurrirás el bulto.

Sonreí a Catherine y ella me devolvió la sonrisa.

—Lo ecurriremos los dos —dijo.

—Sois tal para cual —dijo Ferguson—. Me avergüenzo de ti, Catherine Barkley. No tienes vergüenza ni decoro y eres tan marrullera como él.

—No, Fergy —dijo Catherine y le dio una palmadita en la mano—. No me acuses. Sabes que nos queremos.

—Quita la mano —dijo Ferguson. Tenía la cara colorada—. Si tuvieses vergüenza sería distinto. Pero sabe Dios de cuántos meses estás y te lo tomas a broma y te deshaces en sonrisas solo porque el hombre que te sedujo ha vuelto. No tienes vergüenza ni sentimientos. —Se echó a llorar. Catherine se acercó y le pasó el brazo por encima. Mientras consolaba a Ferguson no aprecié ningún cambio en su figura—. No me importa —sollozó Ferguson—. Me parece horrible.

—Vamos, vamos, Fergy —la consoló Catherine—. Me avergonzaré. No llores, querida Fergy.

—No lloro —sollozó Ferguson—. No lloro. Es solo que te has metido en un buen lío. —Me miró—. Te odio —dijo—. Ella no puede impedírmelo. Sucio italoamericano.

Tenía los ojos y la nariz enrojecidos de llorar.

Catherine me sonrió.

—No le sonrías mientras me abrazas.

—No seas absurda, Fergy.

—Lo sé —sollozó Ferguson—. No me hagáis caso, ninguno de los dos. Estoy tan disgustada que no puedo ser razonable. Lo sé. Quiero que seáis felices.

—Lo somos —dijo Catherine—. Eres muy buena, Fergy.

Ferguson volvió a echarse a llorar.

—No quiero que seáis felices así. ¿Por qué no os casáis? No estarás casado, ¿verdad?

—No —respondí.

Catherine se rió.

—No te rías —dijo Ferguson—. Muchos lo están.

—Si quieres, nos casaremos —dijo Catherine.

—Pero no porque yo lo diga. Deberíais querer casaros.

—Hemos estado muy ocupados.

—Lo sé. Haciendo bebés. —Pensé que iba a echarse a llorar otra vez, pero volvió a ponerse cínica—. Supongo que te irás con él esta noche.

—Sí —respondió Catherine—. Si él quiere.

—¿Y yo qué?

—¿Te da miedo quedarte sola?

—Sí.

—Pues me quedaré contigo.

—No, vete con él. Vete cuanto antes. Estoy harta de veros.

—Será mejor que acabemos de cenar.

—No. Marchaos.

—Fergy, sé razonable.

—Te digo que os vayáis. Marchaos los dos.

—Pues vámonos —dije.

Estaba harto de Fergy.

—Sí que tienes ganas. Ya ves que está dispuesto a dejarme cenando sola. Siempre había querido ir a los lagos italianos y mira cómo los veo. Ay, ay... —sollozó, miró a Catherine y se atragantó.

—Nos quedaremos hasta después de cenar —dijo Catherine—. Y no te dejaré sola, si quieres que me quede. No te dejaré, Fergy.

—No. No. Quiero que os vayáis. Quiero que os vayáis. —Se secó los ojos—. Soy tan absurda. No me hagáis caso, por favor.

La chica que servía la cena estaba incómoda con tanto llanto. Cuando nos llevó el segundo plato pareció aliviada de que las cosas hubiesen vuelto a su cauce.

Esa noche en el hotel, en nuestra habitación con el largo pasillo fuera y los zapatos en la puerta, una gruesa alfombra en el suelo, la lluvia cayendo contra los cristales y la luz agradable y alegre, y luego con la luz apagada y la emoción de las sábanas suaves y la cama cómoda, con la sensación de haber vuelto a casa, sin sentirme solo, deambulando en la noche para encontrar al otro y que no se hubiera ido; todo lo demás era irreal. Dormimos cuando estábamos cansados, y si uno se despertaba el otro despertaba también para que no estuviera solo. A menudo un hombre quiere es-

tar solo y la chica también y si se quieren sienten celos el uno del otro, pero puedo decir que eso no nos ocurrió a nosotros. Podíamos sentirnos solos cuando estábamos juntos, pero respecto a los demás. Solo me ha sucedido una vez. He estado solo mientras estaba con muchas chicas y no hay soledad mayor. Pero cuando estábamos juntos nunca estábamos solos ni teníamos miedo. Sé que la noche no es igual que el día, que las cosas son distintas, que lo que ocurre de noche no puede explicarse de día, porque ya no existe, y que, una vez empieza la soledad, la noche puede ser un momento terrible para quien está solo. Pero con Catherine apenas había diferencia de noche, o era incluso mejor. Si alguien demuestra tanto valor en este mundo, el mundo tiene que matarlo para sojuzgarlo, y lo mata. El mundo acaba sojuzgando a todos y hay quien echa callo y se hace más fuerte. Pero a los que no se dejan sojuzgar los mata. Mata con imparcialidad a los muy buenos, a los muy amables y a los muy valientes. Y si no eres uno de ellos, te mata también, aunque sin demasiadas prisas.

Recuerdo haber despertado por la mañana. Catherine estaba dormida y la luz entraba por la ventana. Había dejado de llover, me levanté y me asomé a la ventana. Abajo estaban los jardines, desnudos en esa época, pero hermosos y regulares, con los senderos de grava, los árboles, la tapia de piedra junto al lago y el lago iluminado con las montañas al fondo. Me quedé mirando por la ventana y cuando me aparté vi que Catherine estaba despierta y me miraba.

—¿Cómo estás, cariño? —dijo—. ¿A que hace un día precioso?

—¿Cómo te encuentras?

—Muy bien. Ha sido una noche preciosa.

—¿Quieres desayunar?

Quería. Y yo también, y desayunamos en la cama, con la ban-
deja sobre mi regazo y la luz de noviembre colándose por la ven-
tana.

—¿Quieres el periódico? En el hospital siempre lo querías.

—No —respondí—. Ahora no me apetece.

—¿Tan mal lo has pasado que ni siquiera quieres leer lo que
ocurre?

—No, no quiero.

—Ojalá hubiera estado contigo para saber lo que te ha ocu-
rrido.

—Te lo contaré cuando consiga poner en orden mis ideas.

—Pero ¿no te detendrán si te encuentran sin el uniforme?

—Probablemente me fusilarán.

—Pues no nos quedaremos. Nos iremos del país.

—Algo así tenía pensado.

—Nos iremos. Cariño, no debes correr riesgos inútiles. Dime,
¿cómo llegaste de Mestre a Milán?

—En tren. Iba de uniforme.

—¿Y no corriste peligro?

—No mucho. Tenía una antigua orden de traslado. Falsifiqué
las fechas en Mestre.

—Cariño, te pueden detener en cualquier momento. No lo
permitiré. Es una tontería. ¿Qué sería de nosotros si te detuvieran?

—No pensemos en eso. Estoy harto de preocuparme.

—¿Qué piensas hacer si vienen a detenerte?

—Liarme a tiros.

—Vaya una tontería, no te dejaré salir del hotel hasta que nos
vayamos.

—¿Adónde iremos?

—Por favor, no seas así, cariño. Iremos a donde tú digas. Pero, por favor, busca algún sitio donde ir.

—Suiza está al otro lado del lago, podemos ir a Suiza.

—Sería maravilloso.

Fuera empezaba a nublarse y el lago se iba ensombreciendo.

—Ojalá no tuviésemos que vivir siempre como criminales —dije.

—Cariño, no seas así. No has vivido tanto tiempo como un criminal. Y no viviremos como criminales. Lo pasaremos bien.

—Me siento como un criminal. He desertado del ejército.

—Cariño, por favor, sé sensato. No has desertado del ejército. No es más que el ejército italiano.

Me eché a reír.

—Eres una chica estupenda. Volvamos a la cama. En la cama estoy bien.

Al cabo de un rato, Catherine dijo:

—No te sientes como un criminal, ¿verdad?

—No —respondí—. Cuando estoy contigo, no.

—Qué tonto eres —dijo—. Pero yo cuidaré de ti. ¿No te parece maravilloso que no tenga náuseas por las mañanas?

—Es magnífico.

—No sabes apreciar lo buena que es tu mujer. Pero no me importa. Te llevaré a algún sitio donde no puedan detenerte y lo pasaremos muy bien.

—Vayámonos cuanto antes.

—Sí, cariño. Iré donde quieras y cuando quieras.

—No pensemos en nada.

—De acuerdo.

Catherine fue por la orilla del lago al hotelito donde se alojaba Ferguson y yo me quedé en el bar leyendo los periódicos. Había unos sillones de cuero muy cómodos y me instalé en uno de ellos hasta que llegó el camarero. El ejército no había aguantado en el Tagliamento. Estaban retrocediendo hasta el Piave. Recordaba el Piave. Lo había atravesado en ferrocarril cerca de San Dona al ir al frente. Era lento, profundo y bastante estrecho. Más allá había marismas llenas de mosquitos y canales. Había algunas villas preciosas. Una vez, antes de la guerra, lo había seguido varias horas en las montañas camino de Cortina D'Ampezzo. Parecía un arroyo truchero, fluía rápidamente formando pozas y zonas vadeables a la sombra de las rocas. El camino se desviaba en Cadore. Me pregunté cómo se las arreglaría el ejército para descender de las montañas. Llegó el camarero.

—El conde Greffi ha preguntado por usted —dijo.

—¿Quién?

—El conde Greffi. ¿Recuerda a aquel señor de edad avanzada a quien conoció la última vez?

—¿Está aquí?

—Sí, con su sobrina. Le he dicho que había llegado. Quiere echar una partida de billar.

—¿Dónde está?

—Ha ido a dar un paseo.

—¿Cómo está?

—Más joven que nunca. Anoche antes de cenar se bebió tres cócteles de champán.

—¿Qué tal se le da el billar?

—Bien. Me gana. Cuando le dije que había llegado usted, se puso muy contento. No tiene con quién jugar.

El conde Greffi tenía noventa y cuatro años. Había sido contemporáneo de Metternich y era un anciano de cabello y bigotes blancos muy educado. Había formado parte del cuerpo diplomático de Austria e Italia y sus fiestas de cumpleaños eran el gran acontecimiento social de Milán. A ese paso llegaría a cumplir los cien años y jugaba al billar con una destreza que contrastaba con la fragilidad de sus noventa y cuatro años. Lo había conocido una vez que había estado en Stresa en temporada baja y habíamos bebido champán mientras jugábamos. Me pareció una costumbre estupenda y aunque me daba quince puntos de ventaja siempre me ganaba.

—¿Por qué no me ha dicho que estaba aquí?

—Se me había olvidado.

—¿Hay alguien más?

—No que usted conozca. En total serán unas seis personas.

—¿Tiene usted algo que hacer ahora?

—No.

—Venga de pesca conmigo.

—Podría escaparme una hora.

—Vamos. Traiga el aparejo para pescar a la cacea.

El camarero se puso un abrigo y salimos. Bajamos a por un bote y me senté a los remos mientras él iba a popa y soltaba el se-

dal con un carrete y un plomo muy pesado para pescar truchas en el lago. Remamos a lo largo de la orilla, el camarero sostenía el sedal con la mano y daba tirones de vez en cuando. Stresa parecía desierta desde el lago. Se veían las largas hileras de árboles sin hojas, los grandes hoteles y las villas cerradas. Remé hacia Isola Bella y rodeé los muros donde el agua se volvía más profunda y se veía la pared de roca en el agua transparente, luego fui hacia la isla de los pescadores. El sol se había ocultado detrás de una nube y el agua estaba oscura, lisa y muy fría. No picaron el cebo, pero vimos las ondas que hacían los peces en el agua.

Remé hacia el otro lado de la isla de los pescadores donde había varios botes amarrados y unos hombres cosiendo unas redes.

—¿Echamos un trago?

—De acuerdo.

Aproximé el bote al embarcadero de piedra y el camarero recogió el sedal, lo enrolló en el suelo del bote y dejó el carrete enganchado a la borda. Bajé y amarré la embarcación. Entramos en un pequeño café, nos instalamos en una sencilla mesa de madera y pedimos un vermut.

—¿Cansado de remar?

—No.

—A la vuelta remaré yo —dijo.

—Me gusta remar.

—A lo mejor, si lleva usted el sedal, cambia nuestra suerte.

—Muy bien.

—Cuénteme qué tal va la guerra.

—Fatal.

—Yo no tengo que ir. Soy demasiado viejo, como el conde Greffi.

—Puede que aún le llamen a filas.

—El año que viene llamarán a los de mi quinta. Pero no iré.

—¿Qué piensa hacer?

—Largarme del país. No quiero ir a la guerra. Ya estuve una vez, en Abisinia. Ni hablar. ¿Por qué fue usted?

—No lo sé. Fui un imbécil.

—¿Le apetece otro vermut?

—Muy bien.

El camarero remó de vuelta. Estuvimos pescando más allá de Stresa y luego cerca de la orilla. Mantuve tenso el sedal y noté el leve latido del carrete que giraba mientras yo contemplaba las negras aguas de noviembre y la orilla desierta. El camarero remaba a grandes brazadas y el sedal temblaba con cada impulso. Una vez noté que picaban: el sedal se tensó de pronto. Tiré y noté el peso de la trucha, luego el sedal volvió a latir. Se había escapado.

—¿Era grande?

—Mucho.

—Una vez que salí a pescar a la cacea sujeté el sedal con la boca y dio tal tirón que casi me arranca un diente.

—Lo mejor es sujetarlo con la pierna —dije—. Así se nota si pican y no pierde uno los dientes.

Metí la mano en el agua. Estaba muy fría. Habíamos llegado casi enfrente del hotel.

—Tengo que regresar —dijo el camarero—, a las once en punto tengo que estar de vuelta. *L'heure du cocktail*.

—De acuerdo.

Recogí el sedal y lo enrollé en un palo que tenía una muesca en cada extremo. El camarero amarró el bote en un hueco junto al

embarcadero de piedra y lo aseguró con una cadena y un candado.

—Siempre que quiera —dijo—, puede pedirme la llave.

—Gracias.

Fuimos al hotel y entramos en el bar. No me apetecía otra copa tan temprano, así que subí a la habitación. La doncella acababa de limpiarla y Catherine aún no había vuelto. Me tumbé en la cama e intenté no pensar.

Cuando llegó Catherine volví a sentirme bien. Dijo que Ferguson estaba abajo. Iba a comer con nosotros.

—Sabía que no te importaría —dijo Catherine.

—No —respondí.

—¿Qué te ocurre, cariño?

—No lo sé.

—Yo sí. No tenías nada que hacer. Solo me tienes a mí y me he ido.

—Es cierto.

—Lo siento, cariño. Sé que debe de ser horrible no tener nada que hacer de pronto.

—Siempre he estado muy ocupado —dije—. Ahora, cuando no estás conmigo, me siento vacío.

—Pero voy a estar contigo. Solo me he ido dos horas. ¿no puedes hacer nada?

—He ido a pescar con el camarero.

—¿No lo has pasado bien?

—Sí.

—No pienses en mí cuando no estemos juntos.

—Es lo que hacía en el frente. Pero allí tenía cosas que hacer.

—Otelo sin ocupaciones —se burló.

—Ótelo era un negro —dije—. Además, no estoy celoso. Lo que ocurre es que estoy tan enamorado que nada me interesa.

—¿Te vas a portar bien y a ser amable con Ferguson?

—Siempre lo soy si no me insulta.

—Sé amable. Piensa en lo mucho que tenemos y en que ella no tiene nada.

—No creo que quiera lo que tenemos.

—Para ser tan listo, no entiendes nada, cariño.

—Seré amable con ella.

—Lo sé. Eres muy dulce.

—No se quedará después, ¿verdad?

—No. Me libraré de ella.

—Y volveremos a la habitación.

—Pues claro. ¿O crees que a mí no me apetece?

Bajamos a comer con Ferguson. Estaba muy impresionada con el hotel y con el esplendor del comedor. Comimos muy bien con un par de botellas de capri blanco. El conde Greffi entró en el comedor y nos saludó con una inclinación de cabeza. Le acompañaba su sobrina, que se parecía un poco a mi abuela. Les hablé de él a Catherine y a Ferguson, que se quedó muy impresionada. El hotel era muy grande y majestuoso, y aunque estuviese vacío la comida era buena y el vino aceptable y por fin nos sentimos más cómodos. Catherine muy contenta. Y Ferguson se animó bastante. Yo también me sentía bien. Después de comer, Ferguson volvió a su hotel. Afirmó que después de comer quería tumbarse un poco.

A media tarde alguien llamó a nuestra puerta.

—¿Quién es?

—El conde Greffi desea saber si jugará usted al billar con él.

Miré el reloj, me lo había quitado y estaba debajo de la almohada.

—¿Tienes que irte, cariño? —susurró Catherine.

—Será mejor que sí. —El reloj señalaba las cuatro y cuarto. En voz alta dije—: Dígale al conde Greffi que estaré en la sala de billar a las cinco en punto.

A las cinco menos cuarto le di un beso de despedida a Catherine y entré en el baño a vestirme. Al anudarme la corbata y verme reflejado en el espejo me sentí incómodo vestido de paisano. Tenía que acordarme de comprar más camisas y unos calcetines.

—¿Estarás fuera mucho tiempo? —preguntó Catherine. Estaba preciosa en la cama—. ¿Te importa pasarme el cepillo?

La contemplé mientras se cepillaba el cabello, inclinó la cabeza de modo que cayera todo a un lado. Fuera estaba oscuro y la luz que había encima de la cama le iluminaba el pelo, el cuello y los hombros. Me acerqué y la besé, le cogí la mano del cepillo y volvió a hundir la cabeza en la almohada. Me sentía desfallecido de tanto como la amaba.

—No quiero irme.

—Ni yo que te vayas.

—Pues no me iré.

—Sí. Ve. Es solo un rato y luego volverás.

—Cenaremos aquí.

—Date prisa en volver.

Encontré al conde Greffi en la sala de billar. Estaba practicando las tacadas y parecía muy frágil bajo la luz que se derramaba sobre la mesa. A un lado, en una mesita, había un cubo metálico de hielo del que asomaba el cuello de dos botellas de champán. El

conde Greffi se incorporó cuando me acerqué a la mesa y vino hacia mí. Me tendió la mano.

—Cuánto me alegra que haya venido. Ha sido muy amable al bajar a jugar conmigo.

—Y usted ha sido muy amable al invitarme.

—¿No se encuentra bien? Me dijeron que le habían herido en el Isonzo. Espero que esté recuperado.

—Estoy muy bien. ¿Cómo está usted?

—Oh, yo siempre estoy bien. Aunque me hago viejo. Empiezo a notar los síntomas de la vejez.

—No le creo.

—Sí. ¿Quiere saber uno? Cada vez tiendo más a hablar en italiano. Me resisto, pero he notado que cuando me canso tiendo a hablar en italiano. Debo de estar volviéndome viejo.

—Podemos hablar en italiano. Yo también estoy un poco cansado.

—¡Ah!, pero usted cuando esté cansado tenderá a hablar en inglés.

—En norteamericano.

—Sí. Norteamérica. Le gustará hablar como en Norteamérica. Es un idioma precioso.

—Apenas veo a norteamericanos.

—Debe de echarlos de menos. Uno echa de menos a sus compatriotas y sobre todo a las mujeres. He pasado por ello. ¿Jugamos o está usted cansado?

—En realidad no lo estoy. Hablaba en broma. ¿Qué ventaja me da?

—¿Ha jugado mucho últimamente?

—Nada.

—Juega usted muy bien. ¿Diez puntos de cien?

—Me halaga usted.

—¿Quince?

—No estaría mal, pero me ganará.

—¿Apostamos? Siempre le ha gustado apostar.

—Creo que será mejor.

—Muy bien. Le daré dieciocho puntos y jugaremos a un franco el punto.

Jugó una excelente partida de billar y al llegar a cincuenta yo ya solo iba cuatro puntos por delante. El conde Greffi oprimió un botón en la pared para llamar al camarero.

—Descorche una botella, por favor —dijo. Luego se volvió hacia mí—. Tomaremos un pequeño estimulante.

El vino estaba helado, muy seco y muy bueno.

—¿Seguimos hablando en italiano? ¿Le importa? Se ha convertido en mi debilidad.

Seguimos jugando, bebiendo después de cada tacada, hablando en italiano, pero no mucho porque estábamos concentrados en la partida. El conde Greffi consiguió los cien puntos y yo me quedé en noventa y cuatro a pesar de la ventaja. Sonrió y me dio una palmadita en el hombro.

—Ahora nos beberemos la otra botella y me hablará usted de la guerra.

Esperó a que me sentara.

—De cualquier cosa —respondí.

—¿No quiere hablar de eso? Bueno. ¿Qué ha leído usted últimamente?

—Nada —respondí—. Me temo que soy muy aburrido.

—No. Pero debería usted leer.

—¿Qué se ha escrito durante la guerra?

—Está *Le Feu*, de un francés, Barbusse. Y *El señor Britling lo ve claro*.

—No.

—¿Qué?

—Que no lo ve claro. Esos libros estaban en el hospital.

—De modo que sí ha leído usted.

—Sí, pero nada bueno.

—Pensaba que *El señor Britling* era un estudio excelente del alma de la clase media inglesa.

—No sé nada del alma.

—Pobrecillo. Nadie sabe nada del alma. ¿Es usted *croyant*?

—De noche.

El conde Greffi sonrió e hizo girar la copa entre los dedos.

—Creía que con los años me volvería más devoto, pero no ha sido así —dijo—. Es una verdadera lástima.

—¿Le gustaría que hubiese vida después de la muerte? —pregunté y al instante me sentí como un idiota por aludir a la muerte. Pero a él no le importó.

—Dependería de qué vida. Esta es muy agradable. Me gustaría vivir eternamente —dijo—. Casi lo he conseguido. —Nos habíamos instalado en los mullidos sillones de cuero, el cubo del champán y las copas seguían sobre la mesa—. Si vive usted tanto como yo, muchas cosas le parecerán extrañas.

—Usted no parece viejo.

—Lo que envejece es el cuerpo. A veces temo que se me rompa un dedo igual que una barra de tiza. El espíritu no envejece ni se vuelve más sabio.

—Usted es sabio.

—No, he ahí la gran falacia: la sabiduría de los viejos. No se vuelven más sabios, sino más cautos.

—Tal vez en eso consista la sabiduría.

—Es una sabiduría muy poco deseable. ¿Qué es lo que más valora en este mundo?

—A la persona a quien quiero.

—A mí me ocurre igual. Eso no es sabiduría. ¿Valora la vida?

—Sí.

—Yo también. Porque es lo único que tengo. Y para celebrar mis aniversarios. —Se rió—. Probablemente usted sea más sabio que yo. No ofrece fiestas de cumpleaños.

Bebimos un poco de vino.

—¿Qué opina en realidad de la guerra? —pregunté.

—Que es una estupidez.

—¿Quién ganará?

—Italia.

—¿Por qué?

—Es una nación más joven.

—¿Y las naciones más jóvenes siempre ganan las guerras?

—Tienden a hacerlo por un tiempo.

—¿Y qué ocurre después?

—Se vuelven viejas.

—Antes ha dicho que no era usted más sabio.

—Mi querido amigo, esto no es sabiduría. Es cinismo.

—A mí me parece muy sabio.

—No lo es. Podría darle ejemplos de lo contrario. Pero no está mal. ¿Se ha terminado el champán?

—Casi.

—¿Bebemos un poco más? Luego tengo que ir a cambiarme.

—Mejor no.

—¿Seguro que no quiere un poco más?

—No, gracias.

Se puso en pie.

—Espero que tenga usted mucha suerte y que sea muy feliz y disfrute de muy, muy buena salud.

—Gracias. Y yo que viya usted eternamente.

—Gracias. Ya lo he hecho. Y si alguna vez se vuelve usted más devoto rece por mí si he muerto. Se lo estoy pidiendo a varios amigos. Pensaba que me volvería más piadoso, pero no ha sido así.

Me pareció que esbozaba una sonrisa triste, pero no pude estar seguro. Era tan viejo y tenía el rostro tan arrugado que sus sonrisas se perdían entre las arrugas y desaparecían todos los matices.

—Puede que me vuelva muy devoto —dije—. En cualquier caso, rezaré por usted.

—Siempre había pensado que me ocurriría. Les pasó a todos mis familiares. Pero por alguna razón no me ha sucedido.

—Es demasiado pronto.

—Tal vez sea demasiado tarde. Es posible que haya sobrevivido a mis sentimientos religiosos.

—Los míos solo despiertan de noche.

—Eso es porque también usted está enamorado. No olvide que eso es un sentimiento religioso.

—¿Usted cree?

—Por supuesto —dio un paso hacia la mesa de billar—. Ha sido muy amable por jugar conmigo.

—Ha sido un placer.

—Subiremos juntos.

Esa noche hubo tormenta y me desperté al oír la lluvia que azotaba los cristales. Estaba entrando por la ventana abierta. Alguien había llamado a la puerta. Me levanté sin hacer ruido para no despertar a Catherine. Era el camarero. Llevaba puesto el abrigo y un sombrero mojado.

—¿Puedo hablar con usted, *tenente*?

—¿Qué sucede?

—Es un asunto muy serio.

Miré a mi alrededor. La habitación estaba a oscuras. Vi el agua en el suelo.

—Entre —dije. Le cogí del brazo y lo llevé al cuarto de baño; cerré la puerta y encendí la luz. Me senté en el borde de la bañera—. ¿Qué pasa, Emilio? ¿Se ha metido en algún lío?

—No. Pero usted sí, *tenente*.

—¿Ah, sí?

—Van a detenerle por la mañana.

—¿Sí?

—He venido a advertirle. Estaba en el pueblo y les he oído en un café.

—Entiendo. —Esperó sin decir nada con el abrigo mojado

y el sombrero empapado en la mano—. ¿Y por qué van a detenerme?

—Por algo relacionado con la guerra.

—¿Sabe qué?

—No. Pero sé que saben que la otra vez que estuvo aquí era un oficial y ahora va de paisano. Después de esta retirada están deteniendo a todo el mundo.

Reflexioné un instante.

—¿A qué hora van a venir a detenerme?

—Por la mañana. No sé la hora.

—¿Qué me sugiere que haga?

Dejó el sombrero en el lavabo. Estaba empapado y había go-teado en el suelo.

—Si no tiene nada que temer, tampoco pasa nada porque le detengan. Aunque siempre es mala cosa..., sobre todo ahora.

—No quiero que me detengan.

—Pues márchese a Suiza.

—¿Cómo?

—En mi bote.

—Hay tormenta —dije.

—La tormenta ha pasado ya. El agua está un poco picada, pero no pasará nada.

—¿Cuándo deberíamos irnos?

—Cuanto antes. Puede que vengan a primera hora.

—¿Y el equipaje?

—Haga las maletas. Dígale a su mujer que se vista. Yo me encargaré.

—¿Dónde estará?

—Esperaré aquí. No vaya a verme alguien en el pasillo.

Abrí la puerta, la cerré y entré en el dormitorio. Catherine estaba despierta.

—¿Qué pasa, cariño?

—No es nada, Cat —dije—. ¿Te gustaría vestirme e ir en bote a Suiza?

—¿Y a ti?

—No —respondí—. A mí me gustaría volver a meterme en la cama.

—¿A qué viene esto?

—El camarero dice que van a detenerme por la mañana.

—¿Está loco?

—No.

—Pues date prisa, por favor, y vístete para que podamos irnos cuanto antes. —Se sentó al borde de la cama. Todavía seguía adormilada—. ¿El del baño es el camarero?

—Sí.

—Entonces no me lavaré. Por favor, date la vuelta, cariño, solo tardaré un minuto.

Vi su espalda blanca mientras se quitaba el camisón y luego aparté la mirada, tal como me había pedido. Empezaba a notársele el embarazo y no quería que la viera. Me vestí oyendo la lluvia contra los cristales. No tenía mucho que meter en la bolsa.

—En mi bolsa hay sitio de sobra, Cat, si quieres meter algo.

—Casi he terminado —dijo—. Cariño, pensarás que soy una tonta, pero ¿por qué está el camarero en el baño?

—Chis... está esperando para bajar las maletas.

—Qué amable.

—Es un antiguo amigo —dijo—. Una vez casi le envié tabaco de pipa.

Me asomé por la ventana a la noche oscura. No se veía el lago, solo la oscuridad y la lluvia, pero el viento había amainado.

—Estoy lista, cariño —me advirtió Catherine.

—Muy bien. —Fui a la puerta del baño—. Aquí está el equipaje, Emilio —dije—. El camarero cogió las dos bolsas.

—Es muy bueno por ayudarnos —dijo Catherine.

—No es nada, señora —respondió el camarero—. Lo hago encantado, siempre que no me comprometan. Escuche —me dijo—. Saldré por la escalera de servicio y lo dejaré en el bote. Ustedes salgan como si fuesen a dar un paseo.

—Hace una noche preciosa para pasear —observó Catherine.

—Hace una noche de perros.

—Menos mal que tengo el paraguas.

Bajamos por el pasillo y las escaleras cubiertas de gruesas alfombras. Al pie de la escalera estaba el portero detrás de su mesa.

Pareció sorprenderse al vernos.

—No irán a salir, ¿verdad, caballero?

—Sí —respondí—. Vamos a ver la tormenta desde la orilla.

—¿No tiene paraguas, señor?

—No —repuse—. Este abrigo repele el agua.

Lo miró con aire escéptico.

—Le conseguiré un paraguas, señor —dijo. Se fue y regresó con un paraguas enorme—. Es un poco grande —se disculpó. Le di un billete de diez liras—. ¡Oh!, es usted muy amable. Muchas gracias. —Nos abrió la puerta y los dos salimos bajo la lluvia. Sonrió a Catherine y ella le devolvió la sonrisa—. No se queden mucho tiempo con esta tormenta. Se mojarán, señor y señora.

Era el suplente del portero y hablaba traduciendo de forma literal.

—Enseguida volvemos —dije.

Recorrimos el sendero bajo el gigantesco paraguas, atravesamos los oscuros y empapados jardines, cruzamos la carretera y llegamos al camino emparrado del borde del lago. El viento sopla de tierra. Era un viento frío y húmedo de noviembre y supe que estaba nevando en las montañas. Pasamos junto a las barcas amarradas a los embarcaderos a lo largo del muelle donde debía estar el bote del camarero. El agua estaba negra contra la piedra. El camarero salió de detrás de unos árboles.

—Las bolsas están en el bote —dijo.

—Quiero pagarle lo que valga el bote.

—¿Cuánto dinero tiene?

—No mucho.

—Ya me lo enviará. No es problema.

—¿Cuánto?

—Lo que quiera.

—Dígame cuánto.

—Si consigue llegar, envíeme quinientos francos. En ese caso no le importará.

—De acuerdo.

—Aquí tiene unos bocadillos. —Me dio un paquete—. Todo lo que había en el bar. Está todo aquí. Esto es una botella de brandy y una de vino.

Las guardé en la bolsa.

—Permita que le pague al menos esto.

—Muy bien, deme cincuenta liras. —Se las di—. El brandy es bueno —dijo—. No tenga miedo de dárselo a su señora. Será me-

jor que suba a bordo. —Sostuvo el bote, que cabeceaba frente a la pared de piedra, y yo ayudé a Catherine a subir. Se sentó a popa y se envolvió en el abrigo—. ¿Sabe adónde ir?

—Al otro lado del lago.

—¿Sabe hasta dónde?

—Más allá de Luino.

—Más allá de Luino, Cannero, Cannobio y Tranzano. No estará en Suiza hasta que llegue a Brissago. Tiene que pasar Monte Tamara.

—¿Qué hora es? —preguntó Catherine.

—No son más que las once —respondí.

—Si rema todo el tiempo deberían llegar a las siete de la mañana.

—¿Tan lejos está?

—Son treinta y cinco kilómetros.

—¿Cómo vamos a orientarnos? Con esta lluvia necesitaríamos una brújula.

—No. Reme hasta Isola Bella. Luego, una vez pasada Isola Madre, déjese guiar por el viento. Le llevará a Pallanza. Verá las luces. Luego siga la orilla.

—Puede que el viento cambie.

—No —respondió—. Este viento seguirá así tres días. Llego directo del Mattarone. Ahí tiene un cubo para achicar agua.

—Deje que le pague algo por el bote.

—No, prefiero arriesgarme. Si logran llegar, puede pagarme lo que quiera.

—De acuerdo.

—No creo que vayan a ahogarse.

—Eso está bien.

—Sigan lago arriba en la dirección del viento.

—Entendido.

Subí al bote.

—¿Ha dejado dinero para pagar la cuenta del hotel?

—Sí. Está dentro de un sobre en la habitación.

—Estupendo. Buena suerte, *tenente*.

—Buena suerte. No sabe lo agradecidos que estamos.

—No lo estarán si se ahogan.

—¿Qué dice? —preguntó Catherine.

—Nos está deseando buena suerte.

—Buena suerte —respondió ella—. Y muchas gracias.

—¿Están listos?

—Sí.

Se agachó para empujarnos. Metí los remos en el agua, luego saludé con la mano. El camarero me devolvió el saludo con desaprobación. Vi las luces del hotel y remé en dirección contraria hasta que se perdieron de vista. El agua estaba bastante picada, pero teníamos el viento a favor.

Remé en la oscuridad con el viento en la cara. La lluvia había cesado y solo caía algún chubasco de vez en cuando. Veía a Catherine en la popa, pero no el agua donde se sumergían los remos. Eran muy largos y no tenían tiras de cuero para atarlos a las chumaceiras y que no resbalaran. Yo tiraba, los alzaba, me inclinaba hacia delante, buscaba el agua, los sumergía y volvía a tirar, remando como mejor podía. No me molesté en girar los remos porque teníamos el viento a favor. Sabía que me saldrían ampollas en las manos y quería retrasarlo todo lo posible. Era un bote ligero y se impulsaba con facilidad. Remé con fuerza sobre el agua oscura. No veía nada y estaba deseando pasar Pallanza cuanto antes.

Nunca llegamos a verlo. El viento volvió a cobrar fuerza y pasamos en la oscuridad la punta que oculta el pueblo y no vimos las luces. Cuando por fin las vimos mucho más arriba y cerca de la orilla, eran las de Intra. Pasó mucho rato sin que distinguiéramos nada, ni siquiera la orilla, mientras yo seguía remando en la oscuridad empujado por las olas. A veces no encontraba el agua cuando una ola levantaba el bote. El agua estaba muy picada, pero seguí remando, hasta que nos acercamos a la orilla y vimos una roca que asomaba a nuestro lado y contra la que se estrellaban las olas

levantando espuma. Remé con fuerza con el remo derecho y empujé el agua con el otro para volver al centro del lago; la roca desapareció y continuamos avanzando.

—Estamos en medio del lago —le dije à Catherine.

—¿No teníamos que ver Pallanza?

—Lo hemos pasado ya.

—¿Cómo estás, cariño?

—Bien.

—Puedo remar yo un rato.

—No, estoy bien.

—Pobre Ferguson —dijo Catherine—. Mañana irá al hotel y se encontrará con que nos hemos ido.

—Eso no me preocupa tanto como llegar a la orilla suiza del lago antes de que se haga de día y nos vean los guardias fronterizos.

—¿Falta mucho?

—Desde aquí habrá unos treinta kilómetros.

Remé toda la noche. Al final tenía las manos tan lastimadas que apenas podía sostener los remos. Varias veces estuvimos a punto de estrellarnos contra la orilla. Seguí bastante cerca de tierra porque temía extraviarme y perder tiempo. En ocasiones pasamos tan cerca que vimos una hilera de árboles y la carretera a lo largo de la orilla con las montañas al fondo. La lluvia cesó y el viento empujó las nubes hasta que asomó la luna y al volver la vista atrás distinguí la larga punta de Castagnola y las cabrillas del lago y al fondo la luna sobre las montañas cubiertas de nieve. Luego las nubes volvieron a taparla y las montañas y el lago desaparecieron, aunque estaba más claro que antes y se veía la orilla. Se veía con de-

masiada claridad y remé hasta donde no pudiesen reparar en el bote si había guardias fronterizos en la carretera de Pallanza. Cuando volvió a salir la luna vimos las villas blancas en la ladera de la montaña y la carretera blanca que asomaba entre los árboles. En todo ese tiempo no dejé de remar.

El lago se ensanchó y al otro lado al pie de las montañas vimos unas cuantas luces que debían de ser las de Luino. Distinguí un hueco entre las montañas y pensé que debía de ser Luino. Si lo era íbamos bien de tiempo. Metí los remos en el bote y me recosté en el asiento. Estaba muy, muy cansado. Me dolían los brazos, los hombros y la espalda y tenía las manos cubiertas de ampollas.

—¿Por qué no abrimos el paraguas? —dijo Catherine—. Podemos usarlo como vela.

—¿Sabrías gobernar el bote?

—Creo que sí.

—Toma este remo, pónelo debajo del brazo cerca de la borda del bote y úsalo como timón, yo sostendré el paraguas.

Fui a popa y le mostré cómo sujetar el remo. Cogí el enorme paraguas que nos había dado el portero, me senté mirando a proa y lo abrí. Se abrió de golpe. Lo sostuve por los dos lados con las piernas separadas y el asa enganchada al asiento. El viento le dio de lleno y noté que el bote avanzaba mientras lo sujetaba con todas mis fuerzas por los lados. Tiraba con mucha fuerza. El bote se movía deprisa.

—Esto va estupendamente —dijo Catherine.

Lo único que veía eran las varillas del paraguas. El paraguas se combaba y yo notaba cómo avanzábamos impulsados por él. Afiancé los pies y lo sujeté con más fuerza, de pronto se dobló; una de las varillas me golpeó en la frente, intenté sujetar la punta

que se estaba combando con el viento, hasta que terminó de darse la vuelta y acabé a horcajadas sobre el mango de un paraguas hecho jirones en lugar de sujetando una vela hinchada de viento. Desaté el asa del asiento, dejé el paraguas a proa y volví a por el remo que sostenía Catherine. Estaba riéndose. Me cogió de la mano sin parar de reír.

—¿Qué pasa? —dije mientras cogía el remo.

—Estabas muy gracioso sosteniendo ese artilugio.

—Supongo que sí.

—No te enfades, cariño. Estabas preciosísimo. Parecías mucho más gordo y daba la impresión de que estuvieses abrazando afectuosamente el paraguas por los bordes...

Se atragantó.

—Seguiré remando.

—Descansa y bebe un trago. Hace muy buena noche y llevamos recorrido un buen trecho.

—Tengo que mantener el bote a favor de las olas.

—Te daré algo de beber. Luego descansa un rato, cariño.

Alcé los remos y los usé para navegar a modo de velas. Catherine abrió la bolsa y me dio la botella de brandy. La destapé con el cortaplumas y eché un largo trago. Era suave, su calor recorrió todo mi cuerpo y me sentí más reconfortado y animado.

—Es un brandy muy bueno —dije.

La luna había vuelto a ocultarse, pero aún se divisaba la orilla. Me pareció ver otra punta que se internaba en el lago.

—¿Tienes frío, Cat?

—Estoy de maravilla. Solo me noto un poco anquilosada.

—Achica el agua y podrás apoyar los pies. —Seguí remando escuchando el ruido de las chumaceras y el roce del cubo de hoja-

lata debajo del asiento de popa—. ¿Me pasas el cubo? —dije—. Quiero beber.

—Está muy sucio.

—Da igual. Lo enjuagaré. —Oí que Catherine lo enjuagaba y echaba el agua por la borda. Luego lo llenó hasta el borde y me lo dio. El brandy me había dejado sediento y el agua estaba helada, tanto que me dolieron los dientes. Miré hacia la orilla. Nos encontrábamos más cerca de la punta alargada. Había luces al fondo de la bahía—. Gracias —dije. Y le devolví el cubo de hojalata.

—De nada —respondió Catherine—. Si quieres, hay más.

—¿No te apetece comer nada?

—No. No tardará en entrarme hambre. Guardaremos la comida para después.

—De acuerdo. —Lo que parecía una punta resultó ser un promontorio alargado. Me adentré para bordearlo. El lago se había vuelto mucho más estrecho. Había vuelto a salir la luna y la *guardia di finanza* podría haber visto nuestro bote negro sobre el agua si hubiese estado vigilando—. ¿Qué tal te encuentras, Cat? —pregunté.

—Bien. ¿Dónde estamos?

—No creo que falten más de doce kilómetros.

—Aún tendrás que remar un buen rato, pobrecillo. ¿No estás agotado?

—No. Estoy bien. Solo tengo las manos un poco magulladas.

Seguimos remontando el lago. En la orilla derecha había un entrante en las montañas y un llano que pensé que debía de ser Cannobio. Me aparté cuanto pude porque allí era donde corríamos más peligro de toparnos con la *guardia*. En la otra orilla había una montaña nevada a lo lejos. Estaba cansado. No era

una gran distancia, pero estaba bajo de forma y se me hizo larguísima. Sabía que tenía que dejar atrás esa montaña y continuar remontando el lago al menos ocho kilómetros antes de llegar a aguas suizas. La luna estaba muy baja, pero antes de que se occultara del todo el cielo volvió a nublarse y oscureció. Me quedé en el centro del lago, remando de vez en cuando, descansando y levantando los remos de modo que el viento golpeará en las palas.

—Déjame remar un rato —dijo Catherine.

—No creo que debas.

—Tonterías. Me sentará bien. Así no estaré tan anquilosada.

—No me parece lo más conveniente.

—Bobadas. Remar con moderación es muy bueno para las embarazadas.

—De acuerdo, rema con moderación. Pasaré a popa, luego ven tú aquí. Sujétate a la borda al pasar. —Me senté en popa con el cuello del abrigo subido y observé remar a Catherine. Remaba muy bien, pero los remos eran demasiado largos y le molestaban. Abrí la bolsa, comí un par de bocadillos y eché un trago de brandy. Todo cobró un aspecto menos sombrío y eché otro trago—. Cuando te canses, avísame —dije. Poco después añadí—: Ten cuidado de no darte en la barriga con el remo.

—Si lo hiciera —respondió Catherine mientras remaba—, la vida sería mucho más fácil.

Bebí otro trago de brandy.

—¿Qué tal sigues?

—Bien.

—Avísame cuando quieras parar.

—De acuerdo.

Eché otro trago de brandy, me agarré a la regala del bote y pasé a proa.

—No. Estoy bien.

—Vuelve a popa. He descansado mucho. —Durante un rato, gracias al brandy, remé con facilidad. Luego empecé a tener calambres y pronto volví a levantar los remos con un amargo sabor a bilis por haber remado con demasiada fuerza después del brandy—. Dame un poco de agua, por favor —dije.

—Nada más fácil —dijo Catherine.

Antes de que amaneciera empezó a lloviznar. El viento había amainado o tal vez nos protegieran las montañas de la curva del lago. Cuando vi que iba a amanecer me puse a remar sin saber muy bien dónde nos encontrábamos y ardiendo en deseos de llegar a la parte suiza del lago. Al empezar a despuntar el día nos hallábamos muy cerca de la orilla. Vi las rocas y los árboles.

—¿Qué es eso? —dijo Catherine.

Me apoyé en los remos y escuché. Era una motora que resollaba en el lago. Me acerqué a la orilla y guardamos silencio. El ruido del motor se acercó; luego vimos la motora a popa bajo la lluvia. Había cuatro *guardia di finanza* en la popa, con los sombreros *alpini* calados, los capotes levantados y las carabinas a la espalda. Parecían adormilados a esa hora de la mañana. Distinguí el amarillo de los sombreros y las marcas amarillas en los capotes. La motora continuó resollando y se perdió de vista en la lluvia.

Volví a adentrarme en el lago. Si estábamos cerca de la frontera, no quería que me diese el alto un centinela desde la carretera. Me quedé donde solo podía entrever la orilla y estuve remando tres cuartos de hora bajo la lluvia. Volvimos a oír otra motora,

pero nos quedamos callados hasta que el ruido del motor se perdió lago adentro.

—Creo que estamos en Suiza, Cat —dije.

—¿De verdad?

—No hay manera de saberlo hasta que veamos soldados suizos.

—O a la marina suiza.

—La marina suiza no es para tomársela a broma. La última motora que hemos oído probablemente fuese la marina suiza.

—Si estamos en Suiza podemos comer un buen desayuno. Tienen unos panecillos muy ricos, mantequilla y mermelada.

Ya había amanecido y caía una fina llovizna. El viento seguía soplando lago arriba y veíamos las cumbres nevadas que se alejaban de nosotros. Estaba seguro de que nos encontrábamos en Suiza. Había muchas casas detrás de los árboles de la orilla y un poco más lejos un pueblo con casas de piedra, varias villas en la ladera y una iglesia. Escruté la carretera en busca de guardias fronterizos, pero no vi a ninguno. La carretera se aproximó mucho al lago y vi a un soldado que salía de un café. Llevaba un uniforme gris verdoso y un casco como el de los alemanes. Tenía un rostro sano y un bigotito. Nos miró.

—Salúdale —le dije a Catherine. Ella le saludó y el soldado sonrió avergonzado y respondió haciendo un gesto con la mano. Remé más despacio. Estábamos llegando al embarcadero del pueblo—. Debemos de haber pasado la frontera hace un buen rato —dije.

—Más vale asegurarse, cariño. No querrás que nos devuelvan a Italia justo antes de llegar.

—Hace mucho que la hemos dejado atrás. Creo que este es un pueblo aduanero. Estoy casi seguro de que estamos en Brissago.

—¿No habrá italianos aquí? En los pueblos aduaneros, siempre hay gente de ambos lados de la frontera.

—En época de guerra no. No creo que dejen pasar a los italianos.

Era un pueblo muy bonito. Había muchos barcos de pesca en el muelle y tenían las redes extendidas. Caía una fina lluvia de noviembre, pero el pueblo parecía limpio y alegre incluso bajo la lluvia.

—¿Entonces desembarcamos y vamos a desayunar?

—De acuerdo.

Me di impulso con el remo izquierdo, acerqué el bote al muelle y lo puse de costado. Levanté los remos y me agarré a una anilla de hierro, bajé a la piedra mojada y puse el pie en Suiza. Luego amarré el bote y le di la mano a Catherine.

—Vamos, Cat. Es una sensación estupenda.

—¿Qué hacemos con las bolsas?

—Déjalas en el bote.

Catherine saltó a tierra y los dos nos plantamos en Suiza.

—Qué país tan bonito —dijo.

—¿A que es maravilloso?

—¡Vamos a desayunar!

—¿No te parece un país estupendo? Me encanta la sensación al pisarlo.

—Estoy tan agarrotada que no lo noto muy bien. Pero parece un país magnífico. Cariño, ¿te das cuenta de que estamos aquí y hemos escapado de ese maldito lugar?

—Sí. De verdad. Nunca me había dado cuenta de nada.

—Mira las casas. ¿Has visto que plaza tan bonita? Ahí hay un sitio donde podemos desayunar.

—¿No te gusta la lluvia? En Italia nunca vi llover así. Es una lluvia alegre.

—¡Estamos aquí, cariño! ¿Te das cuenta?

Entramos en el café y ocupamos una mesa limpia de madera. Estábamos muy emocionados. Una mujer muy pulcra y oronda con un delantal nos preguntó qué queríamos.

—Bollos, mermelada y café —dijo Catherine.

—Lo siento, no tenemos bollos desde que empezó la guerra.

—¿Y pan?

—Puedo prepararles unas tostadas.

—Muy bien.

—Yo también quiero unos huevos fritos.

—¿Cuántos huevos para el caballero?

—Tres.

—Tómate cuatro, cariño.

—Pues que sean cuatro.

La mujer se marchó. Besé a Catherine y le apreté la mano con fuerza. Nos miramos y contemplamos el café.

—Cariño, cariño, es maravilloso.

—Es estupendo —coincidí.

—No me importa que no tengan bollos —dijo Catherine—. Llevo pensando en ellos toda la noche. Pero no me importa. No me importa lo más mínimo.

—Supongo que no tardarán en detenernos.

—No te preocupes, cariño. Antes desayunaremos. Después de desayunar no nos importará que nos detengan. Y no pueden ha-

cernos nada. Somos una ciudadana británica y un ciudadano estadounidense con los papeles en regla.

—Tienes tu pasaporte, ¿verdad?

—Pues claro. ¡Oh!, no hablemos más. Seamos felices.

—No podría serlo más —dije.

Una gata gorda y gris con una cola que se alzaba como una pluma atravesó la habitación para ir a nuestra mesa, arqueó el lomo contra mi pierna y ronroneó mientras se restregaba. Alargué la mano y la acaricié. Catherine me sonrió encantada.

—Ahí llega el café —exclamó.

Nos detuvieron después del desayuno. Dimos un corto paseo por el pueblo y luego bajamos al muelle a por las bolsas. Había un soldado montando guardia junto al bote.

—¿Es suyo este bote?

—Sí.

—¿De dónde vienen?

—Hemos remontado el lago.

—En ese caso debo pedirles que vengan conmigo.

—¿Qué hacemos con las bolsas?

—Pueden llevárselas.

Cargué con las bolsas, Catherine anduvo a mi lado y el soldado nos siguió hasta la antigua oficina de aduanas. Allí nos interrogó un teniente, muy delgado y marcial.

—¿Cuál es su nacionalidad?

—Británica y estadounidense.

—Déjenme sus pasaportes. —Le di el mío y Catherine sacó el suyo de su bolso. Estuvo examinándolos un buen rato—. ¿Por qué han entrado en Suiza en bote de este modo?

—Soy deportista —dije—. El remo es mi deporte favorito. Lo practico siempre que tengo ocasión.

—¿Por qué han venido aquí?

—Por los deportes de invierno. Somos turistas y queremos practicar deportes de invierno.

—Este no es sitio para deportes de invierno.

—Lo sabemos. Queremos ir a donde los haya.

—¿Qué estaban haciendo en Italia?

—Estudiar arquitectura. Mi prima es estudiante de arte.

—¿Por qué se han ido de allí?

—Para practicar deportes de invierno. Con la guerra no hay quien estudie arquitectura.

—Hagan el favor de esperar aquí.

Volvió a entrar con nuestros pasaportes en el edificio.

—Eres estupendo, cariño —dijo Catherine—. Sigue así. Hemos venido a practicar deportes de invierno.

—¿Sabes algo de arte?

—Rubens —respondió.

—Grande y gordo —objeté.

—Ticiano —apuntó Catherine.

—Cabellos a lo Ticiano —dije—. ¿Qué me dices de Mantegna?

—No me lo pongas tan difícil —respondió Catherine—. Aunque lo conozco..., muy amargo.

—Mucho —coincidí—. Con un montón de agujeros de clavos.

—Ya ves que seré una buena esposa —dijo Catherine—. Podré hablar de arte con tus clientes.

—Ahí llega.

El teniente delgado apareció al otro lado de la oficina aduanera con los pasaportes en la mano.

—No me queda otro remedio que enviarles a Locarno —dijo—. Pueden coger un coche. Les acompañará un soldado.

—Muy bien —dije—. ¿Y qué pasa con el bote?

—Está confiscado. ¿Qué lleva en esas bolsas?

Las registró y se quedó con la botella de brandy.

—¿No quiere echar un trago conmigo? —pregunté.

—No gracias. —Se enderezó—. ¿Cuánto dinero tiene?

—Dos mil quinientas liras.

Se quedó muy impresionado.

—¿Cuánto tiene su prima?

Catherine tenía poco más de mil doscientas. El teniente pareció satisfecho. Su actitud se volvió menos altiva.

—Si quieren practicar deportes de invierno —dijo—. Vayan a Wengen. Mi padre regenta un hotel muy bueno en Wengen. Está abierto todo el año.

—Estupendo —dije—. ¿Le importa decirme el nombre?

—Se lo escribiré en una tarjeta. —Me la dio muy educadamente—. El soldado les llevará a Locarno. Se quedará con sus pasaportes. Lo lamento, pero es necesario. Confío en que les concedan un visado o un permiso de la policía.

Le entregó los dos pasaportes al soldado, cargó con las bolsas y fue al pueblo a pedir un coche. «¡Eh!», llamó al soldado. Le dijo algo en dialecto alemán. El soldado se echó el fusil a la espalda y cogió las bolsas.

—Es un gran país —le dije a Catherine.

—Muy práctico.

—Muchas gracias —le dije al teniente.

Nos saludó con un gesto.

—*Service!* —dijo.

Seguimos al guardia hasta el pueblo.

Viajamos a Locarno en un coche con el guardia sentado en el pescante al lado del cochero. En Locarno no nos fue tan mal. Nos interrogaron, pero fueron sumamente educados porque teníamos dinero y pasaportes. No creo que creyeran ni una palabra de nuestra historia, que no podía ser más absurda, pero era como comparecer ante un tribunal. No hacía falta que fuese razonable, solo un tecnicismo al que aferrarse sin más explicaciones. Por si fuera poco, teníamos pasaportes y dinero para gastar. Así que nos concedieron visados provisionales. En cualquier momento podían revocarlos. Debíamos informar a la policía de todos nuestros movimientos.

¿Podíamos ir adónde quisiéramos? Sí. ¿Adónde queríamos ir?

—¿Adónde quieres ir, Cat?

—A Montreux.

—Es un sitio muy bonito —dijo el oficial—. Creo que les gustará.

—Locarno también lo es —apuntó un segundo oficial—. Estoy seguro de que les gustaría mucho. Locarno es muy interesante.

—Nos gustaría ir a algún lugar donde podamos practicar deportes de invierno.

—En Montreux no hay deportes de invierno.

—Disculpe —dijo el otro oficial—. Soy de Montreux. No me negará que hay deportes de invierno en la línea férrea de Montreux Oberland Bernois.

—No lo niego. Solo he dicho que no los hay en Montreux.

—Debo discrepar —dijo el oficial—. No estoy de acuerdo con su afirmación.

—Aun así la mantengo.

—Insisto en que no estoy de acuerdo. He ido en trineo de patines por las calles de Montreux. Y no una sino varias veces. No irá a decirme que el trineo no es un deporte de invierno.

El otro oficial se volvió hacia mí.

—¿Es esa su idea de lo que son deportes de invierno, caballero? Le aseguro que aquí en Locarno estaría muy cómodo. El clima es saludable y los alrededores son preciosos. Le gustaría mucho.

—El caballero ha expresado su deseo de ir a Montreux.

—¿Qué es eso del trineo de patines? —pregunté.

—¿Lo ve? ¡Ni siquiera sabe lo que es!

Fue una gran satisfacción para el segundo oficial, que se quedó muy complacido.

—Es como el tobogán —dijo el primero.

—Disculpe, pero otra vez tengo que discrepar. —El oficial movió la cabeza—. El tobogán es muy distinto. Los toboganes se construyen en Canadá con listones delgados. El trineo de patines es un trineo normal con patines. Hay que hablar con propiedad.

—¿No podríamos probar el tobogán en Montreux?

—Pues claro —dijo el primer oficial—. En Montreux se venden excelentes toboganes. Ochs Brothers vende toboganes. Son de importación.

El segundo oficial se volvió.

—El tobogán necesita una *piste* especial. No pueden lanzarse en tobogán por las calles de Montreux. ¿Dónde se alojan?

—Aún no lo sabemos —dije—. Acabamos de llegar de Brisago. Tenemos el coche esperando fuera.

—No es ningún error ir a Montreux —insistió el primer oficial—. El clima es excelente y es un sitio precioso. Muy cerca, se pueden practicar deportes de invierno.

—Si de verdad les interesan los deportes de invierno —dijo el otro oficial—, vayan al Engadine o a Mürren. Debo prevenirles contra ese consejo de ir a Montreux por los deportes de invierno.

—En Les Avants, cerca de Montreux, se practican todo tipo de deportes de invierno.

El defensor de Montreux miró furioso a su colega.

—Caballeros —tercié—. Me temo que tenemos que marcharnos. Mi prima está muy cansada. Creo que probaremos suerte en Montreux.

—Enhorabuena. —El primer oficial me estrechó la mano.

—Creo que lamentarán marcharse de Locarno —dijo el otro—. En todo caso, preséntense a la policía de Montreux.

—No les causarán complicaciones —me aseguró el primer oficial—. Ya verán como todo el mundo es extremadamente amable y educado.

—Muchas gracias a los dos —dije—. Les agradecemos mucho sus consejos.

—Adiós —dijo Catherine—. Muchas gracias a los dos.

Nos acompañaron a la puerta e hicieron una inclinación de cabeza. El campeón de Locarno con cierta frialdad. Descendimos las escaleras y subimos al coche.

—Dios mío, cariño —suspiró Catherine—. ¿No habríamos podido irnos antes? —Di al cochero el nombre del hotel que nos había recomendado uno de los oficiales. Asió las riendas—. Olvidas al ejército —dijo Catherine. El soldado esperaba al lado del coche. Le di un billete de diez liras.

—Aún no tengo dinero suizo —me disculpé.

Él me dio las gracias, saludó y se marchó. El coche se puso en marcha para ir al hotel.

—¿Por qué se te ha ocurrido Montreux? —le pregunté a Catherine—. ¿De verdad quieres ir?

—Ha sido lo primero que me ha venido a la cabeza —respondió—. No es mal sitio. Ya encontraremos algún pueblo en las montañas.

—¿Estás cansada?

—Me caigo de sueño.

—Ahora dormiremos. Pobre Cat, ha sido una noche muy larga.

—Lo he pasado de maravilla —dijo Catherine—. Sobre todo cuando navegamos con el paraguas.

—¿Te das cuenta de que estamos en Suiza?

—No, tengo miedo de despertar y que no sea cierto.

—Yo también.

—Pero lo es, ¿verdad, cariño? ¿No estaremos yendo a la *stazione* de Milán a despedirnos?

—Espero que no.

—No digas eso. Me asustas. A lo mejor sí.

—Estoy tan mareado que no lo sé —dije.

—Deja que te vea las manos.

Las extendí. Estaban en carne viva.

—No tengo una lanzada en el costado —dije.

—No seas sacrilego.

Estaba muy cansado y aturdido. El entusiasmo había desaparecido. El coche siguió calle abajo.

—Pobres manos —dijo Catherine.

—No las toques —le advertí—. Dios, no sé ni dónde estamos. ¿Adónde vamos, cochero?

El cochero detuvo el caballo.

—Al hotel Metropole. ¿No me ha dicho que quería ir?

—Sí —dije—. No te preocupes, Cat.

—Tranquilo, cariño. No te disgustes. Dormiremos de un tirón y mañana ya no estarás tan mareado.

—Estoy muy mareado —dije—. Hoy esto parece una ópera bufa. A lo mejor es que tengo hambre.

—Solo estás cansado, cariño. Te pondrás bien.

El coche se detuvo delante del hotel. Alguien salió a por las bolsas.

—Me encuentro bien —dije.

Íbamos andando por la acera camino del hotel.

—Te pondrás bien, lo sé. Solo estás cansado. Llevas despierto demasiado tiempo.

—En cualquier caso, estamos aquí.

—Sí, estamos aquí.

Seguimos al mozo que cargaba con las bolsas y entramos en el hotel.

Libro V

Ese otoño las nieves llegaron muy tarde. Vivíamos en una casa de madera entre los pinos de las laderas, por las noches helaba y por las mañanas encontrábamos una fina capa de hielo sobre el agua de las dos jarras de encima de la cómoda. La señora Guttingen entraba en la habitación a primera hora para cerrar las ventanas y encender el fuego en la alta estufa de porcelana. La madera de pino crujía y chisporroteaba hasta que se encendía la estufa y la segunda vez que entraba la señora Guttingen llevaba grandes pedazos de madera para el fuego y una jarra de agua caliente. Cuando la habitación se había calentado nos llevaba el desayuno. Sentados en la cama, desayunábamos contemplando el lago y las montañas del otro lado en la parte francesa. Las cimas estaban nevadas y el lago era de un acerado color azul grisáceo.

Fuera, enfrente del chalet, un camino subía a la montaña. Las roderas de los carros estaban duras como el hierro por el hielo, y el camino ascendía entre los árboles y daba la vuelta a la montaña hasta los prados, graneros y cabañas que había en la linde del bosque que daba al otro lado del valle. Era un valle muy profundo y por el fondo corría un riachuelo que iba a parar al lago, y cuando soplabla viento oíamos el arroyo entre las rocas.

A veces paseábamos por el camino y por un sendero entre los pinos. El suelo del bosque era blando; la helada no lo endurecía como el camino. Aunque no nos importaba que estuviera helado porque llevábamos botas con las suelas y los talones claveteados que rompían las roderas heladas y pasear era un ejercicio muy tonificante. Daba gusto pasear por el bosque.

Delante de la casa donde vivíamos la montaña descendía en pendiente hasta la pequeña llanura que había a lo largo del lago, y nos sentábamos al sol en el porche y veíamos las revueltas del camino en la ladera de la montaña y los bancales de los viñedos en la falda de otra más baja que había al lado, las cepas estaban muertas por el invierno, los muros de piedra separaban los campos y debajo de los viñedos estaban las casas del pueblo en el estrecho llano a la orilla del lago. En mitad del lago había una isla con dos o tres árboles que parecían las velas de un bote de pesca. Al otro lado las montañas eran muy abruptas y empinadas y al fondo se extendía la llanura del valle del Ródano entre las dos cadenas montañosas; valle arriba estaba la Dent du Midi. Era una montaña nevada muy alta que dominaba todo el valle, pero estaba tan lejos que no daba sombra.

Cuando hacía sol comíamos en el porche, pero los demás días comíamos arriba en un pequeño cuarto con sencillas paredes de madera y una gran estufa en el rincón. Compramos libros y revistas en el pueblo y un ejemplar de *Hoyle*, y aprendimos muchos juegos de cartas. El cuarto de la estufa era nuestro salón. Había dos sillas muy cómodas y una mesa para libros y revistas y una vez recogida la comida de la mesa jugábamos a las cartas. El señor y la señora Guttingen vivían abajo y a veces les oíamos hablar por las tardes y ellos también eran muy felices. Él había sido maître y ella

camarera en el mismo hotel y habían ahorrado dinero para comprar aquella casa. Tenían un hijo que estaba estudiando para ser maître. Trabajaba en un hotel de Zurich. En el piso de abajo había un bar donde vendían vino y cerveza, y a veces por la tarde oíamos los carros que se detenían al borde del camino y a los hombres que subían los escalones para ir a beber un poco de vino.

En el pasillo había un arcón lleno de leña y yo la usaba para alimentar el fuego. No obstante, no nos quedábamos hasta muy tarde. Nos íbamos a la cama en la oscuridad del gran dormitorio y después de desvestirme abría las ventanas y contemplaba la noche, las frías estrellas y los pinos al pie de la ventana y me metía corriendo en la cama. Se estaba muy bien acostado con aquel aire tan frío y limpio y la noche afuera. Dormíamos muy bien, y si me despertaba de noche sabía que era solo por un motivo y colocaba el edredón de plumas con mucho cuidado para no despertar a Catherine y volvía a dormirme, abrigado de nuevo por el fino y ligero edredón. La guerra parecía tan lejana como los partidos de rugby de otra universidad. Aunque leí en los periódicos que seguían combatiendo en las montañas porque no llegaban las nieves.

A veces bajábamos a Montreux a pie. Había un sendero que descendía por la ladera, pero era muy empinado y por lo general seguíamos el camino y bajábamos por la ancha y dura carretera entre los campos y luego entre los muros de piedra de los viñedos y entre las casas de los pueblos que había por el camino. Había tres: Chernex, Fontanivent y otro que he olvidado. Luego seguíamos por la carretera y pasábamos junto a un *château* de piedra que había en una cornisa junto a la falda de la montaña con los banca-

les cubiertos de viñedos secos y marrones, cada cepa sujeta a un tutor, la tierra esperando a la nieve y el lago liso y gris como el acero. El camino bajaba en pendiente desde el *château* y luego giraba a la derecha y descendía por una calle adoquinada y muy empinada hasta Montreux.

No conocíamos a nadie en Montreux. Paseábamos por la orilla del lago y veíamos los cisnes, las gaviotas y los charranes, que salían volando si te acercabas y chillaban mientras contemplaban el agua. En el lago había bandadas de zampullines, pequeños y oscuros, que dejaban estelas en el agua al nadar. En la ciudad recorríamos la calle principal y veíamos los escaparates de las tiendas. Muchos grandes hoteles estaban cerrados, pero la mayoría de las tiendas seguían abiertas y los comerciantes se alegraban mucho al vernos. Había una peluquería muy buena donde Catherine iba a arreglarse el pelo. La mujer que la regentaba era muy alegre y la única persona a quien conocíamos en Montreux. Dejé a Catherine allí, y fui a una cervecería, a beber cerveza negra de Munich y leer los periódicos. Leí el *Corriere della Sera* y los periódicos ingleses y norteamericanos de París. Todos los anuncios estaban tachados, supuestamente para impedir la comunicación con el enemigo. Los periódicos no decían nada bueno. Todo iba mal en todas partes. Me senté en un rincón con una pesada jarra de cerveza negra y una bolsa de papel glaseado llena de pretzels y me los comí por su sabor salado y por el regusto que dejaban con la cerveza mientras leía las noticias del desastre. Cuando vi que Catherine se retrasaba en llegar, dejé el periódico en su sitio, pagué la cerveza y fui calle arriba a buscarla. Hacía un día frío, oscuro e invernal y las piedras de las casas parecían gélidas. Catherine seguía en la peluquería. La mujer le estaba ondulando el cabello.

Me senté en la cabina y miré. Mirar era excitante y Catherine me hablaba y me sonreía y yo tenía la voz un poco ronca por la emoción. Las tenacillas hacían un chasquido agradable y veía a Catherine reflejada en tres espejos, se estaba caliente y cómodo en la cabina. Luego la mujer le recogió el pelo a Catherine y ella se miró en el espejo y lo cambió un poco, quitándose y poniéndose horquillas; después se puso en pie.

—Siento haber tardado tanto.

—Monsieur estaba muy interesado. No es así, ¿monsieur?

La mujer sonrió.

—Sí —dije.

Salimos y seguimos calle arriba. Hacía un día invernal y frío y soplabla viento.

—¡Oh, cariño, te quiero tanto!

—¿Verdad que lo pasamos bien? —dijo Catherine—. Oye, vamos a algún sitio y bebamos una cerveza en lugar de té. Es muy buena para la pequeña Catherine. Así no crecerá más de la cuenta.

—La pequeña Catherine —dije—. Menuda holgazana.

—Está siendo muy buena —dijo Catherine—. Apenas me molesta. El médico dice que la cerveza me sentará bien e impedirá que crezca demasiado.

—Si no la dejas crecer y resulta ser un niño, tendrá que ganarse la vida como jockey.

—Supongo que si de verdad vamos a tener el niño deberíamos casarnos —dijo Catherine.

Nos encontrábamos en la mesa del rincón de la cervecería. Fuera estaba oscureciendo. Todavía era pronto, pero el día estaba nublado y había empezado a atardecer muy pronto.

—Casémonos ahora —propuse.

—No —dijo Catherine—. Ahora me da vergüenza. Se me nota demasiado. No me casaré en este estado.

—Ojalá nos hubiéramos casado.

—Habría sido lo mejor. Pero ¿cuándo habríamos podido, cariño?

—No lo sé.

—Solo sé una cosa. No pienso casarme con esta pinta de matrona.

—No tienes aspecto de matrona.

—Claro que sí, cariño. La peluquera me ha preguntado si era el primero. Le he mentado y le he dicho que no, que teníamos dos niños y dos niñas.

—¿Cuándo nos casaremos?

—Cuando vuelva a estar delgada. Será una boda magnífica y todos dirán que hacemos muy buena pareja.

—¿Y no estás preocupada?

—Cariño ¿por qué iba a preocuparme? La única vez que me he sentido mal fue cuando me sentí como una puta en Milán y solo duró siete minutos y fue por culpa de los muebles de la habitación. ¿Acaso no soy una buena esposa?

—Eres una esposa encantadora.

—Pues déjate de tecnicismos, cariño. Me casaré contigo en cuanto vuelva a estar delgada.

—Muy bien.

—¿Crees que debería tomarme otra cerveza? El médico dijo que soy muy estrecha de caderas y que es mejor que la pequeña Catherine no crezca demasiado.

—¿Qué más te dijo?

Estaba preocupado.

—Nada. Tengo la tensión estupendamente, cariño. Se quedó admirado de mi tensión.

—¿Qué dijo de lo de que fueses estrecha de caderas?

—Nada. Nada. Que no me convenía esquiar.

—Muy bien.

—Dijo que era demasiado tarde para empezar si nunca lo había hecho antes. Y que podía esquiar siempre que no me cayese.

—Menudo guasón está hecho.

—La verdad es que fue muy amable. Lo llamaremos cuando vaya a nacer el niño.

—¿Le preguntaste si debías casarte?

—No. Le dije que llevábamos cuatro años casados. ¿Sabes, cariño?, si me caso contigo seré estadounidense y, según las leyes estadounidenses, el niño será legítimo desde el mismo instante en que nos casemos.

—¿Dónde has averiguado eso?

—En el *World Almanac* neoyorquino de la biblioteca.

—Eres una chica estupenda.

—Me gustará mucho ser estadounidense e iremos a Estados Unidos, ¿verdad, cariño? Quiero ver las cataratas del Niágara.

—Eres un encanto.

—Hay algo más que quería ver, pero no recuerdo qué.

—¿Los mataderos?

—No. Ahora no me acuerdo.

—¿El edificio Woolworth?

—No.

—¿El Gran Cañón?

—No. Aunque también me gustaría.

—¿Entonces qué?

—¡El Golden Gate! Eso es. ¿Dónde está el Golden Gate?

—En San Francisco.

—Pues vayamos. También quiero ver San Francisco.

—De acuerdo. Iremos.

—Y ahora volvamos a la montaña. ¿Quieres? ¿Nos dará tiempo de coger el MOB?

—Hay un tren poco después de las cinco.

—Aún llegamos.

—Muy bien. Deja que me beba antes otra cerveza.

Cuando salimos para ir calle arriba y subir los escalones de la estación hacía mucho frío. Un viento helado bajaba por el valle del Ródano. Los escaparates estaban encendidos y subimos las empinadas escaleras de piedra hacia la calle de arriba, y luego otro tramo de escaleras hasta la estación. El tren eléctrico estaba esperándonos, con todas las luces encendidas. Había un reloj que indicaba la hora de partida. Las manecillas señalaban las cinco y diez. Miré el reloj de la estación. Eran las cinco y cinco. Al subir a bordo, vi al maquinista y al revisor que salían de la taberna de la estación. Nos sentamos y abrí la ventanilla. El tren tenía calefacción eléctrica y hacía un calor agobiante, pero por la ventanilla entró aire fresco y frío.

—¿Estás cansada, Cat? —pregunté.

—No. Me encuentro estupendamente.

—No es un viaje muy largo.

—Me gusta —respondió—. No te preocupes por mí, cariño. Estoy bien.

Las nieves no llegaron hasta tres días antes de Navidad. Despertamos una mañana y estaba nevando. Nos quedamos en la cama

con la estufa encendida y vimos caer la nieve. La señora Guttin-gen se llevó las bandejas del desayuno y echó más leña a la estufa. Era una gran tormenta de nieve. Dijo que había empezado a eso de medianoche. Me asomé a la ventana, pero no pude ver el otro lado de la carretera. Estaba nevando mucho y hacía mucho viento. Volví a la cama y charlamos tumbados.

—Ojalá pudiera esquiar —dijo Catherine—. Es una faena no poder esquiar.

—Buscaremos un trineo de balancín e iremos hasta la carretera. Eso no es peor que ir en coche.

—¿No será demasiado traqueteo?

—Ya veremos.

—Espero que no lo sea.

—Después daremos un paseo por la nieve.

—Antes de comer —dijo Catherine—, así se nos abrirá el apetito.

—Yo siempre tengo hambre.

—Y yo.

Salimos a la nieve, pero hacía ventisca y no pudimos llegar muy lejos. Fui por delante abriendo un camino hasta la estación, pero cuando llegamos nos pareció más que suficiente. El viento arrastraba la nieve con tanta fuerza que apenas veíamos, así que entramos en la taberna que había al lado de la estación, nos cepi-llamos la nieve con una escoba, ocupamos un banco y pedimos unos vermouths.

—Menuda tormenta —dijo la camarera.

—Sí.

—Este año la nieve ha llegado muy tarde.

—Sí.

—¿Puedo tomar una tableta de chocolate? —preguntó Catherine—. ¿O vamos a comer ya? Siempre estoy hambrienta.

—Cómete una —dije.

—Tomaré una con avellanas —dijo Catherine.

—Son muy buenas —coincidió la chica—. Mis favoritas.

—Yo tomaré otro vermut.

Cuando salimos para desandar el camino, la nieve había borrado nuestro rastro. Solo quedaban leves marcas donde habían estado nuestras pisadas. La nieve nos azotaba la cara y apenas podíamos ver nada. Nos quitamos la nieve de encima y entramos. El señor Guttingen sirvió la comida.

—Mañana se podrá esquiar —dijo—. ¿Esquía usted, señor Henry?

—No. Pero tengo pensado aprender.

—Le resultará fácil. Mi hijo va a venir en Navidad, él le enseñará.

—Muy bien. ¿Cuándo llega?

—Mañana por la noche.

Después de comer nos sentamos en el cuarto al lado de la estufa y estuvimos viendo caer la nieve.

—¿No querías ir a algún sitio por tu cuenta, cariño, y ver a otra gente y esquiar?

—No. ¿Por qué iba a querer?

—A veces pienso que debe de apetecerte ver a otra gente aparte de mí.

—¿A ti te apetece ver a otra gente?

—No.

—Pues a mí tampoco.

—Lo sé. Pero tu caso es diferente. Yo voy a tener un niño y me

da igual no hacer nada. Sé que ahora parezco una tonta y que no hago más que hablar, por eso creo que deberías irte para no cansarte de mí.

—¿Quieres que me vaya?

—No. Quiero que te quedes.

—Pues eso mismo pienso hacer.

—Ven aquí —dijo—. Quiero tocarte el chichón de la cabeza. Es un chichón muy grande. —Pasó el dedo por encima—. Cariño, ¿no te gustaría dejarte barba?

—¿Quieres que me la deje?

—Podría ser divertido. Me gustaría verte con barba.

—Muy bien. Me dejaré barba. Empezaré ahora mismo. Es una buena idea. Así tendré algo que hacer.

—¿Te preocupa no tener nada que hacer?

—No. Me gusta. Me gusta esta vida. ¿A ti no?

—Es una vida maravillosa. Pero me daba miedo aburrirte ahora que estoy embarazada.

—Oh, Cat. No sabes lo loco que estoy por ti.

—¿Aun así?

—Tal como estás. Lo estoy pasando muy bien. ¿No te gusta esta vida?

—Sí, pero pensaba que a lo mejor te sentías incómodo.

—No. A veces me gustaría tener noticias del frente y de algunos conocidos, pero no me preocupa. Apenas pienso en nada.

—¿Quién te preocupa?

—Rinaldi, el capellán y muchos de mis conocidos. Pero no pienso demasiado en ellos. No quiero pensar en la guerra. Para mí se ha acabado.

—¿En qué estás pensando ahora?

- En nada.
- Sí. Dímelo.
- Me preguntaba si Rinaldi tiene la sífilis.
- ¿Solo eso?
- Sí.
- ¿Y la tiene?
- No lo sé.
- Me alegro de que tú no la tengas. ¿Alguna vez has tenido algo parecido?
- Tuve gonorrea.
- No quiero saberlo. ¿Te dolió mucho, cariño?
- Mucho.
- Ojalá me hubiese contagiado yo.
- No.
- Sí. Me gustaría para ser como tú. Ojalá hubiese estado con todas tus novias para poder burlarme de ellas.
- Bonita estampa.
- Tampoco lo es que tuvieses gonorrea.
- Lo sé. Mira cómo nieva.
- Prefiero mirarte a ti. Cariño, ¿por qué no te dejas el pelo largo?
- ¿Cómo de largo?
- Solo un poco.
- Así ya está bastante largo.
- No, déjate crecer un poco y yo me cortaré el mío y lo llevaremos igual, uno rubio y el otro moreno.
- No dejaré que te lo cortes.
- Sería divertido. Ya estoy cansada. Es muy incómodo de noche en la cama.
- Me gusta.

—¿No te gustaría más corto?

—Puede. Me gusta como está.

—Podría quedar bonito más corto. Así seríamos iguales. ¡Oh, cariño! No sabes lo mucho que me gustaría ser tú.

—Lo eres. Somos uno.

—Lo sé. De noche lo somos.

—Las noches son estupendas.

—Quiero que estemos totalmente fascinados. No quiero que te vayas. Te lo acabo de decir. Vete si quieres. Pero date prisa en volver. De verdad, cariño, si no estoy contigo no vivo.

—No me iré —dije—. No me siento bien si tú no estás. Es como si no tuviera vida.

—Pues yo quiero que la tengas. Una vida preciosa. Pero que la disfrutemos juntos, ¿no te parece?

—Entonces ¿quieres que me deje la barba o no?

—Déjatela. Será emocionante. A lo mejor habrá crecido ya por Año Nuevo.

—Ahora ¿quieres jugar al ajedrez?

—Prefiero que juguemos a otra cosa.

—No. Juguemos al ajedrez.

—¿Y después jugaremos a lo otro?

—Sí.

—De acuerdo.

Saqué el tablero y coloqué las fichas. Fuera continuaba nevando con fuerza.

Me desperté de noche y supe que Catherine también estaba despierta. La luna brillaba en la ventana y proyectaba la sombra de las barras de los cristales.

—¿Estás despierto, amor mío?

—Sí. ¿No puedes dormir?

—Acabo de despertarme pensando en lo loca que estaba cuando te conocí. ¿Te acuerdas?

—Solo estabas un poco loca.

—Ya no soy así. Ahora estoy estupendamente. Tú lo dices con mucha dulzura. Di «estupendamente».

—Estupendamente.

—¡Qué dulce eres! Ya no estoy loca. Ahora solo soy muy, muy, muy feliz.

—Duérmete —dije.

—De acuerdo. Durmámonos justo al mismo tiempo.

—Muy bien.

Pero no lo hicimos. Seguí despierto un buen rato pensando en mil cosas y viendo dormir a Catherine a la luz del claro de luna. Luego yo también me quedé dormido.

A mediados de enero me había crecido la barba y el invierno se convirtió en una serie de días fríos y luminosos y noches gélidas. Volvimos a poder pasear por los caminos. Los trineos cargados de heno y de leña y los troncos que arrastraban montaña abajo habían pulido y apisonado la nieve. Todo el campo, casi hasta Montreux, estaba tapado por la nieve. Las montañas al otro lado del lago estaban blancas y la llanura del valle del Ródano estaba cubierta. Dimos largos paseos al otro lado de la montaña hasta los Bains de l'Alliaz. Catherine llevaba botas claveteadas, una capa y un bastón de punta metálica. Con la capa no se le notaba el embarazo y no andábamos demasiado deprisa, sino que nos sentábamos en los troncos que había al borde del camino para descansar cuando se fatigaba.

Había una taberna entre los árboles en los Bains de l'Alliaz adonde iban a beber los leñadores, y donde nos sentábamos al calor de la estufa a beber vino tinto caliente con especias y limón. Lo llamaban *Glühwein* y era bueno para calentarse y animarse un poco. La taberna era oscura y estaba llena de humo, y cuando salías el aire frío entraba bruscamente en los pulmones y adormecía las aletas de la nariz al inhalarlo. Nos volvíamos para ver la taber-

na con las ventanas iluminadas y los caballos de los leñadores que piafaban y sacudían la cabeza para calentarse. Tenían los pelos del morro cubiertos de escarcha y su respiración formaba penachos de vaho en el aire. El camino que subía de regreso a casa estaba resbaladizo y el hielo tenía un color anaranjado por el paso de los caballos hasta que llegábamos a un desvío. A partir de entonces el camino discurría entre los bosques y estaba cubierto de nieve limpia y apisonada; en dos ocasiones vimos zorros mientras volvíamos a casa por la tarde.

Era un país precioso y siempre que salíamos lo pasábamos bien.

—Ahora tienes una barba estupenda —dijo Catherine—. Se parece a la de los leñadores. ¿Has visto al hombre con los aros de oro en las orejas?

—Es un cazador de rebecos —respondí—. Los llevan porque dicen que así oyen mejor.

—¿De verdad? No me lo creo. Me da a mí que los llevan para que la gente vea que son cazadores de rebecos. ¿Hay rebecos cerca de aquí?

—Sí, pasada la Dent de Jaman.

—Ha sido divertido ver al zorro.

—Cuando duerme se envuelve en la cola para estar caliente.

—Debe de ser muy agradable.

—Siempre he querido tener una cola así. ¿No te gustaría tener una?

—Sería muy difícil vestirse.

—Nos haríamos la ropa a medida, o viviríamos en un país donde diera lo mismo.

—Vivimos en un país donde todo da lo mismo. ¿No te parece

estupendo que no veamos nunca a nadie ¿No echas de menos ver a nadie, ¿verdad, cariño?

—No.

—¿Nos sentamos aquí un minuto? Estoy un poco cansada.
—Nos sentamos sobre unos troncos. Más adelante, el camino continuaba por el bosque—. La mocosa no se interpondrá entre nosotros, ¿verdad?

—No. No la dejaremos.

—¿Qué tal estamos de dinero?

—Tenemos de sobra. He cobrado la última letra a la vista.

—¿No intentará tu familia ponerse en contacto contigo ahora que saben que estás en Suiza?

—Probablemente. Ya les escribiré.

—¿No les has escrito?

—No. Solo la letra a la vista.

—Gracias a Dios no soy pariente tuyo.

—Les enviaré un telegrama.

—¿No les quieres nada?

—Antes sí, pero a fuerza de discusiones se me acabó pasando.

—Creo que me gustarían. Probablemente me gustarían mucho.

—Hablemos de otra cosa o empezaré a preocuparme por ellos.

—Sigamos si estás más descansada —dijo al cabo de un rato.

—Lo estoy. —Continuamos por el camino. Había oscurecido y la nieve crujía bajo las botas. La noche era seca, fría y despejada—. Me encanta tu barba —dijo Catherine—. Es todo un éxito. Parece tan áspera y feroz y sin embargo es suave y agradable.

—¿Te gusto más que sin ella?

—Creo que sí. ¿Sabes, cariño?, no me voy a cortar el pelo hasta que nazca la pequeña Catherine. Ahora estoy demasiado gorda y parezco una matrona. Pero después de que nazca, cuando vuelva a estar delgada, me lo cortaré y seré una chica nueva y distinta para ti. Iremos juntos y me lo cortaré, o iré sola y te daré una sorpresa. —No dije nada—. No me lo prohibirás, ¿verdad?

—No. Creo que hasta puede ser insinuante.

—¡Oh!, eres un encanto. Puede que me dejen guapa, cariño, y estaré tan delgada e insinuante que volverás a enamorarte de mí.

—Demonios —dije—. Ya te quiero bastante. ¿Qué quieres? ¿Buscarme la ruina?

—Sí. Quiero buscarte la ruina.

—Estupendo —respondí—, porque lo estoy deseando.

Vivíamos bien. Pasaron los meses de enero y febrero, el invierno fue bueno y fuimos muy felices. Había habido cortos períodos de deshielo en los que el viento soplabla cálido, la nieve se ablandaba y el aire parecía primaveral, pero siempre había vuelto el frío seco y despejado y había regresado el invierno. En marzo aflojó por primera vez. Una noche se puso a llover. Estuvo lloviendo toda la mañana, la nieve se convirtió en aguanieve y dejó enfangada la ladera de la montaña. Había nubes sobre el lago y el valle. Llovía en las cimas de las montañas. Catherine se calzó unos gruesos chanclos y yo las botas de goma del señor Guttingen y fuimos paseando a la estación, protegidos por un paraguas, entre el barro y el agua que corría y deshacía el hielo de los caminos, y paramos en la taberna a tomar un vermut antes de comer. Fuera se oía caer la lluvia.

—¿No crees que deberíamos trasladarnos a la ciudad?

—¿Tú qué opinas? —preguntó Catherine.

—Si termina el invierno y continúa la lluvia ya no estaremos tan cómodos. ¿Cuánto falta para que nazca la pequeña Catherine?

—Cerca de un mes. Tal vez un poco menos.

—Podríamos bajar e instalarnos en Montreux.

—¿Y por qué no vamos a Lausana? Es donde está el hospital.

—Muy bien. Había pensado que tal vez fuese una ciudad demasiado grande.

—Podemos estar igual de solos en una ciudad grande y seguro que Lausana es bonita.

—¿Cuándo nos vamos?

—Me da igual. Cuando tú quieras, cariño. No quiero irme, si no te apetece.

—Veremos cómo sigue el tiempo.

Llovió tres días seguidos. La nieve había desaparecido de la ladera a partir de la estación. El camino era un torrente de agua mezclada con fango y nieve. Estaba demasiado embarrado para salir. La mañana del tercer día lluvioso decidimos ir a la ciudad.

—No se preocupe, señor Henry —dijo Guttingen—. No necesito preaviso. Ya contaba con que se irían cuando llegase el mal tiempo.

—En cualquier caso, necesitamos estar cerca del hospital por madame —respondí.

—Lo comprendo —dijo—. ¿Volverán a pasar un tiempo cuando nazca el pequeño?

—Si tiene usted sitio libre, sí.

—En primavera, cuando el tiempo mejore, les gustará. Podríamos instalar al bebé con la niñera en la habitación que ahora está cerrada y usted y madame podrían ocupar el mismo cuarto de ahora con vistas al lago.

—Le escribiré cuando vayamos a venir —dije.

Hicimos el equipaje y nos fuimos en el tren que salía después de comer. El señor y la señora Guttingen nos acompañaron a la estación y él nos llevó las maletas en un trineo por el fango. Esperaron en la estación para decirnos adiós con la mano.

—Han sido muy amables —dijo Catherine.

—Se han portado bien con nosotros.

En Montreux cogimos el tren a Lausana. Al mirar por la ventanilla en dirección a donde habíamos vivido no distinguimos las montañas por culpa de las nubes. El tren se detuvo en Vevey, luego continuamos con el lago a un lado y los campos pardos y empapados, los bosques y las casas mojadas al otro. Llegamos a Lausana y nos instalamos en un hotel de tamaño medio. Todavía llovía mientras recorríamos las calles y cuando llegamos a la puerta de carruajes del hotel. El conserje con galones de latón en la solapa, el ascensor, las alfombras del suelo, el lavabo blanco y reluciente, la cama de hierro y el espacioso y cómodo dormitorio nos parecieron muy lujosos, comparados con la casa de los Guttingen. Las ventanas de la habitación daban a un jardín empapado con una valla metálica. Al otro lado de la calle, que subía en brusca pendiente, había otro hotel con una tapia y un jardín parecidos. Estuve viendo caer la lluvia sobre la fuente del jardín.

Catherine encendió todas las luces y se puso a deshacer las maletas. Pedí un whisky con soda y me tumbé en la cama a leer los periódicos que había comprado en la estación. Estábamos en marzo de 1918, y había empezado la ofensiva alemana en Francia. Me bebí el whisky con soda, mientras Catherine pululaba por la habitación y deshacía el equipaje.

—¿Sabes lo que necesito, cariño? —dijo.

—¿Qué?

—Ropita de bebé. A estas alturas de embarazo, casi todo el mundo la tiene.

—Puedes comprarla.

—Lo sé. Mañana lo haré. Averiguaré qué es lo que hace falta.

—Deberías saberlo. Eras enfermera.

—Muy pocos soldados tenían bebés en el hospital.

—Yo.

Me golpeó con la almohada y derramó el whisky con soda.

—Te pediré otro —dijo—. Siento haberlo derramado.

—No quedaba mucho. Ven a la cama.

—No. Tengo que intentar convertir esta habitación en otra cosa.

—¿En qué?

—En nuestro hogar.

—Cuelga banderas aliadas.

—¡Oh, calla!

—Dilo otra vez.

—¡Oh, calla!

—Lo dices con mucho cuidado —dijo—. Como si no quisieras ofender a nadie.

—Es que no quiero.

—Pues ven a la cama.

—Muy bien. —Se acercó y se sentó en la cama—. Ya sé que no soy muy divertida, cariño. Parezco un barril de harina.

—No es cierto. Estás muy guapa y eres muy dulce.

—No soy más que una cosa muy desgarbada con la que te has casado.

—No. Cada día estás más guapa.

—Pero volveré a estar delgada, cariño.

—Ya lo estás.

—Has bebido.

—Solo whisky con soda.

—Hay otro de camino —dijo—. ¿Quieres que después cenemos aquí?

—Buena idea.

—Entonces no salimos, ¿de acuerdo? Nos quedaremos esta noche.

—Y jugaremos —dije.

—Beberé un poco de vino —añadió Catherine—. No me hará daño. A lo mejor podemos conseguir un poco de capri como en los viejos tiempos.

—Seguro que sí —respondí—. En un hotel tan grande tendrán vinos italianos.

El camarero llamó a la puerta. Trajo el whisky en un vaso con hielo y una botellita de soda en una bandeja.

—Gracias —dije—. ¿Le importaría pedir que nos suban la cena y un par de botellas de capri blanco seco en un cubo de hielo?

—¿Quieren sopa de primer plato?

—¿Quieres una sopa, Cat?

—Sí, por favor.

—Traiga sopa para uno.

—Gracias, señor.

Se marchó y cerró la puerta. Volví a los periódicos y la guerra en los periódicos y vertí lentamente la soda sobre el hielo y el whisky. Tendría que haberles dicho que no le echaran hielo al whisky. Que lo trajesen aparte. Así se sabía cuánto whisky había y no se aguaba con la soda. Tendría que haber pedido una botella de whisky y el hielo y la soda aparte. Era lo más sensato. El buen whisky era muy agradable. Era una de las cosas buenas de la vida.

—¿En qué piensas, cariño?

—En el whisky.

—¿Qué piensas del whisky?

—En lo bueno que es.

Catherine hizo una mueca.

—Muy bien —dijo.

Nos quedamos en el hotel tres semanas. No estaba mal. El comedor casi siempre se hallaba vacío y muy a menudo cenábamos en la habitación. Dábamos paseos por la ciudad, cogíamos el tren de cremallera hasta Ouchy y paseábamos por la orilla del lago. El tiempo se volvió tan templado que parecía primavera. Nos habría gustado estar de vuelta en las montañas, pero el clima primaveral duró solo unos días y luego volvió el crudo frío de principios de invierno.

Catherine compró en la ciudad lo que necesitaba para el bebé. Yo fui a boxear al gimnasio de la galería para hacer un poco de ejercicio. Normalmente iba por las mañanas y Catherine se quedaba en la cama hasta tarde. Los días de falsa primavera era muy agradable ducharse después de boxear, recorrer las calles oliendo la primavera en el aire y pararse en un café a ver pasar la gente, leer el periódico, beber un vermut y luego ir a comer con Catherine. El profesor del gimnasio tenía bigote, era muy preciso y nervioso y se asustaba si te empleabas a fondo. Pero resultaba agradable ir al gimnasio. Era luminoso y ventilado y me ejercité mucho, saltando a la comba, haciendo sombra, y ejercicios abdominales en el suelo en un sitio donde entraba el sol por la ventana abierta, y asustando de vez en cuando al profesor cuando boxeábamos. Al principio no podía hacer sombra delante del largo y estrecho espejo porque me resultaba muy extraño ver boxear a un hombre con barba. Aunque al final me pareció gracioso. Cuando

empecé a boxear pensé en afeitarme la barba, pero Catherine no quiso.

A veces íbamos a dar paseos en coche por el campo. Era agradable cuando el día era bueno y encontramos dos sitios donde ir a comer. Catherine ya casi no podía andar y me encantaba ir de excursión con ella por los caminos del campo. Cuando hacía buen día lo pasábamos de maravilla y nunca tuvimos ningún contratiempo. Sabíamos que el bebé nacería pronto y teníamos la sensación de que algo nos perseguía y de no tener tiempo que perder.

Una noche oí moverse a Catherine y me desperté a eso de las tres.

—¿Estás bien, Cat?

—Tengo dolores, cariño.

—¿Regulares?

—No, no mucho.

—Cuando sean regulares, iremos al hospital.

Estaba muy cansado y volví a quedarme dormido. Poco después volví a despertarme.

—Más vale que llames al médico —dijo Catherine—. Creo que ya llega.

Fui al teléfono y llamé al médico.

—¿Cada cuánto tiempo tiene dolores? —preguntó.

—¿Cada cuanto tiempo son, Cat?

—Yo diría que cada cuarto de hora.

—En ese caso vayan directos al hospital —dijo el médico—. Ahora mismo me visto y voy para allá.

Colgué y llamé al garaje que había cerca de la estación para pedir un taxi. No respondieron al teléfono hasta pasado un buen rato. Por fin se puso un hombre, que prometió enviar un taxi enseguida. Catherine se estaba vistiendo. Tenía la maleta

hecha con todo lo que necesitaría en el hospital y las cositas del bebé. En el pasillo llamé a un ascensorista. Nadie respondió. Bajé por las escaleras. Encontré solo al vigilante nocturno. Manejé yo mismo el ascensor, metí la bolsa de Catherine y bajamos los dos. El vigilante nos abrió la puerta, nos sentamos en las losas de piedra al lado de las escaleras que bajaban al camino de entrada y esperamos a que llegara el taxi. La noche estaba despejada y habían salido las estrellas. Catherine estaba muy animada.

—Me alegro de que haya empezado —dijo—. Así dentro de poco se habrá terminado.

—Eres muy valiente.

—No tengo miedo. Aunque ojalá llegara ya el taxi.

Lo oímos llegar por la calle y vimos sus faros. Se desvió por el camino de acceso y ayudé a Catherine a subir mientras el chófer dejaba la bolsa en el asiento delantero.

—Vaya al hospital —dije.

Salió por el camino y subió por la pendiente.

Entramos en el hospital y yo llevé la bolsa. Había una mujer en el mostrador que tomó nota del nombre, la edad, las señas, los parientes y la religión de Catherine en un libro. Dijo que no tenía religión y la mujer trazó una línea en el espacio detrás de la palabra. Se registró como Catherine Henry.

—La llevaré a su habitación —dijo. Subimos en el ascensor. La mujer lo detuvo y salimos a un pasillo. Catherine se aferró a mi brazo—. Esta es —dijo la mujer—. ¿Le importaría desvestirse y meterse en la cama? Ahí tiene un camisón.

—He traído uno —repuso Catherine.

—Es mejor que se ponga este —insistió la mujer. Salí y me

senté en una silla en el pasillo—. Ya puede usted entrar —dijo la mujer desde la puerta.

Catherine estaba acostada en una cama estrecha con un camión sencillo y de corte recto que parecía hecho de sábanas viejas. Me sonrió.

—Ahora me duele —dijo. La mujer la había cogido de la muñeca y controlaba el tiempo con un reloj de pulsera—. Ese ha sido fuerte —dijo Catherine.

Lo vi en su cara.

—¿Dónde está el médico? —le pregunté a la mujer.

—Está abajo durmiendo. Vendrá cuando haga falta. Tengo que hacerle algo a madame —dijo la enfermera—. ¿Le importaría volver a salir?

Salí al pasillo. Era un pasillo desnudo con dos ventanas y muchas puertas cerradas. Olía a hospital. Me senté en la silla, miré al suelo y recé por Catherine.

—Ya puede entrar —dijo la enfermera.

Entré.

—Hola, cariño —dijo Catherine.

—¿Qué tal estás?

—Cada vez los tengo más a menudo. —Su rostro se contrajo. Luego sonrió—. Ese me ha dolido de verdad. ¿Quiere ponerme la mano en la espalda, enfermera?

—Si le ayuda —respondió la enfermera.

—Vete, cariño —dijo Catherine—. Sal y ve a comer algo. La enfermera dice que esto puede durar un buen rato.

—El primer parto suele prolongarse —afirmó la enfermera.

—Me quedará un rato —repuse.

Los dolores se volvieron regulares y luego cedieron. Catherine

estaba muy nerviosa. Cuando el dolor aumentaba decía que era bueno. Cuando disminuían se sentía avergonzada y decepcionada.

—Sal, cariño —insistió—. Haces que me sienta cohibida. —Su rostro se contrajo—. Este ha estado mejor. Tengo tantas ganas de ser una buena esposa y tener al niño sin complicaciones. Por favor ve a desayunar algo, cariño, y vuelve luego. No te echaré de menos. La enfermera se está portando de maravilla.

—Tiene usted tiempo de sobra para desayunar.

—Pues me iré. Adiós, cariño.

—Adiós —dijo Catherine—. Cómete un buen desayuno por mí.

—¿Dónde puedo desayunar? —le pregunté a la enfermera.

—Hay un café calle abajo, en la plaza —dijo—. Ya debería de estar abierto.

Fuera empezaba a amanecer. Anduve por la calle desierta hasta el café. Había una luz en la ventana. Entré y esperé en la barra y un anciano me sirvió un vaso de vino blanco y un brioche. El brioche era del día anterior. Lo mojé en vino y me bebí un vaso de café.

—¿Qué hace aquí a estas horas? —preguntó el anciano.

—Mi mujer está de parto en el hospital.

—Ah. Espero que todo vaya bien.

—Sírrame otro vaso de vino.

Lo sirvió de la botella y la inclinó más de la cuenta de manera que cayó un poco sobre la barra metálica. Me lo bebí, pagué y salí. Fuera en la calle había cubos de basura esperando que pasaran a recogerlos. Un perro olisqueaba uno de los cubos.

—¿Qué quieres? —pregunté y miré dentro del cubo para ver si había algo que darle; solo vi posos de café, tierra y unas flores marchitas—. No hay nada, perro —dije.

El perro cruzó la calle. Yo subí las escaleras del hospital hasta

la planta donde estaba Catherine y recorrí el pasillo hasta su habitación. Llamé a la puerta. No hubo respuesta. Abrí: la habitación estaba vacía, no quedaba más que la bolsa en una silla y el camión colgado de un gancho en la pared. Salí a buscar a alguien al pasillo. Encontré una enfermera.

—¿Dónde está madame Henry?

—Acaban de llevar a una señora a la sala de partos.

—¿Dónde está?

—Se lo indicaré.

Me llevó hasta el final del pasillo. Habían dejado la puerta entreabierta. Vi a Catherine tumbada en una mesa cubierta con una sábana. La enfermera estaba a un lado y el médico al otro, junto a unas bombonas. El médico tenía en la mano una mascarilla de goma unida a un tubo.

—Le daré una bata, por si quiere pasar —dijo la enfermera—. Venga por aquí, por favor. —Me ayudó a ponerme una bata blanca y la abrochó con un imperdible detrás de la nuca—. Ya puede entrar —dijo.

Entré en la habitación.

—Hola, cariño —dijo Catherine con la voz tensa—. No he avanzado gran cosa.

—¿Es usted el señor Henry? —preguntó el médico.

—Sí. ¿Qué tal va todo, doctor?

—Muy bien —respondió—. La hemos traído aquí porque es más fácil administrarle anestesia para los dolores.

—La quiero ahora —dijo Catherine.

El médico le puso la mascarilla de goma sobre la cara, hizo girar una llave y vi que Catherine respiraba muy deprisa. Luego apartó la mascarilla. El médico cerró la llave.

—No ha sido muy grande. Hace un rato tuve uno que sí. El doctor me dejó fuera de combate, ¿verdad, doctor?

Su voz sonaba rara. Más aguda cuando decía la palabra «doctor».

El médico sonrió.

—Otra vez —dijo Catherine. Se apretó la mascarilla contra la cara y respiró deprisa. La oí gemir un poco. Luego apartó la mascarilla y sonrió—. Ese ha sido grande —dijo—. Mucho. No te preocupes, cariño. Vete. Ve a desayunar otra vez.

—Me quedaré —dije.

Habíamos llegado al hospital a eso de las tres de la mañana. A mediodía, Catherine seguía en la sala de partos. Los dolores habían vuelto a disminuir. Parecía fatigada y exhausta, pero seguía alegre.

—No sirvo para nada, cariño —dijo—. Lo siento muchísimo. Pensé que sería muy fácil. Ahí llega otro... —Alargó el brazo para coger la mascarilla y se la puso sobre la cara. El médico giró la llave y la observó. Se le pasó al poco rato—. No ha sido gran cosa —dijo Catherine. Sonrió—. Digo tonterías por el gas. Es maravilloso.

—Nos llevaremos una bombona a casa —dije.

—Otra vez —dijo Catherine atropelladamente. El médico giró la llave y miró el reloj.

—¿Cada cuánto son ahora? —pregunté.

—Cada minuto.

—¿No quiere comer algo?

—Iré dentro de un rato.

—Tiene que comer, doctor —dijo Catherine. Siento estar tardando tanto. ¿No podría mi marido ocuparse del gas?

—Como quiera —respondió el médico—. Gírela hasta el dos.

—Entiendo —dije. Había una marca en el indicador de la llave.

—Ahora —dijo Catherine. Se apretó la mascarilla contra la cara. Giré la llave hasta el número dos y la cerré cuando Catherine soltó la mascarilla. El médico fue muy amable al dejarme hacer algo.

—¿Has sido tú, cariño? —preguntó Catherine. Me acarició la muñeca.

—Claro.

—Eres un encanto.

Estaba un poco mareada por el gas.

—Comeré en una bandeja en el cuarto de al lado —dijo el médico—. Pueden llamarme en cualquier momento.

Me entretuve viéndole comer, luego, al cabo de un rato, vi que se tumbaba y fumaba un cigarrillo. Catherine estaba cada vez más fatigada.

—¿Crees que lograré tener este bebé? —preguntó.

—Pues claro que sí.

—Hago todo lo que puedo. Empujo, pero no sale. Otra vez. Pónmela.

A las dos en punto, salí a comer. Había unos cuantos parroquianos en el café con vasos de café, kirsch o marc en la mesa. Me senté.

—¿Puedo comer? —pregunté al camarero.

—Es muy tarde.

—¿No hay nada que sirvan a todas horas?

—Puede tomar *choucroute*.

—Tráigame *choucroute* y una cerveza.

—¿Una demi o una bock?

—Una demi suave.

El camarero me sirvió un plato de *Sauerkraut* con una loncha de jamón encima y una salchicha enterrada entre la col caliente y empapada en vino. Me lo comí y me bebí la cerveza. Estaba muerto de hambre. Observé a la gente de las otras mesas. En una estaban jugando a las cartas. En la de al lado había dos hombres hablando y fumando. El café estaba lleno de humo. Detrás de la barra metálica donde había desayunado, había ahora tres personas: el anciano, una mujer rolliza con un vestido negro instalada detrás de la caja registradora, que llevaba la cuenta de lo que servían en cada mesa, y un joven con un delantal. Pensé en cuántos hijos habría tenido aquella mujer y cómo habría sido.

Cuando terminé la *choucroute* volví al hospital. La calle estaba limpia. Ya no había cubos de basura. El día estaba nublado, pero el sol seguía haciendo esfuerzos por asomar. Subí en el ascensor, saqué y recorrí el pasillo hasta la habitación de Catherine donde había dejado la bata blanca. Me la puse y volví a abrochármela detrás de la nuca. Me miré en el espejo y me vi convertido en un falso médico con barba. Fui por el pasillo hasta la sala de partos. La puerta estaba cerrada y llamé. No respondió nadie y entré. El médico estaba sentado al lado de Catherine. La enfermera hacía algo al otro extremo de la habitación.

—Ha llegado su marido —dijo el médico.

—¡Oh, cariño! Tengo un médico estupendo —dijo Catherine con una voz muy rara—. Me ha contado una historia maravillosa y cuando el dolor se ha hecho demasiado intenso, me ha dejado fuera de combate. Es estupendo. Es usted estupendo, doctor.

—Estás mareada —dije.

—Lo sé —respondió Catherine—. Pero no deberías decírmelo. —De pronto exclamó—: Démela, démela. —Se aferró a la mascarilla y respiró profundamente, entre jadeos, haciendo chasquear el respirador. Por fin soltó un largo suspiro y el médico alargó el brazo izquierdo y levantó la mascarilla—. Ese ha sido muy grande —dijo Catherine. Su voz sonaba muy rara—. No me voy a morir, cariño. Ya ha pasado el peligro. ¿No estás contento?

—No vuelvas a correr ese riesgo.

—No. Aunque no tengo miedo. No me moriré, cariño.

—No hará usted esa tontería —dijo el médico—. No querrá morirse y dejar a su marido.

—Oh, no. No me moriré. No quiero morirme. Es una estupidez. Otra vez. Démela.

Al cabo de un rato, el médico dijo:

—Si sale usted un momento, señor Henry, la reconoceré.

—Quiere ver qué tal estoy —dijo Catherine—. Puedes volver luego, ¿verdad, doctor?

—Sí —respondió el médico—. Mandaré que le avisen cuando pueda pasar.

Salí por el pasillo hasta la habitación a la que llevarían a Catherine cuando naciera el niño. Me senté en una silla y contemplé la habitación. En el abrigo llevaba el periódico que había comprado para leerlo mientras comía. Fuera empezaba a caer la tarde y encendí la luz para leer. Al cabo de un rato apagué la luz y me quedé contemplando el crepúsculo. Quería saber por qué no me mandaba llamar el médico. Tal vez fuese mejor que estuviese fuera. Probablemente quisiera que esperase fuera un rato. Miré el reloj. Si no me mandaba llamar en diez minutos, iría de todos modos.

¡Pobre, pobre, Cat! Y este era el precio que pagabas porque

hubiéramos dormido juntos. Este era el final de la trampa. Esto era lo que la gente ganaba por quererse. Gracias a Dios por el gas. ¿Cómo sería antes de que hubiera anestesia? Una vez empezaba caías en el engranaje. Catherine había tenido un buen embarazo. No había estado mal. Apenas había tenido náuseas. No había estado demasiado incómoda hasta el final. Y ahora la habían atrapado. Uno nunca escapa de nada. ¡Y un cuerno escapar! Habría sido igual si nos hubiéramos casado cincuenta veces. ¿Y si se muere? No se morirá. Solo está pasando un mal rato. Los primeros partos suelen ser prolongados. Solo está pasando un mal rato. Después diríamos que había sido un mal rato y Catherine diría que no había sido tan malo. Pero ¿y si se muere? No puede morirse. Ya, pero ¿y si se muere? Te digo que no puede ser. No seas idiota. Solo es un mal rato. No es más que la naturaleza poniéndoselo difícil. Es solo el primer parto que siempre se prolonga. Sí, pero ¿y si se muere? No puede ser. ¿Por qué iba a morirse? ¿Qué razón hay? Solo es un niño que tiene que nacer, el resultado de las buenas noches de Milán. Lo pone difícil, luego nace, cuidas de él y puede que llegues a cogerle cariño. Pero ¿y si se muere? No se morirá. Pero ¿y si se muere? No. Está bien. Pero ¿y si se muere? No puede ser. Pero ¿y si se muere? ¿Eh? ¿Qué pasaría entonces? ¿Y si se muere?

El médico entró en la habitación.

—¿Qué tal va, doctor?

—No va —respondió.

—¿Qué quiere decir?

—Solo eso. La he reconocido... —Me dio los detalles—. Luego he esperado. Pero no avanza.

—¿Qué nos recomienda?

—Hay dos posibilidades. O bien un parto con fórceps, que

podría causar desgarros y ser muy peligroso, además de ser malo para el niño, o una cesárea.

—¿Qué riesgos tiene la cesárea?

—¿Y si se muere?

—No más que un parto normal.

—¿La practicaría usted mismo?

—Sí. Necesitaría cerca de una hora para disponerlo todo y para llamar al personal necesario. Tal vez un poco menos.

—¿Qué nos aconseja?

—Yo les recomendaría una cesárea. Es lo que haría si fuese mi mujer.

—¿Y las secuelas?

—No tiene. Solo la cicatriz.

—¿Y la infección?

—El peligro es menor que en un parto con fórceps.

—¿Y si continuáramos sin hacer nada?

—Al final tendríamos que hacer algo. La señora Henry se está quedando ya sin fuerzas. Cuanto antes la operemos mejor.

—Opérela lo antes posible.

—Iré a dar las instrucciones necesarias.

Fui a la sala de partos. La enfermera estaba con Catherine, que seguía sobre la mesa, con el vientre hinchado debajo de la manta, muy pálida y fatigada.

—¿Le has dado permiso?

—Sí.

—¿Has visto qué bien? Dentro de una hora todo habrá concluido. Estoy exhausta, cariño. Voy a estallar en pedazos. Por favor deme la mascarilla. No hace efecto. ¡Ay, no me hace efecto!

—Respire profundamente.

—Ya lo hago. ¡Ay, ya no me hace efecto! ¡No me hace efecto!

—Traiga otra bombona —le dije a la enfermera.

—Esta es nueva.

—Soy una tonta, cariño —dijo Catherine—. Pero ya no me hace efecto. —Se echó a llorar—. Deseaba tanto tener al niño sin complicaciones, y ahora estoy exhausta y voy a estallar en pedazos y no me hace efecto. ¡Ay, cariño, no me hace ningún efecto! No me importa morir con tal de que deje de dolerme. Por favor, cariño, que deje de dolerme. Otra vez. ¡Ay, ay, ay! —Aspiró sollozando en la mascarilla—. No me hace efecto. No me hace efecto. No me hace efecto. No te preocupes por mí, cariño. Por favor, no llores. No te preocupes por mí. Es solo que estoy exhausta. Pobrecillo, te quiero mucho y volveré a estar bien. Esta vez seré buena. ¿No pueden darme alguna cosa? Si pudiesen darme algo...

—Lo haré. Giraré la llave al máximo.

—Dame la mascarilla.

Giré la llave hasta el final, respiró profundamente y su mano se relajó. Cerré el gas y le quité la mascarilla. Regresó de muy, muy lejos.

—Ha sido maravilloso, cariño. Eres muy bueno conmigo.

—Tienes que ser valiente, porque no puedo hacerlo todo el rato. Podría matarte.

—Ya no soy valiente, cariño. Estoy agotada. Me han dejado exhausta. Ahora lo sé.

—A todo el mundo le pasa.

—Pero es horrible. Siguen hasta que estás exhausta.

—Dentro de una hora habrá concluido todo.

—Es estupendo. Cariño, no me moriré, ¿verdad?

—No. Te lo prometo.

—No quiero morirme y dejarte, pero estoy tan agotada que tengo la sensación de que me voy a morir.

—Tonterías. Todo el mundo piensa igual.

—A veces sé que me voy a morir.

—No te morirás. No puedes.

—Pero ¿y si me muero?

—No te dejaré.

—Dame la mascarilla, deprisa. ¡Dámela! —Luego continuó—: No me moriré. No me dejaré morir.

—Pues claro que no.

—¿Te quedarás conmigo?

—A verlo no.

—No, solo quiero que estés a mi lado.

—Claro. Estaré a tu lado todo el tiempo.

—Eres muy bueno conmigo. Dame la mascarilla. Dame un poco más. ¡No me hace efecto!

Giré la llave hasta el tres y luego hasta el cuatro. Deseé que llegara el médico. Me daban miedo los números por encima del dos.

Por fin llegó otro médico con dos enfermeras, subieron a Catherine a una camilla con ruedas y salimos de la sala de partos. La camilla recorrió el pasillo a toda prisa y entramos en el ascensor, donde todos tuvimos que apretarnos contra las paredes para hacer sitio; subimos, la puerta se abrió y otra vez fuimos pasillo abajo tras las ruedas de goma, camino del quirófano. Con el gorro y la mascarilla, no reconocí al médico. Había un segundo médico y más enfermeras.

—Tienen que darme alguna cosa —dijo Catherine— Tienen

que darme alguna cosa. ¡Por favor, doctor, deme algo para que pueda ayudarles!

Mientras uno de los médicos le ponía una mascarilla en la cara, me asomé a la puerta y vi el pequeño y luminoso anfiteatro del quirófano.

—Puede entrar por el otro lado y sentarse —me dijo una enfermera.

Había bancos detrás de una barandilla que daban a la mesa blanca y las luces. Miré a Catherine. Tenía la mascarilla sobre la cara y estaba tranquila. Empujaron la camilla. Me volví y anduve un rato por el pasillo. Dos enfermeras se apresuraban hacia la entrada de la galería.

—Es una cesárea —dijo una—. Van a practicar una cesárea. La otra se rió.

—Llegamos justo a tiempo. A eso se le llama tener suerte.

Cruzaron la puerta que conducía a la galería.

Llegó otra enfermera. También iba con prisa.

—Entre ahí. Vamos, entre —dijo.

—Prefiero quedarme fuera.

Se fue. Estuve yendo y viniendo por el pasillo. Me daba miedo entrar. Miré por la ventana. Estaba oscuro, pero vi que estaba lloviendo. Entré en una habitación que había al fondo del pasillo y leí las etiquetas de las botellas en una vitrina de vidrio. Luego salí, esperé en el pasillo vacío y contemplé la puerta del quirófano.

Salió un médico seguido de una enfermera. Llevaba entre las manos algo que parecía un conejo recién despellejado, se apresuró por el pasillo y desapareció por otra puerta. Les seguí y los encontré en un cuarto con un recién nacido. El médico lo levantó para que lo viera. Lo sujetó por los talones y le dio unas palmadas.

—¿Está bien?

—Estupendamente. Pesará cinco kilos.

No sentí nada por él. No parecía tener nada que ver conmigo. No tuve sensación de paternidad.

—¿No está orgulloso de su hijo? —preguntó la enfermera.

Estaban lavándolo y envolviéndolo en algo. Vi la carita y la mano morenas, pero no vi que se moviera ni le oí llorar. El médico estaba haciéndole algo. Parecía contrariado.

—No —respondí—. Por poco mata a su madre.

—No es culpa suya. ¿No quería usted un niño?

—No —dije.

El médico seguía ocupado con él. Lo sostuvo por los pies y volvió a darle palmadas. No me quedé a verlo. Salí al pasillo. Ahora podía entrar. Abrí la puerta y di unos pasos hacia la galería. Las enfermeras que había junto a la barandilla me indicaron por señas que fuese a donde se encontraban ellas. Moví la cabeza. Desde allí podía ver suficiente.

Pensé que Catherine estaba muerta. Lo parecía. Tenía la cara gris. Al menos la parte que podía ver. Más abajo, a plena luz, el médico estaba cosiendo la larga herida de labios gruesos abierta con fórceps. Otro médico con mascarilla administraba la anestesia. Dos enfermeras con mascarillas les iban dando el instrumental. Parecía un grabado de la Inquisición. Al mirar, supe que podría haberlo presenciado todo, pero me alegró no haberlo hecho. No creo que pudiera haberles visto cortar, aunque vi cómo cerraban la herida con rápidas y hábiles puntadas de zapatero hasta formar un reborde hinchado, y me alegré. Cuando terminaron de suturar la herida, salí al pasillo y otra vez estuve yendo y viniendo. Al cabo de un rato salió el médico.

—¿Cómo está?

—Bien. ¿Lo ha visto?

Parecía cansado.

—Le he visto coser. La incisión parecía muy larga.

—¿Usted cree?

—Sí. ¿Se le quitará la inflamación de la cicatriz?

—Sí, claro.

Al poco tiempo sacaron la camilla con ruedas y la llevaron a toda prisa por el pasillo hasta el ascensor. Yo fui con ellos. Catherine estaba gimiendo. Una vez abajo, la tumbaron en la cama de su habitación. Me senté en una silla a los pies de la cama. Había una enfermera. Me puse en pie y me quedé junto a la cama. La habitación estaba oscura. Catherine alargó el brazo.

—Hola, cariño —dijo. Su voz sonaba muy débil y cansada.

—Hola, amor mío.

—¿Cómo es el bebé?

—Chis... no hable —dijo la enfermera.

—Un niño. Largo, ancho y moreno.

—¿Está bien?

—Sí —respondí—. Muy bien.

Noté que la enfermera me miraba de un modo extraño.

—Estoy agotada —dijo Catherine—. Y me ha dolido muchísimo. ¿Estás bien, cariño?

—Estoy bien. No hables.

—Has sido muy bueno conmigo. ¡Ay, cariño, no sabes cuánto me ha dolido! ¿Cómo es?

—Como un conejo despellejado con cara arrugada de viejo.

—Tiene que salir —dijo la enfermera—. A madame Henry no le conviene hablar.

—Esperaré fuera.

—Vaya a comer algo.

—No. Esperaré fuera.

Besé a Catherine. Estaba gris, débil y exhausta.

—¿Puedo hablar con usted? —le dije a la enfermera. Salió conmigo al pasillo. Me aparté un poco de la puerta.

—¿Qué le ocurre al bebé? —pregunté.

—¿No se lo han dicho?

—No.

—No estaba vivo.

—¿Estaba muerto?

—No lograron hacerle respirar. Se le había enredado el cordón alrededor del cuello o algo por el estilo.

—Así que está muerto.

—Sí. Lo siento mucho. Era un niño precioso. Pensé que lo sabía.

—No —respondí—. Será mejor que vuelva con madame.

Me senté en la silla delante de una mesa donde estaban los informes de las enfermeras y miré por la ventana. No vi más que la oscuridad y la lluvia. Se acabó. El bebé estaba muerto. Por eso el médico me había parecido tan contrariado. Pero ¿por qué lo habrían manipulado de aquel modo? Probablemente habían pensado que conseguirían hacerle respirar. Yo no era religioso, aunque sabía que debería haber sido bautizado. Pero ¿y si no había respirado nunca? Eso era. No había llegado a estar vivo. Solo dentro de Catherine. Yo había notado sus patadas muchas veces. Aunque hacía una semana que no. Tal vez llevara muerto todo ese tiempo. Pobrecillo. Deseé de todo corazón haber muerto asfixiado así. No. Aunque de ese modo no habría tenido que pasar por to-

das esas muertes. Ahora moriría Catherine. Era lo que ocurría. Morías. No sabías lo que pasaba. No tenías tiempo de aprender. Te echaban al mundo, te enseñaban las normas y la primera vez que te sorprendían desprevenido te mataban. O te mataban de manera gratuita como a Aymo. O te contagiaban la sífilis como a Rinaldi. Pero al final te mataban. De eso podías estar seguro. Si te quedabas por ahí, te mataban.

Una vez, en el campamento, eché un tronco al fuego y estaba lleno de hormigas. Cuando empezó a arder, las hormigas salieron corriendo y fueron primero hacia el centro donde estaba el fuego y luego hacia el extremo. Allí se apelotonaron y cayeron al fuego. Algunas saltan, con el cuerpo plano y churruscado y corrían sin saber adónde. Pero la mayoría iban primero hacia el fuego y luego se amontonaban en el extremo hasta que acababan cayendo al fuego. Recuerdo que pensé que era el fin del mundo y que era una ocasión estupenda para ejercer de mesías, sacar el tronco del fuego y dejarlo donde las hormigas pudieran volver al suelo. Pero lo único que hice fue echar el agua de un vaso de hojalata sobre el tronco, para poder llenarlo de whisky antes de añadirle el agua. Creo que solo sirvió para cocer a las hormigas.

El caso es que me senté en el pasillo y esperé a tener noticias de Catherine. La enfermera no sabía y al cabo de un rato fui a la puerta, la abrí muy despacio y me asomé. Al principio no vi nada porque el pasillo estaba muy iluminado y la habitación muy oscura. Luego distinguí a la enfermera sentada en la cama y la cabeza de Catherine apoyada en la almohada, tenía el vientre liso bajo las sábanas. La enfermera se llevó el dedo a los labios, luego se levantó y salió a la puerta.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Bien —respondió—. Debería usted ir a cenar y volver más tarde.

Recorrí el pasillo, bajé las escaleras y salí por la puerta del hospital para ir por la calle oscura bajo la lluvia hasta el café. Había luz dentro y mucha gente en las mesas. No vi sitio donde sentarme, pero un camarero se llevó mi abrigo mojado y mi sombrero y me indicó un sitio en una mesa enfrente de un anciano que estaba bebiéndose una cerveza y leyendo el periódico vespertino. Me senté y le pregunté al camarero cuál era el *plat du jour*.

—Estofado de ternera... pero se nos ha terminado.

—¿Qué puedo comer?

—Huevos con jamón, huevos con queso, o *choucroute*.

—He tomado *choucroute* esta tarde —dije.

—Es verdad —admitió—. Es verdad. Esta tarde ha comido usted *choucroute*. —Era un hombre de edad mediana con la coronilla calva y el pelo peinado por encima. Su rostro parecía amable—. ¿Qué quiere? ¿Huevos con jamón o huevos con queso?

—Huevos con jamón —respondí—, y una cerveza.

—¿Una *demi-blonde*?

—Sí.

—Me he acordado. Es lo que tomó usted esta tarde.

Me comí los huevos con jamón y me bebí la cerveza. Me los sirvieron en un plato redondo, con el jamón debajo y los huevos encima. Estaban muy calientes y al dar el primer bocado tuve que beber un trago de cerveza para enfriarme la boca. Estaba hambriento y pedí al camarero que me sirviera otro plato. Bebí varios vasos de cerveza. No pensaba en nada, aunque leí el periódico del hombre que tenía enfrente. Hablaba del avance en el frente inglés. Cuando reparó en que estaba leyendo su periódico, lo plegó. Pen-

sé en pedirle uno al camarero, pero no lograba concentrarme. Hacía calor y el aire estaba viciado. La mayoría de los parroquianos se conocían. Muchos estaban jugando a las cartas. Los camareros se afanaban llevando bebidas de la barra a las mesas. Entraron dos hombres y no encontraron donde sentarse. Se plantaron delante de mi mesa. Pedí otra cerveza. No quería irme todavía. Era demasiado pronto para volver al hospital. Intenté no pensar y conservar la calma. Los hombres esperaron, pero no se levantó nadie y acabaron marchándose. Bebí otra cerveza. Había un montón de platos en la mesa de al lado. El hombre que tenía enfrente se había quitado las gafas y las había guardado en su estuche, había doblado el periódico para metérselo en el bolsillo y estaba con la copa de licor en la mano contemplando la sala. De pronto, supe que tenía que volver. Llamé al camarero, pagué la cuenta, me puse el abrigo y el sombrero y fui hacia la puerta. Anduve bajo la lluvia hasta el hospital.

En la planta de arriba me encontré con la enfermera que llegaba por el pasillo.

—Acabo de llamarle al hotel —dijo.

El estómago me dio un vuelco.

—¿Ocurre algo malo?

—La señora Henry ha tenido una hemorragia.

—¿Puedo entrar?

—No, aún no. La está viendo el médico.

—¿Es peligroso?

—Mucho.

La enfermera entró y cerró la puerta. Me senté a esperar en el pasillo. Me sentía vacío por dentro. No pensé en nada. No podía pensar. Sabía que se iba a morir y recé por que no lo hiciera. No

la dejes morir. Oh, Dios, por favor, no la dejes morir. Por favor, por favor, por favor, Dios, no la dejes morir. Dios, no la dejes morir. Por favor, por favor, por favor, Dios, no la dejes morir. Dios, por favor, que no se muera. Haré lo que me digas con tal de que no muera. Te has llevado al bebé, pero no la dejes morir. No me importa, pero no la dejes morir. Por favor, por favor, Dios, no la dejes morir.

La enfermera abrió la puerta e hizo un gesto invitándome a entrar. La seguí a la habitación. Catherine no alzó la vista cuando entré. Fui al lado de su cama. El médico estaba de pie al otro lado. Catherine me miró y sonrió. Me incliné y me eché a llorar.

—Pobrecillo —dijo en voz muy baja. Estaba lívida.

—Estás bien, Cat —respondí—. Te vas a poner bien.

—Me voy a morir —dijo; luego hizo una pausa y añadió—: Me da mucha rabia. —La cogí de la mano—. No me toques —dijo. La solté. Sonrió—. Pobrecillo. Tócame todo lo que quieras.

—Te vas a poner bien, Cat. Lo sé.

—Quería escribirte una carta por si me pasaba algo, pero no lo he hecho.

—¿Quieres que traiga un cura o que venga a verte alguien?

—Solo tú —respondió. Luego un poco después añadió—: No tengo miedo. Solo me da mucha rabia.

—No debe hablar tanto —dijo el médico.

—De acuerdo —respondió Catherine.

—¿Quieres que haga algo, Cat? ¿Te traigo alguna cosa? Catherine sonrió.

—No. —Después dijo—: No harás con otras lo que hacíamos nosotros, ni les dirás las mismas cosas, ¿verdad?

—Jamás.

—Pero sí quiero que vayas con otras.

—No quiero.

—Está hablando usted demasiado —dijo el médico—. El señor Henry tiene que salir. Luego volverá. No se va a morir. No sea tonta.

—Muy bien —dijo Catherine—. Vendré y me quedaré varias noches —dijo. Le costaba mucho esfuerzo hablar.

—Por favor, salga de la habitación —dijo el médico—. No puede hablar.

Catherine me guiñó un ojo, tenía el rostro de color gris.

—Estaré fuera —dije.

—No te preocupes, cariño —dijo Catherine—. No tengo nada de miedo. Es solo una mala pasada.

—Eres muy valiente, amor mío.

Esperé en el pasillo. Esperé un buen rato. La enfermera salió y fue a verme.

—Temo que la señora Henry esté muy grave —dijo—. Temo por su vida.

—¿Está muerta?

—No, pero está inconsciente.

Al parecer sufrió una hemorragia tras otra. No pudieron contenerlas. Entré en la habitación y me quedé con Catherine hasta que murió. Estuvo inconsciente todo el rato y no tardó mucho en morir.

Fuera de la habitación, en el pasillo, hablé con el médico.

—¿Puedo hacer algo esta noche?

—No. No hay nada que hacer. ¿Quiere que le lleve a su hotel?

—No, gracias. Me quedaré un rato.

—Sé que no hay nada que decir. No puedo expresarle...

—No —dije—. No hay nada que decir.

—Buenas noches. ¿Seguro que no quiere que lo lleve al hotel?

—No, gracias.

—Era la única posibilidad —dijo—. La operación fue...

—No quiero hablar de eso —le interrumpí.

—Me gustaría llevarle a su hotel.

—No, gracias.

Se fue por el pasillo. Fui a la puerta de la habitación.

—Ahora no puede entrar —dijo una de las enfermeras.

—Sí puedo.

—Aún no.

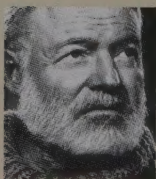
—Váyase —dije—. Y la otra también.

Pero de poco me sirvió echarlas, cerrar la puerta y encender la luz. Fue como despedirse de una estatua. Al cabo de un rato salí, me marché del hospital y regresé al hotel bajo la lluvia.

«Un libro precioso, conmovedor y lleno de humanidad.»

Vita Sackville-West

No amaba a Catherine Barkley, ni se le ocurría que pudiera amarla. Aquello era como el bridge, un juego donde te largas a hablar en vez de manejar las cartas. Eso pensaba el teniente americano Frederic Henry, conductor de ambulancias en el frente italiano durante la Primera Guerra Mundial, al poco de conocer a esta bella enfermera británica. Lo que parecía un juego se convirtió en pasión intensa, mientras la guerra lo arrasaba todo y los hombres desfilaron bajo la lluvia, agotados y hambrientos, sin pensar más que en huir de la muerte. Inspirada en las vivencias de Hemingway, *Adiós a las armas* es ya un clásico de la literatura universal y uno de los mejores retratos de la voluntad humana.



ERNEST HEMINGWAY (1899-1961) forma ya parte de la mitología literaria universal, por su obra, su azarosa vida y su trágica muerte. Viajó por todo el mundo, vio de cerca varias guerras y participó en los ambientes artísticos de vanguardia. En 1954 obtuvo el Premio Nobel de Literatura.

Traducción de Miguel Temprano García


ISBN 978-958-8940-99-1





9 789588 940991

DISEÑO: PENGUIN RANDOM HOUSE GRUPO EDITORIAL /
YOLANDA ARTOLA

ILUSTRACIÓN: © PAUL ROGERS

 megustaleerColombia

  megustaleerCo

www.megustaleer.com.co